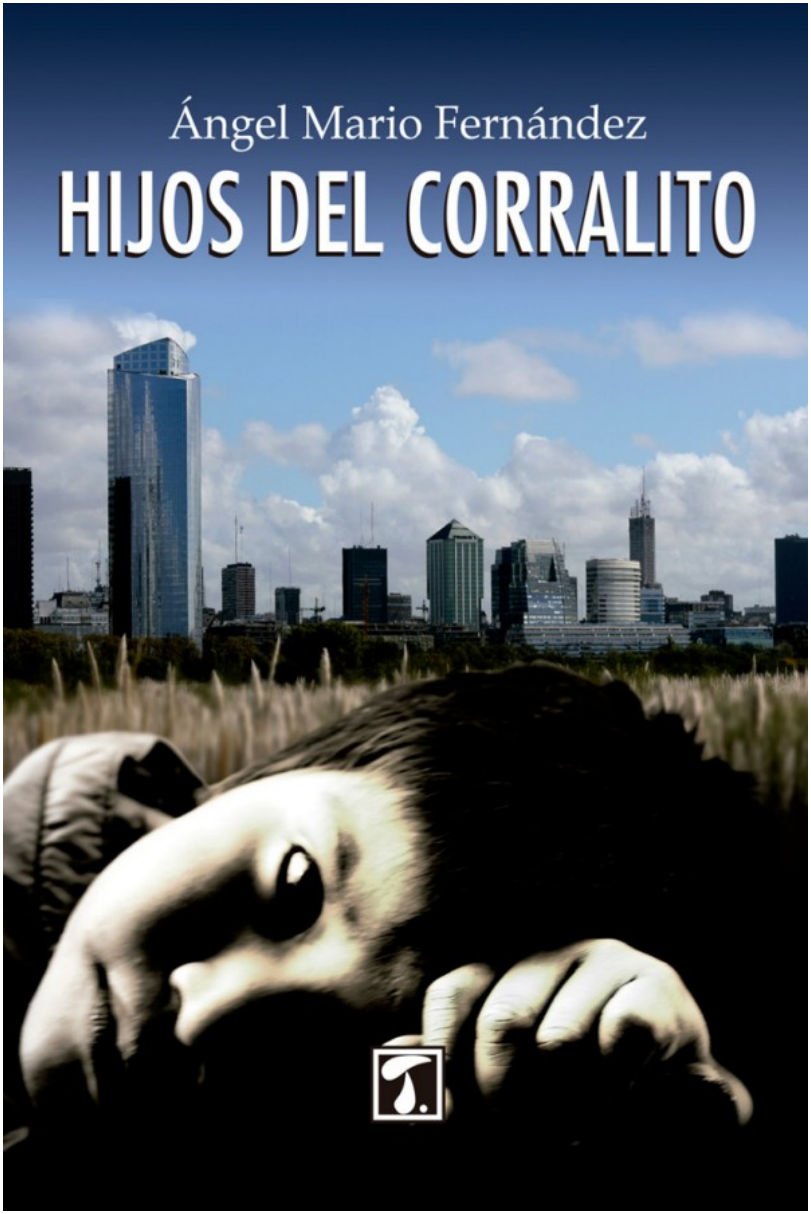
Ángel Mario Fernández

HIJOS DEL CORRALITO



Índice de contenido

I. LA HUIDA
II. EL CONTRATO
III. LOS HIJOS DE LA CALLE
IV. LA HISTORIA DE LOS SIETE MAGNÍFICOS INVISIBLES
V. EL OJO DE LA NOCHE
VI. PIEL DE CORDERO
VII. ENDEREZANDO AL DESCARRIADO
VIII. LA HISTORIA QUE FALTABA
IX. EL REGRESO
X. LA JUSTICIA DEL REVÓLVER
XI. EL FUTURO DE LOS SIETE MAGNÍFICOS
EPÍLOGO

Ángel Mario Fernández

Hijos del corralito

TANDAIA

Crianza_002

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

© Ángel Mario Fernández

© Tandaia, s.c.
Rúa Uxío Novoneyra, 2
Santiago de Compostela
15706 A Coruña

Mail: tandaia@tandaia.com
www.tandaia.com

ISBN 978-84-16832-01-9

Diseño de cubierta: © Germán Blanco

Diseño y maquetación: Tandaia, s.c.

Aunque es imposible nombrar a todos los que me han ayudado año tras año al extraño oficio de escritor, por lo que debería agregar un compendio aparte, en este caso particular quisiera agradecer a algunos de los tantos que han colaborado para que un día de primavera *Hijos del corralito* viera la luz:

> Nahuel Adriel Martín Fernández (Argentina), Héctor Martín Fernández Sousa (España), María Teresa Sousa Couto (España), Mabel Luján Fernández (Argentina), Gabriela de La Peña Astorga (México), María Eugenia Martín Ropero (España), Osmar Vázquez (Cuba), José Ramón Extebarria (España), Nerea Isasti (España), Ángel Martín Ropero (España), Eduardo Bujanda (España)

Y en especial a los mecenas:

> Ayelén Florencia Fernández (Argentina) y Luis Sousa Colmenero (España)

A Julio Cortázar, que sin saberlo, fue mi gran maestro

A todos aquellos que colaboraron en forma anónima.

A los desconocidos que creyeron en este proyecto.

A los que por imperdonable omisión, si existió, no están en esta lista, a los que les dejo la reparación que da, como decía Jorge Luis Borges, «el olvido como única venganza y como único perdón».

A Mima y el Nono, que me permitieron no ser un chico de la calle aun con los incalculables corralitos que nos han arrastrado.

Pido perdón por la verdad…

I. La Huida

Lautaro sentado en el borde de la estación con los pies colgados hacia el horizonte, miró desde el terraplén y divisó a lo lejos con pasmosa precisión su diminuta casa roja. Desde allí más diminuta que nunca, como si esto fuera posible. Las pequeñas chabolas al lado del vertedero se mostraron ante sus ojos impasibles mientras el cementerio de coches descansaba un poco más allá, contaminando aguas, tierra, aire, aunque no podía divisarlo por la torre de la estación. Pero allí estaba también. Infectando el agua, el aire; provocando esa enfermedad que decía su madre que se llevaba a las personas a un lugar donde ya no volverían.

Suspiró y observó otra vez su casa.

¡A quién se le ocurriría pintar una casa de rojo!, pensó.

Rojo borbollón, rojo fuego, rojo rosas rojas, rojo sangre. Casa de única habitación, como todas allí. Y como todas, exhaustivamente cuadrada: de chapas de cinc las más finas, algunas de cartón prensado disfrazadas con maderas viejas, y con techos de lo que se pueda conseguir. A veces de tejas viejas, a veces de chapa, a veces…

Vio también a la distancia los angostos pasillos remarcados en negro, sinuosos, sin una línea recta fija. Pero que todo el mundo sabía que eran las callejuelas a respetar con la seriedad que otorga la ley consuetudinaria de las miradas en la villa miseria.

Por el medio, una calle, de esas de verdad, de las que hacía el municipio de vez en cuando en tiempos de elecciones —la única vía civilizada que pasaba por la villa—, donde los chicos podían divertirse tirando piedras desde la montaña de coches a los pocos turismos que se aventuraban a pasar furtivamente por el lugar, ruta maliciosamente obligada por el destino para los temerosos transeúntes. Para muchos de los pibes era una gozada oír el tintineo de los pedruscos rodar por los techos que pasaban a toda velocidad, reventar papeles mojados en los vidrios de la luneta, o hacer llover basura orgánica sobre los parabrisas que osaban aventurarse por el barrio.

La basura que volvía a su lugar de origen, decía alguno.

Lautaro no entendía cómo ese juego podía ser gracioso para muchos de los pibes. Mucho menos cuando un cristal estallaba y el conductor furioso bajaba con algo contundente en la mano provocando la desbandada de los incipientes delincuentes. Y claro, se sabía que el conductor ofendido no se aventuraría a

entrar más de tres pasos a la villa miseria, terminándose el conflicto en el cajón de alguna comisaría vecina, que casi nunca tampoco se atrevían a traspasar el límite entre una sociedad legalmente constituida y… aquello, tierra de nadie a la hora de un conflicto con *esa gente*.

Lautaro se miró de nuevo la rodilla pelada con la carne roja a flor de piel y se pasó la lengua. Salada. Aspiró los mocos que amenazaban con salírsele por enésima vez y se incorporó para bajar hacia la vía. Ya eran las siete, y en Avellaneda se sabe que a las siete comienza a bajar el sol en primavera y no es bueno que un chico de siete años esté solo en la calle en las afueras de la villa miseria.

Solo en la villa se está seguro a esas horas.

¿A quién se le ocurrió llamar *villa* a esos extensos barrios de chabolas?, se había preguntado con inocencia alguna vez. Aunque nunca supo la respuesta, fue tal vez un irónico humor porteño del pasado comparando las grandes villas aristocráticas llenas de lujos y distinción con aquellos chaperíos maltrechos que se iban construyendo a medida que los materiales de segunda o tercera mano iban apareciendo en basurales, volquetes o por vaya a saber dónde.

Villas. Asentamientos. Terrenos tomados. Chabolas. Fabelas. Tugurios. Casas de Brujas. Cada región de América latina tiene su nombre de distinción, pero en definitiva son las mismas *Villas de Emergencias* para las estadísticas, como se las denominó con el tiempo en Argentina; las que comenzaron a rodear, a veces invadir con su podredumbre infecciosa las grandes urbes de clase media, en especial de la aristocrática Buenos Aires. Y cuanto más crecían las urbes, más extensas eran las villas. Pero aun así, algunos se sentían privilegiados de poder vivir aunque más no sea en ellas.

Se acomodó el dedo gordo del pie dentro de la zapatilla que se le había salido por el agujero, y se incorporó para volver a su casa. Sabía que su madre estaría preocupada; el Sebastián no. Él seguramente estaría a esas horas borracho, como siempre, mirando la tele, mientras sus hermanos le servían como a un rey. También pensó en su hermana, la Rocío. El Oscarcito todavía era demasiado pequeño para darse cuenta de algunas cosas.

Mejor así, se dijo.

Ya tendría tiempo para ver de qué iba todo eso de la vida. Y el bebé, ¿cómo era que se llamaba? ¿Jónatan? ¡Vaya con el nombrecito que le puso su madre! Quizá, pensó, se marcharían todos un día. Como el hermano mayor. ¿Cuánto hacía que se fue el Pablo? ¿Un año? Lautaro extrañaba al Pablo; cada día más, hasta lloraba por las noches por su ausencia. ¡Uff, y la Rocío! No es que quisiera más a la Rocío que a todos sus hermanos, pero el hecho de llevarle apenas quince meses y tener en común el mismo apellido, cosa distintiva entre todos los hermanos, hacía que Lautaro se sintiera más unido a ella. También hubo dos más: el Marcelino, que murió cuando tenía seis meses de una fiebre muy alta —y de la que Lautaro ni recordaba su carita porque era muy chico—, y el otro bebé que nació muerto, que de haber vivido sería mujer como la Rocío. No le pusieron nombre y ni siquiera sabía si tenía tumba o se lo quedó el hospital municipal. Eso fue dos años antes de que él naciera y no le interesaba preguntar. También hubo un aborto, antes que el Pablo, así que, dentro de todo, las cosas no fueron tan

mal; pudo haber sido peor, pensó alguna vez, y vivir todos juntos, los muertos y los vivos, en la misma chabola.

Bajó por las escaleras de hierro y cemento de la estación y la piel de la rodilla que quería cicatrizar se estiró aún más, provocándole dolor.

—¡Ay! —dejó escapar una vocecita de siete años junto con un suspiro y luego recordó las palabras del Sebastián: «¡*Marica*, los hombres no lloran!». Entonces se tragó el dolor y siguió caminando. También le dolía el ojo por el golpe. Pero ese dolor era más soportable.

El terraplén de la Estación de Avellaneda estaba mucho más elevado que el resto de la ciudad, y tenía que bajar varias escaleras hasta (por fin) llegar a la Avenida Pavón, pero él prefería irse por el camino de las vías. Sobre las líneas férreas que llevaban directamente a su casa. Seguía el trayecto hasta que se unía con la vía muerta, por la que en algún tiempo pasaba el tren pero, ahora, estaba el asentamiento de la villa donde vivía. Doblaba hacia la villa y de ahí a su casa no había más de diez minutos. Aunque desde el terraplén se veía su chabola, perdía perspectiva desde el terreno llano y solo distinguía «la escalera acostada», cómo él llamaba a las vías oxidadas del tren.

—Una escalera tan larga que si la ponés de pie nos lleva hasta el cielo —había dicho a la Rocío, pero ella no lo creyó.

Contó los maderos que llamaban durmientes; tal vez porque estaban acostados en la vía del tren, supuso. También sabía que con un durmiente se podían hacer cien asados. Se lo dijo su hermano, el Pablo, antes de marcharse.

El Pablo sabía mucho y jamás mentía.

—Uno… —Dio un paso ancho hasta el otro durmiente, casi un saltito—. Dos… —Otro paso—. Tres…

¿Hasta cuánto sabía contar?

Calculó que hasta un millón, pero… De repente le vino un pensamiento de sus tiempos de escuela. ¿Hace cuánto no iba? ¿Un millón de días? El Felipe, el chulo del colegio, le dijo que había una cantidad mucho mayor que un millón, y eso era el infinito. Y que él, precisamente Felipe, el chico más desagradable del colegio, supiera contar hasta infinito era una cosa mala. No le gustaba el Felipe. Ni su chulería. Ni su pajarita en el cuello que le daban ideas de estrangularle. Ni su olor a perfume, ni su *jopo* con gomina.

¡Cómo no le iba a pegar!

Si tanta chulería le hacía recordar sus noches de insomnio por las palizas del Sebastián a sus hermanos, las noches sin comer, el aroma del vertedero, las lágrimas de su madre.

¡Cómo no le iba a pegar!, se repitió muchas veces.

Y tampoco le gustaba la maestra que le dijo una vez que tenía la cara sucia y todos los chicos se rieron. Aunque la maestra les dijo que no lo hicieran, el mal ya estaba hecho y el «cara sucia» lo repitieron hasta el hartazgo. Ni la directora le gustaba; la que una vez le tiró de las orejas y le dijo que era un mal educado.

—Con tantos problemas de conductas te vamos a echar de la escuela; ¡no se puede andar pegándole a todo el mundo! ¡Qué mañana vengan tus padres!

Y se lo anotó en el cuaderno para que no se le olvide. Pero cuando se lo dio a la María, su madre, que ni sabía leer, esta le dijo

—Decile a papá.

—¿Cuál?

Porque al padre del Pablo no lo conoció, al verdadero, el suyo y de la Rocío que se fue cuando tenía tres años, el del Oscarcito lo mató la Policía y el Seba estaba claro que no era su padre.

Ni quería serlo.

Como su madre lo miró con ojos de fuego a su pregunta, Lautaro decidió mostrarle el cuaderno al único que cumplía con esa función en la casilla: el Seba. Se le acercó despacito, con el cuaderno extendido hacia delante a manera de escudo, no fuera que le diera otra paliza como la del día anterior. El Seba, tirado sobre la cama frente a la televisión, miró al niño casi sin ver y como ya estaba demasiado borracho para atenderle le tiró el cuaderno en la cara y… tema terminado.

Así que Lautaro tomó una única decisión posible en estos casos: no fue más al cole y se dedicó a vagar por la vía todas las mañanas. Se preguntó si ese camino lo llevaría directamente a la nueva casa del Pablo. Rememoró aquel día con precisión: cómo se subió al tren de carga, lo veía bien aún en sus pensamientos; entonces no dejó de observarlo, sentado ahí sobre los carbones del vagón, alejándose poco a poco. No parecía triste, pero cuando el tren estaba lejos le gritó algo que Lautaro no alcanzó a oír pero que creyó que dijo «andate vos también». O quizá quiso decir «te voy a venir a buscar». Este último pensamiento lo siguió durante un año y se le hizo un mandamiento indeleble. Tanto que más de una vez le preguntó a su madre y a la Rocío si lo habían visto regresar.

—Siete… —Otro saltito—. Ocho… Seba.

Sintió frío. Se tocó el jersey y tenía agujeros en los dos codos, también tenía la bragueta abierta, pero la cremallera estaba rota, por lo que no le preocupó demasiado.

Cuando dobló por la vía muerta ya iba por el cuarenta y cinco —olvidándose algunos durmientes, claro—, y salteándose el treinta, porque en su cuenta exhaustiva siempre después del veintinueve venía el cuarenta.

Cuando llegó a la villa lo recibió el habitual olor a basura podrida y una música pegadiza de acordeón y tambores, mientras el Matías, un chico de diecisiete años, hijo de la Elvira, cantaba al compás, moviendo la palma de la mano al cielo hacia delante y hacia atrás, como invocando a los dioses latinoamericanos de épocas precolombinas.

—*Pibe Cantina de qué te la das si sos un chorro, borracho, haragán*…

Al ver a Lautaro le dijo, extasiado con algún gramo de más en las venas:

—¡Viva la cumbia villera, pibe!

Lautaro le sonrió y siguió sus pasos; enseguida vio al Pedrito, su mejor amigo en la villa. Estaba otra vez jugando con la pelota de goma rota, esa que le ponía los pelos de punta, mientras lucía una camiseta del club Independiente de Avellaneda tan vieja y gastada que ya parecía rosa en vez de roja.

Se golpearon la palma de la mano al aire a manera de saludo.

—¿Qué hacés, Pedrito?

—Juego.

—¿Qué hacés con la camiseta del Independiente? ¿No eras del Dock Sud vos?

—También soy del Dock Sud.

—Ah —dijo Lautaro, como si las palabras del Pedrito fueran de una verdad filosófica irreprochable.

El niño, un año menor que Lautaro, corrió de un lado a otro esquivando rivales invisibles, luego pateó el resto de balón y lo estrelló contra un palo, que sostenía el alambre del gallinero de doña Paca, y comenzó a gritar frenéticamente como un locutor de fútbol.

—¡Goooooool! ¡El Kun Agüero, señores! Luego de esquivar a cuatro rivales venció el arco del portero Campagnuolo.

Lautaro siguió camino rumbo al pasillo que lo llevaba al centro de la villa, donde la casilla roja, su casa.

La villa olía apestosamente ese día. La basura con el sol del día estaba en su plenitud de descomposición. Es decir, más hedionda que de costumbre.

¡Otra vez un animal muerto!, pensó.

A veces solían tirar en el basural pegado a la villa perros, gatos y una vez hasta un caballo. El del carro de los cartoneros. Desde entonces hacen su trabajo andando.

—Tené cuidado que el Seba anda borracho; lo escuché gritar como un demente —le advirtió el Pedrito a su espalda.

—No le tengo miedo —respondió Lautaro sin darse vueltas.

—Ya sé, pero hoy está más loco que nunca.

—Pst —chistó Lautaro para demostrar despreocupación, pero no le gustó el escenario al que acudía.

¡Otra vez borracho!, pensó.

¿Alguna vez lo había visto totalmente sobrio?

Llegó a la puerta de su casilla y vio al bebé gateando en la tierra. Lo alzó, le sacudió las manitas de polvo y le dio un beso. El Oscarcito lo vio desde adentro y se le prendió de su pierna feliz.

—Te estás comiendo los mocos, Oscarcito —le dijo—. ¡Y encima descalzo! Decile a la mamá que te limpie.

Pero el Oscarcito vio algo en la villa y salió corriendo hacia allí, tal vez al Pedrito con ese maravilloso balón partido. Lautaro entró con el bebé.

Adentro, la luz estaba apagada, pero la tele encendida. Le llevó algunos segundos acostumbrar su vista a la cambiante luz de colores del televisor. Sobre la cama estaba el Seba con la camisa azul celeste abierta, dejando ver una mancha en el costado del grasiento abdomen con un agujero en el medio: el tiro que le pegó su compadre hacía ya muchos años, según contó, por eso del derby del barrio entre el Dock Sud y el San Telmo, pero todos decían que fue la Policía. Tenía los pantalones y las zapatillas puestas, a pesar que le pegó más de una vez para que no se subiera a la cama calzado.

Al entrar Lautaro este ni lo miró, cosa que no era tan mala tampoco. El Sebastián siguió concentrado en la película de guerra con el mando a distancia en una mano y la botella de cerveza casi vacía en la otra.

—El bebé estaba en la tierra —dijo Lautaro a modo de tibia protesta.

—Sí, lo saqué yo; me tocaba los cojones acá —respondió el Seba sin dejar de tener sus ojos clavados en el aparato de televisión.

—¡Pero es un bebé! —dijo Lautaro y el Jónatan le clavó las encías en la nariz, mientras jugaba con su pelo. Sebastián miró a Lautaro como para atravesarlo con los ojos, pero la película estaba demasiado interesante como para preocuparse en pendejos. Oscarcito, entonces volvió y se prendió de nuevo a sus pantalones.

—¡Lauti! —le dijo con cariño, abrazado a su pierna raspada.

—¿Mamá y la Rocío? —preguntó entonces Lautaro al marido de su madre.

—¡Yo qué sé! —dijo el Sebastián y le dio el último beso largo a la botella, que luego arrojó a un costado.

Lautaro puso al bebé en la otra cama, transversal a la que dormían su madre, el Sebastián y el Oscarcito y le colocó una almohada para que no se cayera para un costado. Luego se sentó allí mismo mientras ponía la espalda en la pared de chapa. El calentador de alcohol, único elemento para cocinar y calentar el agua para bañarse en invierno, estaba encendido y la pava con agua parecía todavía fría, por lo que supuso que su madre no andaría lejos. Afuera, el Pedrito seguía con su medio balón de goma, gritando goles imaginarios.

—¿Jugamos? —le preguntó el Oscarcito, que se sentó a su lado en la cama.

—Al veo-veo —propuso Lautaro.

—Bueno.

—Veo, veo —dijo Lautaro mientras echaba un ojo al bebé.

—¿Qué ves?

—Una cosa.

—¿Qué cosa?

—Maravillosa.

—¿De qué color?

—Verde.

—¡Che, boludos de mierda! —intervino el Seba—. ¡Déjense de chistar que estoy viendo una peli! ¡Tomen dos pesos y vaya a por otra birra!

Lautaro se lamió de nuevo la herida rosa en la rodilla antes de arrastrarse por la cama y coger al bebé en brazos. La pava de aluminio comenzó a lanzar los primeros vapores de un agua que comenzaba a calentarse con fuerza. Luego tomó el billete de dos pesos y, de la mano de Oscarcito, salió rumbo al kiosco de Doña Elvira.

Ya era casi de noche y se acercaba la temporada de los mosquitos. Encima el basural que no paraba de crecer atraían moscas, cucarachas y un montón de bichos inmundos, innombrables. El año anterior se había muerto un viejo por el dengue. «¿Tanto puede hacer un mosquito?», había preguntado entonces incrédulo alguna vez a su madre, pero esta no le respondió, tal vez sumida en otros pensamientos más profundos que mataban con la misma facilidad.

—¡Lautaro! —gritó la voz feliz de la Rocío y volvió a la realidad al chico, cuando apareció de uno de los pasillos. Venía con la madre de ambos—. ¿Dónde estabas?

Tenía el vestido negro, que aunque remendado, le gustaba a Lautaro como le quedaba. El pelo rubio oscuro (o castaño claro, según se mire), lo llevaba revuelto y desparejo como siempre. Pero él estaba seguro que su hermana era la más hermosa de la villa entera.

Se casaría con un abogado, pensó alguna vez.

—Por ahí —dijo el hermano mayor desde que no estaba el Pablo.

Su madre llevaba las huellas de una horrible pelea en su rostro, no solo por la mirada de tristeza, sino por los golpes evidentes y el labio superior cortado. También tenía una cerveza en la mano y un frasco de plástico con un poco de yerba prestada para el mate.

—¿Te pegó el Seba de nuevo? —preguntó con enojo Lautaro.

—Ajá —masculló su madre como única respuesta.

—¿Y por qué estás con él? ¿Por qué no lo echás?

—Vos sos muy chico para entender. —Su madre lo miró severamente, pero Lautaro no la creyó; siempre decía lo mismo. Luego le dijo—: ¿Adónde vas?

—A comprarle cerveza al roñoso ese.

—Llevo yo. ¿Te dio la plata?

—Sí.

—Dámela.

Y Lautaro le entregó los dos pesos a su madre, sabiendo a claras que era un secreto entre ella y él.

—Hoy me saqué un muy bien en la escuela —dijo la Rocío, mientras tomó la mano del Oscarcito—. ¿Vos no vas más a la escuela?

Lautaro miró a su madre para ver que respondía. Y aunque la decisión de no volver fue propia, su madre tenía la fuerza necesaria para obligarle y ser alguien en la vida. Pero ese día estaba demasiado preocupada por otras cosas, o quizá ya no tenía el impulso para oír.

Los últimos metros los hicieron todos en silencio y, cuando llegaron los cuatro a la chabola, el Seba estaba dormido con la tele encendida y la pava con el agua hirviendo. Todos supieron que no debían hacer ruido. El Seba borracho en el único momento que no provocaba peleas era dormido.

—¿Hacés mate, Rocío? —dijo María por lo bajo.

La niña sin responder dejó al Oscarcito y cogió la pava con un trapo para no quemarse. Su madre se puso a pelar cebolla en el rincón de la casa.

—¿Puedo ver la tele, mamá? —preguntó Lautaro mientras observaba el mando a distancia a un costado de la pierna del Sebastián.

—Sí, pero bajita. Que no quiero que tu padre se despierte.

Lautaro se acercó a la cama casi acariciando el suelo de cemento con los pies para no hacer ruido. Abrió su mano como una grúa y la bajo despacito hasta atrapar el mando a un costado del cuerpo del hombre dormido, apenas rozándolo; luego de coger el mando, elevó su mano y el Seba dio un manotazo para rascarse algo que le picaba, pero no llegó a alcanzarle. Finalmente puso en otro canal y vio que en el canal 54 del servicio de televisión por cable —enganchado clandestinamente por el Seba hacía un par de meses—, había un dibujo animado que puso para el Oscarcito.

La Rocío le dio el primer mate a su madre que seguía peleándose con la cebolla; las lágrimas que le producían le salían a borbotones de los ojos. Lautaro siempre sospechó que no todas eran por la cebolla.

—Mirá, Oscarcito —dijo Lautaro.

Este, feliz, juntó sus manos como si rezara y sus ojos se le escaparon junto con unos perros de dibujo animado de la tele. Al Jónatan también le gustó tanto que emitió un grito de placer.

—Eh… —dijo entonces el Sebastián alertado por el sonido del bebé. Instintivamente buscó el mando a distancia en su cama y allí sus ojos lo llevaron a la nueva realidad: le habían cambiado el canal de la tele—. ¿Quién mierda me sacó la película?

Todos se quedamos congelados, sin responder, sabiendo que se avecinaba una horrible tormenta.

—Chicos, pongan la tele a su padre —dijo entonces la María, temerosa—. Ahí te trajimos la cerveza.

—¡Pregunté quién fue el que me quitó la tele! —repitió el Seba remarcando cada palabra de juez y verdugo.

Sin decir nada, Lautaro estiró su mano con el mando a distancia para devolvérselo. Mientras, el Oscarcito cambió su rostro por el de preocupación arqueando las cejas sobre sus grandes ojos oscuros, y el bebé también observando curioso la escena y a ese señor, que era su padrastro, que gritaba incomprensiblemente. El Seba le arrancó de un golpe el pequeño aparato, pero con tan mala suerte que no llegó a agarrarlo y con los nudillos golpeó el mando contra el suelo, explotando, desparramándose todas sus piezas por la habitación.

—¡Mirá lo que hiciste! —gritó entonces.

Sus ojos derramaron fuego; Lautaro se quedó congelado, sabiendo que vendría el nuevo golpe aleccionador, pero la Rocío, instintivamente, para evitar un mal mayor preparó un mate para su nuevo padre de turno y estiró su manita temblorosa para ofrecérselo, creyendo que con esto evitaría la desgracia.

—¡Salí, pendeja! —gritó el Sebastián furioso y de un manotón arrojó el mate al aire para luego dar el agua hirviendo sobre la propia mano de la Rocío.

La niña pegó un gritito y Lautaro imaginó lo peor. Que su piel ardería en carne viva como le pasó una vez al Pablo cuando se le cayó aceite hirviendo por el lomo, cuando el Oscarcito que recién aprendía a caminar y se agarró del mango de la sartén.

¡Y que no le toquen a la Rocío porque entonces no respondería de sí mismo! Se dijo entonces que era ahora o nunca, y se arrojó con toda la fuerza y rencor que un hombre de siete años puede tener sobre el Seba. Echándolo para atrás en su cama. Comenzándole a pegar con furia en el rostro, mientras el Oscarcito y el bebé lloraban espantados.

La Rocío, mientras, se refregaba la mano con yerba y agua hervida en el vestido negro, a la vez que su madre veía cómo su hijo pequeño arrojaba golpes con una velocidad inhumana sobre una montaña de grasa. Entonces lo agarró por detrás para sacarlo de las garras de su esposo que sorprendido no tardaría en reaccionar.

Y fue allí, entonces, cuando el Seba se repuso del desconcierto y le pegó unas trompadas con fuerza en el cuerpo a Lautaro que era sostenido por los brazos de su madre en el afán de rescatarlo, y un tercer golpe explotó en su rostro. Luego se lo arrancó a la María de los pelos y lo arrojó desde la cama con los dos brazos contra la pared de madera como si fuera un muñeco.

A Lautaro le dolió todo: las costillas, el rostro que comenzaba a ponérsele como un globo, la boca sangrante, pero lo que más le dolió fue el alma. Desde el suelo vio que la Rocío no lloraba y eso lo tranquilizó, pero también le restó fuerzas para seguir la batalla.

—¡Ahora sí que te mato! —gritó el hombre que ya se había incorporado y se le venía como una bestia enfurecida. Lautaro no le tuvo miedo; y esperó con resignación el golpe final, pensando tal vez, que en aquella ocasión moriría, cosa no tan mala.

Fue su madre la que se interpuso y le gritó:

—¡Corré, Lautaro!

Lo despertó de un letargo resignado, mientras el Seba agarraba de los pelos a la mujer para sacarla del medio, y sintió como le doblaba la muñeca para vencerla hacia el suelo y allí ir una vez más en su busca.

—¡Corré, hijo! —gritó de nuevo la mujer y entonces sí, no le quedó otra cosa al chico que salir disparado hacia la puerta de chapa, rumbo al laberinto de pasillos que conocía como nadie.

Luego oyó desde afuera el ruido de pavas y cosas que caían, los pasos alterados y pesados del Seba saliendo de la casilla golpeando la puerta con fuerza,

pero él ya había doblado por la derecha y luego por la izquierda y otra vez por la derecha. Los sonidos del Seba le llegaron lejanos, pero pudo oír también cuando se trastabilló con el Pedrito y dio su humanidad por tierra en la noche de la villa. Lautaro corrió y corrió a más no poder por la vía, y sintió cómo los mocos se le mezclaban con las lágrimas y la sangre que emanaba por la comisura de sus labios, pero no se detuvo, y siguió atravesando durmientes incontables mientras la cara se le seguía hinchando como un globo, y con el único ojo abierto divisaba ya las vías de la estación de Avellaneda…

II. El Contrato

Cuando salió de la Estación de Constitución mezclado entre la gente que volvía a sus hogares, los ojos se le llenaron de luces y movimiento. Tenía frío, pero no le importó: miraba extasiado las luces de la gran ciudad de Buenos Aires; detenerse y arrancar los autobuses multicolores que llaman *colectivos*, llevando cientos, miles, tal vez millones de pasajeros en una de las ciudades más cosmopolitas del mundo.

—¿Qué te pasó en la cara, pibe? —le preguntó un hombre mayor sentado en un banco enano, con un cajón para lustrar zapatos.

Lautaro no respondió y cruzó la calle Brasil corriendo, esquivando un taxi y metiéndose de lleno en la ciudad. Apenas oyó cuando aquel buscavidas le gritó:

—¡No se ocurra limpiar zapatos a vos también, eh! ¡Esta zona es mía! ¿Oíste, pibe?

Tampoco había contestado al revisor de los boletos un momento antes cuando lo llamó y Lautaro salió corriendo al otro vagón. Apenas llegó a oír «¡estos pendejos bribones!», mientras todos los pasajeros sobre el tren lo miraban repulsivamente con la hinchazón en su rostro y se hacían a un lado para que Lautaro no los tocase, no sea cosa que quizá su pobreza contagiara.

Miró hacia atrás y el revisor no aparecía: buena señal.

Había muchos vagones y todos repletos, aun de pie, así que para cuando pudiera pillarlo, ya habrían llegado antes. Y siempre tenía la alternativa de arrojarse por la puerta de emergencia con el tren en movimiento. Ya conocía bien esa historia, aunque él personalmente nunca lo había intentado. Tuvo tiempo para pararse al lado de una de las puertas de entrada al vagón y ver a una pequeña.

¡Cómo la Rocío!

Estaba de rodillas en el asiento hacia atrás, observándolo asombrada. ¿Era de verdad su cara o tenía aquel nene un careta? Con un globo morado en un ojo y otro globo en los labios con pintura roja en un costado. Lautaro miró entonces hacia el cristal de la puerta y pudo ver el reflejo de un chico moreno, con el pelo revuelto y un párpado tan hinchado que solo se le veía una rayita de su ojo, mientras que el otro también lo tenía algo inflamado pero de golpes anteriores. Además traía la boca enorme, con los labios hacia afuera como un riñón; ya no sangraba, aunque se veía una costra oscura pegada. Le costó un momento identificar aquella imagen como suya. Con la manga se refregó la nariz y se

limpió los mocos, mientras la pequeña seguía con sus ojos clavados en él fascinada.

—¡Vamos, sentate derechita! —le dijo entonces su madre y con eso le otorgó a la niña el don de ver el mundo de personas normales, no sea cosas que con mirar…

Subir al tren en la estación de Avellaneda había sido fácil sin ningún control; viajar las dos únicas estaciones hasta la Capital fue cuestión de minutos. El problema estaba en la bajada en Constitución, pero ya le había advertido una vez su hermano el Pablo que tenía que mirar bien que los guardas no estuvieran en el control de las vallas de salida. Y precisamente allí había un batallón de inspectores esperando terminar su turno, agujereando boletos y abonos a todo el mar de pasajeros que lo invadían de los diversos trenes que llegaban.

—Boletos, boletos… —pedían todos.

Entonces a Lautaro no le quedó más que escabullirse entre las personas, haciendo su cuerpo más pequeño de lo que era y simular ser un bulto, mientras las miradas atentas de los corta-boletos miraban hacia arriba.

—Elegí siempre el revisor más viejo o el más alto— le había dicho aquella vez el Pablo.

¿Habían pasado dos años ya de eso?

Así, lo hizo, había un señor mayor, que si bien no era muy alto, parecía cansado y estaba seguro que no se daría cuenta en el paso.

Pero se equivocó.

Se puso detrás de un hombre con un abrigo oscuro y agachó su cabeza para no ser visto. Pero cuando pasó, cuando ya creía que solo faltaba poner primera y echarse a correr, una mano fría, áspera, rugosa, se le mete entre el cuello de la camisa y la piel.

—¡Vení para acá! ¿Adónde vas vos?

Sintió cómo sus pies eran arrastrados dos pasos hacia atrás y miró de frente al anciano, pero cuando este lo observó, cuando vio su globo en el ojo y su boca, se produjo el milagro: lo soltó, tal vez porque se compadeció del niño golpeado, o quizá porque creyó que el pobre pequeño ya había tenido suficiente sufrimiento por ese día. Nunca supo Lautaro que el motivo real fue el asco que le produjo al viejo guarda aquella imagen. Después de todo, no sería el primer vagabundo que se le escapaba, ni el último. ¡Y por lo que ganaba para hacerse problemas estaba!

Así, Lautaro pasó al revisor de boletos sobre el tren de Avellaneda, a la niña observadora y al batallón de guardas, incluyendo al anciano. Ya había cruzado la calle Brasil y estaba en plena Plaza Constitución: lo peor había pasado.

Más allá de las paradas de los primeros colectivos, Lautaro pudo ver en el medio de la plaza la hilera de columpios, todos ocupados, esperando que los niños se vayan y así poder hamacarse, volar hasta el cielo en soledad.

Mientras, se acercó tímidamente al sector de las barras paralelas. Le encantaban las barras. Allí podía demostrar toda su sabiduría aprendida en los árboles de la villa de Dock Sud. Era capaz de subirse como un mono a la copa

más alta y más de una vez jugó con la Rocío a que era Tarzán y ella la mona Chita. Y las barras de la plaza, ¡qué cosa más fácil! Tan parejitas, tan arregladitas y tiesas. Y allí se mostraba una, solitaria, todita para él. Mirando a los niños con sus padres de soslayo pegó un gran impulso y se colgó con los brazos de la parte alta de las barras. Algunos niños lo miraron asombrados de su destreza, aunque en realidad lo que les llamaba la atención era su cara de torta hinchada, sus ojos amoratados y todo su aspecto de niño harapiento. Lautaro, no obstante, puso sus piernas sobre las barras y se dejó caer, quedando colgado con la cabeza para abajo. Desde allí pudo ver el mundo patas para arriba y se sintió feliz por ello. Luego de quedarse así varios segundos, se hamacó con las piernas y tomó impulso para agarrarse nuevamente con los brazos. Hizo fuerza con el abdomen y se sentó encima de las barras. Luego se soltó arrojándose al suelo, pero sus manos firmes contuvieron el caño y quedó columpiándose de nuevo, aunque esta vez con la cabeza para arriba.

Cuando vino un hombre con su hijo hacia él se soltó y solo los miró venir curioso.

—¡Andate de acá, pendejo! —gritó el hombre y él se lo quedó mirando extrañado.

¿Le había gritado a él?

Entonces el padre cogió una piedra y amenazó de nuevo:

—¡Salí de acá, vagabundo!

Y cuando hizo para arrojársela, Lautaro se tapó la cara con los brazos y luego corrió al costado de la plaza. Al darse la vuelta, allí estaba el hombre ayudando a cada movimiento de su hijo, sin tener en cuenta que alguna vez existió aquel chico inmundo.

Se quedó un rato sentado en el hueco que daban las raíces de un viejo ombú. Desde el árbol —enraizado a un costado de la plaza, dicen de hace más de trescientos años de cuando Buenos Aires era aún una aldea española—, se podía observar todos los movimientos. Poco a poco la plaza se fue vaciando, el hombre y su hijo se fueron y solo quedaron algunos pasajeros en las paradas. Hacia un costado, enfrente de la plaza, un grupo de mujeres de ropas coloridas, minifaldas y con escotes pronunciados discutían airadamente porque al parecer dos se peleaban por el mismo cliente que se había detenido en un coche lujoso, que finalmente optó por huir del escándalo que habían montado las putas. Lautaro las miró con curiosidad, pero luego sus ojos viajaron otra vez a los columpios, ya vacíos de padres protectores. Se animó y refregándose los brazos por el frío se acercó a las hamacas. Cogió la del medio; la misma que había cogido su hermano el Pablo dos años atrás; él había estado en la de la derecha. A la derecha de su hermano. Puso el culo en la madera y dio tres pasos para atrás, luego se soltó y se dejó llevar.

Arriba. Arriba. Más arriba.

Cada vez que volvía, la imagen de la Rocío, el Oscarcito, el Jónatan y su madre lo asaltaban, pero cuando iba hacia delante, hacia el cielo, todos los pensamientos se le iban y disfrutaba el vuelo de águila, con el viento en su rostro.

Estuvo así, hipnotizado, no menos de quince minutos. Ya se había olvidado de los golpes, del dolor y del frío, cuando vio venir por un costado un grupo de chicos sin padres. Ya había oído hablar de los chicos de la Plaza Constitución. Bandas de chicos que vivían y dormían en la calle, todos ellos arrojados a la vida, escapados casi siempre de padres borrachos, abusadores, golpeadores, explotadores. Eran chicos libres, esclavos solamente de las inclemencias del tiempo y de los ojos inquisidores, cuando no de la Policía que algún que otro susto les daba, aunque fuese para demostrar un poco de autoridad. Se sintió feliz de su presencia y hasta esperó que le saludaran. Pero contrariamente, los chicos ocuparon los columpios, mejor dicho, los invadieron y comenzaron a hamacarse con insultos y gritos entre ellos. El que parecía mayor, algo así como el líder, se quedó observándolo desde atrás. Lautaro torció como pudo su cuello y miró de reojo al chico, de no más de quince años, que lo escudriñaba fijo con ojos de pez y una risa muerta en los labios. Se quedaron así un momento, Lautaro sin dejar de hamacarse. Entonces el chico se le acercó y extendió sus manos y cuando Lautaro regresó del aire volvió a empujar el columpio para darle más fuerza y que el pequeño se elevara más al cielo. El muchacho le sonrió con esa sonrisa de muerto y Lautaro disfrutó el viaje de ida. Al volver, el chico le dio más fuerza aún.

Lautaro comenzó a preocuparse.

Mucha más fuerza la tercera vez y las zapatillas desgarradas de Lautaro volaron más alto que su cabeza. Y el nuevo empujón fue mucho más alto y peligroso todavía. Y cuando Lautaro iba a gritarle al chico que se detuviera, al volver el columpio, aquel atrapó la sentadera con fuerza y lo arrojó hacia delante cayendo Lautaro de cara hacia la tierra… en el medio de las risas generales de los demás chicos.

Entonces el *grandote* se apoderó de la hamaca, y sin tomar en cuenta a Lautaro en el suelo comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante. La primera vez que pasó los zapatos le zumbaron sobre su cabeza; cuando vino de su vuelo los tacos le pegaron en la nuca y lo hundieron más en el polvo. Otra vez el vuelo rasante y antes de que regresara, Lautaro rodó hacia un lado para no recibir más golpes. Se puso de pie, se sacudió un poco como si con ello lograra limpiarse y entonces decidió alejarse del grupo de los pequeños callejeros y se fue otra vez a las raíces protectoras del ombú corriendo ante la mirada y burla general.

Desde allí contempló a los niños en silencio.

Reían, se empujaban unos a otros y hasta se repartían un único cigarrillo. El *grande*, el que le usurpó el columpio, se hamacaba ajeno a todos, hasta que de repente se detuvo arrastrando sus zapatillas en el polvo y se cruzó de brazos. Entonces los demás chicos se callaron y rodearon al que parecía el líder. Luego salieron todos corriendo hacia la calle Salta, del otro lado de la plaza y Lautaro suspiró aliviado.

Volver a la casa era más que peligroso por las últimas locuras etílicas del Seba y por cómo había quedado la situación, por lo que decidió pasar la noche en el hueco del ombú. No estaba tan mal después de todo, teniendo en cuenta la estrecha cama donde dormía con la Rocío y el bebé. A veces, cuando el Seba estaba borracho y enfadado, también con el Oscarcito que se ponía a su lado; y él

lo abrazaba protegiéndolo. Entonces se iban ambos al lado de los pies, para no apretujar a la Rocío que le hacía un hueco entre sus brazos al Jónatan. Y ahí tenía su propio hueco, el del ombú, para él solo. Sintió hambre, pero eso no era nada nuevo; muchas veces en su casa no comía y el único billete de dos pesos que había, apenas alcanzaba para la botella de cerveza del Seba. Entonces se acostaban sin comer, mientras su madre los miraba con una tristeza pasiva. De vez en cuando, si quedaba yerba, la Rocío preparaba mate cocido para todos.

El Pablo les había enseñado que si se guardaba la yerba en una hoja de periódico, se secaba y podían volverla a usar. Pero a él no le gustaba demasiado, ya no sabía a nada, o bien a tinta de periódico y malas noticias.

También tuvo que buscar la posición para que no le dolieran los huesos, ni la cara, ni la boca, que le latía como si tuviera el corazón en el labio inflamado. Pero con todo, abrazado a sí mismo para protegerse del frío, poco a poco se fue durmiendo, mientras veía las últimas imágenes de las filas de los trabajadores en las paradas de los colectivos, esperando regresar a sus hogares.

Sueños habituales lo visitaron.

Sueños con el Seba desnudo encima de su madre como un salvaje, mientras la Rocío le cambiaba los pañales al Jónatan y el Oscarcito mojaba el pan duro en una taza de agua caliente verdosa que simulaba ser mate cocido. En el sueño también tenía hambre, incluso le dolían los brazos y la cara. Pero en el sueño estaba el Pablo. Venía del baño de afuera, el único que había para varias casuchas, y le sonreía.

—Vine a buscarte, Lautaro —le dijo.

Se lo veía bien; tenía un pantalón nuevo y la cara limpia. Lautaro abría grandes los ojos, se sintió feliz, exultante. Pablo lo sacudió.

—¿Qué hacés acá, pendejo? —lo despertó una voz.

Lautaro miró hacia todos los costados.

¿Dónde estaba?

¿El Pablo?

Entonces apareció ante sus ojos el chico *grande*, ese que lo había tirado del columpio. Lautaro comprendió la realidad.

—¿Te creés muy listo en ocupar un lugar nuestro, eh? —le dijo.

Entonces lo tomó con las dos manos de los pelos y con una fuerza descomunal lo arrancó de las tibias raíces del ombú de Constitución, arrojándolo sobre el polvo de ladrillo de la plaza. Lautaro se hizo un ovillo para contener el golpe que creyó que vendría, pero en cambio, el chico grande se rió y lo observó con curiosidad.

—¿Este pendejo de donde salió? —preguntó al grupo.

—Es al que le usurpaste la hamaca —dijo uno divertido.

—Ya sé. —Miró el mayor otra vez a Lautaro, que seguía en posición fetal, mirando por el costado de un brazo a su agresor—. Mírenlo como tiene la cara; parece un monstruo —y largó una risa burlona para que todos también rieran,

porque era gracioso, o por temor al chico *grande*—. ¿Quién te pegó?

Entonces Lautaro sacó sus brazos de la cabeza, pero sin animarse a sentarse en el suelo de la plaza.

—Me *pelié* —respondió.

—¡Ah, un chico valiente! —Se rió el que parecía el líder—. Esos son los que me gustan, los pendejos que se las bancan.

Lautaro se quedó mirando al grandullón; las sonrisas irónicas de algunos no le dieron buena espina.

—¿Vos te la bancás, pendejo? —le preguntó entonces el grandullón.

Lautaro no respondió y se quedó mirándolo.

El chico le dio una patadita en sus zapatillas rotas.

—Dale, respondé, ¿te la bancás, vos?

—Sí —contestó tímidamente Lautaro.

Tenía miedo, rodeado entre tantos chicos. Bancársela significa en jerga de los chicos de la calle si era capaz de soportar cualquier cosa. Pero decir que no, era pasar como cobarde y el infierno podría ser más duro y cruel.

—Muy bien. Ya lo decía yo —dijo alegre el grandote.

Estiró su mano para ayudarle a levantase. Lautaro la aceptó, más que nada para no despreciarle. El chico lo escudriñó y dijo:

—¿Querés ser de mi banda?

Lautaro asintió con la cabeza, más que nada por temor.

—¡Muy bien! ¡Te voy a sacar bueno! —Sonrió el grandulón, y sin que lo esperase lo atrajo hacia él con un brazo y le rodeó el cuello apretujándolo contra él—. ¡Y ustedes banda, este desde hoy es mi amigo! ¡Nada de bromear con él, eh!

Todos asintieron, pero se veía burla en sus ojos.

—Con estos tenés que tener cuidado, cuando te descuidás te clavan un cuchillo por la espalda —dijo riendo entre dientes, sin preocupación de que todo el mundo lo oyera—. Vení conmigo. Vamos a firmar el contrato.

Entonces, apretujada la cabeza del pequeño contra su costado, caminó con paso apurado hacia destino desconocido. Anduvieron más de cien metros, mientras el chico grande lo iba adulando por el camino.

—Vos me caés bien —le decía una y otra vez.

Llegaron a la calle Lima, al costado más oscuro de la Estación de Constitución, frente a un hotel que parecía abandonado; aunque en realidad las rejas y los candados demostraban el encono de sus habitantes para cuidar el lugar. Entonces el chico *grande* soltó a Lautaro y lo observó sonriente, justo al lado de un basural que estaba formándose en la misma calle de adoquín. Las putas a un costado del hotel comprendieron lo que estaba por suceder. ¡Otra vez! Pero no iban a intervenir, no. Había como un pacto silencioso, nunca expresado en palabras, que ellas no se metían con los chicos de la calle, que eran bastante peligrosos por cierto, y ellos no se metían con las putas, más de insultarse ambos grupos de vez

en cuando.

—Sí, vos me caés bien —dijo aquel chico entre dientes.

—¿Qué? —preguntó tímidamente Lautaro.

—¿Así que te la bancás?

Lautaro comenzó a temblar: el chico sonreía perversamente, impunemente. Sus ojos brillaban y sus labios finos estaban estirados, tensos, casi parecían lastimar su boca. Se notaba su cinismo en la mirada. Y sin decir más, el chico grande con el puño cerrado le dio un tremendo golpe en la boca del estómago, que Lautaro no pudo evitar. Se dobló en dos y entonces vino el otro puño en la cabeza, cayendo el villero de Avellaneda de bruces sobre la basura. Su miedo, mezclado con su indignación, sacó su furia, su instinto de conservación, con la que daba palizas a Felipe en el cole. Entonces, en un segundo se puso de pie y arremetió con su cabeza contra la humanidad del chico grande, que retrocedió por el empellón y hasta estuvo a punto de caer sobre el adoquín. Lautaro tiraba golpes a diestra y siniestra, pero un solo impacto del puño del chico grande en su rostro hinchado lo arrojó con fuerza otra vez sobre la basura. Y allí el chico grande, baboso de placer, gustoso por una victoria segura comenzó a pegarle con ambas manos y ambas piernas por el rostro, la cabeza, el pecho, la espalda. Lautaro otra vez buscó la posición fetal y pensó que era el final. Que moriría a golpes esa misma noche. El chico grande seguía dándole puñetazos, sentía su jadeo exultante y poco a poco sus brazos fueron agotándose y cayó de rodillas, con la respiración entrecortada. Tomó aire y le aplicó un último golpe en el costado descubierto del rostro. Pero Lautaro ya no sentía dolor, ni miedo; solo esperaba que sus ojos se cerraran para siempre.

Entonces el chico grande comenzó a reírse con una risa satánica, descontrolada, llena de agitación y cansancio y le dijo jadeante:

—¡Vos me caés bien!

Lautaro permaneció encogido; no podía moverse. Sintió cómo la sangre le corría por el rostro hasta la boca. Chupó la sangre mezclada con lágrimas.

—¡Vení, pendejo! ¡Levantate!

Lautaro siguió en posición de feto.

—¡Dale, pendejo, no tengas miedo! ¡Ya pasó todo!

Entonces el chico grande estiró su mano otra vez para ayudarle y Lautaro hizo el primer esfuerzo para ponerse de pie. No supo cuántas partes de su cuerpo le dolían: solo que de un ojo no veía nada y el otro también se le estaba cerrando.

—¡Mirá, cómo estás! —dijo el chico grande con aire, como si le preocupara—. ¡Parecés el Quasimodo ese! ¿Sabés quién es Quasimodo?

Lautaro asustado, esperando otro golpe en cualquier momento, dijo que no con la cabeza.

—Es un dibujito que miré una vez en la tele. Está muy bueno. Era un tipo así deforme, como vos. Pero lo de él era para siempre; nació así, ¡pobre tipo!

Lautaro, con su único ojo semiabierto vio un aire de tristeza en el chico

grande.

—¡Ser así para siempre! ¡Debe ser jodido! Daba lástima. Vos también das lástima, pero por lo menos a vos se te va a pasar en unos días. —Miró otra vez a Lautaro—. ¿Entonces querés ser parte de la banda?

Lautaro, desconfiado, asintió otra vez con la cabeza.

El chico grande estiró su mano para saludar formalmente al más pequeño, y Lautaro se tapó la cara instintivamente.

—Yo soy Julián, pero acá me dicen todos el Jefe. Así que vos tenés que llamarme el Jefe.

—Está bien —respondió Lautaro y sintió que los labios no le respondían de hinchazón y dolor.

—Para ser un miembro de mi banda tenés que ser obediente. Jurar serme fiel.

—Está bien.

—¡Te lo digo en serio! —gritó como si no creyera en las tibias palabras de Lautaro—. ¿Creés que podés serme fiel en todo?

—Sí.

—Acá hay dos leyes: serme fiel y no pegarle a las mujeres. Porque un hombre que pega a las mujeres es un cobarde.

Lautaro no entendió el porqué de la frase, pero estuvo de acuerdo. Además, el Seba era un cobarde, que también le pegaba a su madre. ¡Y a los más pequeños!

El chico grande, el Jefe, sonrió satisfecho.

—A ver si es cierto. Tirate al suelo cuerpo a tierra

Lautaro sintió la humillación de sus palabras, pero tenía más miedo a sus golpes que orgullo y se arrojó a la tierra como si fuera un soldado y el Jefe, su general.

—Ahora besame las zapatillas.

El chico pequeño no dudó en poner sus morros en cada calzado del Jefe.

—Ahora ponete de rodillas. —Lautaro así lo hizo.

—¿Quién es el que manda, acá? —preguntó el *grandote*.

—Vos.

—¿Y quién soy yo?

—El Jefe.

Julián sonrió satisfecho.

—Ahora la prueba final para ver si sos obediente.

El chico grande se llevó las manos a la bragueta y se bajó la cremallera. Lautaro abrió grandes los ojos y sintió que el alma se le oprimía. Entonces el chico grande arrojó otra risa brutal, descomunal y se levantó el cierre.

—Yo quiero que seas fiel, no un maricón de mierda. ¡Levantate que es broma!

Ayudó a levantar a Lautaro.

—Oíme bien: las personas son como los perros sanguinarios. Tenés que molerlas a palos para que sepan quién manda! Luego comen de tu mano y son incapaces de morderte ni una vez.

Cuando Lautaro estuvo de pie miró con aire asombrado al nuevo chico grande que le aparecía ante sus ojos. Este le rodeó nuevamente el brazo en el cuello y, luego de levantar su dedo medio a los ojos curiosos detrás de la oscura cristalería del hotel, lo llevó abrazado, pero con más delicadeza que antes. Lautaro giró su mirada al edificio sombrío y llegó a ver cómo una silueta bajó la cortina deprisa para evitar ser descubierto. Momento después, ya estaban en las luces de la plaza.

—¿Vos cómo te llamás, pendejo?

—Lautaro.

Entonces el Jefe anunció a sus compañeros:

—Banda, aquí les traigo un nuevo miembro. ¡Lautaro! ¡Ya firmamos el contrato! —dijo y largó una risita irónica que todos comprendieron.

Se le acercaron y dieron la mano, estrechándosela hacia arriba como era costumbre entre los chicos de la calle.

—El que toque a este pendejo, muere. ¿Entendido?

Todos asintieron sumisos con las cabezas.

En total, sin él, eran seis. El Jefe parecía el mayor de todos. Había uno, un poco más alto que él, con mirada que por momento parecía feroz y por momento salida de un chico que había sufrido demasiado; le decían Croto, que en la calle era sinónimo de miserable, vagabundo, pordiosero, indigente. Indigente entre los indigentes. Luego le seguía otro, no mucho más bajo que los anteriores, con cara de santo, lleno de pecas y que bien vestido nadie pensaría que fuera un chico de la calle, aunque extremadamente delgado y que todos apodaban con el fundado mote de Hueso. Seguía otro que, aunque más bajo, parecía el más sanguinario del grupo. Miraba de una manera calculadora y de no ser porque tenía un par de años menos que los anteriores, se diría que era el verdadero jefe del grupo. Le decían el Roña. Seguía otro también delgaducho, moreno, que siempre andaba callado y mirando obsesivamente hacia la puerta de la estación de trenes. Cuando salía un grupo de personas abría más los ojos y hasta solía —como vio luego— pararse frente al grupo observando uno a uno a los pasajeros como si buscara algo en ellos. Lo llamaban con el extraño nombre de Jamón. Por último, el más pequeño del grupo, de nombre Carlitos, tenía una edad indefinida. Su cara era la menos morena de la banda y su piel la más suave del grupo. Tenía modos afeminados y aunque intentaban poner voz de hombre, le salía un silbido que lo hacía más grotesco y le encajaba mejor la sospecha de ser homosexual. Tenía el pelo rapado casi hasta verse el cuero cabelludo, con una cicatriz en un costado de la cabeza.

Cuando Lautaro saludó a todos, por fin quedó otra vez a merced del Jefe.

—Mirá como estás, hecho un desastre, pendejo —le dijo—. ¡Y esas zapatillas viejas! ¿De dónde las sacaste?

Luego el Jefe miró a uno de la banda, el más grande.

—Vos, Croto, dale tus zapatillas al pendejo —ordenó.

—Pero me las distes ayer —se quejó Croto, llamado así porque cuando entró a la banda solo traía un pantalón todo roto, descalzo, sin camisa, como un vagabundo… un verdadero croto.

—¿Quién manda acá? —gritó amenazante.

Entonces Croto hizo una mueca de triste resignación y se sacó las zapatillas de primera marca para dárselas a Lautaro. Este las agarró y las miró extasiado. Nunca en su vida tuvo un par de zapatillas así.

—¿Cuánto calzás?

Lautaro se encogió de hombros.

—Sacate las tuyas, a ver…

El nuevo miembro de la banda se las sacó, casi se las arrancó y se las dio al jefe.

—¡34! ¡Qué pie de mierda tenés! ¡Estas son 37! Bueno, no pasa nada. Así te van a durar hasta que te crezcan las patas. A ver, ponételas, pendejo.

Lautaro se sentó extasiado, hipnotizado por la calidad de zapatillas que no tuvo nunca y se las puso con entusiasmo. Le parecieron calentitas, aunque demasiado grandes.

—Te quedan bien —dijo el chico de voz muy fina y pelo rapado.

—Parecen zapatos de payaso —dijo otro y todos comenzaron a reírse.

—¡Firulete! —gritó otro, mencionando al célebre payaso argentino de varias generaciones.

—¡Ahí está, desde hoy te llamás Firulete! —sentenció el Jefe.

Luego le dieron un nuevo jersey, unos calcetines de lana para que no se le salieran las zapatillas y por último todos salieron corriendo al interior de la estación en busca de amparo; Lautaro también corrió tímidamente detrás.

Croto iba descalzo sin chistar.

III. Los Hijos de la Calle

La gigantesca estación de trenes y metro de Constitución ya había cerrado las puertas internas hacia los andenes. El Jefe y otros dos saltaron las barreras y comenzaron a mirar por el suelo a ver si hallaban algo de interés. Los pequeños comercios de chapa, todos con las persianas bajas recibieron las habituales pedradas de la banda. Lautaro los miraba atónito, y hasta feliz, a pesar de que sentía la cara como un globo a punto de estallar y unos pinchazos de dolor permanentes.

—Vení —le dijo el chico de la voz finita y lo tomó de la mano. Aparentaba tener ocho, tal vez nueve años y tenía una sonrisa sincera, la mejor de todas las que veía ahí.

—¿Qué?

Le puso la mano en la frente.

—¿Qué pasa?

—No, no tenés fiebre. Ahora vamos a dormir.

Adentro de la gran estación de trenes, había bocas que comunicaban con las diferentes líneas de Metro, que llamaban vulgarmente Subterráneos. Pero estas bocas de los subtes estaban tapadas de noche por unas cortinas metálicas plegables como fuelle para evitar precisamente a las bandas de jóvenes granujas nocturnos. Apenas quedaban cuatro escalones libres para que los rateritos y vagabundos pudieran acomodarse. El chico aquel, tomándole de la mano llevó a Lautaro a la puerta de uno de esos agujeros donde se concentraba la banda a descansar en las noches, fuera del alcance de otras bandas más peligrosas o de la Policía, aunque eso tampoco era seguro.

Lautaro dudó un poco antes de seguir, pero tampoco estaba en condiciones de irse. Contempló a su acompañante que lo llevaba de la mano y recordó horas antes cuando el Jefe tuvo el mismo gesto engañoso en el basural de allá afuera. Entonces lo midió y calculó que ese chico no era mucho más fuerte que él y podría defenderse en igualdad de condiciones, a pesar de sus fuerzas agotadas. Pero cuando ese chico se echó contra la reja y le señaló el escalón para que Lautaro se sentara a su lado, por fin comprendió que no había violencia en aquel pequeño, sino todo lo contrario, una incomprensible decisión de echarle una mano en aquel pequeño infierno.

¿Cómo habrían sido los primeros días en la calle de su hermano Pablo?, se dijo en ese momento.

—Vení, dale —insistió aquel chico.

Lautaro se sentó a su lado con suma desconfianza.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Lautaro.

—Bonito nombre —dijo—. ¿Desde cuándo sos un chico de la calle?

—¡Yo no soy un chico de la calle! —respondió Lautaro ofendido—. Me *pelié* con la pareja de mi vieja.

—¿Él te dio la paliza esa?

—¡No, me *pelié* —repitió Lautaro con orgullo y sintió que los labios hinchados le tiraron un poco. Se pasó por ellos la lengua y arrastró una gotita de sangre—. Es la primera noche fuera de casa.

El chico largó una risita burlona y agregó:

—Como quedaste es preferible que digas que te pegó tu padrastro. Encima después te agarró el Jefe.

—A ese lo agarra mi hermano mayor, el Pablo, y le dura menos de un minuto nomás, le dura...

El cara de *marica* le sonrió y no dijo nada. Entonces Lautaro se tranquilizó y miró hacia la plaza. Los del resto de la banda, que venían más atrás, se empujaban y se pegaban, mientras el Jefe había conseguido un par de cigarrillos casi enteros del suelo y comenzaba a encenderlos para repartirlos.

—¿Y vos como te llamás? —le preguntó Lautaro.

—Carlitos.

—¿Y acá como te dicen?

—Carlitos —repitió y echó una mirada pícara.

Lautaro miró otra vez a los chicos y ya habían comenzado a tranquilizarse, mientras echaban todos una pitada al cigarrillo que sostenía el Jefe.

—¿Cuántos años tenés, Carlitos?

—Trece.

Y recién entonces miró al rostro de su compañero extrañado. Le pareció imposible que tuviera esa edad. Era apenas un centímetro más alto que él mismo. Sus mejillas, aunque sucias, tenían un rosado natural y no se le distinguía vello alguno sobre su labio superior.

—¡Bueno, basta, que no me queda nada para mí! —retumbó la voz del Jefe en la estación vacía.

—Te recomiendo una cosa —dijo Carlitos.

—¿Qué?

—No digas tu nombre. Decí siempre Firulete.

—¿Por qué?

—Es mejor.

—Ah.

Los chicos de la banda acabaron los dos cigarrillos y vinieron corriendo hacia donde estaban Lautaro y Carlitos.

—Con este tené cuidado que es *marica* —dijo Croto señalando a Carlitos.

—¡Qué *marica*! —se quejó Carlitos con su voz de pito—. ¡Si te agarro te rompo el culo!

—¡Shhh, basta! —gritó el Jefe dando por concluida la discusión—. ¡Vamos a dormir!

Luego el líder miró a Carlitos sonriente y este le devolvió la mirada. Entonces el Jefe hizo lo que nadie supuso que haría, arrojó un consistente escupitajo que dio de lleno en la cara del chico de voz aflautada y la saliva blanca comenzó a correrle por la mejilla. Sin dejar de sonreírle, Carlitos se limpió con la manga y se acomodó para dormir.

Todos los chicos se distribuyeron en la escalera del metro. Carlitos quedó contra la reja, a un lado Lautaro y al otro Croto. Enfrente se pusieron el Jefe, bien resguardado del viento contra la reja, y los otros tres restantes a su lado. Todos pronto cerraron sus ojos; uno, al que le decían Jamón pidió tontamente quedarse en la parte del exterior y tenía por costumbre mirar a cada momento hacia la salida de la estación; Lautaro, desde la ranura de visión que le quedaba contempló a cada uno absorto. Croto tenía los pies desnudos y hasta pudo ver una veta azul de frío, no obstante ya parecía estar dormido.

Pensó en Jónatan.

¿Estaría tapadito?

¿La Rocío se daría cuenta de que durante la noche se saca la manta con los pies y es necesario arroparlo de nuevo?

Entonces se sacó el jersey nuevo y le tapó los pies a su nuevo compañero de banda. El Croto hizo un movimiento instintivo, como quien recibe la caricia de su madre y hasta abrió los ojos, pero el ensueño solo duró un segundo, expidió un suspiro profundo y siguió durmiendo más placenteramente.

—¡*Juira*! —la primera voz de la mañana no fue precisamente de bienvenida al Subterráneo Metropolitano Sociedad Anónima. El viejo empleado gritó—: ¡Todas las mañanas lo mismo! ¡Un día de estos llamo a la Policía y verán!

Lautaro se levantó como resorte, pero al ver el movimiento lento y desinteresado de sus compañeros de noche, se relajó un poco. Entonces comprendió que ya tenían calado al viejo y que no le hacían ni caso. Croto se había puesto su jersey nuevo sobre los hombros, pero no se animó a pedírselo.

—¡Vamos a mear! —dijo entonces el Jefe.

Corrieron todos a los inmundos baños de la estación y ocuparon los orinales de las paredes; el Jefe, más osado meaba desde un metro hacia el inodoro, embocando el chorro y riéndose, mientras dejaba el sector hecho un asco; de vez

en cuando apuntaba su orina hacia uno de los compañeros y estos tenían que hacer esfuerzos para saltar y esquivar el ser alcanzados, no siempre con éxito.

—Vamos —dijo por fin el Jefe y caminó entrándose al sector de boleterías. Afuera era de noche aún y el frío había aumentado—. Cada uno en su puesto. Vos, Firulete, ponete en aquella ventanilla.

Lautaro no supo de qué iba todo, pero Carlitos le dio una completa explicación que consistió en solo dos palabras.

—Pedí limosna —le dijo y él se puso en la ventanilla de al lado.

El movimiento todavía era incipiente. Los primeros trabajadores comenzaron a llegar. Lautaro vio la cara de solicitar misericordia que puso Carlitos para la ocasión, con la mano puesta sobre la ventanilla como cucharita hacia arriba, esperando que cayera sobre ella alguna moneda. Sus ojos a punto de caerle una lágrima.

La gente al contemplar esa imagen debía morirse de tristeza, pensaba Lautaro, y no solo darle el vuelto que le daban en la ventanilla por el boleto, sino echar mano a la cartera para algún billetito solidario.

Sin embargo, los tempraneros pasajeros estaban quemados de tanto teatro y salían de las ventanillas con tensa indiferencia.

Lautaro entonces lo imitó, aunque no necesitaba poner rostro de dar pena; lo daba en sí con los moretones y raspaduras a flor de piel.

—¿Una limosnita por el amor de Dios? —dijo Carlitos y Lautaro vio como alguien le dio una moneda dorada de mala gana, tal vez de diez centavos.

Él no decía nada, solo miraba extasiado todo aquello, con su mano mugrienta extendida.

—¿Qué te pasó, nene? —le distrajo una voz de una mujer.

Lautaro miró a la dama, una mujer mayor, bajita, con aire de preocupación. Se encogió de hombros. Entonces la mujer puso una moneda de un peso en su mano. Eso entusiasmó al chico que siguió pidiendo. Un rato después, cuando había conseguido unas cuantas monedas, el Jefe llamó a su banda para ir a la plaza.

Lautaro guardó todas las monedas en su bolsillo y le entusiasmó el tintineo que hacían al caminar. Calculó comprarle un chupete al Jónatan, un chocolate a Oscarcito y algo bonito para la Rocío… quizá un pequeño muñeco de peluche; él mismo los vio en los múltiples puestos ambulantes de Constitución a dos pesos.

¿Qué podría ser?

¡Y también algo para él, por qué no! Tal vez un bocadillo. Desde el mediodía del día anterior que no probaba bocado cuando la Rocío hizo esos fideos hervidos con el resto de mantequilla que quedaba.

—Vamos al boliviano —dijo el Jefe.

Entonces los siete corrieron a la calle Lima, donde por las noches caminaban las prostitutas. A Lautaro le costó correr con las zapatillas inmensas, y hasta se le salió alguna vez, pero pronto alcanzó al grupo. Allí estaban las fondas grasientas

donde comían los trabajadores de paso a un precio económico. El olor a frituras y aceite quemado le penetraron por la nariz y le recordaron cuanta hambre atrasada traía. Al llegar a la puerta sucedió algo inesperado: todos le entregaron lo recaudado al Jefe.

Lautaro se quedó duro sin saber qué hacer.

No le pareció justo que lo legítimamente obtenido por él, tuviera que entregarlo, precisamente a aquel chico que le había dado la paliza el día anterior. Pero supuso que de no hacerlo le significaba algo peor que lo vivido en la jornada anterior.

—¿Y vos, Roña? —dijo el Jefe a uno de unos treces años, aunque con los chicos de la calle era imposible saberse; ya quedó demostrado con Carlitos.

—¡Ya te di! —se quejó el chico.

—¡Todo! —gritó amenazante Julián, el Jefe.

—¡Ya te di! —repitió el Roña poniéndose rojo como un tomate a pesar de su piel morena.

Entonces sin más trámites el Jefe le dio un golpe de puño en el rostro que lo tiró sentado. Luego se le acercó amenazante y estiró su mano con el rostro encendido, parecía a punto de asesinarle. Sin embargo, el Roña metió la mano en el bolsillo de su camisa y retiró un par de monedas.

—¿Esto solo? —preguntó el líder.

—¡Sí, si querés revisame! —gritó entre sollozos el chico, vencido en el suelo.

Lautaro, el otro que no le había dado nada, se quedó paralizado de terror.

—¿Y vos? —le dijo el Jefe.

Entonces Lautaro metió ligerito la mano en su bolsillo y sacó cada una de las monedas sin quedarse ninguna. El Jefe las contó con paciencia.

—¡9,35! —dijo con los ojos bien abiertos.

—No tengo más —respondió tímidamente Lautaro.

—¡Está muy bien! —dijo el Jefe sonriente—. ¡Yo hice 2,20! El que más hizo fue Carlitos que hizo 4. Debe ser esa cara de monstruo que tenés que da mucha más lástima.

Lautaro lo miraba asombrado sin saber si ponerse contento por el halago o echarse a llorar.

—Mañana te vamos a dar otra paliza para deformarte un poco más, así seguís recaudando como hoy —agregó el Jefe y se metió en la fonda del boliviano.

Lautaro se quedó aterrorizado por sus palabras y Carlitos lo notó.

—Te lo dijo en broma —le aclaró, pero Lautaro no quedó muy convencido.

Adentro, todo era movimiento. Los clientes tomaban su café con leche en la barra con una factura grasienta hecha de masa de pastel, hojaldre con dulce de leche o una crema pastelera amarilla de sospechosa calidad.

Aun así a Lautaro se le iban los ojos.

—¡Boliviano! —llamó el Jefe en el mostrador.

Un hombre moreno, bajo y algo rechoncho, con cara achinada que denotaba ser hombre del Altiplano se acercó con cara de pocos amigos.

—¡Qué hacés acá! ¡Te dije que no te quiero ver más desde el quilombo que hiciste la última vez! —protestó.

—Dame siete *sánguches*, boliviano —dijo sin tomar en cuenta las palabras del dueño del lugar.

—Me llamo Ismael, no boliviano —respondió indignado el boliviano.

—Bueno, Ismael. Dame siete *sánguches*.

—¿Estás aumentando la tropa? —Luego el hombre echó una mirada compasiva a Lautaro—. ¿Y a ese chiquito de dónde lo sacaste? ¿De abajo de un tren?

El boliviano miró asombrado, sin disimulo, cada una de las marcas de Lautaro. La hinchazón había cedido un poco, pero aún se le veía un ojo cerrado y el labio partido con una incipiente cáscara en un costado. La cara había comenzado a ponerse violeta.

—¡Ese chiquito como vos decís, nos va a salvar! ¡Es mi pollo!

—¿Siete *sánguches* dijiste?

—¡No, mejor que sean seis! El Roña hoy no come. ¡Qué se joda por tratar de mangar a la propia banda!

El boliviano miró con aire severo al Roña. Entonces preparó los bocadillos de carne tipo milanesa con tomate y lechuga. Lautaro no pudo despegar los ojos ni una sola vez del pan cortado con el trozo de carne dorada rebozada con pan rallado dentro. Se le hacía agua la boca y casi no podía esperar más.

—Dame primero la plata —dijo el boliviano con desconfianza.

El Jefe puso las seis monedas de un peso sobre el mostrador y, solo entonces, el hombre del bar depositó los bocadillos a su alcance.

Comenzó a repartir uno a uno.

—Tomá, Carlitos. Vos Croto… El tuyo, Jamón, Hueso… —Este último se persignó al recibirlo. Luego el Jefe miró a Lautaro y dijo—: Se terminó.

A Lautaro se le oprimió el corazón y miró con desesperación al Jefe, pero una risa burlona de este le dio cuenta que se trataba todo de una broma.

—¿Te asustaste, Firulete, eh? ¡Tomá! Ya te dije, mientras seas fiel conmigo, yo también voy a ser fiel con vos.

Lautaro abrió grande su único ojo funcional y comenzó a tragar saliva antes de llevarse el primer bocado a la boca. Abrió grande las fauces y el labio le ardió un poco, pero no le importó.

—¿Jefe, me comprás uno? —pidió el Roña con voz lánguida y lastimosa.

—¡No, rata! ¡Sos una rata, rajá de acá que no te quiero ver! —respondió con desprecio el Jefe, mientras comenzaba a irse.

—¡Dale! No lo voy a hacer más.

—No, salí.

—¡Dale!

Entonces el Jefe no soportó más la presión y le dio un golpe en el pecho que dejó llorando de rabia al Roña, mientras se abría paso hacia la calle y el resto lo acompañaba.

—Vení, pibe —se lo oyó entonces a Ismael, el boliviano, que en un minuto le hizo otro bocadillo al Roña de la misma calidad que el resto—. Tomá, un regalo de la casa.

El Roña miró fijo al Jefe y miró el emparedado sin decidirse a cogerlo; tampoco quería quedarse fuera de la banda.

—Nunca se desprecia un regalo, Roña —le gritó el Jefe desde la calle—. ¡Menos si es comida!

Entonces el Roña tomó ansioso el bocadillo y salió a la calle feliz, pero en un movimiento imprevisto del Jefe, como si su brazo fuera una serpiente atacando a su víctima distraída, le quitó de un golpe el preparado de pan y carne y salió corriendo con su nuevo bocado. El boliviano ya no tenía deseos de seguir luchando con esos chicos que todos los días le hacían una.

¡Y encima no eran los únicos!

Cuando se juntaron en la plaza, todos tenían casi acabada su ración, menos Lautaro que aún iba por la mitad. Carlitos también tenía un gran trozo. El Roña seguía a todos, resignado, limpiándose de la cara las silenciosas lágrimas con la manga.

El Jefe lo miró con aire de juez y sentenció:

—Esto es una banda y yo soy el Jefe. Si vos querés trabajar para vos, podés irte solo o meterte en otra banda. Pero las leyes acá las pongo yo.

—Está bien —contestó con la voz apagada el Roña.

—Ahora lo que vamos a hacer es repartir por partes iguales entre los seis el *sánguche* este. Todo menos vos. Y la próxima que nos robes te molemos a palos, ¿entendido?

—Sí —dijo el Roña y se quedó mirando como el Jefe, con mano de cirujano repartía por partes casi iguales su preciado tesoro.

Al Croto no le costó trabajo comérselo. Se lo metió de un bocado y en dos masticadas ya envió el alimento a su estómago. Todos hicieron casi lo mismo sin ninguna reserva moral hacia el verdadero dueño del emparedado. Lautaro también cogió el trozo sin miramientos. Pero cuando la banda salió corriendo hacia la calle Salta, aprovechó que el Roña se retrasó y le entregó su pequeña porción. El Roña lo miró extrañado, pero no se lo agradeció ni dijo nada. Se metió el pan con el trocito de carne en la boca y masticó con disimulo.

También pensó que ese chico nuevo era muy raro.

El primer punto que tuvo que resolver Lautaro fue su infinita duda de quedarse con la banda del Jefe por unos días o bien volver a su casa en la villa de Dock Sud. Tenía miedo de encontrar al Seba borracho de nuevo. Y aunque esto no fuera, su despedida de la casa no fue todo lo que se dice amistosa. Pero por otro lado, le daba una gran intranquilidad que sus hermanos y su madre estuvieran preocupados por su falta. Entonces decidió quedarse un rato con la banda, tal vez toda la mañana. Luego de correr por la calle Salta, y ver cómo sus compañeros robaban algunas frutas de las fruterías, doblaron hacia el lado de la Avenida 9 de Julio y allí Lautaro observó asombrado una imagen muchas veces vista en las revistas y la tele: el gran Obelisco. Se lo veía a lo lejos, alto, blanco, largo, pasando otro edificio en el medio de la avenida. Lautaro contó con el dedo, dieciocho, diecinueve, veinte plantas. Le pareció insólito que un *rascacielos*, como él creyó que era, estuviera precisamente en el medio de la calle.

¡Qué ciudad más loca!

Sus compañeros, cansados de ver esa imagen, casi sagrada para los porteños, siguieron en su carrera por la ciudad.

—Vamos a Plaza Once —dijo el Hueso—. Ahí hay mucho por hacer.

El Jefe lo miró con ojos de puñales y todos se amilanaron por las tremendas palabras pronunciadas por aquel integrante de la banda. Lautaro no entendió muy bien la idea, pero captó de inmediato que aquel delgaducho chico había dicho algo indebido.

—¿Qué dijiste? —se le acercó como para golpearle.

—No, nada. No me di cuenta —dijo con la voz apagada esta vez el Hueso.

—¡Ya dije mil veces que Plaza Once no se toca! ¡El que la nombra de nuevo, le corto la lengua.

Todos se quedaron en silencio, casi sin respiración.

—Vayamos al Turco —dijo el Jefe de repente y todo volvió a ser como antes.

Se fueron a la parada de unos de los autobuses. Lautaro los observó desde lejos, mientras Carlitos le echó una mirada furtiva una vez más, vigilándolo. El Roña, en silencio también andaba cerca de él, tal vez por un inconsciente agradecimiento. Cuando vino uno de los buses, el Jefe encaró y le dijo al chofer:

—¿Nos lleva, don?

El chófer puso el pie en el acelerador como única respuesta; entonces el Jefe aprovechó para largar uno de sus escupitajos al suelo del autobús antes de que se marchara.

Así lo repitió tres o cuatro veces hasta que uno, más indiferente a las leyes empresariales que solidarizado con la banda, sin decir nada le hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza para que subieran. Los siete chicos ascendieron corriendo por el pasillo del vehículo y se sentaron los que pudieron, en los cinco asientos libres que quedaban.

Roña y Lautaro fueron los únicos de pie.

Todos, en especial una mujer, miraron con extrañeza y con un poco de escozor al grupo de chicos de la calle. Tenían un aspecto feroz y más de un pasajero sintió temor de ser agredidos o de que tuvieran alguna de las reacciones insolentes que solían tener algunos de esos niñatos. La mujer que los observaba con indiferente indiscreción clavó la mirada, en especial, en los pies desnudos de Croto.

Que un chico anduviera descalzo por la vida sin duda era porque sus padres no sabían educarlo, se dijo y bufó indignada mirando hacia la ventanilla.

El Jefe entonces estudió detenidamente a la mujer; calculó su bolso de cuero, pero estaba bien apretado con las dos manos, por lo que se despidió de hacer un intento semejante.

—Firulete… —llamó Carlitos a Lautaro y le hizo un lugar en su asiento.

Ambos quedaron arrinconados en un asiento de a uno y Croto, que vio el gesto, le hizo un guiño al Jefe avisándole. Luego juntó sus dedos índices en señal de «estos dos andan juntos». Pero el Jefe hizo caso omiso y siguió mirando fijo la cartera de la mujer. Lautaro, que vio la burla de Croto, prefirió mirar hacia otro lado. Evidentemente la señal de aquel chico descalzo sentenciaba de manera concluyente lo que había sospechado, que Carlitos era, definitivamente, un *marica* perdido.

Y él no sería su *novio*.

Cuando pasaron por aquel *rascacielos* de veinte plantas, Lautaro pudo leer que el edificio tenía tres letras: M.O.P. Alguna vez oyó que ese era el Ministerio de no-sé-qué y que ahí ayudaban a los pobres, pero su familia (que él supiera) nunca había sido ayudada por nadie, salvo lo del corralito. Anteriormente a eso, había sido una plaza cuadrada donde los negros bailaban el candombe en carnaval. Se lo oyó oír decir una vez a su maestra. Y ya se sabe qué sucede cuando los pobres se divierten.

Al llegar a la Avenida Corrientes, bajaron todos por la puerta del medio. La mujer, atenta a cualquier movimiento traicionero de los pequeños forajidos, sentada al lado de la puerta por donde se bajaban, aferró aún más su bolso. Entonces el Jefe, sabiendo que su objetivo estaba acabado, no pudo evitar escupir a la mujer en el medio de la cara. Esta pegó un grito y más de uno hizo un gesto de reprobación, pero el colectivo ya estaba en marcha, la puerta cerrándose y los chicos corriendo hacia atrás por la avenida.

Todos menos Lautaro.

Quedó extasiado mirando ese enorme monumento, el Obelisco, que llegaba hasta el cielo. El Pablo le contó que lo vio en persona una vez y le dijo que tenía más de un millón de escalones y unos mil metros de altura, aunque no superara por mucho el *rascacielos* del M.O.P.

—¿Y, Firulete? —gritó el Jefe—. ¿Te dormiste?

Lautaro no supo decirle que estaba emocionado de encontrarse con el gran monumento que alguna vez dibujó en forma desordenada en su cuaderno de hojas dobladas, y solo atinó a ir a la voz de su líder.

—Firulete, si robásemos un banco no podría estar llamándote a cada rato —protestó el Jefe. Lautaro hizo una mueca agria y se mezcló con el resto de los chicos—. Justo ahora que vamos a gastar la plata no podemos desconcentrarnos.

Lautaro supo poco después que el Turco eran un tipo de pocos escrúpulos, que tenía un kiosco a mitad de cuadra en la Avenida Corrientes y que no le importaba venderles cigarrillos o una botella de cerveza a menores, a pesar de la prohibición. También compraba y vendía dólares y euros, productos de contrabando, y se sospechaba que droga a pequeña escala; claro que eso no podía comprobarlo la banda, aunque el Jefe estaba totalmente seguro.

—Vos, Firulete, comprá veinte caramelos.

Le dio una moneda de un peso; luego Lautaro supo que lo que no le interesaba las golosinas en sí, sino la misma bolsa de plástico, la que pidió dos veces que no rompiera o agujereara.

—Vos Roña, comprá el tabaco y vos Croto la cerveza. Yo lo otro.

Cuando todos se fueron, el Jefe se quedó un momento más y compró eso *otro* a lo que hacía referencia y que Lautaro no comprendió. El líder de la banda tardó un rato y cuando vino con algo en la mano, solo vio una pequeña cosa que no era mucho mayor que su dedo medio. Luego se la guardó en el bolsillo y no se supo más.

La idea de volver con su familia se hizo cada vez más fuerte. Estaba hartándose de la aventura con esa banda de chicos desconocidos y sobre todo de los abusos del Jefe, que si bien es cierto que no le hizo ninguna otra fechoría, aparte de dejarle la cara como un melón, el lanzamiento de escupitajos cargados fue su deporte favorito, y la cara de Carlitos parecía ser su blanco preferido.

Iban caminando por la Avenida de Mayo a la altura del Congreso, cuando Carlitos y Lautaro se quedaron rezagados.

—¿Por qué no te vas? —le preguntó Lautaro.

Carlitos lo miró con aire extrañado.

—¿Irme? ¿Por qué?

—Por cómo te trata el Jefe. Parece que le gusta escupirte.

Carlitos no respondió nada y se quedó pensando, al cabo de un rato dijo:

—El Jefe es bueno.

—¿Bueno? —aulló Lautaro.

—Sí. Vos no sabés.

Luego Lautaro prefirió mezclarse con los otros chicos; no le gustaba mucho que hablaran tonterías y sospecharan que tenía simpatías hacia un *marica* perdido. Cuando se cansaron de robar frutas, algunas golosinas en los kioscos donde por poco pillan a Hueso, y de patear algún perro abandonado, la decisión del Jefe fue volver a Plaza Constitución en Subte. Sacó una ficha de pase en una de las estaciones y cuando llegó al molinete dio la voz por lo bajo:

—¡Ahora!

Entonces todos los chicos pasaron por debajo. Cuando se acercó un personal de seguridad, el Jefe puso su ficha y pasó legalmente como si nada, entonces al empleado le entraron las dudas de si habían pasado o no en forma ilícita y decidió dejarlos en paz.

El aire caliente del subterráneo le hizo bien a Lautaro. Nunca en su vida había subido al Metro y le daba un vértigo agradable viajar en aquellos trenes en el fondo de la tierra. El corazón le latía y hasta se le dibujó una sonrisa en la boca partida.

¡Lástima que no lo viera el Pablo!

Precisamente fue el Pablo el que le contó sobre las cavernas subterráneas más allá del Metro. Le contó cómo había pasadizos, más bien laberintos, abandonados que tenían más de doscientos años, donde los más peligrosos forajidos, lo peor de la sociedad, se escondían para siempre en aquellas cavernas inescrutables.

—¿Y la Policía? —le había preguntado en aquella ocasión con sus grandes ojos negros abiertos, sorprendidos.

El Pablo había echado una carcajada.

—¡La *cana* no entra ni aunque les paguen un millón de pesos y los muelan a palos para obligarles! —le dijo entonces.

Pero no le comentó, tal vez porque no lo sabía, que toda la ciudad, o gran parte de ella al menos, se halla entrelazada por canales subterráneos, que dan a alcantarillas, o bien a sectores donde hasta vivían personas en un submundo totalmente desconocido para la superficie. Extrañas sociedades, con la noche eterna, las cuales tienen una sola preocupación: vivir una noche más. Dejaban siempre a alguien de guardia para que al resto de cada banda no sea asesinada por otra más fuerte o bien, no ser devorados por las ratas.

Lautaro con los ojos puestos en la insondable oscuridad de los túneles subterráneos, suspiró cuando se vio de repente reflejado en uno de los ventanales del vagón que le devolvía la luz en la oscuridad del exterior. Como había mucha gente iban todos de pie y alcanzó a distinguir cuando el Jefe le señaló a un pasajero. Era un chico aproximadamente como ellos, venía también de pie, apoyado en uno de los caños de metal, con una mochila a sus espaldas, presuntamente viniendo del cole. Vestía uniforme de chaqueta y chaleco verde, pantalón gris, zapatos negros y la camisa blanca bien almidonada. Era de la altura del Jefe, aunque parecía tener un par de años menos. El chico no observó en principio a la banda, pero sí le llamó la atención la cara magullada de Lautaro; lo midió de arriba abajo para luego seguir mirando las paredes oscuras por la ventanilla, metido en sus propios pensamientos, hasta que se hizo nuevamente la luz en el exterior y el cartel de la estación Constitución apareció ante la vista de todos. El tren fue deteniéndose y los chicos bajaron en orden y sin tratar de llamar la atención. Lautaro se sorprendió al ver la luz del día nuevamente y el aire fresco golpeándole el rostro otra vez. Observó que todos seguían a aquel chico de la mochila y se unió al grupo. El objetivo subió las escaleras hacia la superficie de la ciudad y se mezcló entre las personas, mientras el Jefe y Croto lo seguían más de cerca. Cuando el chico salió a la calle, dobló por la calle Lima y antes de llegar al hotel oscuro, que de día parecía tener más vida que de noche, el

Jefe se le puso a su lado y lo abrazó.

Lautaro vio la escena a unos diez metros más atrás y no entendió primero qué pasaba, pero cuando descubrió un elemento brillante en mano del Jefe entre ambos cuerpos, comprendió que se trataba de una navaja, una punta de metal o esas cosas que algunos fabricaban en la villa, mientras el Jefe le murmuraba algo al oído. Pasando el basural donde Lautaro recibió la golpiza, al costado de la estación, el chico de verde se sacó las zapatillas, puso despacio la mochila en el suelo y cuando estaba sacándose la chaqueta alguien del hotel salió y gritó:

—¿Qué pasa ahí? ¡Voy a llamar a la policía!

Entonces el Jefe primero, Croto que se prendió de las zapatillas después, y por último todos, salieron corriendo a la plaza con el botín, aunque la mochila quedó a un costado de la calle y se salvó de ser parte del tesoro.

Lautaro se sintió convulsionado. Si bien en la villa había visto traer muchos objetos robados, en especial en la época del corralito, cuando la villa toda salió a los comercios del centro de Avellaneda y saqueó hasta el último de los objetos de valor. Precisamente de allí era la tele que trajo el Seba, también una lavadora automática que luego vendieron por pocas monedas porque nadie la sabía usar. Doña Ramona tuvo mejor suerte. Sus hijos le trajeron una cocina, una cadena musical que sonaba en toda la villa y hasta una nevera de esas que tienen congeladora y todo. Y el Quique, el menor de los varones, antes de caer preso, le trajo media res saqueada a un camión frigorífico, media docena de pollos y un montón de kilos de achuras. Pero robar, lo que se dice robar, nunca vio, y mucho menos ser parte del atraco. Y la sensación que tenía era una mezcla de acontecimiento importante, aventura y travesura a la vez. No se sintió culpable; en realidad tampoco lo era. La culpa la había tenido el Seba que le arrancó el mando a distancia para sacarle los dibujitos al Oscarcito cuando ni siquiera sabía que la peli había terminado hacía rato, y le quemara la mano a la Rocío, y...

Llegaron todos alterados a la otra punta de la plaza; tampoco podían mostrarse mucho por miedo a que fueran a por ellos, ya sean los *ratis*, como denominaban los chicos de la calle a la policía, o familiares de la propia víctima de ocasión. Aunque lo más seguro era que no volvieran a verse nunca más las caras. Seguramente aquel chico elegiría por temor otro camino, y los chicos de la calle, por cuidado a ser pillados por algún alcahuete, «chivato mal parido», que no comprende de necesidades y penurias, no pasarían por allí por un par de días.

—¡Ahí tenés! —le dijo Jefe a Croto, que se ponía las zapatillas con desesperación—. Te dije que te daría otras mejores, ¿no?

—¡No me entran! —gritó Croto sentado en el polvo de ladrillo de la plaza.

—¿No?

—¡No! ¡Son 36 y yo calzo 37! —dijo y se veía la dolorosa decepción en su rostro.

El Jefe se rascó la cabeza.

—Bueno, Firulete —le dijo a Lautaro. —Cambiáselas.

Lautaro se sentó en el suelo y se sacó las zapatillas, pensando que sería él

definitivamente el que llevaría el calzado robado. Eso lo inquietó un poco, pero después de todo, ¿no eran robadas también las otras que traía puestas? Croto recuperó sus zapatillas y Lautaro sintió que las nuevas le acariciaban mejor los pies, aunque aún le iban un poco grandes. Luego Croto miró con aire severo a Lautaro y le devolvió el jersey nuevo que llevaba sobre sus hombros.

—Es tuyo —dijo y sin más se acercó al grupo con sus zapatillas recuperadas, mientras Lautaro se ponía con placer el jersey que la noche anterior había cubierto unos pies desnudos.

IV. La Historia de los Siete Magníficos Invisibles

Lautaro vio venir de lejos a la Rocío. No sabía por qué, pero le temblaban las piernas. Estaba parado en el terraplén, que es el lugar que concertó con el Pedrito.

—Andá y entregale esto a la Rocío sin que se dé cuenta el Seba —le había dicho un rato antes en la puerta de la villa, cuando lo vio pasar luego de esperarlo un buen rato, que se le hizo interminable.

Cuando la Roció lo vió desde lejos, caminando desde las tablas durmientes de quebracho que formaban la vía, sacudió el brazo contenta para saludarle y desde entonces no dejó de correr hasta que se perdió en las escaleras de la estación. Luego se apareció por el otro lado, justo en el andén, donde el hermano la esperaba.

—¡Lautaro! —le dijo con aire feliz.

No le dio un beso como se usa saludarse sino que se quedó tiesa mirándolo a tres pasos.

—Hola —dijo Lautaro.

—¡Cómo tenés la cara, pendejo!

—Sí, me *pelié* —respondió Lautaro con aire de suficiencia.

—¿Con quién? —La Rocío se le acercó y le pasó la mano despacito sobre el costado del ojo.

—Por ahí.

—¿Te duele?

—Un poco.

Luego se quedaron mirando en silencio. La Rocío llevaba el vestido negro todavía, pero tenía algunas manchas. El pelo estaba revuelto y tenía unas marcas rojas con ampollas en la mano. La pequeña vio las relucientes zapatillas nuevas de su hermano.

—¿De dónde sacaste las zapatillas? —le dijo hipnotizada.

—Me las dieron.

—¡Están buenas, pendejo!

Lautaro las miró una vez más y pensó que su hermana tenía razón; en su vida nunca había tenido unas zapatillas así. Las ampollas en la mano de su hermana llamaban su atención.

—¿Y eso?

—Me quemé ayer con la pava, ¿no te acordás?

—Sí —dijo y tragó saliva. Entonces odió un poco más al Seba, como si ya fuera posible que su rencor creciera. Cambió de tema y preguntó—: ¿El Oscarcito?

—Si lo traía iba a hacer escándalo y se iba a despertar el Seba.

—¿Está otra vez borracho?

—Sí.

Lautaro se sentó en el suelo del terraplén, con los pies colgando al vacío. La Rocío a su lado.

—¿El Jónatan?

—Se quedó con mamá. Está cada día más lindo.

Lautaro sonrió y le vino la cara del pequeño a la mente. Luego se quedaron en silencio otra vez, como si fueran dos desconocidos.

—Mamá dijo que no vengas por ahora, Lautaro —arrojó de repente la Rocío—. El Seba está muy enojado. Te salió a buscar ayer y dijo que te va a romper el alma. Como no pudo arreglar el mando, se la pasa insultando todo el tiempo. Le pegó un celo para que funcione pero no pudo.

—¿Le pegó también a mamá hoy?

—Hoy no. —Luego la Roció metió la mano dentro del vestido por el cuello y buscó algo en el bolsillo de una prenda del interior—. Tomá.

—¿Qué es?

—Dos pesos. Te los manda mamá. Dice que no es mucho.

—No los necesito —dijo Lautaro dándose importancia—. Dáselos de nuevo.

—Bueno —asintió la Rocío y se quedó mirando hacia el horizonte.

—¿Volvió Pablo? —preguntó Lautaro.

—No

—Ah.

Era mejor así.

Si el Pablo se enterara de todo lo que hizo el Seba, perdería la cabeza y seguro que lo mataría. Y no quería ver al Pablo en la cárcel. No, por ese gusano que no valía nada.

Lautaro levantó su rodilla y vio que la piel rosada ya se estaba curando; ya no necesitaba de su lengua reparadora. Aunque el labio superior le tiraba un poco ya podía ver un poco desde el ojo cerrado.

—Estoy en una banda —dijo de repente.

—¿En serio?

—Sí. Vamos a robar un banco.

Rocío no sabía que era un «banco», pero calculó que sería algo importante,

como cuando el corralito. Un banco de sentarse estaba segura que no era.

—¿Dónde dormís?

—Por ahí.

—Ah.

Luego de nuevo el silencio y La Rocío se puso de pie para mirar otra vez hacia la lejanía.

—Me voy; mamá me dijo que volviera enseguida. Que te dé los dos pesos y vuelva, Y que te pregunte si estás bien.

—Decile que sí.

Rocío iba a comenzar su marcha y de repente recordó algo.

—Ah, dice mamá que si comiste.

—Sí.

—Bueno, chau.

Y entonces Lautaro la vio alejarse. Desapareció por el costado del terraplén de Avellaneda y después apareció de nuevo abajo en las vías. Se quedó con las piernas colgando en el andén mientras la veía alejarse por los durmientes. Ella se dio vuelta y le dio un último saludo agitando la mano. Hasta que no se perdió de vista al doblar, Lautaro no se movió de su sitio ni despegó sus ojos de aquella imagen diminuta alejándose.

La decisión de dejar la banda fue definitiva cuando fue a ver qué pasaba en su casa y si el Seba se había marchado o al menos se había calmado un poco. De ser así, calculó en el camino, volvería a su casucha, que aunque pobre, tenía un lugar caliente y una cama para compartir. Dormir en el suelo no le pareció terrible, pero sí sintió mucho frío.

Y humedad.

Y frío.

Pensó en cómo serían los inviernos y los días más crudos de la húmeda Buenos Aires en la calle. También en el hambre que podría llegar a pasar, aunque tal vez no hubiera mucha diferencia con lo que le tocó vivir hasta entonces. En la banda nunca no se sabía cuándo iban a comer y si iban a comer. En la villa tenía los amigos y si bien venía de vez en cuando la Policía con sus redadas que asustaban a casi todos, en especial al Oscarcito que se ponía histérico desde aquella vez que le llevaron a su tío esposado y a la rastra, siempre era preferible vivir cerca de sus hermanos y de su madre que en la calle. Otra cosa que lo inquietaba era que si el Pablo volvía alguna vez, él estaría lejos para recibirlo. Eso más que preocuparle, lo angustiaba.

Sí, definitivamente, le hubiera gustado quedarse en su casa. Por eso que las palabras de su madre, que se fuera por un tiempo, puestas en la boquita de la Rocío le dolieron y le hicieron tragar amargura.

Cuando llegó a Constitución, los guardas estaban distraídos, inmersos en

discusiones y concentrados parloteando por su magra situación laboral, que desde mucho antes del corralito no habían recibido un céntimo de aumento y después de esta tragedia económica, ellos también se habían empobrecido. Esta distracción fue aprovechada por Lautaro que pasó caminando como si fuera un señor con boleto y todo. No eran las cuatro de la tarde y en ese horario los pasajeros merman en su ir y venir. No obstante, apenas cruzó las vallas comenzó a correr hacia la calle como si se lo llevara el demonio o una banda de inspectores armados hasta los dientes corrieran detrás de él.

Al cruzar la calle se puso la mano como visera sobre sus cejas para cubrirse del respaldar del sol y ver si divisaba a algunos de los chicos de la banda, pero no vio a ninguno. Recorrió la plaza y se quedó allí un rato sentado en uno de los bancos, observando todo. Finalmente oyó la risa grotesca del Jefe acompañada de un grito estridente y pudo verlo sobre la calle Constitución, a unos cincuenta metros o poco más de donde él estaba, al lado de las paradas de taxis. Sus compañeros abrían las puertas a los que salían o llegaban en esos coches negros y amarillos, esperando algún premio de parte de los pasajeros por tal caballerosidad. Claro que, dicha *buena* acción, quedaba opacada por los empujones que la banda se daba entre sus miembros para llegar primero a la puerta; esto provocaba un temor en los pasajeros que casi huían del lugar y una sonrisa en Lautaro, que aún pequeño, le resultaba graciosa la escena.

Sabía muy poco sobre los miembros de su banda; pero con el tiempo comprobó que cada uno de sus integrantes alguna vez también había tenido un hogar, una familia y un porqué para tener que estar allí.

De todas las cosas sorprendentes que Lautaro tuvo que oír, la que más le llamó la atención a Lautaro fue lo que le dijo ese chico de voz aflautada: «el Jefe es bueno». No solo lo inquietaron esas simples palabras, sino que las encontró absurdas dentro de lo que podía entender a los siete años. Después quiso acercarse a la verdad de esos vocablos sin sentido. El Jefe cada día empujaba, castigaba, pegaba y hasta amenazaba a cada uno con su navaja como si fuera la espada imperial. A veces lo hacía impunemente, pero siempre parecía haber un motivo detrás. Como aquella vez que el Roña no dio toda su recaudación, o una vez que el Hueso, el más voraz del grupo con diferencia, se comió dos bocadillos a escondida. En esa ocasión sucedió que cuando comenzaron a repartirlos faltaban un par y nadie había sido. Entonces el Jefe, con furia, comenzó a oler y mirar en el interior de cada una de las bocas. Ya al Hueso se lo notó con la cara desencajada, Lautaro lo vio sudar y sus ojos estaban salidos por el miedo. Cuando el Jefe le notó migas de pan en la comisura de la boca y encima tenía la lengua todavía con restos de comida, le empezó a pegar con una furia que todos creían que lo iba a matar. Pero nadie se atrevió a interponerse. Cuando sus brazos se cansaron, el Jefe sacó la navaja y ahí a todos no les quedó duda alguna de que le daría un golpe final.

Sin embargo, le arrancó un mechón de pelo, mientras le decía:

—Esta vez te corto las crines, la próxima el pescuezo.

Con la boca y la nariz ensangrentada, con la cabeza llena de chichones y con el rostro sombrío por la humillación, el Hueso se levantó y se unió al rebaño sin

decir nada. La otra represalia tomada fue dos días sin comer, cosa que aceptó estoicamente, aunque en el caso del Hueso fue lo más cruel que pudo haberle pasado.

Hubo otras peleas, pero no tan fuerte como aquella. Una vez, Lautaro creyó que le ocurriría la misma suerte a Carlitos; habían juntado algo de dinero en las paradas del taxi en la puerta de la estación Constitución. Todos se agolparon alrededor del líder para entregarle el dinero y que este hiciera las *compras* según su mejor criterio. Carlitos, no por maldad, sino por distraído, se dejó un billete de dos pesos en otro bolsillo. Entregó la moneda y el Jefe contento. Al rato, cuando ya se disponían a hacer la *compra*, Carlitos mete la mano en el bolsillo mecánicamente y al sacarla un billete sale y cae ante la vista de todos. Se produjo un profundo silencio; el Jefe clavó los ojos en Carlitos y este comenzó a temblar.

—No me di cuenta —fue su débil explicación.

El Jefe se le acercó, recogió el billete del suelo y se lo pasó por la cara como a quien caricia. Nadie movía un músculo ni respiraba. Entonces el Jefe miró fijo a Carlitos, juntó saliva en un costado de la boca y le echó un grueso escupitajo en los ojos. Luego sonrió y todo olvidado. Carlitos también sonrió, se limpió la saliva con la manga y todos volvieron a respirar. Allí Lautaro dimensionó mejor las palabras de Carlitos.

¿Pero quién era el Jefe?

¿Y cómo había llegado a ser el líder de esa pequeña banda de chicos de la calle?

—No siempre fui jefe, no —se lo escuchó decir con orgullo alguna vez a Julián Martínez, tal su nombre.

Había vivido en una casa en la Villa 31. Si bien no era un palacete, era una de las pocas casas de material que había en el humilde barrio y hasta se podía decir que era confortable, con dos habitaciones y *solo* siete personas para compartirla. Su madre se había ido de la casa hacía años y de su padre lo único que sabía era que se llamaba Enrique y lo había matado una camioneta cuando iba en bicicleta por la carretera rumbo a la fábrica donde trabajaba. Lo que no tenía claro era si su madre dejó al batallón de hijos antes o después del accidente de su padre, cuando él tenía los dos años y medio. Lo cierto es que desde Ubaldo, el hermano mayor, hasta él, el menor de la tropilla, no hubo uno solo que fuera feliz.

El Ubaldo traía los amigos a la casa y estos se abusaban de su hospitalidad. La falta de padres trajo como una de las consecuencias, la ausencia de normas de un hogar y así sus amigos abrían la nevera, se comían la comida que era para todos, se tomaban la cerveza y hasta tuvieron una vida llena de placeres con la Jimena, la segunda, que no le importaba tener sexo delante de sus hermanos con tal de que el visitante furtivo le diera aunque fuese una pastilla para evadirse. La mayor parte del tiempo se la pasaba drogada y era una sensación terrible, que el Julián y los otros pequeños nunca podrán sacarse de la cabeza; verla *pasada*, casi inerte, con los ojos abiertos mirando la nada, mientras los otros la desnudaban y hacían de ella lo que querían.

En esa casa casi todos se drogaban.

Desde el Ubaldo, el mayor, pasando por Jimena, el que seguía era Marcelo y luego Darío. Los otros tres, la Luli, Ernesto y Julián, eran muy pequeños todavía, pero veían en la droga un elemento cotidiano del que nunca habían oído un concepto negativo. La Luli, cinco años mayor que Julián, era la mejor, según la opinión de Julián. Había cumplido los quince y se encargaba de todos sus hermanos como si fuera la verdadera madre. Limpiaba en las casas y compraba comida diariamente que escondía en lugares estratégicos o bien la llevaba consigo hasta la hora de cocinarla. Detestaba esa vida y soñaba con casarse con alguien que la sacara de esa podredumbre. Pero un día pasó lo que tenía que pasar. Comenzó a ponerse cada día más guapa a los ojos de los villeros. Una vez vino Jorge, uno de los mejores amigos de Ubaldo y comenzó a mirarla en sus partes íntimas desvergonzadamente.

—Se está poniendo buena la Luli, Ubaldo —le dijo al hermano mayor de la casa.

En realidad esta visión no era nueva.

Jorge ya venía observando cómo las caderas de la chica comenzaron a ensancharse, cómo le crecían las tetas y cómo se iba poniendo más mujer día a día. La presencia de todos en la casa y porque la Luli no le daba ni la hora, hizo que no se le acercara nunca para decirle lo que pretendía de ella. Que no era mucho más que tener sexo de vez en cuando; de la manera más baja, indigna y despreciable. A la Luli no se le conocía novio y todos sabían que no tardaría en aparecerle uno. Ese día tan solo había tres de los hermanos cuando entró Jorge, toda una intimidad al lado del batallón que solía entrar y salir de la casa. Estaban Ubaldo, la Luli y Julián, pero el hermano mayor estaba ya demasiado drogado para darse cuenta de lo que estaba por suceder. Y Julián era demasiado pequeño para detenerlo. Jorge observó la escena. Vio al Ubaldo arrojado en la cama, envuelto en las sábanas y mantas con un brazo inerte caído hacia el suelo, la Luli de espaldas, pero que se daba vueltas para observarle y al Julián, con cara de asustado, como intuyendo lo que vendría.

Entonces clavó su mirada en la presa con sus ojos inyectados en sangre. Se le acercó por detrás y esta, al darse vuelta de nuevo, intuyó todo en aquella expresión y cogió un cuchillo con la que estaba pelando las patatas. Pero el amigo de Ubaldo, mucho mayor en cuerpo y fuerza que la Luli le torció la mano, le hizo caer el cuchillo, le dio un fuerte golpe en la cara y luego la desnudó, rasgándole la ropa como si se tratara de una muñequita de porcelana, cogiéndole ambas manos con un solo puño. Julián desesperado comenzó a gritarle a Ubaldo para que hiciera algo. Este, con los ojos perdidos, tirado en una cama, levantó la cabeza y mostró una tonta sonrisa mientras la Luli gritaba con desesperación. Entonces al Julián no le quedó otra que arrojarse él mismo sobre la bestia que no dejó de hacer el movimiento ondulante de cadera, apoyados sus brazos sobre los vencidos de la adolescente, soportando los golpecitos de mosca del pequeño. Cuando quedó satisfecho, se incorporó y le pegó un revés a Julián que lo tiró contra la cocina. Luego se fue con total impunidad y Julián ayudó a incorporar a su hermana vejada, herida en su amor propio, ya nunca más virgen.

—Vos que sos hombre, Julián, nunca le pegues a una mujer —dijo ella entre sollozos; Julián la miraba con el rostro apagado—. Nunca le pegues y nunca

violes a una mujer por la fuerza y si sos hombre de verdad.

A una persona normal a la que se le remuerde la conciencia (en una casa normal), el culpable vendría con aire de arrepentimiento luego de semejante acto infame. Y más si podría llamarse amigo de la casa. O lo que era mejor, no vendría nunca más. Sin embargo, Jorge, apareció al otro día como si nada hubiera ocurrido. Todos sus hermanos estuvieron al tanto de la desgracia y Julián esperó que la jauría se arrojara sobre el *mancillador* de su hermana, la mejor de todas, pero al contrario de eso, todos estuvieron como si nada hubiera pasado. Se sentó en una silla frente al televisor y cambió de canal. La Luli observó detenidamente al violador y Julián captó esa mirada. Luego la chica le trajo un mate y Julián sintió como se le revolvía el estómago. Se dio cuenta que la Luli, a pesar de todo, se había enamorado del asqueroso amigo de Ubaldo. Con eso se le acabó a Julián la única ilusión de tener una vida diferente para todos.

La noticia de que Jimena, la mayor de las hermanas, estaba embarazada se esperaba de un momento a otro. No dijo nada pero cuando su abdomen comenzó a crecer todos se preguntaban qué haría con un bebé siendo así tan… drogada. Cuando llegó el momento de tenerlo y comenzó con los dolores, se fue al hospital público más cercano. La llevó Ramírez, el vecino, en su viejo camión de juntar cartones. La Luli fue una hora después, pero al llegar a la guardia del centro médico se enteró que como no había camas disponibles, su hermana fue trasladada a otro centro hospitalario, y que no sabían bien a cuál, teniendo en cuenta la ciudad inmensa que es Buenos Aires y que no en muchos sitios aceptan a personas venidas desde la Villa 31, y menos en esas condiciones. La Luli podría haber averiguado algo más, pero tampoco supo cómo.

Se volvió a su casa con las manos vacías.

Ramírez confirmó que la había dejado en un hospital pero que la ambulancia la llevó a otro, así que en el momento del parto estuvo sola. Pasaron dos días y los hermanos se preguntaban en silencio, observándose unos a otros. Los más pequeños casi ni dirigían sus miradas a los mayores por miedo a encontrarse con una cruel respuesta definitiva. Pero a los dos días por fin apareció Jimena por la casa, con las evidencias de haber dado a luz. Y sola.

—¿El bebé? —le preguntó la Luli.

—Nació muerto —respondió Jimena.

—Ah —y continuó pelando la cebolla para el guiso.

Luego, cuando se supieron los detalles, los pocos detalles que se pudo, Jimena contó que cuando parió lo sintió llorar, pero luego el médico le dijo que se murió, que tenía una malformación en el corazón y cuando le preguntaron si quería verlo, Jimena le dijo que no. Y eso fue todo. Tampoco se supo si fue hombre o mujer, cuál sería su nombre ni donde sería enterrado o incinerado. Quizá dedicado al estudio científico.

—O a lo mejor se lo robaron —sugirió la Luli, pero nadie lo tomó en cuenta; cualquier otro destino era mejor.

Sin embargo, Julián pensó durante mucho tiempo en él.

La situación de que Jorge se acostara con la Luli se hizo más frecuente,

aunque lo hacían en intimidad en el otro cuarto. Julián ardía de odio hacia la brutal realidad y trató de convencerla de que era una mierda la vida que había elegido, pero como no conocía a esa edad de palabras reflexivas, no pudo lograr meterla en razón. Le hubiera gustado ir al colegio, aprender a leer y ser un doctor en leyes, de esos que convencen a los jueces. Pero no, y como la Luli ya tenía bien segura lo que haría de su vida, prefirió cambiar de rumbo.

No fue el hecho de que la Luli comenzara a drogarse, no fue el par de veces que no quiso acostarse con Jorge y este la obligó de nuevo por la fuerza delante de más de uno de sus hermanos. Lo que hizo que Julián tomara la decisión de irse de su casa para siempre, fue enterarse por boca de su propia Luli de que ella también estaba embarazada.

Con diez años, casi once, se levantó pronto una mañana, desayunó café con leche y tostadas. Encontró el hueco donde su hermana ponía la comida, y luego de revisar todos los bolsillos de las camisas y pantalones de Ubaldo, salió con los seis pesos y un monito de trapo con los alimentos adentro. Antes de salir del cuarto había visto a Jorge, desnudo, profundamente dormido, con el brazo estirado detrás de la nuca de su hermana Luli que, con los senos al aire, también dormía. Aquella imagen atroz le dio más valor. Miró al gigantón violador dormido con una leve sonrisa, señal de una vida placentera y no pudo contener un grande y hermoso escupitajo que le salió desde el alma y le pegó en el ojo, y que, sin despertarse, le fue cayendo por la mejilla. Luego de ver su obra un rato, salió para siempre del cuarto donde dormían todos hacinados. Enseguida a la calle. No miró para atrás ni sintió remordimiento.

Sus pasos fueron impensados y lo llevaron a la Plaza Once, casi en el centro de la ciudad. El cuadrado de la plaza era inmenso. Había un viejo monumento en el medio y los colectivos y personas entraban y salían por todas partes. Por donde se mirara había tiendas de todo, en especial vestimentas. Los colores animaron a Julián; además él era rico: ¡tenía seis pesos! Como primera medida de su regocijante libertad, decidió ir a comer a un restaurante. Nunca lo había hecho, pero más de una vez vio desde fuera de las cristaleras, como las personas se sentaban en una mesa, pedían algo al camarero y este les traía comidas y bebidas. Entonces decidió cruzar la Avenida Rivadavia y entrar en uno de esas casas de comida.

El restaurante-hotel La Perla le dio la bienvenida; no así los comensales que miraron con recelo al niño totalmente desaliñado que había ingresado. El encargado de la caja le dijo a uno de los camareros que le preguntara si tenía dinero, sino que lo echara.

—¿Tenés plata, pibe? —le preguntó el mozo.

Julián, hipnotizado todavía por el lugar asintió con la cabeza y se sentó a una mesa al lado de un gran ventanal. Le encantó mirar a las personas desde adentro. Los trabajadores, transeúntes y hasta un grupo de chicos alborotadores iban de un lado a otro, mientras echaban alguna mirada furtiva hacia donde él estaba, lo que lo hizo sentir importante.

—¿Qué vas a servirte? —le dijo entonces el camarero con una libreta y un bolígrafo en la mano.

Julián no le entendió bien y miró al camarero con los ojos bien abiertos.

—¿Qué vas a comer? —preguntó de nuevo el hombre que estaba de pie a su lado.

—Una milanesa —dijo con la boca haciéndose agua.

El camarero miró su reloj y vio que todavía no eran las once de la mañana. Todos estaban tomando café o un refresco y el chico pretendía comer una milanesa.

—¿De carne vacuna? —preguntó indiferente.

¿Es que hay de otra variedad?, se dijo Julián.

—Sí —respondió.

—¿Qué más?

—Nada más.

El camarero miró al niño y bufó impacientemente.

—¿Y para beber?

Pensó que bebería agua.

Vio en la plaza unos bebederos muy buenos. Se apretaba una palanquita y salía agua. Era gratis y lo podía hacer todas las veces que quisiera. Lo único que tenía que ponerse en puntas de pie y tratar de no mojarse el costado de la cara que el agua le corría y le mojaba hasta el cuello.

—Agua —dijo entonces sin dar tantas explicaciones.

—¿Con gas o sin gas? —le preguntó el hombre que lo atendía.

¿Eh? ¿Qué dijo el camarero?

Evidentemente el mundo era mucho más grande de lo que parecía en la Villa 31.

—Con gas —dijo mecánicamente y el camarero se fue.

Pensó que una milanesa estaría bien. Además, si un kilo de milanesas le salía a siete pesos a la Luli y con eso alimentaba a todo el batallón de hermanos, con seis podría comer varios días él solo.

Miró hacia la calle y vio cómo las personas pasaban de a cientos afuera en esa parte de Buenos Aires. Estaba contento, y ni una sola vez miró hacia las otras mesas que no dejaban de observarlo con rechazo. Por fin regresó el camarero con una bandeja y una milanesa más grande que el plato, que puso delante de sus ojos. Con su rebozado dorado. Le trajo una cesta pequeña de pan, una copa y en ella sirvió agua con burbujitas que nunca había bebido antes. Él estuvo por sacar el dinero de su bolsillo y pagar allí mismo, pero el camarero se retiró sin decir nada.

¿Y esa botella con agua y gas?, se preguntó. ¿La sacarían del bebedero de la plaza?

Se sentó derechito, cogió el tenedor con un puño y con el otro el cuchillo y comenzó a devorarse con los ojos y la mandíbula la milanesa. De vez en cuando

cogía un trozo de pan y se lo metía todo en la boca, casi cortándole la respiración. La milanesa era larga y ancha, pero finita como un papel, no obstante, le pareció la carne sabrosa y una de las mejores comidas que comió en su vida. Cuando se acabó la botella completa de agua, cuando no dejó una sola gota de jugo en el plato que pasó pacientemente con el pancito, y cuando no dejó en la cesta de pan una sola miga, se dio por satisfecho. Entonces era momento de llamar al camarero, pagar por tal opíparo almuerzo y continuar la vida.

—Diez con sesenta —dijo el camarero mientras ponía la cuenta en la mesa.

A Julián se le acabó el aire.

¿Cuánto había dicho el camarero?

Este vio la cara de asustado del niño y le arrojó una mirada severa.

—¿Tenés plata o no tenés plata?

—Sí —respondió asustado Julián.

Entonces comenzó a sacar los billetes arrugados y las monedas y entre los dos contaron hasta seis.

—Esto no te alcanza, pibe —le dijo el camarero clavando sus ojos en él—. ¿No tenés más?

Julián hizo como que buscaba, pero sabía que era todo. Finalmente dijo que no con la cabeza.

—A ver, esperá.

El camarero se acercó al mostrador y habló con el encargado. Julián esperó preocupado. Enseguida el camarero volvió a la mesa y le dijo:

—Dice el jefe que no te quiere volver a ver más por acá. Rajá antes de que te demos una patada en el culo.

Entonces Julián cogió el monito con la comida de la casa y salió corriendo lo más rápido que pudo.

—Todos los días la misma historia —le dijo el camarero a alguien en otra mesa. —Si tuviéramos que hacer caridad a todos los chicos que hay ahora en la calle, nos fundimos —resopló mientras levantaba el plato de la mesa del niño.

—Se puso fea la cosa después del corralito, muy fea.

Julián en la calle miró por última vez La Perla y luego fue al bebedero una vez más. No porque tuviera sed, sino porque le encantaba como el agua le acariciaba la mejilla.

El primer golpe lo recibió allí mismo.

Alguien le estrelló la boca contra el pico pegándole en la cabeza, mientras otro le arrancó de las manos el monito. Se dio vuelta para enfrentarse con la persona. Era un grupo de no menos de diez muchachotes. Solo uno tendría la edad de él, pero su mirada era tan cínica y dura que le costó pensar que nació de una mujer normal. El resto eran todos mayores que él, hasta llegar a los dieciocho o diecinueve años.

—¿No sabés pendejo que para tomar agua me tenés que pedir permiso a mí?

Julián dijo asustado que no con la cabeza y vio cómo todos sonreían malignamente.

—Pues sí. Yo soy el dueño de todos los bebederos de Plaza Once. Si tenés sed, me pedís permiso a mí y por… digamos dos pesos podés tomar un poquito de agua.

Todos comenzaron a reír maliciosamente.

Entonces Julián no supo qué hacer, y se le ocurrió que no decir nada e irse caminando despacito era una buena idea. Pasó por el costado de uno de los que le rodeaban y no calculó que lo agarrarían del pelo y tirarían hacia atrás. Pegó un gritito pero enseguida lo pusieron como un objeto inerte delante del mayor, mientras los transeúntes pasaban por todas partes, acostumbrados a esas escenas escandalosas sin decir nada.

—Pendejo, no dije que te podías ir.

Julián miró serio al que parecía el líder del grupo.

—Esta es mi banda y si querés tomar agua aquí tenés que hacer lo que yo te diga. Soy así como… Dios. ¡Eso es: Dios! —Sonrió y se acercó a Julián—. Dame toda la plata que tenés y aquí no ha pasado nada.

—No tengo —respondió asustado Julián.

—¿No tenés plata y comés en restaurantes? ¿Cómo es eso?

Julián no supo qué decir. Pero el más pequeño del grupo, el que tenía dibujada todo acto de maldad en el rostro, quizá de años de sufrimiento y desesperanza lo mismo que todos los chicos de la calle, sí supo qué decir:

—Desnudémoslo a ver si es cierto.

El que parecía el jefe auspició el acto sonriente y entre todos tomaron a Julián y lo inmovilizaron, cometiendo el atroz ultraje de dejarle totalmente desnudo en la calle. Luego de darle un par de patadas y golpes, salieron todos corriendo con sus prendas dejándolo solo, desnudo, ante las miradas sorprendidas de los transeúntes.

Julián sintió toda a humillación del caso.

Calculó que millones de ojos como agujas se le posaban en su diminuto e impúdico cuerpo, aun desde el restaurante que él comió como un señor. No supo dónde correr, dónde esconderse; las personas pasaban a su lado pasmadas, mirando el triste espectáculo, pero no podían dejar de posar sus ojos en el pequeño que corría de un lado al otro, con sus manos tapándose adelante, totalmente avergonzado, llorando hasta el borde del gemido. Fue finalmente uno de los chóferes de la Línea 165 que tenía la terminal en la plaza y esperaba su turno para salir al recorrido que vio todo lo sucedido y bajó con su chaqueta de la empresa en la mano. Tuvo que buscar a Julián entre las estatuas del monumentos y luego de insistir muchas veces ponerle la chaqueta. El niño no dejaba de gemir y temblar, pero no de frío, sino de nervios.

De indignación.

De humillación.

—Vení, pibe —le dijo y le puso la chaqueta que le quedaba grandísima. Descalzo, pero menos humillado, subió al colectivo con el chofer—. Mirá, yo ahora tengo que hacer el recorrido, pero voy a avisarle a mi mujer que te traiga un poco de ropa. ¿Dónde vivís?

Julián, shockeado, no respondió ni una sola de las preguntas. Por fin, el chófer le sacudió el pelo en señal de caricia y salió para hablar con otros chóferes. Luego lo hizo bajar de su autobús y tuvo que esperar en otro la llegada de la mujer con un paquete. Eran un par de zapatillas usadas, mucho más nuevas que la que él llevaba, unos pantaloncitos que le quedaban un poco grandes, una camisa y un jersey. No trajo calzoncillos ni calcetines, simplemente porque a la mujer no se le ocurrió, pero Julián estaba más que satisfecho. Luego, sin decir gracias ni hablar una sola palabra con los desconocidos chóferes y la mujer que lo ayudaron, salió a paso lento con una sola idea: vengarse del jefe de la banda por lo que le hizo padecer.

No pisó la Plaza Once por miedo a que se encontrara de lleno otra vez con aquella banda. Deambuló tres días, comiendo lo que le daban los chóferes entre vuelta y vuelta del recorrido del sur del Gran Buenos Aires a Once, hasta que por fin sobre la calle Ecuador, a uno de los costados del cuadrado de la plaza, salía de un supermercado el grupo de muchachotes. Julián se escondió detrás de un puesto de periódicos ya cerrado, cruzando Rivadavia. Observó agachado cómo se empujaban entre ellos y se reían. Algunos sacaban cosas de sus abrigos, señal de haber hurtado en el súper. Él también había cogido algo valioso, pero no fue en el súper sino en la calle.

Una piedra.

Y era toda su arma contra los diez o más chicos que se regodeaban con la violencia. Algunos estaban drogados, él conocía bien los efectos, otros simplemente andaban borrachos. El que parecía el jefe llevaba una botella de whisky, tal vez recién substraída en el comercio. Julián los observó atentamente sin perderle pisada, y tratando de no mostrar más que su nariz por el costado del puesto cerrado de diarios y revistas. Sabía que no tendría muchas oportunidades y que debía actuar con tranquilidad y precisión. Esperó a que se tomaran todo el alcohol, que se pelearan un rato más y que decidieran irse a dormir. Pero eso no ocurrió pronto y Julián estaba perdiendo la paciencia, sus ojos cansándose y sus piernas comenzaron a entumecerse. Pero finalmente vislumbró el fruto a tanta paciencia: los vio alejarse rumbo a las recovas de los comercios, que alguna vez caminaron por allí las tropas inglesas invasoras, mientras el virrey Liniers y vecinos con agua hirviendo arrojaron sobre las cabezas de los usurpadores el 11 de septiembre de 1806, aunque muy pocos recordaran aquello sucesos violentos del pasado. Que solían volver de muchas formas, siempre violentas.

Julián, otra vez como el pueblo porteño de 1806, dispuesto a hacer justicia, los acompañó con la vista desde el puesto de periódicos ya cerrado hasta que sus sombras se fueron apagando. No los veía bien porque se habían sumergido en la oscuridad y la luz de la avenida no llegaba a las recovas. Pero aun así calculaba los bultos. Quedó así durante dos horas, cuando calculó que nadie se movía más, caminó rápido hacia la esquina de la calle La Rioja que al cruzar Rivadavia se

transforma en la calle Ecuador. Llegó a la otra esquina a hurtadillas, es decir a la otra punta del cuadrado de la plaza, justo a pasos de la bailanta Cemento, la famosa discoteca de cumbia villera, pero silenciosa en días de semana, y lentamente se sumergió por detrás de la plaza hasta el costado de la recova donde estaba la banda. No podían verle todavía, pero sabía que debería tener cuidado. El corazón pareció salírsele del pecho y todo su cuerpo estaba en un estado de agitación casi incontrolable. Sacó la piedra que ocupaba toda su mano y que se esmeró en elegirla con una punta en un extremo; la abrazó con todos sus dedos y caminando sigilosamente terminó de recorrer las entradas de los autobuses por la calle Bartolomé Mitre hasta la otra esquina y por fin, asomando la cara al costado de una pared, los vio a todos a pocos pasos, durmiendo, abrazándose cada uno así mismo para atenuar un poco el frío de la noche.

Y con paso de lince se acercó al grupo y divisó en el medio al jefe, sentado en el suelo, apoyado contra la pared, semi dormido. Julián sintió terror de que lo atraparan de nuevo y temblaba sin poder evitarlo, pero aun así el recuerdo de la humillación sufrida fue más fuerte. Entonces, con la delicadeza de un cirujano caminó hasta frente a la banda, se puso luego en el medio de todos frente a su víctima, estiró su brazo derecho con la piedra hacia atrás como una catapulta hasta que el brazo estirado no le dio más, a punto de quebrársele por la espalda, y entonces dio una pequeña patadita a las zapatillas del jefe, que se sacudió y abrió grande los ojos para ver al pequeño bulto que yacía de pie incomprensiblemente frente a sí. Y fue entonces, en un segundo, como si su brazo fuera impulsado por rayo, por un resorte tenso que se zafaba con violencia, regresó con toda su fuerza e incrustó la punta de la piedra acompañada con la presión de su mano en el ojo del jefe y sin esperar un segundo más salió corriendo por la plaza.

El momento fue de confusión para todos.

El jefe pegó un escalofriante alarido de dolor que despertó a más de uno en los pisos del barrio de Once. El resto de la banda, los que se podían poner de pie, no entendió qué pasaba y cuando vieron la figura enjuta de un pequeño correr a como un lince enloquecido por la mitad de la plaza ya era demasiado tarde. El chico dobló en La Rioja y aunque luego lo buscaron y lo buscaron, nunca más lo volvieron a ver.

Julián no volvió nunca más por Plaza Once. Pero tampoco por su casa, donde también había dejado enemigos. Y no quería volver a su vieja vida.

En unas pocas noches había aprendido más que en diez años de villa. Y en una cosa que se había instruido era que él solo no podría sobrevivir en la selva de cemento. Y aunque no vivió las virtudes del corralito, saqueando los comercios y quedarse con medio supermercado mientras los tiros zumbaban por su cabeza, le gustó esa idea de estar en una banda. Y también ser él el jefe alguna vez, aunque sabía era muy pequeño para hacerlo entonces. Decidió ir a Constitución donde había algunos grupos de estas características y como quien busca trabajo con el periódico, encaró a un grandullón, de no más de dieciséis años que parecía liderar a un pequeño grupo de cuatro.

—¿Puedo entrar en tu banda? —le preguntó expectante.

El chico, que ni siquiera identificaba a su grupo como banda lo miró con

extrañeza.

—Bueno —le dijo—. Tenemos que firmar el contrato.

Entonces se lo llevó a un rincón de la estación de Constitución, donde se junta la basura sobre la calle Lima, justo en frente de un oscuro edificio y firmaron el pacto con sangre. La paliza recibida por aquel proyecto de hombre, Julián no la había recibido en su vida. Luego le hizo la explicación de los perros fieles, y por fin Julián tuvo un grupo en el que apoyarse.

La participación de Julián en esa especie de grupo desorganizado duró tres años. La banda no crecía y solo robaban frutas en las verdulerías y algún que otro manotazo en kioscos o comercios de alimentos. Luego, la banda distraía alguna botella de vino fino en supermercados y las vendían en bajos almacenes para poder comprar el *paco* que fumar o de vez en cuando alguna pastilla. Julián no veía diferencias entre la vida miserable que tenía en su casa con aquella y eso le fastidiaba bastante.

Pero un día, sobre el tercer año, un chico, todo sucio, al que apodaron Croto, porque traía solamente un pantalón, todo roto, descalzo, sin camisa, como un vagabundo, se acercó para pedir asilo.

—Bueno —le dijo el líder, y no tuvo ganas de pegarle la correspondiente paliza.

—Pegale —le pidió entonces Julián.

Tampoco era justo que solo él recibiera los beneficios de la iniciación.

—Pst —chistó el líder.

Croto, un año menor que él, lo miró hasta con ironía.

—Dale, pegale —insistió Julián.

—¡Pegale vos! —dijo de mal humor, tirado con una caja tetra de vino en el umbral de una puerta.

Entonces Julián calculó Croto, lo miró casi con regocijo y le comenzó a tirar golpes de puño en la cara. Al comienzo Croto se resistió y hasta arrojó una trompada, pero la furia contenida y la ferocidad de Julián pudo más y hasta que las primeras gotas de sangre no cayeron por la boca y la nariz y verlo totalmente vencido, no se detuvo.

Entonces se sintió preparado para mandar.

Poco después sobrevino la primera pelea con su jefe por temas triviales. Es que Julián ya no quería ser mandado por un inútil que solo tenía como objetivo robar frutas y vino, y finalmente decidió irse de la banda y formar la suya propia. Solo le preguntó a uno de sus viejos compañeros si lo quería acompañar.

—¿Te venís conmigo? Voy a hacer una banda propia.

—Bueno —dijo sin pensarlo mucho Croto y ambos se fueron un tiempo de Constitución, donde comenzó a poblarse de pequeñas bandas que se peleaban entre ellas.

Como se dijo, Croto fue el segundo en entrar a la nueva banda. A diferencia del resto, sus orígenes no fueron de villa miseria o sectores marginados. Vivía en un barrio de casas bajas de clase media al oeste del coqueto Ituzaingó. Tenía una hermana, casada con un muchacho trabajador, un padre y una madre. Dicho así, parecía una familia modelo, pero el grupo familiar de Gustavo, tal el verdadero nombre de Croto, estaba lejos de serlo.

En realidad su madre era una mujer veleta que se enamoró de adolescente de un contratista, Luis García, de esos que hacen trabajos de plomería o fontanería. Él era diez años mayor que ella y recién casado, por lo tanto no estaba dispuesto a hacerle mucho caso. Lo conoció un día que apareció en una obra justo enfrente de su casa. Era alto, musculoso, de grandes músculos dorados y tenía voz de mando. Al comienzo el chico ignoraba a la adolescente, que no parecía tener más de quince años (en realidad la joven andaba por los diecinueve), pero un día fue directamente a visitarlo, con una falda cortita, un escote al límite de lo permitido y sus labios carmesí pintados como si fuera una trabajadora social de las que abundan por Constitución de noche.

Entonces no le quedó más remedios que mirarla.

Lo divertía con sus tonterías y su juego seductor, pero no obstante, no tenía pensado enrollarse con la criatura. Pero fue tanto lo que ella insistió, aun cuando la adolescente supo que su mujer tuvo una hermosa niña, que él al final no tuvo reparos en hacerla suya allí mismo, sobre una tabla, entre polvos y herramientas, justo el último día de la obra. Y de esa debilidad de la carne nació un hijo. Mejor dicho otra hija, Luciana, la media hermana de Gustavo. Por supuesto que el contratista no la quiso ni por asomo, comparándola siempre con su hijita legítima del matrimonio legal y ante los ojos de Dios con esa otra que era un capricho de esa puta.

Sara, la madre de Luciana, soportó la vergüenza de tener una hija soltera, apoyada por su madre y menos por su enfermo padre. Pero no perdía la ilusión de convencer al padre de su niña para que vivan juntos. Él, de vez en cuando le daba la alegría de un polvo. Y ella, mientras tanto soñaba con una casa blanca, ponerle el apellido paterno a su hija, tener al menos un niño más y vivir feliz toda su vida. Se lo dijo una y otra vez y Luis le respondía antes del polvo «veremos» y «¡no te pongas pesada otra vez!» después.

—Ese muchacho no te quiere, hija —le dijo unas cincuenta veces su madre, pero ella no perdía las esperanzas. No veía lo que era tangible para la vista de todo el mundo.

Pero los años pasaron y Sara, no es que se resignara a ser una «Doña Rosita, la Soltera», pero no dejó de soñar ni un solo día con el contratista. Y entonces no fue por amor, pero igual aceptó casarse con Mario, el peón de albañil, recién llegado de la provincia de Salta, que solo tenía ojos para la joven mujer soltera. A Mario no le importaba que tuviera una hija de ocho años; al contrario, le gustaba llevarle caramelos y de paso ver si conquistaba a la madre. Y Sara veía que el albañil no era lindo, pero parecía muy bueno y aceptó por fin ser cortejada y más de una vez soñó que en sus brazos tenía al propio Luis, que la visitaba cada vez menos.

Finalmente se casaron; incluso lo hicieron por la Iglesia.

Al poco tiempo falleció su padre y la economía de la casa se resintió demasiado. El joven Mario fue muy feliz con su esposa y no pasó ni un año cuando Sara quedó encinta de Gustavo. Fue en unas jornadas de poco trabajo para su esposo cuando se le ocurrió la brutal idea de ofrecerle a Mario a su amigo contratista que siempre necesitaba albañiles. De paso vería a Luis, a su Luis, que hacía mucho que no la visitaba.

La entrevista fue en su casa. Mario tenía ese día trabajo y le dijo que convocaría al contratista para las seis o seis y media, pero a Luis lo citó a las tres de la tarde. El viejo amor de Sara apareció a la hora señalada y le contó brevemente la historia, que al que tenía que contratar era a su marido. Luis lo dudó un momento, pero después de todo, se dijo, un albañil más o un albañil menos le daba lo mismo. No haría diferencias y le pagaría como a todo el mundo. Acordado. Tampoco la mujer quería discutir demasiado el precio cuando había cosas más importantes para tratar. Hicieron el amor y cuando Mario llegó estaban tan agotados que solo se mencionó brevemente que había un chalet que se estaba construyendo en la otra calle, el dinero a pagar por hora y nada más. Podía sentirse en el ambiente una tensión que Mario, nervioso por estar frente a su posible jefe, no notó.

Cuando el contratista se fue, Mario abrazó feliz a su mujer que dejó los brazos muertos.

—Parece un buen tipo —le dijo.

—No sé, vamos a ver —respondió la mujer.

El trabajo fue duro y la paga escasa, pero Mario no se quejó porque tenía trabajo todos los días. Lo único que no le gustaba era esa mirada socarrona que siempre le echaba de vez en cuando su jefe. Una mirada extraña, como de burla. Se levantaba y se miraba al espejo para notarse algo extraño en el pelo, la cara, la ropa, y nada. Pero al llegar al trabajo cada día, una mirada irónica lo recibía y enseguida la primera orden de la jornada. También notó que le daba el trabajo más duro y que el trato era el menos cordial. Hasta uno de sus compañeros le llegó a decir:

—¿Por qué dejás que te trate así?.

Una tarde le comentó a su mujer que si las cosas seguían así tendría que dejar el empleo; no quería seguir con un tipo que parecía estar loco.

—¡Vaya a saber qué le hacés vos! —le dijo al pasar, un poco sentida porque hablaron mal de su hombre, de su único amor.

—¿Qué?

Mario no gritó, ni se ofendió; solo preguntó lo que le pareció escuchar.

—¡Qué vaya a saber qué le hacés vos para que Luis te trae mal! —dijo en tono segura Sara.

—¡Cómo que le hago yo! ¡Trabajar! ¡Solo trabajar! Voy temprano, llego antes que el resto; siempre soy el último en irme. El otro día cuando salí, lo vi pasar justo por acá, él estaba cambiadito, afeitadito y yo tenía todavía las manos con

cemento y arena todavía.

—Bueno, para eso es el jefe, ¿no?

—¿Pero vos a favor de quién estás? Yo soy tu marido —le dijo ya subiendo el tono, a pesar que nunca habían discutido.

—Ya sé. Pero conozco muy bien a Luis. Él es incapaz de tratar mal a alguien si no tiene razón.

Mario no respondió pero esas palabras repercutieron en su espíritu.

El tiempo pasó, las cosas se mantuvieron así con algunos altibajos hasta que nació Gustavito. Y si alguien pudiera dudar de la fidelidad de su esposa, como algún comentario maligno le llegó, el rostro de Gustavito que era su mismo retrato dio por tierra cualquier cuento.

Cuando el chico cumplió los tres pasó lo inevitable. Mario ya estaba harto de la mirada burlona de su patrón, estaba cansado también de dejarlo después de hora limpiando toda la mierda que quedaba y decidió dejar el trabajo a medio hacer en la soledad de la obra e irse, así sin bañarse ni nada a su casa.

Él también tenía el derecho de marcharse como todo el mundo.

Encontró a Gustavito en la calle, frente a su casa, la puerta cerrada con llave desde adentro, cosa extraña con lo cuidadosa que era Sara con sus hijos. Y como nunca traía llave —¿para qué si en la casa estaba su adorada Sara?— no le quedó otra que intentar entrar por la ventana de la habitación del matrimonio; en una de esas tenía suerte y estaba abierta. Con su hijo en su brazo izquierdo, apoyó su cara al cristal de la ventana, tapando el reflejo con la mano derecha y allí vio todo. Primero le pareció un bulto uniforme que se movía pero que no podía precisar qué, hasta que sus ojos se fueron acostumbrando a las sombras y pudo distinguir con nitidez pasmosa a su mujer gozar locamente en brazos de su patrón, y entonces le vinieron a la mente cada una de las miradas socarronas de su jefe, las retenciones después de hora, la defensa de su mujer hacia aquel vil traidor. Dejando al niño en el suelo, con sus propias manos rompió el cristal de la ventana y entró con furia a la habitación para matar, al menos darle su merecido al adulterante, pero Luis era más fuerte y en cuanto pudo zafarse de sus brazos le dio un par de golpes, a la vez que la propia mujer intentaba rasguñarle, sacarle los ojos furiosa.

Humillado, desmoralizado, vencido, quedó de rodillas a los pies de la cama, mientras Luis lo miraba soberbio, su mujer no paraba de hacer mención de lo poco hombre que era y su hijo Gustavo llorara afuera, alertado por los ruidos y los gritos. Poco después cogió un bolso, puso un poco de ropa y no tuvo otro destino que volverse a la provincia de Salta junto con sus ancianos padres. Pasarse por el empleo a cobrar, para qué; no soportaría volver a ver la cara más irónica que nunca de su jefe y tal vez de todos sus compañeros. Llevarse a su hijo, no señor. ¡Vaya a saber de quién era hijo de verdad ese bastardo!

Ese fue el último día que Sara vio a su marido. Y Gustavo, el Croto, a su verdadero padre.

La vida para Sara se tornó complicada; Luis consideraba que no tenía que hacerse cargo de la situación. Si bien las cosas con su mujer no iban muy bien,

sobre todo después de pescarlo in fraganti con la panadera, pero bueno, él seguía cumpliendo sus deberes en la cama y además mandaba a sus dos hijos, una niña y un niño, a colegios privados. Así que más no podía pedirle. Y que encima Sara, una de tantas, quisiera extorsionarlo con que tenían una hija juntos…

Entonces la madre de Gustavo tuvo que salir a limpiar pisos y ser mucama por hora. Luciana tuvo que dejar la secundaria y al poco tiempo quedó embarazada por el Abel. No era un gran partido pero al menos se casaron y se fueron a vivir a Mendoza, muy cerquita del paso a Chile. Allí trabajaban en un viñedo y de vez en cuando escribían alguna carta. La abuela también ayudaba un poco con la pensión que cobraba y algunas cosas que cosía para afuera. Pero cuando el Gustavo cumplió los cinco, la anciana se murió y Luciana se quedó sola con el niño. Encima su cara le recordaba tanto a su marido, el verdadero, el legal, el despreciable, y todo lo que había pasado por su culpa.

Cuando ya no le quedó otra, apurada por las deudas y la miseria, le mandó una misiva anónima a la mujer de Luis, diciéndole que la engañaba con la mujer de la juguetería, solo para minar poco a poco el matrimonio de su todavía amado hombre.

¡Cómo iba a suponer que era verdad!

Lo cierto es que el plan salió a pedir de boca y la mujer del contratista le quemó la ropa en la calle, cambió la cerradura y nunca más lo dejó entrar. Desesperado, sin saber adónde ir, se le ocurrió pasar por Sara, que después de todo tenían una hija juntos. Fue como un pollito mojado y Sara lo recibió con los brazos abiertos. El contratista contándole que alguna hija de puta lo había descubierto y Sara asintiendo compasiva, mientras le acariciaba el pelo. Desde entonces vivieron juntos y ahí comenzó la verdadera tragedia para Gustavo, el Croto.

Luis García odiaba al chico.

No precisamente a Gustavo, sino su cara que era un calco de su padre salteño. Además, él tenía sus propios hijos a pocas calles, no tenía por qué querer y adorar uno que no era propio. Si fuera por querer, la Luciana, que era suya, pero como estaba en Mendoza (o Chile, no recordaba bien) esos problemas de conciencia tampoco lo habían visitado. Luis trató mal a Gustavo por sistema. El chico era caprichoso, molestaba todo el tiempo y encima era mal educado. Le encantaba sacar la lengua y tener todas las travesuras de pequeño, que él a sus hijos no les dejaba tener. Así, no faltó el día que le pegara en el culo con la chancleta, o bien con la mano abierta si fuera necesario. Gustavo llegó a tenerle terror y cada vez que venía de la obra, se escondía debajo de la cama. Claro que eso, lejos de alejarlo de la violencia, lo acercaba aún más. Porque el seudopadre lo buscaba hasta el cansancio, gritando su nombre y cuando por fin era descubierto, ¡paliza!

Sara no es que no se diera cuenta de la situación, pero le había costado mucho tener a su hombre entre sus brazos (y entre sus piernas) y no haría nada que provocara su ira y su nuevo alejamiento. Solo intentaba hacerle comprender a Gustavo que no hiciera renegar a su padre. Cuando él, con ocho años, le dijo que su verdadero padre estaba en Salta, fue la propia Sara quien le dobló la cara de un cachetazo.

Así pasaron los días para el chico. Un día le vinieron con la novedad en la escuela de que tenía golpes en la cara y le encontraron moretones por todo el cuerpo. El chico había dicho que su padrastro le pegaba y los del colegio hicieron la denuncia al juzgado. Fue todo un drama familiar. Una asistenta social acompañó al chico a su casa; Luis no estaba. Lo recibió su madre. La mujer le dijo el motivo del por qué venía y Sara se puso como loca.

—¿Qué papá te pegó? —le dijo enfurecida delante de la asistenta social—. ¿Cuándo te pegó, mentiroso? ¡No le crea, siempre dice esas mentiras! ¡Me va a sacar canas verdes este chico de tan mentiroso que es!

Sara se sintió aterrada; tenía temor de que su hombre desapareciera otra vez de su vida.

—Señora —le dijo con seriedad la mujer—. O usted comprende que su esposo le pega a la criatura o le van a quitar a su hijo y meterle en un juzgado de menores. Yo vengo para ver cómo es la situación del chico. Si es un hogar conflictivo me lo tengo que llevar.

—Pero si vivimos los tres solitos. El papá, yo y él. No nos falta nada.

—Por cómo está vestido el pequeño, diría que no le sobra nada, pero bueno… Cada casa con su economía.

—Mire, la situación se puso fea desde que pasó eso del corralito. Mi marido tenía dinero en el banco y ya sabe qué sucedió —mintió Sara—. ¡Nos comió todos los ahorros!

—Sí, la comprendo, nos pasó a todos.

—¿Ve? Cuando estalló todo, nos quedamos sin nada y ¡a volver a empezar! Es muy duro eso.

—¡Dígamelo a mí! —se quejó la asistencia social—. Yo tenía un comercio y los saqueadores me dejaron en la ruina.

—¡No me diga! —fingió preocupación la madre de Gustavo.

—¡Como lo oye! Encima mi madre vendió su casa a la muerte de mi padre y la puso en el banco para comprar otra. Justo viene el Ministro de Economía con eso del corralito y ¡zas! Le atraparon todo el dinero.

—¡Oh! ¡Santo Cielo!

—Finalmente no pudo comprar nada; se tuvo que mudar a casa. ¡Un verdadero desastre, créame, señora!

—La entiendo. ¡Me imagino cómo debe estar su madre de nerviosa!

—¡Imagínese! ¡Desesperada!

—Estamos todos iguales.

Se quedaron ambas mirando, pensando en cuántos problemas habían aparecido en los últimos tiempos y que la vida no había sido nada fácil para ningún argentino, en especial los de clase media; una con todo ese dinero bloqueado en el banco, la otra sobre su preocupación de perder a su Luis, por el cual sería cosa de hacer cualquier cosa.

—Le prometo que me encargo de este asunto —le dijo Sara por fin—. Si alguna vez sucedió, no volverá a suceder.

—Bien. Hoy, a más tardar mañana, recibirá una citación del juzgado usted y su marido. Si ustedes no fueran sería una tontería, señora, porque la vendrían a buscar por la fuerza pública. Además, puede perder la tutoría de su hijo. Por lo que veo su casa no está mal y el barrio tampoco; eso juega a favor.

—Muy bien, quédese tranquila. Me ocuparé para que no tengan más nada que decirme.

La mujer miró a Sara y con aire compasivo le dijo:

—¡Qué la plata y los problemas no empañen la relación que tenemos con nuestros hijos, querida! Luego ellos pagan las consecuencias.

—Sí, es verdad. Tiene usted razón.

Y la asistenta social se fue conforme con su tarea.

Pero al quedarse solos Sara y Gustavo la mujer se puso furiosa.

—¡Cómo le vas a decir semejante barbaridad! —le gritó.

—Papá me pega —dijo, y eso de «papá» porque lo obligaban, que él sabía que en la provincia de Salta estaba el verdadero y que alguna vez vendría a buscarle, o bien él mismo iría a por él.

—¡Pero es porque te portás mal! ¿O acaso a los chicos que se portan mal no hay que hacerles nada?

—¡No, yo no me porto mal! Pero me pega lo mismo.

Sara caminó de un lado hacia el otro como una leona en celos enjaulada. Tenía que pensar algo urgente. Estaba por venir su hombre y también la citación. Debería ser algo que no le molestara demasiado, que fuera diciéndole de a poco. ¿Quizá no comentarle nada? ¡No, sería peor con la policía en la puerta! Y cuando aún no tenía una respuesta, apareció Luis. Gustavo se escondió debajo de la mesa. No quería ni oírle, y más sabiendo lo que se avecinaba. Pero Luis lo vio, mas no tuvo ganas de discutir. Ya bastante problemas tuvo ese día con los obreros que le pararon la obra por falta de pago. ¡Y él que culpa tenía que el arquitecto no haya bajado una moneda! «¡Solucionámelo para mañana como sea!», le había dicho encima el caradura. Y si no hay solución, no hay plata, y si no hay plata, no podrá hacerle la fiesta a su hijo más pequeño. El legítimo, claro.

—¿Cómo estás, mi amor? —le preguntó Sara

—¿A vos te parece normal que un chico de nueve años se esconda debajo de la mesa todos los días? —le preguntó a su vez.

—Es chico, dejalo. Vamos a la cama que te tengo que decir una cosa…

—¡Para cama estoy ahora! ¿Es que no pensás en otra cosa?

—Bueno, te lo digo acá. Gustavito, andá a jugar.

—No —dijo el chico desde debajo de la mesa, pensando que solo mostrar el pelo sería merecedor de un castigo.

—Dale, dejá a ese estúpido y decime.

—Estuvieron de la escuela de Gustavo. Una asistenta social.

—¿Qué pasó ahora? ¿En qué lío se metió?

—Dicen que le pegamos. Que tiene todo el cuerpo con moretones.

—¡Lo único que faltaba! —suspiró al aire—. ¡Que venga otro y me diga cómo tengo que educar al niño en mi casa!

Sara calculó sus palabras y como todavía no lo vio tan enojado siguió:

—Dicen que vamos a recibir una citación.

—¡Qué! —gritó furioso el contratista mientras se ponía de pie y golpeaba con la palma de la mano la mesa.

—¡Yo no les dije nada! ¡Fue él! —gritó entonces Sara para salvar su honor frente a su hombre y corrió a abrazarle, pero este la sacó con las dos manos, y se sacó el cinturón en un segundo.

—¡Vení para acá, pendejo de mierda! —gritó y buscó al Gustavo debajo de la mesa que ya estaba aterrorizado—. ¡Así que me vendiste?

—¡No, yo no dije nada! —mintió para defenderse, pero Luis ya lo había atrapado de los pelos y le había dado dos golpes del cuero por el lomo.

Cuando lo tuvo por fin ante su vista, le pegó dos *cinturonazos* en la cara, pero Gustavo se le escabulló por un costado y cuando Luis lo siguió, con un movimiento de cintura se le fue para el otro lado y ahí ganó la puerta. Esa noche no lo volvieron a ver.

Tanto Luis como Sara lo buscaron por todo el barrio.

Nadie, absolutamente nadie, lo había visto y eso que ese día de otoño hizo un calorcito primaveral y los vecinos se aventuraron a sacar sus sillas a la puerta para ver la vida pasar. Cuando se cansaron de buscarlo, volvieron, y poco después, Gustavo, agazapado en el techo de su propia casa vio salir a Luis con una maleta, recién al rato se animó a bajar.

Su madre todavía yacía en el suelo, de rodillas, llorando la pérdida de su hombre que la había abandonado. Cuando vio aparecer a su hijo, cuando vio en realidad la cara de Mario, el que le hizo a ese engendro de la infelicidad, lo maldijo con toda su furia y hasta le tiró su pañuelo a la cara como si fuera una piedra, que no llegó a impactar y su fuerza se diluyó en el aire cayendo a los pies de su hijo.

Gustavo se fue solo a su habitación y se quedó en la oscuridad pensando durante mucho tiempo. No recordaba los tiempos felices, aunque su mamá más de una vez le había dicho que lo fueron. Pensó en su hermana, que casi no recordaba su cara y en especial pensó en su padre. El verdadero, el que se fue a la provincia de Salta. Su mamá le dijo: «¡nos abandonó!», pero él bien sabía que el tema era ese hombre que su madre había instalado en la casa. Desde ese día se puso un único objetivo: encontrar a su padre en Salta.

Al día siguiente llegaron sendas citaciones: una para Sara Rodríguez y otra para Luis García, pero como se alegó que no vivía más allí, la citación retornó al juzgado. Sara arregló bien a su hijo, lo perfumó y solo tuvo problemas con unas

prendas nuevas que creyó que todavía le entraban

¿Hace cuánto no le compraba ropa?

¿Y qué hacía Luís con toda la plata?

Apareció con su hijo a la hora indicada en la papeleta judicial. Un médico perito revisó minuciosamente al chico e hizo un informe muy duro, pero como Sara alegó que echó de la casa al padrastro pegador, se le dio una tenencia provisora a la mujer.

—Su marido no puede volver a pisar la casa, señora —le dijo el juez mirándola con severidad.

—No la va a pisar porque yo no lo voy a permitir —dijo envalentonada la mujer.

—Muy bien. Le voy a dar el teléfono de este juzgado y si ve a ese señor cerca, no dude en llamarnos que vamos a actuar con todo el peso de la ley.

Será Justicia y cada uno para su casa.

Esa tarde, como era de esperar, Luis no apareció y Sara no pudo dormir en toda la noche. Miraba por la ventana, por la misma que había entrada Mario cuando la pelea y solo recibió la luz de la calle. Cada vez que una sombra se posaba sobre la ventana se sentaba expectante, pero eran nada más las hojas de los árboles movidas por el viento. A la mañana siguiente, dejó a Gustavo en la escuela y fue directamente a buscarlo a la casa de su esposa legítima, o la que había sido su esposa en cuerpo y ley.

—¡Todavía tenés el tupé de venir a buscarlo! —la increpó aquella señora en la cara—. ¡No los quiero ver ni a vos ni a él cerca de mi casa!

El grito de aquella mujer más que ofenderla la tranquilizó, disipó su temor de que había vuelto con su esposa. Lo buscó entonces en una obra, en un par de bares y volvió a su casa con las manos vacías. Pero a la noche, pasada la una, una sombra tambaleante se posó en la ventana.

—¡Luis! —largó el gritito la mujer.

Le abrió la hoja de cristal y este la saltó con dificultad. Tenía la cara fría y estaba algo borracho, pero Sara se la calentó con caricias desesperadas y besos.

—¡Mi amor, viniste!

Él se sentó en silencio en la cama y ella le fue sacando poco a poco la ropa.

—¿Qué pasó con el juez? —le dijo despacio.

—¡Nada, mi amor, ya pasó!

Luego le sacó los pantalones, el calzoncillo y poco después hacían el amor frenéticamente; Sara mucho más que él.

Gustavo pudo oír desde su cuarto otra vez los gemidos de su madre y se tapó la cabeza con la almohada.

A la mañana siguiente acordaron Sara y su hombre, que debía salir ella primero y ver si no había nadie del juzgado vigilando. Entonces recién ahí, salía Luis. Nunca hubo problemas, salvo personas que Sara creyó que eran del juzgado

por verlas paradas en la esquina, pero luego terminaron subiendo a algún coche o cosas así.

La relación del hombre con Gustavo no puede decirse que mejoró, pero tampoco le pegó ni lo trató mal. Era simplemente de indiferencia. Cuando el contratista aparecía al mediodía a comer o bien a la tarde, Gustavo corría debajo de la mesa y se quedaba allí un buen rato, pero como aquel hombre ya no le hacía caso, entonces Gustavo, cansado de la espera iba a jugar afuera. Así cada uno fue acostumbrándose al otro y casi ni se hablaban. Y Gustavo creyó que eso sería mejor.

Un día apareció la asistencia social de nuevo y a Sara casi le da un ataque.

—¿Cómo estás, querida? —le dijo con una sonrisa. Sara pensó que si sonreía no podría traer malas noticias—. Vengo un poco por orden la escuela, vamos, del juzgado que nos dijo que tengamos vigilado al chiquito, que no sea golpeado, ni esas cosas. ¿Vos me entendés, no?

—Sí, claro. Pero ya no hay más problemas de ningún tipo.

—Sí, eso parece —respondió la mujer—. También quería decirte, querida. Si no lo tomás a mal… —La mujer buscó un tono íntimo.

—¿Qué?

—Como veo que el nene va un poquito roto a la escuela, si no lo tomás a mal, digo, podríamos darte un poco de ropa juntada por la Asociación Cooperadora. No es ropa nueva, pero al menos…

Sara se quedó pensando si era necesaria.

—No hay problemas. No, por favor, como lo voy a tomar a mal —le dijo para no darle más explicaciones.

—Muy bien, querida, me imagino que ahora que estás sola debés tener más problemas de dinero.

—Así es. Una mujer sola hace lo que puede, más en esta época del corralito… —dijo Sara y cuando la mujer se fue se metió para adentro avergonzada.

—¿Quién era? —preguntó Luis.

Gustavo comía callado al costado de la mesa.

—La asistenta social otra vez. Dice que el chico va mal vestido a la escuela.

—Comprale ropa.

—¿Con qué? Vos no me das nada.

—¡No es mi hijo! ¡Lo único que faltaba, que tenga que vestir yo a ese pendejo de mierda!

Entonces Sara se tragó las palabras de la unión de la familia y no dijo nada más. Luego tomó el pantalón de gimnasia de su hijo y le puso un par de remiendos. Al otro día se lo dio para que se lo probara.

—Vení, Gustavo, a ver cómo te queda —le dijo.

Gustavo se había sacado la camiseta y estaba descalzo a punto de irse a bañar, se puso el pantalón que le cosió su madre cuando tocaron a la puerta, y pudo ver

por la ranura de la puerta a la asistencia social junto a otras mujeres.

—Hola, querida. Te traemos la ropita para el nene.

Entonces Gustavo recordó la conversación del día anterior: «no es ropa nueva, pero al menos… ». Y eso de que «¡no es mi hijo!».

—Así que si no lo ves mal le probás estas prendas y te fijás.

Y «¡lo único que faltaba, que tenga que vestir yo a este pendejo de mierda!».

—No, por favor, como lo voy a tomar a mal. Una mujer sola...

Y en ese momento ocurrió un hecho fortuito que le dio una gran idea a Gustavo; un poco más tarde del mediodía, en el mismo momento que estaba la Asistenta Social y las otras, apareció Luis que venía tardíamente de una obra.

—Hola, Santos —mintió Sara—, te presento a la Asistenta Social de la escuela de tu sobrino y la gente de la Cooperadora. Este es mi primo, señora.

—Mucho gusto —dijo Luis pasmado, entendiendo al momento el plan de Sara.

—Encantada —respondió la asistenta y el contratista se metió para adentro y, esquivando al chico, se metió en el baño.

Entonces a Gustavo se le iluminó el rostro y tomó una lámpara que había en su casa y comenzó a pegarse en la cara hasta que parecieran que fueron los puños salvajes de su padrastro y allí mismo fue corriendo entre la persona, poniéndose en el medio de la calle, y gritó a todos lo que quisieran oír:

—¡Es mentira! ¡Ese es el marido de mi mamá! Me pega! ¡Todos los días me pega! ¡Miren lo que me hizo!

Gustavo sangraba copiosamente por una ceja y el corte pareció mucho más grande de lo que realmente era, pero alcanzó para que las horrorizadas mujeres vieran el panorama. Luego, Gustavo salió corriendo con dirección imprecisa, mientras las mujeres se observaban entre ellas impactadas y miraron también a Sara y a Luis que salía sorprendido a ver qué eran esos gritos.

Gustavo anduvo así durante muchas horas.

Se sentó en un cordón de la calle y con el agua que pasaba rumbo a las alcantarillas se limpió la sangre de la ceja. Luego fue hacia la estación de trenes de Ituzaingó y cuando pasó despacio una formación de carga se aferró a las manijas y el tren se lo llevó. No le costó mucho subirse sobre la carga de carbón y allí se quedó dormido. Momento después pasaba por una gran ciudad y cuando el tren estaba a punto de detenerse, se arrojó y dio vueltas por un terraplén. Volvió su vista a la ciudad y una enorme cantidad de coches, de taxis capitalinos y colectivos, desfilaron ante sus ojos. Nunca había visto tanto movimiento. No tenía miedo, solo quería llegar hasta su padre, y eso cuando vio un autobús con la palabra mágica: Salta, corrió al colectivo con desesperación. Este paró en un semáforo y él, para no desaprovechar semejante ocasión, le pidió al conductor:

—¿Me lleva a Salta?

El chófer miró al niño vagabundo casi con asco. Estaba descalzo, sucio de carbón por todo el cuerpo y ensangrentado. Subir un chico así al autobús significaría más que una suspensión.

—No puedo —le dijo, pero entonces sucedió algo impensado, algo que nunca le pasó con los chicos de la calle ni con nadie: el chico aquel, Gustavo, comenzó a llorar, a gemir, a berrear con desesperación y sentimiento como si le hubieran pegado un gran golpe.

—¡Por favor, lléveme! ¡Por favor, por favor! —dijo entre lloro y mocos.

El joven chófer no supo qué hacer. Miró por el espejo de enfrente los pocos pasajeros que llevaba y en un acto casi inconsciente asintió con la cabeza.

—Pero sentate bien en el fondo —le dijo.

Gustavo aspiró sus mocos y corrió a donde le mandaron y el conductor pudo ver una espalda sucia, negra carbón, que seguramente le obligaría a desinfectar el vehículo cuando el niño se bajara.

El pequeño miró con ojos grandes por la ventanilla del autobús, y le sorprendió cuando a los quince minutos el chófer le avisó desde su asiento:

—Salta.

Gustavo todavía era muy ingenuo para notar las diferencias entre la calle Salta de la Ciudad de Buenos Aires adonde fue el colectivo, con la provincia de Salta al norte argentino, a más de 1200 kilómetros de Capital donde estaba su padre, vaya a saber en qué pueblo perdido.

Aun así Gustavo bajó con los ojos bien abiertos y se preguntó dónde podría hallar a aquel albañil que tanto les quiso alguna vez, que estaba seguro le comprendería cuando le contase todo lo sucedido y lo mirase a los ojos: a sus propios ojos. ¡Si todos lo decían!

Pero nadie lo conocía y cuando le preguntó a un señor si esa era la provincia de Salta, se rió tanto que hasta le dio vergüenza al pequeño Gustavo. Otro chico, que parecía ser de la calle, le advirtió por las suyas.

—No te quedes aquí.

—¿Por?

—Porque te agarra una banda y te muele a palos!

—¿Vos tenés banda?

—No.

—Buscate una urgente, pibe —le dijo—. Si tenés banda no te joden los *ratis*.

—¿Qué son *ratis*?

El chico sonrió con maldad.

—¡Pibe! ¡Sos muy tiernito para estar en la calle! Si no conocés a los *ratis*, estás muerto. Los *ratis* son la *cana*, la *yuta*, los *vigi*, los *taqueros*. —Y como si esa explicación científica de los que han vivido mundo fuera poco, agregó—: ¡La Policía, pibe, la Policía! Si te ven solo, date por muerto.

Y Gustavo creyó fielmente cada una de las palabras de ese chico. Cuando vio a un grupo de muchachones decidió preguntarles a ellos.

—Puedo entrar en la banda de ustedes? —le dijo a uno gordo que parecía el jefe.

Este aceptó casi apáticamente. Pero uno, flaquito y chiquito, que no tendría un año más que él dijo:

—Pegale

Gustavo lo miró con sorpresa.

¿Por qué había de hacer eso?

Él no les hizo nada.

—Pegale —repitió ese chico con cara de malo.

—Pst —chistó el líder.

Gustavo, algo menor miró a ese chico con sorna, más bien con gracia.

—Dale, pegale —insistió este.

—¡Pegale vos! —dijo el líder de mal humor, tirado con una caja tetra de vino en el umbral de una puerta.

Entonces, sin más, el chico largó una mirada de satisfacción y le dio dos golpes duros en el rostro. Gustavo trató de defenderse al comienzo, pero luego ese sanguinario chico le dio uno y otro golpe hasta que sintió que le sangraba la nariz y la boca y, aunque se tapara, los golpes seguían entrando.

La historia del Hueso fue distinta a la de los otros dos, pero similar a la de muchos niños argentinos. No es que la pobreza se haya instalado en la Argentina las noches del 19 y 20 de diciembre del 2001, cuando la caída violenta de un gobierno democrático en manos del pueblo por no saber dar respuestas a los problemas que se vivían; «pobres hubo siempre», dijo el expresidente Menem alguna vez, con una sonrisa socarrona, a los periodistas que le preguntaba sobre el aumento de indigencia en el territorio nacional. Pera esa noche del 19 de diciembre se vio en todo el mundo gente común y corriente propagarse por las calles, en pleno estado de sitio y pedir la destitución de un presidente que había permitido días antes esa historia del corralito. La gente que tenía dinero en los bancos se quedó sin nada de la noche a la mañana (nunca mejor dicho): años de ahorros, ventas de propiedades o simplemente sueldos y pequeñas cantidades fueron *chupadas* por el sistema económico dando a la creación de cientos, miles, millones de nuevos pobres en solo una noche. Una larga y violenta noche, donde millones de personas salieron a protestar, a pedir su dinero al gobierno al canto de «que se vayan todos, que no quede ni uno solo». Los saqueos vinieron después, pero eso es otra historia.

La gran masa de la clase media argentina comenzó a resquebrajarse. Ingenieros, arquitectos, abogados, profesionales de todo tipo o simplemente empleados que se quedaron sin trabajo ante las medidas de protección del gobierno.

¿Protección a quiénes?, se preguntaron muchos.

Principalmente a los bancos.

O a algunas empresas poderosas que decidieron cerrar sus puertas o

simplemente desaparecer de la faz de la tierra (argentina) esperando momentos más propicios. O emigraron preferentemente a España e Italia, donde tenían raíces o bien, engrosaron las largas filas en la Embajada de los Estados Unidos para obtener una visa, imposible de conseguir. Hay que decir que el gran país del norte tomó como medida cobrarles veintiocho dólares a cada persona para hacer preguntas telefónicas (no vaya a ser que el contacto directo le contagie la pobreza) y si pasaba el primer filtro otros cien dólares por darle la planilla del visado en blanco. Independientemente de que luego fuese rechazada, cosa que ocurría en más del 95% de los casos. Y de ese mísero 5% que conseguía la *Green Card*, algunos también eran expulsados directamente al llegar a los aeropuertos norteamericanos por no coincidir con la imagen solicitada, de acuerdo a un estricto protocolo. Y los felices profesionales que al fin lo conseguían ya estaban capacitados para limpiar las casas o cubrir los puestos menos remunerados de una sociedad que no los necesitaba. De alguna manera, como la carrera de las tortugas recién nacidas en busca del mar que les permita seguir viviendo, devoradas en el camino por pájaros y alimañas.

La desesperación de la gente por irse de un país que no daba seguridad jurídica, física y de ningún tipo fue tan grande hacia el 2002 y 2003 que cada familia comenzó a tener un emigrante. Como los españoles y los italianos cuando ellos también tuvieron sus tiempos duros y eligieron Argentina como el país para su futuro. Así como casi toda familia poseía un abuelo español, ahora muchos ancianos comenzaron a tener un nieto en su querida patria española.

Y si la clase media comenzó a derrumbarse, dando coletazos inclusive a la clase media-alta, un poco más acomodada, ¿qué podría decirse de la clase baja, la de los humildes, de los intocables, los de alquilar toda la vida, de vivir en las *villas de emergencias* cada vez más populosas y miserables, las de los desposeídos, las clases marginales?

Por eso que no resulta llamativo el aumento de los niños abandonados por esa época. Y el Hueso fue uno de esas víctimas. No se sabe demasiado en boca del Hueso, porque él mismo no sabía demasiado. Las monjas le contaron simplemente que lo dejaron una noche con una canastita, donde ni siquiera le dejaron los datos de nombre, fecha de nacimiento, nada. Por el tamaño que tenía calcularon que tendría menos de tres meses, pero al hacerle la revisión rutinaria el médico comprobó que tenía en realidad seis, pero con un estado de desnutrición galopante. El hecho de que no fuera abandonado inmediatamente como se hacía en muchos casos, era señal que los padres, o la madre particularmente, había intentado quedarse con él, pero su situación desesperada la llevó a tomar una dramática decisión. Es decir, que los primeros recuerdos del Hueso fueron cuando las monjas y no es precisamente algo que merezca ser contado con alegría.

Generalmente se derivaba a los niños a la Casa Cuna; allí podrían, luego de varias órdenes judiciales, poner a disposición de padres adoptivos, pero, con este niño hicieron diferente. Después de todo, «quién iba a querer un chico tan feo y desnutrido, pobrecito», pensó la Madre Superiora, por lo que la ilusión de tener nuevos padres quedó abortada desde el comienzo.

La Madre Superiora era entonces la madre Aurora. Una mujer regordeta, bajita, muy bajita mejor dicho, casi enana, con cara de perro bulldog y voz de

sargento. Los chicos le tenían terror solo con su presencia, a pesar de que ella casi no hablaba con los pupilos, sino lo hacía a través de sus subalternas. En las excepciones si alguien era castigado y enviado a la dirección del establecimiento, la Madre Superiora lo recibía con la peor de las miradas inquisidoras y, luego de oír en silencio el alegato defensivo del chico, si lo tenía, su espada de Damocles determinaba cuál sería un justo castigo. Casi siempre duro, a excepción de otras veces que era durísimo.

Gabriel Expósito, tal el nombre de guerra del Hueso dentro del cotolengo (y en su inventado documento de identidad), era un niño extremadamente delgado. Así como a los seis meses parecía que tenía tres, a los seis años parecía de tres también, y no es de exagerar. No se sabe si fue porque estuvo muy mal alimentado de pequeño, si nació prematuramente o simplemente era su constitución genética. Era largo, dentro de su pequeño tamaño, y flacucho. Como un hombrecito en miniatura. Y su rostro también era el de un hombrecito. Tenía una arruga de cada lado de la boca en forma vertical y a veces, cuando fruncía el ceño, se le formaba un par en la frente. Fue llamado Gabriel por el Arcángel Gabriel y Expósito por ser un niño expósito, claro. Es decir sin padres. La mitad de los niños allí tenían ese apellido y Gabriel creía que eran hermanos de verdad.

¡Vaya con la Madre Superiora!, pensó alguna vez con inocencia, pensando que ella los había parido a todos.

Pero después de todo el nombre de Gabriel no estaba mal. Había también los Juan Pablos, como el Papa, los Paulos (o su traducción en Pablo), por el otro Papa, los Píos y hasta los nombres de algunos santos. Y los que peor lo pasaron fueron los chicos que recibieron el *nomine* de Ceferino, Hilario o Fulgencio.

Los chicos eran traídos de pequeños, cuando no los abandonaban en la puerta. Allí eran todos varones. Las únicas mujeres con la que un niño en edad de merecer podía fantasear eran las propias monjas, en especial la hermana Laura, que tenía una carita angelical y una vocecita digna de una santa.

A las seis de la mañana los despertaban en esas largas habitaciones de cuarenta camas con un *Rosario*. La veterana hermana Rosario (casualidad o no con el nombre) que superaba los ochenta años, venía cada mañana y abría violentamente las ventanas para comenzar con aquella voz chillona:

—Dios te salve María, llena eres de gracia…

Y no se sabía cuántas veces lo decía, pero cuando acababa, la mayoría se había acostumbrado a su voz y a la luz y ya roncaba plácidamente de nuevo. Hasta que por fin, golpeaba sus manos como aplaudiendo y a levantarse todo el mundo como en el ejército.

Ahí iban en fila a los baños.

A los más pequeños las monjas los ayudaban a ducharse, refregándoles bien la esponja en todas sus partes. En todas. Luego volvían a la habitación, a cambiarse y ponerse la mantala o delantal gris oscuro, lo que hacía más deprimente el lugar. Y allí, hacia el comedor salían los clones de pupilos en busca del primer alimento diario, que consistía en un mate cocido con una chorrito de leche impresentable, casi sin sabor a azúcar y un pedazo de pan, no siempre blando. Previo a un

Padrenuestro, claro está. Cuando alguno osaba acercar los dedos al pan unos segundos antes de decir «Amén», allí estaba alguna de las monjas para pegarle una collera. Y en este punto se debe aclarar que Gabriel, el Hueso, era el dueño de casi todos los golpes.

Era tal su ansiedad por la comida, señal de meses primeros de hambruna, que ver un trozo de pan o resto de comida hacía que sus ojos se desorbitaran. Cuando se iban del comedor hacia las aulas, se pasaba el dedo por la lengua, humedeciéndolo y picaba las miguitas que quedaba en la mesa para no dejar resto alguno. Y si alguno dejaba un pedacito, él se levantaba cuando daban la orden empujando a todo el mundo y con su cuerpo delgado y flexible se metía entre las filas y la mesa y se arrojaba sobre el trozo. Y cuando alguna monja le pudiera llegar a decir algo, él ya estaba masticando y a punto de tragar su trofeo. No era solo hambre; era glotonería y desesperación.

—¿Acaso no sabes, Gabriel, que la gula es un pecado mortal? —le dijo más de una vez la Madre Superiora cuando lo mandaban a dirección castigado.

Él se avergonzaba, bajaba la cabeza y se sentía un pecador. Luego de dos horas arrodillado en el suelo de cemento, mirando al rincón de la pared, rezando *padrenuestros* y *avemarías* se sentía redimido. Pero al otro día cuando veía un resto de pan abandonado, se perdía de nuevo.

Luego del desayuno, venía el saludo a la Patria. A veces cantaban el himno nacional argentino en fechas que nunca explicaron bien qué significaban, a veces eran canciones a próceres como el General San Martín, el padre de la patria, o Sarmiento y casi siempre era la canción que más divertía y temía Gabriel: *Aurora*.

Aurora era la canción a la bandera argentina, pero no había un solo chico que no la identificara con el nombre de la Madre Superiora para luego partirse de risa, ante el desorden general. Se ponían en el patio todos formados, según las edades y los cursos, se alistaban las autoridades del convento y el cotolengo a la cabeza de los alumnos. Gabriel se mordía los labios antes de comenzar para darse fuerza de no reírse, pero cuando se comenzaban con las estrofas iniciales…

—Alta en el cielo… —Y Gabriel miraba la altura minúscula de la madre Aurora, siendo el primero en soltar con fuerza una carcajada reprimida que era acompañada por casi todo el alumnado.

Y para ser justos debe decirse que a la hermana Laura, cuando supo el porqué del alboroto, también le costó contener la risa.

Cuando se retiró la madre Aurora dejando su legado a la madre Sandra, las risas fueron desapareciendo poco a poco. Pero eso fue a lo último.

En las mañanas, luego del desayuno, tenían las clases. La primera de todas, (¡todos los días!) era religión. No es que Gabriel no fuera creyente, ¡de eso nada!, pero oír hablar de la Virgen María cada día se le hacía insoportable. Es que las monjas habían elevado el rango de la Virgen a superhéroe y con eso no se podía.

—Cuando la Virgen María salió con su hijo Jesús, advertida de que el Rey Herodes iba a matar a todos los niños menores de cuatro años, con una inteligencia sobrenatural, se subió a una mula e inicio el camino hacia una tierra donde no pudieran descubrirles. Ella sabía muy bien que en Egipto, tierra de

faraones, Herodes no la buscaría… ¿Gabriel? ¿Gabriel? ¿Estás dormido?

Entonces la hermana Yolanda se acercó al chico que dormitaba y tiraba la cabeza hacia delante y hacia atrás, intentando sostenerla sin éxito y le dio un puntazo en la oreja, que terminó de despertarle saliéndosele el corazón por la boca. Y luego aún venían las clases de Geografía, de Matemáticas, Lengua y Literatura y algunas más que le daban a los chicos conocimientos básicos para cuando fueran *alguien* en la vida.

Al mediodía era el primero en terminar de comer. No importa lo que sirvieran. A veces un polvo de maíz amarillo llamado polenta, dura como una piedra, sin salsa y sin una partícula de sal: Gabriel la absorbía como si fuera un oso hormiguero. O guisos. O pescados, o carne (las pocas veces que había). Y entonces se quedaba mirando con desesperación al resto de los chicos que, ¡egoístas!, comían más despacio. También solía vérselo luego de terminar su ración, pedirles a los de al lado.

—¿Me das un poco? —Con la casi segura negativa del otro pobre pupilo.

Pero en el Cotolengo de la Santa Virgen Auxiliadora no solo era estudiar catecismo y leyes morales; a partir de las cinco de la tarde, luego de una pequeña siesta obligada de una hora y las clases vespertinas, los chicos quedaban en libertad para recorrer el convento —las partes que se les permitía—, ir a los baños, rezar en la capilla, confesarse los jueves con el padre Isidoro, los sábados fregar los suelos de todo el convento y limpiar todo ante las miradas atentas (y pasivas) de las monjas. Y finalmente los domingos a misa.

El tiempo libre era el que más odiaba Gabriel.

No porque le encantara estudiar precisamente, sino porque en el tiempo libre los chicos mayores usaban todas sus argucias para hacérsela pagar a los más pequeños. En cada grupo había un líder y Agustín Expósito —Expósito por… bueno, ya se sabe—, era el más sanguinario de todos los líderes. Agustín, de catorce años, tenía una frondosa imaginación. Era capaz de sorprender con una aventura inventada espontáneamente donde el héroe de turno rescataba a una chica de un palacio. Esto generaba una expectativa en casi todos para salir y hallar un mundo de fantasía, lleno de caballeros y dragones.

Pero Agustín no solo contaba historia, también había creado un complejo sistema de leyes consuetudinarias dentro del internado que, dictadas por generaciones, él había perfeccionado en esos tiempos. Leyes como mandamientos. Una de ellas, la más importante de todas, era «no delatarás». Si un compañero estaba en incorrección, sea por faltar a las normas de la casa, sea por cometer un acto contra otro compañero, delatar era considerado una falta grave a las leyes internas a la altura del pecado capital de «no matarás». Y entonces se formaba un jurado de notables donde por norma general Agustín era siempre el presidente y se dictaba una sentencia, que iba desde los cincuenta azotes con las alpargatas o zapatos duros, en el caso de una falta simple, hasta largas horas de sesiones de trompadas y patadas, donde hasta se podía sacarle un diente al condenado. Y si el chivato reincidía, cosa improbable, la segunda pena podría ser tan dura que sería imposible pensar en una tercera vez. En realidad nunca hubo una segunda pena. Pero en la fantasía de Agustín se describía niños que se les cortaban la lengua y

atrocidades semejantes, en la época de sus tiempos de primera infancia. Inclusive se comentó entre los pasillos que existía una silla eléctrica, que Agustín habría visto con seguridad una vez en alguna película o vaya a saber dónde, porque no hay que olvidarse que muchos de esos niños estuvieron también alguna vez en la Casa Cuna, donde en cierta ocasión fueron elegidos para tener una familia adoptiva.

En el caso de Agustín contó con esa suerte dos veces.

Era un chico gracioso y movedizo, pero en el mes de prueba de sus padres provisorios, con solo tres años, fue devuelto sin pena ni gloria.

—Es un chico hiperactivo; no nos sentimos capacitados para contenerle —dijo el frustrado padre que esperó seis años para que le dieran un niño en adopción; cuando en realidad quiso decir—: Este chico está endemoniado: preferimos subsistir sin hijos antes de quedarnos con esa bestia salvaje.

Luego, cuando tuvo los seis, se le presentó una segunda oportunidad, cosa extraña a esa edad, pero ya se dijo que el niño tenía lo suyo a la hora de ser observado por los adultos, en especial funcionarios que querían sacárselo de encima. El empleado del juzgado al ver a quién se le habían dado el don de una segunda oportunidad lo miró con aire severo, se arrodilló para arreglarle mejor la camisa y que quedara hecho un moño ante la nueva ocasión y por lo bajo en tono grave le dijo:

—No la cagues.

El ansioso matrimonio esperó expectante la aparición de Agustín. Era una pareja adulta que hacía tiempo también estaba en la lista de los juzgados. Cuando vieron al pequeño, se enamoraron de él, lo llenaron de besos y se lo llevaron. El motivo exacto nunca se dijo, pero al día siguiente vinieron con el coche, lo dejaron en la puerta y se marcharon a toda prisa.

Este pichón de delincuente era el jefe supremo de los internos en el cotolengo.

Y tal vez en una de esas ocasiones pudo desarrollar un poco más su argucia a la hora de inventar historias, porque las únicas revistas que llegaban eran de la Acción Católica, y de ellas no podría encontrar ni una palabra gris.

¿Cómo conoció Gabriel (el Hueso) a Agustín?

Pues por naturalidad.

Aunque debiera aclararse que Agustín conocía bien a cada uno de los que eran descartado en la Casa Cuna y traídos, casi como prisioneros, al Cotolengo de la Santa Virgen Auxiliadora. Máxime a un chico tan feo, aun siendo bebé. Cuando Gabriel comenzó a crecer, y Agustín ya se había transformado en un líder nato, a pesar de ser menor que muchos, llegó a pensar que aquel chico con cara de maldito era uno de los jefes verdaderos del internado. Como un padre superior o algo así.

Por eso lo de la naturalidad.

Bueno, tan errado no estaba; cuando Gabriel cumplió los seis, el líder consideró que ya estaba para iniciarlo en las leyes *verdaderas* de este mundo. Junto con otros chicos lo llamaron una tarde y se lo llevaron al baño, mientras

otros controlaban que las monjas no asomaran las narices. Allí lo hicieron desnudarse, y le enseñaron el extenso y variado arte de la masturbación. Por supuesto que Gabriel no estaba preparado. Así y todo, luego lo aleccionaron sobre los pecados capitales del cotolengo, en especial dos. El primero y principal era explicarle quién mandaba entre los internos y el segundo, casi tan importante como el anterior era que en el cotolengo no hay delatores. Gabriel miraba con ojos grandes, oyó cada una de las palabras y trató de asimilar sus significados como quien asimila el Cuerpo de Cristo cuando le dan esa *galleta* en la misa.

—¿Entonces te quedó claro quién manda, pibe? —le preguntó Agustín satisfecho de haberle dado una clase magistral al iniciado.

Y Gabriel, que aparte de ser un glotón voraz era medio atolondrado en eso de la comprensión respondió con total ingenuidad:

—La Madre Superiora.

Los internos que rodeaba a Agustín miraron fijo al líder, esperando su reacción. A este no le quedó más que cruzarle la cara de un cachetazo.

—¿Qué has dicho?

Y justo en ese preciso segundo vinieron de afuera los *campanas* avisando que la monja venía hacia esa parte del internado. Fue el momento ideal de confusión que aprovechó Gabriel para salir corriendo, aún desnudo, y encontrarse precisamente con la máxima autoridad del cotolengo.

—¡Madre Superiora, Madre Superiora!

La mujer al ver a Gabriel desnudo salir del baño temió lo peor y hacia allí se encaró con decisión. Gabriel la siguió, sintiéndose protegido.

—¿Qué pasa aquí? —dijo apareciendo de improviso.

La mayoría de los chicos no habían terminado de levantarse los pantalones y el espectáculo fue sumamente indecoroso para todos. Encima Gabriel, con su mirada triunfante.

—¡Ese me tocó el pito y me pegó! —le dijo señalando a Agustín.

El fin de la historia fue: diez horas de rodillas para cada uno, separados en cuotas de cinco días de dos, rezando mirando a la pared, maldiciendo al pequeño traidor y regodeándose del castigo ejemplar que le correspondería por semejante herejía. No solo había traicionado a un compañero, sino que lo había hecho con el propio Agustín, jefe entre los jefes de la Auxiliadora.

La semana pasó, el agudo control que las monjas hacían sobre los imputados también. Fue el turno de ellos. Un grupo de no menos de veinte chicos, porque no solo estaban ofendidos los castigados, se acercaron a medianoche a la cama de Gabriel que dormía profundamente, ajeno a cualquier venganza. Con excesiva cautela levantaron las sábanas con las mantas y el chico adentro. Lo llevaron suavemente hasta los campos que el convento tenía en el fondo y con suma cuidado de no interrumpir el dulce sueño del bendito lo fueron posando sobre la hierba húmeda. La luz mortecina del farol del patio les alcanzaba tenuemente, pero suficiente como para que el rostro de aquel *elegido* por la naturaleza viera quienes estaban a punto de darle un tremendo castigo.

Agustín se puso en cuclillas y observó con interna satisfacción cómo el niño suspiraba entre sueños. Entonces con dos dedos —índice y pulgar—, los ejecutó sobre la oreja de Gabriel como quien le da a una canica. El golpe despertó instantáneamente a Gabriel que sobresaltado observó a todos. La sonrisa lasciva de Agustín lo decía todo. Miró hacia un costado y vio lejana la capilla y las habitaciones.

—¿Sabés por qué estás acá? —le preguntó Agustín.

Gabriel no respondió; tenía grandes los ojos y sabía que algo feo le sucedería. Agustín se puso de pie y dijo:

—Estás ante el Sagrado Tribunal por cometer la violación de nuestro código de honor, es decir la de delatar a un compañero.

Agustín no entendió nada y siguió mirando en forma incomprensible a su juez.

—Que sos un delator, un *ortiva*, un alcahuete, un *buchón*, un *botón*, un chivato. ¿Entendiste?

Gabriel asintió asustado con la cabeza.

—Entonces te vamos a enjuiciar y el veredicto del jurado debe ser cumplido inmediatamente. ¿Qué tiene el acusado para decir en su defensa?

Gabriel esperó que alguien hablara.

—¡El acusado sos vos, boludo! Lo que te estoy diciendo es que te chivaste el otro día y por eso nos castigaron con ¡diez horas de rodillas! La ley del cotolengo dice que los delatores deben recibir la pena máxima. Defendete, imbécil.

Pero Gabriel no supo qué decir. Tenía miedo y quería irse a dormir.

—¿Qué dice el jurado? —preguntó Agustín elevando la voz al cielo.

—¡Culpable! —dijeron todos a la vez.

—Entonces te sentencio a ser molido a golpes —decretó el juez Agustín, y antes de que terminara de hablar todos se abalanzaron contra el infeliz Gabriel a golpes de puño, patadas, tiradas de pelo.

Estuvieron así durante quince minutos hasta que el propio Agustín dio la orden de acabar con aquella sangría. Gabriel se tapaba ya sin saber cómo parar toda aquella tromba y cuando quedó libre, miró a su ejecutor, a la vez que un hilo de sangre le corría por la cara desde su ceja.

—Esta vez no te vamos a matar, pero que no nos enteremos que nos delatás otra vez, porque morirás de la peor manera.

Gabriel se estremeció a las palabras de Agustín.

Luego lo envolvieron entre las mantas y sábanas mojadas por el rocío de la hierba, lo llevaron sigilosamente y lo depositaron otra vez en su cama. Gabriel no veía nada y no quiso moverse por temor a recibir otra golpiza.

Así se durmió.

Cuando a la mañana vino la hermana Rosario a rezar lo primero que le llamó la atención es ver los piecitos salidos de la manta del chico y, al acercarse y

querer acomodar a la criatura, vio el lamentable espectáculo.

—¿Qué sucedió aquí, Dios mío?

Gabriel abrió los ojos y no estuvo muy convencido si estaba despierto o lo que veía era parte de su pesadilla. Al menos el cuerpo y la cara le punzaba por todas partes y hasta respirar le era doloroso.

La hermana Rosario salió corriendo a las habitaciones de las religiosas y al poco tiempo vino con la hermana Sandra.

—¿Quién te hizo esto, Gabriel? —le preguntó, a lo que el chico no abrió la boca.

Las mujeres continuaron con las preguntas, pero el chico recordó el juicio de la noche anterior. En enfermería lo curaron y siguieron con el interrogatorio, pero Gabriel se mantuvo inmune.

—No sé, no sé, no sé.

Finalmente, cuando la hermana Yolanda se acercó con la inyección del tétano para las infecciones, Gabriel empezó a gritar de la desesperación pensando que esa tortura formaba parte del castigo por no denunciar al criminal.

—¡Fue Agustín, fue Agustín! —aulló entonces consternado.

Entre todas las hermanas presentes lo aferraron fuerte las piernas y el culo para arriba, le pusieron la inyección y luego a buscar al culpable.

Cuando Agustín fue increpado por la Madre Superiora en persona y le dijo que el chico lo había denunciado, se le escapó una sonrisa sarcástica

—¡No puede ser otra vez! —se dijo.

Y desde ese mismo momento, antes incluso de recibir estoico su nueva sanción, ideó un castigo poderoso, aleccionador, uno que no le permitiera volver a *deschavar* a un compañero, uno que le diera cuenta que antes de pensar en delatar era preferible la muerte.

El castigo correspondido esta vez fue un mes sin recreos y quedarse después de horas dos horas rezando en el rincón de siempre de rodillas durante quince días, incluyendo los domingos. Días de dolor en las rodillas y en su orgullo agudizaron su ingenio. Agustín sabía que tarde o temprano las monjas se descuidarían y ese sería su momento.

Y ese momento llegó.

Había pasado una semana de cumplir la sentencia oficial cuando reflexionó sobre el plan milimétricamente preparado. Algunos de sus compañeros de aventuras, por no decir sus cómplices, se llevaron la mano a la boca impresionados por lo duro de la respuesta a la reincidencia del flacucho ese.

Las monjas los primeros días, alertadas por la posible *vendetta* del castigado controlaron el sueño de Gabriel. ¡Y a Agustín! La primera noche se quedó la hermana Yolanda; la segunda la hermana Laura; la tercera la hermana Azucena y ya no fue necesario más. Los chicos estaban calmos y las cicatrices y moretones de Gabriel iban sanando paulatinamente. Las otras noches fue la hermana Sandra quien se dio una vuelta dos horas después que se apagaban las luces a las ocho. Y

siempre observaba lo mismo, Agustín durmiendo profundamente y Gabriel con los ojos grandes abiertos, observando cualquier movimiento extraño, pero al ver a la hermana se tranquilizaba, respiraba profundamente y se dormía tranquilo. La mañana siguiente, al verse entero, sabía que estaba a salvo.

A salvo un día más.

Pero en la séptima noche, después de acabado el castigo, cerca de la una de la mañana, un grupo de chicos se acercaron a su cama y repitieron el proceso de llevarse al reo. Como Gabriel se despertó, o mejor dicho no estaba dormido del todo, alguien le puso la mano en la boca y lo llevaron así hasta el costado de la capilla, del lado de la calle para que nadie pudiera oírle si gritaba o pataleaba. En el grupo no estaba Agustín y eso le dio un poco de esperanza. Después de todo, un par de golpes era un castigo duro, pero aguantable. Pero al llegar al costado de la capilla vio con decepción, que su verdugo lo esperaba con una sonrisa malvada, con un pie sobre una lata grande y un codo apoyado sobre la rodilla levantada. En su mano tenía algo brillante que daba vueltas y que enseguida Gabriel notó que era un pequeño cuchillo, o una navaja para ser más preciso.

—Nos volvemos a ver, chivato —escupió Agustín entre dientes con inmenso placer.

Los internos que lo trajeron pararon a Gabriel frente a Agustín.

—Te dije que delatar a un compañero era peor que cualquier pecado capital. Pero vos no la querés entender parece.

Gabriel temblaba; la noche era calurosa y había una luna estupenda, pero Gabriel aun así temblaba.

—¿Tus últimas palabras?

—¿Me vas a matar? —le salió al inculpado con una vocecita de espanto.

—Eso vamos a ver… Quizá. O quizá vos mismo pidas la muerte como acto de bondad.

Agustín comenzó a sonreír satánicamente.

—¿Veredicto? —preguntó sin sacar sus ojos en el acusado.

—¡Culpable! —dijeron todos al unísono.

La primera parte del castigo fue una golpiza a la manera del escarmiento anterior. Cuando Agustín vio que se les iba la mano con los golpes dio una señal de que se detuvieran. Luego vino la otra parte, la peor, la que el líder más se había regocijado al madurar en su cabeza. Con la punta de la navaja destapó la lata. Dentro había un líquido oscuro que Agustín había robado del trastero de las monjas. Lo trajeron arrastrando hasta él y este lo miró fijo y le dijo:

—¿Vas a delatarnos otra vez?

Gabriel, maltrecho, dijo que no con la cabeza.

Entonces Agustín se puso a un costado y otros dos tomaron la pesada lata en sus manos y derramaron litros y litros de espesa brea sobre el pequeño que comenzó a gemir. No sacaron la lata sobre la cabeza de Gabriel hasta que la última gota de alquitrán quedó colgando. Cuando el tarro quedó completamente

vacío, Agustín hizo arrojar al chico al suelo, se desprendió la bragueta y sacó su miembro a la vista. Allí, mientras el chico intentaba sacarse la condensada brea de los ojos, el líder comenzó a orinar sobre el rostro del padecido Gabriel.

—¡Lavémosle la cara, chicos!

Entonces un grupo de chorros calientes y dorados se vertieron sobre el condenado, y no conforme con eso, Agustín y algunos más también defecaron sobre él. Cuando la hazaña, creían todos, estaba realizada, Agustín cogió a Gabriel del pelo y arrastrándolo hasta la capilla lo llevó hasta la misma Cruz de Cristo y lo arrojó allí.

—Mirá bien —le dijo.

El chico, cansado, dolorido, humillado levantó la carita entre sollozos.

—¿Ves a Nuestro Señor Jesucristo?

Gabriel asintió con la cabeza.

—Él está ahí porque Judas lo delató. ¡Cómo vos!

Agustín miró la gran figura que colgaba del la Cruz frente él.

—¡Por Él y por esta Cruz te juro que si delatás a alguien más te corto la lengua con el filo de esta navaja esa misma noche!

Gabriel vio el filo ante sus ojos, cruzados con la misma Cruz de Jesús y su cuerpo experimentó una convulsión.

—¡Entendiste, bien, eh! Una chivatada más y tu lengua se la comen los perros de la calle!

Gabriel se llevó instintivamente la mano a la boca. Luego el verdugo dijo las palabras finales:

—Ahora te quedás de rodillas rezando toda la noche. Nosotros te vamos a estar vigilando desde ahí afuera. Y si una sola vez dejás de rezar o te das vueltas, ¡zas!, esta navaja se clava directamente en la nuca.

Desde ese mismo instante Gabriel comenzó con sus *diostesalvemaría* y sus *padrenuestros* de cara al altar iluminado de la capilla. No se atrevió a observar cómo se iba Agustín sin imaginarse que este, lo mismo que los otros, se iba directamente a la cama.

El primero en ver a Gabriel arrodillado en esas condiciones deplorables fue el padre Isidoro. Era jueves y llegó temprano para preparar el púlpito, la misa y las confesiones. Al principio esa mancha negruzca le pareció un perro o algo así y se sobresaltó al verlo de repente. Luego, al ver huellas de algo negro por el pasillo central de la iglesia y sentir el olor a excremento, se dio cuenta que aquello era un niño. Gabriel, casi sin sentido, seguía como un autómata dando loas a la Virgen y a Dios, tratando de no caerse, desfalleciente de sueño.

—¿Qué haces, pequeño, aquí? —le dijo y Gabriel se convulsionó asustado, pero no dejó de rezar—. Qué haces, te dije.

Luego de enteradas las monjas fueron a ver el panorama desolador. El chico ya se había sentado a un costado, en el suelo, porque el cura no quería que ensuciara con mierda y brea el lugar de los fieles. Y esta vez, aunque le

preguntaron cincuenta veces quién fue, aunque le pusieran nuevamente otra inyección por las dudas y aunque lo amenazaran que el próximo castigado fuera él, la única palabra que le pudieron rescatar fue un casi inaudible «no sé». Todas sabían que detrás de eso estaba Agustín, pero era mejor dejar las cosas como estaban, antes que también tuviera que intervenir la Policía.

Ese día Gabriel aprendió a fuego que en el cotolengo no se debe delatar a un compañero.

Los años pasaron, y Gabriel solo fue testigo presencial de las fechorías de su jefe, que no era el único, claro. Aunque sí el peor.

Como se dijo, el único medio de información y entretenimiento que entraba allí era la revista de la Acción Católica. Ni los periódicos eran permitidos, por miedo a que llegaran noticias ofensivas al Señor en manos de aquellas almas impuras que eran los periodistas. Y por supuesto, nada de radio, de televisión o de cine. Las monjas simplemente no tenían la infraestructura necesaria para tal evento y la Madre Superiora desconfiaba de las nuevas tecnologías. En tiempos que la madre Aurora no tenía tantos achaques, los llevaba aunque sea una vez al año al cine a ver *Los diez Mandamientos* o *La Pasión de Cristo*, versión muda de 1920 o algo similar.

Esas sesiones eran devoradas con exaltación por los internos y cuando sucedían quedaban durante semanas describiendo, no solo la película, sino cada pedacito de calle y personas que veían. Luego se intercambiaban las imágenes observadas como si fueran cromos. Cuando la Madre Superiora enfermó y ya tomó la firme decisión de no salir más (porque lo que ella no veía, Dios tampoco), fue la hermana Azucena quien la convenció de las virtudes de adquirir un aparato de video, de esos que comprando una peli se puede ver en la tele. Claro, hubo que comprar también una tele y para eso se hizo una colecta, rifas, que las mismas monjas vendían en la calle y luego de unos meses de lucha, apareció un buen samaritano que donó un televisor color, viejo pero en buen estado. Las mujeres pudieron comprar entonces con lo recaudado un aparato de video (solo reproductor).

Enchufarlo y aprender a usarlo llevó largas jornadas de discusión. Ninguna estaba capacitada con esos inventos modernos, por lo que se decidió traer a un hombre, de ser posible, uno viejo y cristiano. Don Orestes, un señor que se dedicaba a esos menesteres, se apareció una tarde y dotado de una paciencia, digna de Job, logró hacer entender a la hermana Laura, una de las más jóvenes, cómo era eso de encender el video, meter una película, rebobinarla, expulsarla y luego volver a apagar el aparato. La mujer se apuntó todo y ya se sintió capacitada para la gran jornada.

El día elegido fue, obviamente, un domingo, el día del Señor. Se preparó el salón de actos; como no alcanzaban las sillas y bancos largos para casi los ciento cincuenta internos, se les permitió poner una manta y sentarse en el suelo. Las hermanas se pusieron a los costados en sillas y en primera fila, por supuesto, la Madre Superiora.

¿La película elegida?

Una que hizo llorar a más de una de las religiosas décadas atrás, aunque

alguna veterana admitía que había un roce con el límite de lo permitido por *La Biblia*: *¡La Novicia rebelde!* Esta comedia musical, también llamada *Sonrisas y lágrimas* en Europa, con Julie Andrews como actriz principal, contaba la peripecia de una religiosa metida a institutriz de siete niños en plena Segunda Guerra Mundial. La hermana Yolanda había conseguido una original subtitulada, y aunque los más pequeñitos no sabían leer, podrían disfrutarla a la perfección con esas hermosas imágenes y canciones.

El día anterior se erigió la tele sobre una tarima de dos metros de altura. Pusieron a su lado el aparato de video, y con la escalera, la Hermana Laura comprobó que todo marchaba bien. Adelantaron los anuncios de otras películas que no merecían la pena y por fin dejaron todo preparado. La hermana Laura no se manejaba bien con el mando a distancia, pero sí pudo comprobar que con la tecla roja —que ¡vaya a saber una por qué ponía *play*!— podía dar inicio al grato espectáculo. Así que bajó de la escalera, la puso detrás para que nadie pudiera lastimarse ni subirse y dejaron todo listo para la *Gran Función* del domingo siguiente.

Los chicos, avisados de que el que se portara bien iba a concurrir a la gran cita, limpiaron el cotolengo como nunca, no discutieron por miedo a que les cayera un castigo y les prohibiera asistir a la gala especial del domingo y hasta no hubo nadie que se durmiera en clase. Inclusive Gabriel a la hora de comerse las migas y los pedazos de pan, lo hizo con más disimulo para no ser sancionado.

Y el domingo, el Día D, llegó por fin.

Los internos estaban excitados, los más pequeños miraban asombrados todo el movimiento, los medianos estaban jubilosos, los mayores (de trece y catorce años), trataban de demostrar su falta de interés, pero también querían que llegara el gran acontecimiento. La Madre Superiora hizo rezar un *padrenuestro* en agradecimiento, que los chicos trataron de apurar mientras maldecían a la vieja por lo bajo mirando al suelo; se cerraron las cortinas, se largaron las últimas tosecitas y allí estaba el dedo redentor, milagroso de la hermana Laura largando por fin la película. Las primeras imágenes de colores en primer plano parecieron borrosas, confusas.

¿Esa era la Novicia Rebelde?, se preguntó más de un niño.

Lo cierto es que una mujer exuberante haciéndole sexo oral a un hombre, mientras otro le metía su pene por el culo, no fue precisamente la imagen esperada por las monjas.

¡Vaya con la rebeldía de la novicia!, dijeron algunos.

En su desesperación, la hermana Laura no atinaba a darle el botón para apagar y solo logró aumentar el volumen y con eso el jadeo de la hembra de la película inundó todo el internado; la hermana Rosario, la anciana, solo atinó a desmayarse y la madre Aurora intentaba tapar con su cuerpecito casi enano la tele —formando una cruz con sus brazos como nuevo Cristo— que descansaba a dos metros de altura y que seguía despidiendo imágenes, gemidos y palabras calenturientas a dos metros de altura. Los niños, sorprendidos, no sacaron sus ojos del aparato y pudieron observar durante largos segundos, largos y gloriosos segundos, las imágenes que cambiaban de posturas, de gemidos, de insultos

perfectamente traducidos al castellano. Por fin, la hermana Laura le dio a uno de los botones del mando a distancia, ¡vaya saber cuál!, a la vez que la hermana Yolanda desenchufó de un tirón el aparato y la madre Aurora, conciente de su altura, cambió de táctica y ayudó a la hermana Sandra que había tomado la rápida iniciativa de desalojar el salón de actos, mientras los niños con el cuello torcido no sacaban la vista de esas extraordinarias visiones.

Los chicos salieron alucinados. Las imágenes eran impactantes y, en la mayoría de los casos, reveladoras. Entre la hermana Yolanda y la hermana Azucena hicieron reaccionar a la religiosa anciana desmayada, que no salía de su asombro.

—¡Ay, hermanas! ¡Nos visitó el demonio! —dijo entre lágrimas y falta de oxígeno la mayor de las religiosas, mientras le daban aire con una revista de la Acción Católica.

La hermana Sandra, junto con otras formaron varias filas con los internos en el patio, a la espera de la Madre Superiora que había ido a ver cómo estaba la monja más vieja. Los pupilos, todos, se miraban entre ellos con los ojos que se salían y algunos no podían contener sus risas. Gabriel no; Gabriel que había visto el preciso momento cuando se cambió el casete del video, no sonreía para nada. Al contrario, estaba asustado porque intuía que la cosa era muy gorda, y además le dio mucha rabia que un día de fiesta tan excepcional como traer el cine al cotolengo terminara en un espantoso escándalo.

Cuando la Madre Superiora se aseguró que se extrajo esa película de Satanás, cuando sacaron los cables del aparato de video, no sea que transmitiera imágenes por sí solo, cuando se bajó la tele y se sacó la escalera, recién entonces, salió donde estaban todos los pupilos formados. La cara de enojo y de indignación, que ya solía tener, una bastante repulsiva para los chicos, superaba con diferencia la peor expresión que jamás le hubieran visto jamás. Allí los pupilos comprendieron que las cosas estaban peor de lo que podrían suponer en un principio.

La Madre Superiora caminó delante de las filas con las manos atrás y la cara mirando al suelo buscando las palabras exactas.

—¿Quién fue? —dijo con una voz que sonó muy baja y solo la oyeron algunas monjas y los chicos de delante de la fila. Pero poco a poco su voz fue creciendo hasta transformarse en un sonido atronador, insoportable—. ¿Quién fue? ¿Quién fue?

Tuvo como respuesta el silencio más absoluto.

—De este patio no se va nadie hasta que aparezca el culpable.

Los chicos palidecieron.

Sabían que cuando intervenía la Madre Superiora era porque la cosa estaba muy mala. Se acercó a las monjas más jóvenes y les dijo por lo bajo que trajeran las sillas para sentarse frente a los alumnos. Estas, salieron casi con desesperación ante las palabras autoritarias de su superior. Cuando vinieron con los asientos, la Madre Superiora se sentó frente a ellos, los pies colgando, y las demás a su costado.

—Tenemos todo el día, pero de acá no se va nadie hasta que alguien me diga

quién fue el culpable de este hecho que ofende directamente a Dios.

Los niños miraron aterrados a la monja.

—Tenemos todo el día y toda la noche. Y si es necesario nos quedamos aquí toda la vida, pero nadie se mueve hasta que aparezca el culpable.

Un silencio absoluto cubrió todo el patio del cotolengo. Ni las monjas, ni los internados se animaron a decir nada. Uno de los más pequeños se movió un poco y la Madre Superiora dio la orden precisa:

—Quien se mueva será castigado también —dijo y los chicos trataron de ponerse como estatuas, casi conteniendo la respiración.

Gabriel estaba cansado.

¿Cuánto había pasado?

¿Diez, quince minutos?

¿Cuánto tiempo más lo harían estar allí?

Lo que más preocupó a Gabriel era que se acercaba la hora de la merienda y seguían de pie allí, como plantas.

Cuando se hicieron las cinco de la tarde la Madre Superiora mandó a la hermana Laura y otras monjas jóvenes a preparar té con galletas solo para las religiosas. También dejaron ir a la hermana Rosario a decir su *ídem* a las habitaciones. No hubo quien le hiciera entender que si los chicos no estaban no era necesario, pero la anciana, temerosa del Señor, se fue de una sola pieza a los cuartos a decir sus plegarias. Los pequeños gritos de «DiostesalveMaríaLlenaeresdeGraciaElSeñorEsContigo… » de la Hermana Rosario llegaron al patio y provocaron cierta gracia a algunos que reían para abajo a la vez que miraban de reojo al compañero y le contagiaban, hasta que por fin se hizo la risa general.

—¡Silencio! —fue el alarido atronador del Madre Superiora, y entonces no se oyó ni el volar de una mosca.

Cuando la anciana regresó satisfecha por su entrega al Señor y a su obra en la tierra, se sentó junto a las demás. Pusieron una pequeña mesita con café con leche, té y galletas que comieron casi todas. La hermana Laura y otras no quisieron hacerlo, pues no veían con buenos ojos aceptar la merienda delante de los niños castigados. En cambio la Madre Superiora comía de frente a los chicos para ser observada y lograr con aquello algún arrepentido.

—¿Alguien sabe algo quién fue el pecador que cambió la película?

Silencio.

Galleta masticada con placer y deleite.

Silencio.

Cuando la merienda acabó, Gabriel se sintió desfallecer. Él había observado cada galletita metida en esas fauces, cada miga revolviéndose en esas bocas egoístas. No había quedado nada.

Estuvieron así varias horas. Era primavera, pero el rocío nocturno comenzó a caer y con eso los chicos a sentir frío. Pero la Madre Superiora, inamovible,

seguía observando a los pupilos que hacían un enorme esfuerzo por mantenerse firmes.

—¿Alguien tiene algo que decir? —dijo por enésima vez.

Silencio.

Los grillos de afuera del convento comenzaron a cantar y no tardaron en venir los mosquitos. Pero cuando un chico se golpeaba el brazo para espantarlo, la Madre Superiora le pegaba el grito para que se mantuviera inerte. En cambio ella hizo traer unos trapos, que a manera de espirales fumigadores echaban humo cerca de las religiosas y las mantenía un poco más protegida de estos molestos insectos chupasangre.

—¿Alguien sabe algo? —insistió la madre Aurora.

Luego de varias horas más, pasadas la hora de la cena, se le permitió a la hermana Rosario que se acostara; ya había cabeceado varias veces en el asiento. Luego la hermana Azucena trajo unos bocadillos que se repartieron y comenzaron a comer, mientras los chicos seguían tiesos bajo el rocío. La hermana Sandra, también agotada de ese plantón en patio se le acercó a la Madre Superiora y le dijo el inconveniente de estar bajo la humedad creciente.

—Lo digo por usted, Madre —dijo.

—¡Yo estoy en perfectas condiciones. Si es necesario me quedo hasta que me muera aquí mismo.

Otro bocado.

Los chicos miraban absortos como tragaban los panecillos con embutidos y les fue imposible no tragar saliva. Pero el más hipnotizado de todos era Gabriel. Veía cómo las fauces de la Madre Superiora se abrían y devoraban poco a poco la mezcla en sus manos. Cómo se llenaba la boca y le daba vueltas, a la vez que hermosas migas rociaban el suelo del patio del convento.

—¿Alguien puede decir? Si saben quedarán liberados para ir a cenar. Están pasando frío y hambre porque quieren.

Otro bocado.

El deseo de orinar de muchos se hacía una tortura imposible de soportar y la bandeja, mientras, se iba vaciando; las monjas —esta vez todas, porque no pudieron soportar el crujir de sus tripas, más fuertes que sus conciencias—, metieron sus santas manos para saciarse mientras Gabriel observaba cómo una a una, en un ritmo infernal, llevaban los bocados a sus fauces. Les daban vueltas. Los masticaban incansablemente y los tragaban.

Vio que quedaba solo un bocadillo.

Solo uno.

Tal vez el último alimento del convento... del mundo.

—¿Alguien sabe algo? Les prometo que el culpable será alejado inmediatamente del cotolengo.

Inmediatamente.

Inmediatamente.

Inmediatamente.

La lluvia mágica de migas bañó más el suelo y Gabriel contempló aquella escena insoportable con una desesperación atroz.

—¿Alguien sabe algo?

Y antes de que otra miga se posara suavemente sobre la baldosa húmeda del patio, Gabriel gritó a toda voz:

—¡Fue Agustín! ¡Él cambió la película!

Cientos de ojos se posaron sobre Gabriel mientras la Madre Superiora sonreía satisfecha.

—¡Lo sabía! —dijo.

Las filas se rompieron de forma espontánea, y muchos corrieron desordenadamente bajándose la cremallera para mear de camino a los baños.

Un grupo de monjas rodearon a Agustín, y Gabriel, aprovechando la confusión, cogió el último bocadillo en el plato y comenzó a tragárselo con rapidez a la vez que un dedo juntaba las migas del suelo con desesperación. Por primera vez Gabriel sintió que había triunfado: él, comido, y Agustín, a la calle. Dios que estaba ahí para dar muestra de Su existencia...

Pero la felicidad, como siempre, es efímera.

—¿Qué va a hacer con Agustín, Madre? —oyó la vocecita dulce y preocupada de la hermana Laura.

—Esta vez el castigo será ejemplar. —Gabriel puso atento su oído mientras le daba el último mordisco a su bocadillo para luego chuparse los dedos—. ¡Dos meses de *padrenuestros* y *avemarías* arrodillado dos horas por día.

Y entonces Gabriel supo que estaba en serios problemas: el culpable no sería separado del convento inmediatamente como se dijo. Aquellas representantes del Señor, también sabían mentir. La voz del sátrapa retumbó en su cabeza «si delatás a alguien más te corto la lengua con el filo de esta navaja esa misma noche y se la tiro a los perros!».

Sin esperar un minuto más el momento de irse a dormir, se alejó del grupo, corrió hacia los portones de rejas de la salida, y sin decir nada a nadie se trepó con desesperación, saltó a la calle y nunca más se lo vio.

La Policía lo buscó durante mucho tiempo pero…

—Ya sabe, Madre Superiora —dijo aquella vez el comisario de la jurisdicción—, hay muchas bandas en la calle, mafias, esclavos sexuales (perdone que le diga), tráfico de órganos, chicos usados como camellos para pasar drogas en la frontera.

Gabriel deambuló meses de barrio en barrio; pidió comida en los comercios y padeció muchos sinsabores, pero al menos tenía la vida y su lengua. Finalmente llegó a Plaza Constitución y ahí se encontró con un chico llamado El Jefe, que al comienzo le pareció un nuevo Agustín por eso de los golpes, pero luego hasta llegó a quererle.

La relación causa-causalidad no se puede aplicar mejor que en el caso de Jamón, el otro integrante de la banda de Constitución. Los elementos externos a él, llámese destino, fueron acomodándose de tal modo, que sus huesos fueron precisamente a parar allí, pero no puede decirse qué él lo buscara. Y desearlo mucho menos. No lo quiso ni lo pensó ni una sola vez en su corta vida. Los integrantes de su familia, como piezas del puzzle que era su vida, vivió el corralito casi como todos en la villa. Esto es, como no tenían dinero en el banco, ni sueldo en blanco, ni vida en blanco, se dignaron a esperar que la suerte le hiciera llover algún televisor, alguna cadena musical, o bien aunque sea, algún costillar para olvidar por un día su condición miserable. Y esto sucedió en menor o mayor grado en la villa, pero a la familia de Jamón solo le tocó un cajón de cervezas del saqueo general, que recibieron con sumo beneplácito.

Jamón era el más tímido del grupo.

Tenía la capacidad de volverse invisible; todos pasaban a su lado sin verlo ni oírlo hasta que lo necesitaran, y eso sucedía muy poco. Llamado así porque su verdadero nombre era Ramón González, pero un frenillo o vaya a saber qué le impedía pronunciar la erre como corresponde, y cuando le preguntaron su nombre le salió un escueto «Gamón», que traducido al idioma cruel y cínico de los chicos de la calle, era un perfecto «Jamón» seguido de la risa y burla general. Tenía otra costumbre extraña, que era ponerse a observar a todas las personas como un idiota cuando salían de la estación. Era casi una obsesión cuando los trenes llegaban, y si el Jefe no le daba un *sacudón*, se quedaba allí como una estatua solo esperando el próximo tren. Cuando la banda salía a alguna aventura a robar frutas o bien, carteras descuidadas —las menos veces en esos días tan inseguros—, al regresar, él se adelantaba casi corriendo y se paraba frente a la gran puerta de la estación de trenes para ver como un zombi la gente salir. Cada una a su rostro. Si hasta pidió dormir en la escalera del Metro del lado más exterior con tal de no perder visión cuando a la mañana aparecieran las primeras personas en el andén.

Jamón nunca fue un chico malo. Había venido de una villa del sur del Gran Buenos Aires, precisamente de Villa El Talar, pegadita al Club Talleres de Remedios de Escalada, centro de bandas y barras bravas —es decir, los ultras del modesto club de fútbol—, provenientes casi siempre de los sectores más marginales; tierra considerada santa cuando el club jugaba un partido de fútbol en la división B Metropolitana. Allí las bandas enemigas de Tres de Febrero y de Marco Avellaneda se miraban con indiferencia solo por respeto a los colores rojos y blancos del club. Ya se sabe que el fútbol en Argentina es pasión de multitudes, y no quedaba bien pelearse entre ellos cuando enfrente había otros villeros de Lanús, de Gerli, de San José de Témperley, de la Isla Maciel o de la lejana Laferrere, con quienes rivalizaban a muerte.

Fuera de la cancha era otra cosa.

Los grupos de Tres de Febrero y de Marco Avellaneda, llamados así por las calles correspondientes donde se rejuntaban los sectores, se batían a tiros en largas noches de batalla, donde ni la Policía se animaba a intervenir. Otra cosa de observar es que cuando las bandas combatían por el honor, por defender cada

uno un pedazo de barrio donde se vendía la droga, la Policía, ni nadie, intervenía. Al día siguiente, algún herido de bala era llevado al Hospital Evita donde acusaba un intento de asalto, en el mejor de los casos si aún podía hablar.

Jamón, es decir Ramón, pertenecía a una de estas bandas. En realidad, estaba incluido por geografía. Él vivía en una de las chabolas de la calle Marco Avellaneda, en uno de los entramados pasillos hacia dentro. Nació ahí —es decir, en el Hospital Evita pero lo llevaron allí al día siguiente—, tomó consciencia en la villa y supo que el enemigo estaba ahí cerca, a pocas calles, aunque nunca se preguntó por qué.

Decir que su casa humilde estaba pintada con franjas verticales de rojo y blanco como la bandera de Talleres era una redundancia. No era la única casa pintada así, y es que si en Argentina el fútbol mueve masas, en las villas miserias se genera una pasión mucho más fuerte y arraigada por generaciones que se es capaz de llorar, de amar, de odiar y de matar por los colores de la camiseta.

Ramón y los chicos de la villa tenían la tarea de juntar periódicos viejos, cortarlos en tiras con sus propias manos y luego hacerlos papel picado para llenar las bolsas de arpillera que se llevaban al estadio cuando jugaba Talleres de local o visitante. ¡Y con el preciado tesoro que significa el papel a la hora de venderlo junto con cartones, botellas y trapos viejos! Pero es que Talleres es Talleres. Llegaba el sábado y el grupo iba al viejo y deslucido estadio, cantaba dando saltos sobre los tablones de madera, o algunos en la tribuna de cemento (¡sentados nunca!). Sus gargantas afónicas pero no cansadas y cuando el equipo salía sobre el césped irregular con manchones marrones de tierra en los centros de las áreas, con la pared baja sin tribuna detrás del arco de la calle Gaboto, los miles de papelitos y banderas rojas y blancas se sacudían en el aire con brío al grito de «Ta-Ta-lleres». Y Ramón y los otros chicos de la villa se sentían en la gloria, mezclados con la barra brava del club, con el Paco (el jefe de la banda), el Ariel y los otros, a veces colgándose de la bandera, de espaldas al partido, parados con el torso desnudo, en el para-avalanchas oxidado.

En la cancha no existía la tristeza, todo era fiesta y el resultado una anécdota hasta que faltaban diez minutos. En esos instantes finales si el equipo iba ganando el grito ahogado seguía fluyendo de las gargantas doloridas, pero si el equipo empataba o, (¡Dios no lo permita!), perdía, las gargantas iban dirigidas a los jugadores para que se movieran, o en su traducción: pusieran más huevos. Eso era parte del folklore. Solo parte, lo otro eran las encerronas a los barra bravas enemigos de los clubes contrarios. Y defenderse lo mejor posible cuando se iba de visita.

Ramón pertenecía a una familia bien constituía por padre, madre y cinco hermanos (con él), siendo Ramón el más pequeño del grupo familiar. Pero hay que decir, que Ramón era hijo de villero, nieto de villero y no se sabía hasta qué generación, pero oyó decir más de una vez a su padre el Alejandro con orgullo:

—Mi abuelo se juntó con lo que era la villa entonces y cruzaron el Riachuelo con toda la gente para pedir por el General Perón aquel famoso 17 de octubre... allá por el ‘45.

Ahora su padre se encontraba preso por robo a mano armada a punto de ser

trasladado a la cárcel de Batán. No era la primera vez que pasaba por aquello, y estaba seguro que no sería la última. Solo había que esperar que la gente juntara la plata para el abogado y arreglar los papeles para la salida. No entendía muy bien eso: ¿se roba, se paga la libertad y ya está? Lo cierto es que ya hacía más de un año que purgaba entre el Juzgado de Lomas y la Comisaría Cuarta de Escalada. De sus hermanos, el Raúl, el mayor, lo había matado la Policía en un tiroteo. Fueron a robar una casa de la Calle Magallanes y ese día la Policía tenía orden de tirar. El Raúl recibió un tiro por la espalda cuando corría por las terrazas, luego cayó al vacío y no se sabe si lo mató el tiro o el golpe; el Negro iba con él y recibió un tiro en la pierna, pero metiéndose en el interior de la manzana de casas bajas, en una casilla de un perro manso, se quedó compartiendo habitación con el can y a la madrugada siguiente, ensangrentado y enfermo de fiebre por el impacto, logró huir antes de que se levantaran los propietarios de la vivienda. Luego se escondió en la casa de otro villero amigo, lejos de su casa y se evaporó, no se supo más.

El dolor de la pérdida del hermano fue muy dura en la humilde casa de chapa y madera, pero Ramón ya casi ni se acordaba de eso, era muy pequeño; solo la gran foto del Raúl con la camiseta de Talleres al lado de la de Perón, la Virgen María y el santo argentino Ceferino Namuncurá era lo que lo recordaba, aunque mucha veces le daba miedo que el batallón de velas que su madre, la Lucía, ponía terminara incendiando la casilla, como sucedió una vez con sus primos, a pocos pasillos de su casa. Ellos también adoraban a otro muerto en manos de los *ratis*.

De los hermanos de Ramón, luego seguía el Ariel, un tipo jodido. El Ariel se vanagloriaba a los dieciocho años de haberse cargado a uno de la banda de la Tres de Febrero. Era una persona respetada y temida dentro de la villa, y entre sus afectos preferidos estaba el Ramón. Salía, robaba y siempre algún juguete o algo le traía. Ramón soñaba con ser como él, aunque su personalidad tímida era un gran inconveniente. Una noche alguien avisó que el Ariel tenía que *enterrarse* por un tiempo porque la *poli* lo había visto salir de la casa del médico de la calle Hernandarias.

—¡Y por qué no lo meten preso al médico ese también! —le gritó su madre al muchacho como si fuera el culpable—. ¡Ya se sabe la de abortos clandestinos que se hacen en su casa! ¡Pero como arregla con la Policía…!

El Ariel estuvo desaparecido casi un mes y en ese trayecto de tiempo la Policía fue tres veces a buscarle. Pero como todo, la causa se dejó en un rincón y el Ariel volvió otra vez a la chabola y a saltar en los tablones de madera de la tribuna del club de sus amores; no en vano pertenecía a la denominada Barra Brava de Talleres y no podía faltar a la cita de apoyar al equipo durante tanto tiempo. Cuando volvió a la villa, como un verdadero hijo pródigo, fue saludado y visitado por todos, más por temor que por amistad, mientras el Ramón observaba absorto ese movimiento y ese cariño brindado a su idolatrado hermano. Pero el Ariel disfrutaba del momento, invitando birras y vino en tetra brick que tomaban del pico hasta altas horas de la madrugada, mientras los chicos del barrio le comentaban las últimas andanzas contra el enemigo de la otra calle.

Ariel había tenido varios enfrentamientos con gente de su villa cuando apenas

había cumplido los dieciséis, y siempre quedó bien parado. Más de una vez se tomó a golpes, y no escatimó en sacar una navaja y propinar un buen par de *puntazos*. Lo que más llamaba la atención de su cara morena y sus ojos negros penetrantes, era el brillo con que estos miraban a la hora de combatir; hasta daba la sensación de disfrutar cada pelea. En Talleres, a la hora de enfrentarse con las hinchadas del equipo contrario, no temía estar en primera fila a la toma de golpes a pesar de su cuerpo delgado, no muy alto y más bien flexible. Con tatuajes del Che en un brazo y el escudo de Talleres en el otro, dejaba su torso desnudo y agitaba la camiseta como un lazo exclamando por el club a viva voz, como grito de guerra a la hora de enfrentarse con el enemigo hostil.

Una vez salieron cinco minutos antes de acabar el partido para esperar a la barra del Club San Telmo. Cuando vinieron, no sabe quién, empujó al Ariel a una muerte segura precisamente cuando el jefe contrario, un gordo y fornido moreno de pelo como indio sacaba su cuchillo. El chico de Escalada recibió un puntazo en el abdomen que lo conmocionó, pero no disminuyó su valor para nada. Solo recordaba que tiró manotazos y que alguien también recibió un corte de su propio puño. Pero la experiencia del corte recibido por la banda de la Isla Maciel fue una mancha para su honor. Única pero mancha al fin. Entonces no se le ocurrió hacer otra cosa que ir a buscarle hasta la misma villa de Avellaneda, donde funcionó siempre la industria de la prostitución. Con cinco villeros de la banda de Marco Avellaneda se acercó hasta la isla, preguntó dónde vivía el Manchado, tal el mote de su objetivo, por una mancha violeta en su rostro, y cuando este salió con un batallón de familiares y amigos, con los ojos sorprendidos por la visita, el Ariel sacó su navaja a la vista de todos. El Manchado era moreno, entrado en grasas y tenía un brazo derecho grueso como tenista, el pelo largo, lo que le daba el aspecto de indio y una boca, escasa de dientes, que sonrieron y arrojaron una sensación temible entre los acompañantes del Ariel.

—Si tenés huevos peleamos vos y yo solos, sin que se metan tus hermanitas mariquitas a ayudarte —le espetó Ariel, casi escupió, aquellas palabras.

Ya había sido suficiente insulto tocar a la puerta, no obstante sacó una navaja y eso era señal de querer suicidarse, pensaron todos. Recién entonces el Manchado recordó que aquella cara de chico caprichoso era la misma del borrego que había apuñalado en Talleres cuando la derrota en aquella cancha 2 a 1 de su querido Club San Telmo.

—¿Querés cobrar otra vez, pendejo? —masculló serio el Manchado, mientras otro sonreía malignamente sin creer lo que veía.

Los cinco villeros que acompañaron al Ariel estaban asustados pero no podían hacer nada. Bastante con que el Ariel hubiese propuesto una pelea cara a cara.

—La otra vez me sorprendiste porque me empujaron; hoy no vas a tener la misma suerte, bola de grasa.

Estas palabras hicieron mella en el Manchado, que estaba seguro de su victoria; pero no dejaba de estar sorprendido con la actitud temeraria del flacucho ese y de su cara de malicia. Sin decir más sacó su puñal, el doble que el *navajín* del Ariel, y se abalanzó sobre su presa.

—Que nadie se meta —dijo saboreándose.

La pelea fue corta.

En el primer intento del local de ensartar al intruso y llevarse por delante con el cuerpo pesado, el Ariel dio un paso al costado y otro hacia delante, y con la velocidad del rayo tiró su mano con el filo para atrás y otra vez hacia delante clavándoselo en el abdomen grasiento a la vez que lo giraba para provocar más herida y más dolor. Y con el filo mellado, como lo había preparado; en el mejor de los casos era señal de infección segura.

—A mano, bola de grasa —le dijo exultante, con el corazón que no le entraba en el pecho.

El Manchado se tocó la herida y se miró la mano con sangre. No era la primera vez en su larga trayectoria de jefe de la barra brava que le clavaban un filo, pero esta vez fue distinto; sintió la sangre brotar incontroladamente. Miró al chico y este seguía con su sonrisa de chulería y eso lo puso más frenético. La próxima vez no fallaría, calculó, y dando un paso adelante midió el cuerpo del pendejo que se movía de un lado a otro como una gacela.

—Vení, maricón —le dijo y cuando estuvo seguro que no fallaría le arrojó otro sablazo de arriba hacia abajo para partirle la cara hasta los testículos, pero el gato saltó hacia un costado y de repente se vio el filo de este que se le clavaba nuevamente entre las costillas.

—¿Y, *matraca*? —le dijo el Ariel al oído.

Y todos sabían que así se les llamaba a los maricones cobardes. Y ese hijo de puta había venido a su propia casa a llamarlo así.

Cuando el pendejo se le alejó de nuevo, miró a un costado para ver a su gente. Hubiera preferido que se metieran, pero él mismo dio la orden de que era una cosa entre los dos. El chico seguía moviéndose como un felino de un lado a otra y sabía ya que el puntazo final vendría de a poco; con una mano seguía tapándose la herida del abdomen, pero sabía que la otra también tenía lo suyo y el líquido caliente le corría por el costado. En el código de honor de las villas uno se peleaba con el otro hasta que uno de los contrincantes quedaba disminuido; entonces el otro demostraba su hombría, dando el paso al costado y yéndose en silencio. Y el Manchado sentía que no le quedaban mucha más fuerzas; hasta sintió que la segunda herida le molestaba para respirar.

—¿Ya te asustaste, *matraca*? —repitió esta vez más fuerte aquel demonio disfrazado de muchachito, aún más excitado con la visión de la sangre del enemigo.

El Manchado respiró pesadamente; le dolía el aire que le entraba, miró fijo al intruso y cuando este se le acercó le tiró un sablazo horizontal para asegurarse que no se le acercara. Pero aquel pegó un salto atrás como un canguro y cuando el Manchado estaba seguro que algo le había provocado, lo vio sonreír con más placer que nunca, a la espera de darle el golpe mortal. Comenzó a sudar y, aunque no debía demostrarlo, también tuvo miedo. Solo miró a su enemigo y lo esperó. No lo atacaría más. Era mucho más rápido y vivo que él, por lo que decidió tomar una postura de defensa.

El Ariel supo que había ganado la batalla cuando el Manchado aceptó batirse

solo. El grupo acompañante era por si tenía problemas para entrar. ¡Y para salir! Pero esa presa era solo para él. Y cuando el gordo comenzó a sudar y mirar para el costado, supo que tenía miedo, podía olerlo. Entonces, se sintió preparado para dar el toque final a su obra maestra, algo que le permitiera acabar la pelea, pero de una manera terminal, vergonzante y a la vez les concediera a ellos la oportunidad de escaparse de la batalla triunfante. Entonces su maniobra comenzó a gestarse. Dio un paso hacia atrás para que el gordo se acercara e hizo un ademán como de trastabillar que le iluminó el rostro al Manchado y se le tiró con todo su peso con el puñal de arriba hacia abajo a la vez que el Ariel dio un saltito al costado y le abrió una mejilla con la idea de acabar la punta en la frente, pero el puñal, por la misma fuerza del atacante, le abrió el costado de la cara y le quedó colgando una parte de mejilla ante los ojos de sorpresa de todos. El herido se arrojó al suelo, ya vencido y el Ariel comenzó su retirada sonriente sin decir ni agregar nada más de lo que todos habían visto.

Su navaja habló por él.

Dando pasos lentos hacia atrás, hizo un gesto a sus compañeros y comenzó la despedida del campo de batalla. Los compañeros del Manchado acudieron primero a su exjefe herido, porque a estas alturas había que pensar tal vez en un nuevo líder y cuando uno sacó su revólver y disparó al grupo, estos ya estaban lejos y corriendo hacia el fin de la villa.

El regreso de Ariel y los otros sanos y salvos fue tomado como una victoria de toda la villa sobre la de la Isla Maciel, y aunque era seguro que aquellos buscarían represalias, el Ariel aprovechó esto para demostrar que nadie puede atreverse a rasguñarle sin sufrir luego las consecuencias.

El prestigio del hermano del Ramón fue en aumento; también cuando se cargó a uno de los hermanos Da Silva de la Tres de Febrero. Pero aspiraba a ser el jefe de la Barra Brava de Talleres.

¡Ese era el negocio!

No tanto por las entradas de favor que el club solía regalar para que la barra vendiera y tuviera para los autobuses que usaban para ir a ver al club de visitante o bien para el porro y demás mercadería que todo barra brava tenía la *obligación* de consumir, sino porque eso era el máximo prestigio que se pudiera conseguir. El Ariel pensaba que en el club había dos jefes: el presidente hacia dentro y el jefe de la barra brava de cara a enfrentarse con las otras barras del campeonato del ascenso. Y si no se era jefe, no se era nada.

—Vení, pibe —le dijo Paco, el mandamás de los matones del club—. A vos te voy a preparar para ser mi mano derecha.

El Ariel lo miró y le sonrió irónico. Sabía que era una alianza, pero su orgullo era más poderoso y le respondió:

—¿Yo mano derecha tuya? Ni siquiera sé si vos podés ser la mía —se rió y Paco lo observó intranquilo.

Sabía que con él alguna vez tendría que aclarar los puntos, pero en el estadio antes del partido no era momento.

La que seguía en el grupo de hermanos del Ramón, era la Cynthia, la única

mujer. La Cynthia era brava; quizá por postura propia, quizá porque sabía que su hermano era el más temido. La Cynthia andaba de noche por toda la villa y se metía en los lugares más recónditos, donde ni la Policía quería visitar en jornadas nocturnas de razia sorpresiva. Allí estaban lo peor de la villa, delincuentes de alta peligrosidad, pero cuando veían a la chica morena, de rizos largos, caderas angostas, pequeños pechos, pero aun así guapa, no eran capaces ni de mirarla. No por nada, sino que tampoco querían tener problemas con el Ariel, que si bien no lo tragaban, tampoco pretendían que se armara un problema.

Esta situación era aprovechada por la Cynthia, o mejor dicho, la Cynthia llegó a creer en su poder personal y se la veía tratando mal, impunemente, a más de un muchacho, mayor que ella, simplemente envalentonada por el respeto o temor que le tenían a su hermano. La Cynthia, o la Negrita, como solían decirle cariñosamente algunos, admiraba a su hermano, y quería seguir sus pasos. Ser la justiciera de la villa y que cuando se dirigieran a ella, miraran hacia el suelo, como corresponde con la gente de poder.

Una vez se la vio pelearse a golpes de puño con un chico de dos años mayor que ella. En realidad, ella le pegaba y el chico soportaba estoicamente sus golpes y sus gritos, mientras intentaba pararle las manos. ¿Todo por qué? Porque insultó a uno de sus amigos. Ni siquiera fue un gran insulto o una pelea de relevancia, pero la Cynthia quiso demostrar que ella también pisaba fuerte en la villa.

La única vez que temió por su integridad física, fue cuando se enfrentó al almacenero de la villa, don Antonio, por eso que le pidió cerveza a la una de la mañana y este no quiso atenderla: le golpeó la puerta a patadas. Cuando el hombre salió con una escopeta y se la puso en la frente, la Cynthia se puso pálida y dijo:

—Soy la hermana del Ariel.

Y la palabra mágica hizo recapacitar al almacenero que le respondió:

—Disculpame, piba, no te había reconocido —carraspeó el comerciante.

Desde entonces el mercante tuvo que soportar todos los caprichos de la hermana del sanguinario Ariel a cualquier hora de la noche o la madrugada.

Luego venía el Rata, otras de las piezas del puzzle del destino del Jamón. Lo llamaba así simplemente porque físicamente se parecía a un exvillero que desapareció en tiempos del corralito. Y hasta hacían bromas con la madre de todos los chicos González y el villero desaparecido, cosa que ofendía a la honesta mujer. Dicen que aquel Rata fue a saquear un supermercado chino y el dueño le metió cuatro tiros antes de marcharse definitivamente a su país. Otros comentan que fue uno de los pocos que cayó preso, y alguno que otro lo vio escaparse con toda la mercadería en un camión hacia destinos insondables, olvidándose de sus vecinos villeros. El Rata, es decir, el hermano del Ariel y la Cynthia, se le parecía en la cara, pero solamente en eso. Era un chico común y corriente y no le gustaba nada el ambiente que sus hermanos mayores adoraban. Iba a la Escuela 74 llamada República de Italia, junto con el menor, el Ramón, y hasta le daban allí la copa de leche y el almuerzo, el delantal y las zapatillas, merced al Consejo Escolar de Lanús para los chicos carentes. A la tarde le costaba hacer la tarea por tanto bullicio, pero bueno, su vida tampoco era tan mala. Su sueño era mudarse

con todos sus hermanos, en especial su madre a la parte de Remedios de Escalada que no fuera villa, estudiar la secundaria y seguir Abogacía. Sueño demasiado lejano, pero no imposible. A veces le daba mucha rabia como le miraban en el colegio, como si tuviera una enfermedad contagiosa y más de una vez le gritaron en el recreo «negro villero». Esas palabras le pegaban en el alma y hacían que le doliera la villa miseria en la piel. No quería ser villero, pero lo de negro qué. Era algo morenito, no más que muchos en su clase, pero más blanco tampoco podría ser nunca.

—Si tomás lejía te volvés blanco en media hora —le dijo uno de su clase—. En serio.

Llegó a su casa y el primer trago pequeño que le dio lo echó para atrás; su madre alcanzó a sacárselo de un golpe. No se murió por poco. Cuando contó la experiencia en la escuela, en especial al ocurrente de semejante hazaña, no lo podían creer y hasta lloraron de la risa. Luego, como reguero de pólvora, se fueron enterando cada uno de los chicos y durante mucho tiempo se burlaron de él y de su hermano Ramón, por rebote. Al Rata le dieron ganas de decirle a su hermano, el Ariel, pero sabía que eso sería funesto para cualquiera de aquellos burladores.

Un día, cuando se disponía salir de la escuela con su hermano y caminar las seis calles que separaban el barrio de clase media de la villa dentro de Escalada, fue interceptado por los chicos de aulas más avanzadas, con pretensiones de jefes de la parada.

—Che, villerito —le dijo el más grandullón de no más de catorce años, mientras encendía un cigarrillo.

—¿Qué? —preguntó el Rata; el Ramón escondido detrás de él, mirando con desconfianza por un costado.

—No quiero verte ni a vos ni a tu hermano por acá. Desde mañana salí para aquel lado. ¿Entendiste?

El Rata no respondió y miró a su hermano y le hizo una señal con la cabeza de seguir camino. Entonces el chico, rubito, con el delantal almidonado y olor a suavizantes, móvil moderno en mano, le pegó el grito:

—¿No oíste villero de mierda? —tiró el cigarrillo y lo trajo de los pelos hacia sí.

El Rata tiró un manotazo para soltarse y miró al chico con ojos de rencor contenido.

—¿Qué, villerito, te hacés el malo? —insistió el rubito, pero el Rata temió más que nada por su hermano y empujándolo despacito se alejaron de la escena de pelea, mientras su agresor se reía con los otros.

Y agregó de lejos:

—Y mañana no quiero verte por esta parte, ¿entendiste, eh?

El Rata pensó que pudo haberle dicho que era hermano del Ariel. ¡Quién no conocía al Ariel en la villa! Pero luego recapacitó sobre que eso era un acto de cobardía y decidió solucionarlo él mismo. Fue a la casa, buscó entre las cosas del

Ariel que dormía el merecido descanso luego de salir a *choriar* (o robar) de noche, y le sacó su navaja mellada, arma mítica en el barrio como pocas, tal vez, pensó el Rata, con poderes sobrenaturales. Entonces, recordando todo lo vivido con aquel chulito que no dejó de humillarle delante de aquellos tontos y de su propio hermano, decidió un escarmiento apropiado.

No le costó trabajo convencer a la madre que el Ramón no tenía clases para que no fuera y así eximirlo de ver la escena; no quería asustarlo.

—Me lo dijo su maestra —mintió.

Entonces salió rumbo a la Escuela 74 al día siguiente, con el filo en la cintura. Entró con seguridad buscando con avidez a aquel chico con los ojos, pero no lo vio hasta el recreo. Estaba tomando una coca cola, hablando con sus amigos de siempre cuando el Rata lo increpó.

—Che vos —le dijo—. A ver si tenés huevos para echarme de la esquina a la salida.

Él y todos comenzaron a reírse y el rubito lo empujó de la cabeza, haciéndole retroceder. El Rata pensó que bien valía una última humillación ante de la venganza final.

Por fin, las largas horas de Matemáticas, Lengua y Ciencias Naturales dieron paso a la salida. Mientras todos se abalanzaban hacia las calles, el Rata esperó que se despejara el terreno y finalmente salió. En la esquina esperaban, casi sin creer que el chico vendría, los de siempre fumando su cigarrillo en señal de rebeldía.

—Ahí viene —dijo uno.

Eran siete en total; el rubito adelante de todo, con el delantal blanco arremangado.

—¿Querés morir joven? —le dijo con una sonrisa tan burlona que ya lastimaba.

Entonces el Rata recordó la anécdota de su hermano Ariel cuando se cargó días atrás al de la barra brava de la Isla Maciel.

—Vos y yo solos, sin que se metan tus hermanitas mariquitas —dijo, recordando las palabras contadas por su hermano el Ariel en la Isla Maciel.

—Muy bien. Yo solo voy a sacarte los ojos —dijo el grandullón mientras preparaba sus puños.

Entonces el Rata tiró su mochila con los libros a un costado y sacó la navaja de su cintura y comenzó a caminar como un felino, con la mirada fija en su presa. El rubito se puso lívido. Los que estaban con él retrocedieron.

—¡Qué hacés! ¿Estás loco? —carraspeó con la voz trunca.

El Rata, relamiéndose se acercó con sigilo, mientras el grandullón, blanco como el papel comenzó a retroceder. Entonces el Rata, que tenía toda la intención de sacarle las tripas y hacerle un collar con ellas y demostrarle a todo el mundo quién era el verdadero jefe de la parada, asestó un sablazo de abajo hacia arriba, rasgándole el delantal y haciéndole un rasguño en la cara que le hizo sangrar

levemente. Momento después los siete corrían desesperados por la calle Los Patos sin mirar hacia atrás, dejando el rubito y algunos otros sus mochilas y libros desprotegidos ante el amenazador peligro de aquel peligroso descerebrado.

Ese fue uno de los días más gloriosos en la vida del futuro abogado. Sin embargo, hacia las diez de la noche, un patrullero sonó su sirena en su puerta. Su madre miró con ojos de disgusto al Ariel, que se encogió de hombros incomprensiblemente. El Ramón y la Cynthia lo miraron también con sorpresa. ¡Cómo era posible que el Ariel no se hubiese escapado si venía la Policía! Pero cuando el oficial le dijo a la madre que buscaban a un tal Ezequiel González, más conocido como el Rata, todos dejaron escapar un «¡qué!» de sorpresa.

—El susodicho atacó a unos niños con un cuchillo y les substrajo los elementos escolares —agregó el uniformado como si lo anterior fuera poco.

La Lucía, madre del Rata, tuvo que traducir las palabras del oficial en mente: «¡el Rata le *chorió* los útiles del cole a los otros pendejos *chetos*!». Instintivamente el Ariel buscó en su pantalón su navaja, su gran compañera, la de la suerte, y descubrió con desesperación que no la llevaba. El Rata, al volver de la escuela, no había tenido oportunidad de ponerla en su sitio con su hermano ya despierto y la llevaba tontamente aún en la cintura. El Ariel y el Rata se miraron de repente y sus ojos dijeron todo.

Con once años, fue la primera vez que se lo llevaron esposado. Y no sería la última. De ahí para el reformatorio, aunque las contradicciones en que cayeron las siete víctimas, mucho más grande en cuerpo y edad que el denunciado, que era el único atacante, y quedara demostrados por los dichos que el *leiv motiv* del acusado no fue robo, sino vengarse de reiteradas burlas discriminatorias. Que las mochilas fueron robadas pero no por el sospechoso, sino por transeúntes que pasaron por allí, presumiblemente cartoneros, calculó la jueza. El acusado fue dejado en libertad sobreseído de culpa y cargo dieciocho días después de su detención, los cuales no le fueron nada fácil en la cárcel de menores, como él le decía. Solo dieciocho días, suficientes para quedar libre en la escuela, que junto con las siete faltas que tenía en todo el año, superaron el límite permitido y ya no hubo nada que hacer, a perder el año completo.

El más chico, se dijo, era el Ramón, que le daba lo mismo cualquier cosa. Si lo mandaban a la escuela, iba. Si no lo mandaban y en cambio tenía que *cartonear* junto a su hermano, libre de la escuela, también lo aceptaba. Siempre en silencio, temeroso de que en su protesta tuviera que enfrentarse a un erre que le saliera en el mejor de los casos una «gue». Sus compañeros de grado se lo hacían saber a cada rato:

—A ver, decí perro.

Y él:

—Pego —para que se descompongan de la risa. Entonces prefería quedarse callado.

Encima en la escuela tenía que estudiar al *Guestaugador Gosas, Belgano y Sagmiento*. El día que tuvo que dar la lección oral del descubrimiento de América y habló de los *Gueyes* Católicos, la clase fue una burla general de risas y patadas

al suelo, de gente que se descomponía y la propia maestra que quiso contener a la turba de burladores, no pudo evitar dejar escapar algunas una risitas espontáneas mal disimuladas.

Este hecho físico fortuito podría haberse evitado de saber que tenía solución. Pero quién iba a saber que existían los otorrinolaringólogos y que su mano santa era la más adecuada, en vez de la Doña Agapita, curandera de prestigio en la villa. Pero la Lucía, madre de Ramón, no lo supo nunca y la personalidad del Ramoncito fue cambiando día a día hasta convertirse en un chico oscuro, invisible a los ojos de los presentes.

Ramón disfrutaba de las aventuras que contaba el Ariel, pero tenía miedo que terminara en un cajón como el Raúl o preso como su padre. Le gustaban también las salidas que tenía la Cynthia y el cariño y protección que le daba el Rata, al que se sentía tan pegado como a su madre. Ramón amaba a sus hermanos, sin embargo, no le gustaba del todo la vida que tenía que llevar. No soportaba ir más a la escuela, y hubiera dado cualquier cosa por dedicarse de lleno a juntar cartón y vidrios por los basurales y las puertas de la casa. En las Navidades eran botellas de sidra, de las que abundaban en las puertas de toda Remedios de Escalada. Pero la realidad era que tenía que seguir yendo a la escuela, solo, sin la protección del Rata, soportando las burlas y las crueles erres.

Después que pasó lo del Ariel en la Isla, la gente comenzó a mirar con más temor a su hermano, a la vez que él se transformó en el centro predilecto de los elogios y las caricias de las vecinas.

—¿Fuiste a la cancha ayer, Ramoncito? —le preguntan una y otra vez.

Y entonces él largaba todas las aventuras del portero Cacace, del volante *Péguez Gagcía*, y del centrodelantero Denis, adorado a la altura de *Magadona* para los *gojiblancos* hinchas de *Tallegues*: Ramón se sentía un semidiós dentro de la villa, pero fuera era nadie.

El sábado último que Talleres jugó con el club Atlanta y ganó 3 a 2 en su cancha, todo fue alegría. Es cierto que ganaba 3 a 0 y casi se les escapa el triunfo, pero la algarabía de todos fue tan grande, que el Ariel decidió festejarlo con la barra brava. Invitó a todos, inclusive al Paco, que no apareció. Tal vez un poco molesto porque el Ariel dio algunas órdenes en la tribuna a sus dirigidos y hasta se tomó de la bandera principal que solo el jefe podía sostener. Fueron además los del fondo de la villa, que ya le había advertido a su madre que no los quería ver por ahí; pero aun así se tomaron varios cajones de cerveza y el humo de porro salía por las canaletas de chapa del techo. La fiesta terminó pasadas las cinco de la mañana y la cumbia villera sonó hasta un poco después.

Descansaban todos y todo fue muy rápido.

Alguien roció con kerosén del almacén de don Antonio el cuerpo dormitado y drogado del Ariel, otro alguien sacó la vela de los santos del finado Raúl y cuando todo comenzó a arder la Lucía y sus hijos salieron desesperados de la casilla. Ni los rufianes del fondo, ni el Paco ni ese gordo con la cicatriz en la cara que no era de Villa El Talar movieron un dedo para que el Ariel y la casa no ardieran juntos en gritos de espantoso dolor.

La Lucía lloró lo necesario a su hijo, atrapado en las llamas emitiendo los últimos sonidos de vida. Pero los ojos de los presentes sobre ellos y en especial sobre la Cynthia, la otra persona de la que tenían que vengarse, hizo que la madre de todos los González tomara la drástica y desolada decisión de abandonar la villa esa mismísima noche. Con lo puesto, que era apenas un camisón, (solo el Ramoncito atinó a ponerse unas zapatillas) salieron con rumbo desconocido. El Rata rompió un escaparate de la Avenida Pavón y sacó unas prendas para su madre y su hermana y unas zapatillas para él, antes de salir todos corriendo con la sirena de seguridad del comercio. La Lucía debía buscar un lugar para pasar la noche y no encontró mejor lugar que la oscura estación de trenes de Remedios de Escalada. En los pasillos subterráneos hediondos a orina estuvieron a salvo una noche, pero al llegar la mañana tenían que hacer algo. Mientras el Rata y el Ramón se pusieron a pedir limosna, las dos mujeres salieron a buscar trabajo. Sabían que en la plaza de Monte Chingolo, las mujeres se postulaban como *mucamas* y una casa con cama adentro, como se dice a las internas, era la única solución. Pero nadie quería una chica con hermanos o una mujer mayor con hijos.

Lo único que quedó pues fue que la Lucía se quedara con sus dos hijos y la Cynthia, se tragara todo su orgullo y fuera a la señora esa que le propuso un trabajo decente en el centro de Lanús. Ahora solo restaba acomodar a sus otros dos hijos. Llena de dolor, con su único sostén en la cárcel, solo pudo elegir tirar para adelante y así lo uso durante seis días hasta que una mujer mayor le dijo:

—Yo podría darle trabajo, señora, pero no me pida que meta en mi casa dos chicos. ¡Eso no!

—Es que no los puedo dejar en la calle, señora.

—Si fuera uno, me lo pienso —le dijo y la mujer siguió mirando las caritas morenas para llevarse a su casa en el barrio de Valentín Alsina, muy cerquita de allí.

Lucía vio que el único trabajo ofrecido en casi una semana se le estaba evaporando. De la Cynthia ni noticias para dejarles a sus hermanos y encima tenían un hambre atroz. Entonces tomó una decisión. Así como las palomas eligen el huevo que parece más fuerte para alimentar y darle una oportunidad, la Lucía también eligió. No se le pida que fuera justa; la justicia no es un elemento comestible a la hora de vivir en la calle.

—Ramón —le dijo a su hijo menor—. Vos sos el más chico y podés conseguir más limosna que tu hermano. Andá a Lanús y tomate el tren a Constitución. Metete en una de las tantas bandas que hay. Ahí vas a estar seguro. Cuando mamá pueda va a ir a buscarte a la estación. Estate siempre atento. ¡Y por lo que más quieras, no vuelvas nunca por el barrio!

Ramón miró a su madre y luego a su hermano que tenía el rostro apagado. No dijo nada. Luego su madre llamó a la señora que hablaba con otra mujer y le dijo:

—Señora, acepto su trabajo. Me voy con este.

—¿Está segura? —le dijo la mujer mirando al Rata.

—Sí, segura.

Entonces la mujer metió a su madre y a su hermano en un coche y el Ramón

los vio alejarse con cara compungida.

Luego de hacer dedo hasta Lanús, subirse de polizón en el tren, eludir a los guardas de la estación y por fin la Plaza Constitución. Allí un grupo de granujas se empujaban y hacia ellos se dirigió.

—¿Puedo entrar a la banda de ustedes? —le dijo a uno que parecía el líder.

Este lo miró con cara de satisfacción y de maldad a la vez.

—Sí —dijo el Jefe— ¿Cómo te llamás?

—*Gamón*.

—¿Jamón? —y la risa fue general.

Pero cuando Ramón miró hacia atrás y recordó los alaridos de su hermano Ariel carbonizándose, al que abandonaron luego sus huesos por necesidad de sobreviviente. Y cuando vio cómo su hermano el Rata con ínfulas de abogado quebraba la cristalería para robar ropa y calzados necesarios, cuando sintió la humedad fría del suelo de los laberintos subterráneos de la estación de Escalada y, sobre todo, cuando vio alejarse con mirada triste a su madre y su hermano, no le parecieron tan crueles las burlas.

—¡Sí, podés, Jamón¡ —dijo el líder—. Vení que vamos a firmar el contrato.

La historia del Roña fue totalmente diferente a la de todos los chicos de la banda. Él pertenecía a la Villa La Ranita del barrio de San Martín, al oeste de Buenos Aires, pasando la línea insondable de la Avenida General Paz. Insondable por eso de que alguna vez se dijo «el país termina en la General Paz», y el país era solo Buenos Aires y su avenida que rodeaba la gran metrópoli. La droga, el alcoholismo, la prostitución y los robos eran males menores en San Martín.

El segundo de ocho hermanos, el Roña, sabía muy bien eso de sobrevivir en una villa, donde no siempre el más duro era el mejor. El mote de Roña lo llevó desde que tenía uso de razón. No sabía si era porque era roñoso, es decir olvidadizo para el agua y jabón, por otra parte cosa escasa en la villa con una única canilla pública, o por su manera mañosa de ser. De encarar a la vida. De rebelarse contra todo lo que no le gustaba. En la villa había que tener cierta cintura para esquivar los golpes de la vida. Ser fuerte a la hora de la pelea, pero ceder a la hora de la supervivencia. Al Roña no le iba eso de pelearse por pelearse, sino que tenía que hacerlo con una causa justa. Martín, su hermano mayor, solía andar en bandas locales, pero él decía que eso era para personas que aspiraran a volar bajo. Él quería estar alguna vez en una banda mayor de Buenos Aires. Y de ser posible, tener la suya propia.

Cuando venía el repartidor de huevos con una camioneta destartalada y un altavoz que pedía a las vecinas que salieran a comprar treinta huevos grandes por tres pesos, el Roña iba en su busca y se le ponía adelante de la calle de tierra.

—¿Qué pasa? —le decía el vendedor, ya ducho en temas de pagar peajes.

—Dame un huevo.

El de la pequeña camioneta desvencijada lo miró casi sarcásticamente, cogió un huevo grande colorado y se lo puso en la mano. Sabía perfectamente que no hacerlo significaba que el pendejo le tirara un cajón al suelo, y salir corriendo entre los pasillos antes de que él pudiera bajarse. Y dejar la camioneta sola… ¡eso jamás! Encontraría solo la chapa. Cuando fue lo del corralito entró y lo único que le dejaron fue la ropa. Hasta la camioneta nueva le desarmaron para vender parte por parte como si fuera un puzzle ante sus propios ojos. Menos mal que tenía la furgoneta vieja de repuesto, que entonces solo le robaron las ruedas y el altavoz. Pero no se quejaba: conoció a otros hueveros que hasta los mataron en el fervor, pero esos no conocían tanto la Villa La Ranita como él, ni a su gente.

El Roña entonces se fue feliz con su único huevo al que le hizo un agujerito en la punta con un alambre que encontró por ahí tirado y luego se lo fue chupando hasta la laguna de los Siete Ahogados donde se le dio por cazar ranas.

Un huevo era un precio justo, pensó.

Sabía que estaban los que pedían hasta una docena; más no porque tampoco no era buen negocio espantar a los vendedores. Su hermano en cambio, necesitado de polvo blanco, pedía dos pesos a cada vendedor que osaba clandestinamente someterse al rigor comercial de la villa.

Pero eso de pedir peajes tampoco era cosa tan fácil. Para una villa grande, más bien un barrio, como La Ranita, como le gustaban decirle, cada calle tenía su patrón. Este podía adelantarse a los vendedores furtivos a las nueve de la mañana cuando los jefes estaban durmiendo el mono, pero si lo sorprendían cobrando, lo más probable que le dieran una paliza. Y de reincidir, quedaría tirado en una zanja, de las tantas que había en aquella villa.

En la laguna de los Siete Ahogados, mejor dicho en la parte del riachuelo, antes de que lo entubaran, el Roña se sacaba la ropa y se pegaba un chapuzón en las aguas verdosas, casi pestilentes. A veces, con las piedras del asfalto roto las arrojaba para que saltaran en la corriente y muchas veces, cuando no se centraba en sus sueños de aventuras en Capital, se ponía a cazar las ranas. Pero su hermano mayor ya se le había advertido que las ranas se cazan al atardecer o de noche. Sin embargo, él, cansado de escabullirse de la puerta de la escuela, se ponía el delantal blanco como capa y se dirigía a la laguna. Sabía que en las noches, cuando los últimos grillos del barrio cantaban, él iba con un palito con un pedazo de carne, bicho o salchicha en la punta de un hilo y los batracios saltaban; entonces le daba el tirón hacia arriba y ya estaba en la rapidez con que la cogiera. En una noche llegó a cazar diecinueve ranas. Pero últimamente si alcanzaba a tres era mucho. No era que hubiese perdido su capacidad, sino que las ranas habían decidido mudarse vaya uno a saber dónde.

—¿Otra vez faltás al cole, Roña? —le preguntó el Claudio, uno de sus amigos que apareció de repente a sus espaldas.

El Roña se encogió de hombros.

—¿Y vos, qué? —respondió desafiante.

—Yo voy de tarde.

—Ah.

—Boludo, tenés que estudiar; sino vas a ser un bruto toda la vida.

Pero el Roña sabía que para ser un jefe de banda no precisaba estudiar. Sí se necesita manejar un arma, esconder un cuchillo en la manga y sacarlo con velocidad en caso de peligro, saber correr rápidamente para escapar de la *yuta*, escabullirse entre el mundo y soportar el dolor como un hombre. Y todo eso el Roña lo sabía hacer. Además, el Claudio, su amigo, no faltaba casi nunca y mucho mejor no parecía ser.

El Roña tiró otra piedra al agua verdosa.

—Ayer vinieron los de *Grinpís* acá al arroyo —dijo el Claudio.

—¿*Grinpís*? ¿Eso qué es?

—No sé, eran unos pibes que se ponían un mameluco naranja fosforescente y decía que el agua tenía no sé qué.

—¿Ranas? —preguntó el Roña y otra piedra picó cinco veces en la superficie del riachuelo antes de hundirse.

—No. Dicen que ellos defienden el medio ambiente. Dicen que de la ciudad tiran muchas porquerías, y que el agua tiene… Esperá que me fijo en un volante que repartieron a los vecinos. Hmmm, acá está. —Y sacó un papelito arrugado del bolsillo de atrás de su pantalón y comenzó a leer con dificultad las extensas palabras—. Dicen que el agua tiene hexa-clo-rociclo-hexano. Eso es. Y diclo-rodi-fenil-triclo-roetano. Y un montón de palabras raras más.

El Roña tiró otra piedra, chistó molesto porque solo hizo dos saltos.

—Dijeron que eso provoca cáncer y que por eso no hay ranas ahora. Ni peces.

—Ah. —El Roña tiró la última piedra—. ¿Nos echamos el último chapuzón?

—Dale.

El Claudio se sacó la ropa y se quedó desnudo, mientras el Roña se metió en calzoncillos. Nadaron un rato y el Roña le tiró agua verde a su amigo durante un rato.

—Mañana me voy —le dijo por fin.

—¿Adónde?

—No sé.

Claudio miró con extrañeza a su amigo, pero era sabido que tenía pajaritos en la cabeza.

—Voy a formar mi propia banda. ¿Querés venir?

—No.

—¿Por qué?

—Yo quiero estudiar. Después me voy a meter en la secundaria.

—¿Te creés que vas a ser presidente vos? —El Roña se echó a reír y salió despacio del charco y el Claudio lo siguió.

—Quién te dice —arqueó las cejas el Claudio.

—¡Qué vas a ser presidente, vos! A los de la villa ni para camareros nos

quieren!

—¡Qué decís!

—¡De verdad, pendejo! ¡No nos quieren ni para camarero! Vos vas por la calle y ellos te huelen o no sé… se dan cuenta que sos villero y cierran las puertas o salen corriendo con solo verte la *geta*.

Claudio se quedó pensando.

—Dale, venite —insistió el Roña—. Yo voy a afanar un banco con la banda y me voy a comprar un coche nuevo, de esos que están en la tele, que hablan y todo, ¿vite? Como el auto fantástico ese. Dale, venite.

—No, quiero estudiar.

El aspirante a bandolero largó un suspiro y pensó ¡cuánto se equivocaba su amigo!

—Es al pedo —después dijo como para sí—. Estudiás, estudiás y después conseguís un trabajo de mierda que no te van a pagar más de trescientos pesos. ¿Qué hacés con trescientos pesos, decime?

—Yo voy a ganar más tal vez.

El Roña lo miró con ironía.

Recordó a su madre que ganaba eso fregando y fregando todo el día en varias casas, atendiendo chicos caprichosos, limpiando mierda y a veces hasta le gritaban.

¡Pero eso se iba a acabar muy pronto!, se dijo confiado. ¡Sí señor!¡Quizá después del banco!

Eran ellos, los hermanos mayores, los que tenían que lidiar para conseguir huevos desde que los abandonó su padre poco después del corralito; o bien un pescado o bien *manguearle* un trozo de carne al chino de la avenida San Martín, saliendo de la villa. Ranas no; ya no se conseguían como antes, como cuando el Roña consiguió diecinueve en un solo día.

—¿Te cuento lo que tengo pensado, boludo? —dijo con su mirada en el horizonte, sentado en el borde del riachuelo mientras se secaba—. Voy a la Capital, entro en una de esas bandas que se juntan en las plazas. Solo un tiempo para hacerme de experiencia. Luego formo mi propia banda y comenzamos a cobrar peaje a lo grande.

—En Capital no se paga peaje, boludo —se rió el Claudio—. Y todo es lo mismo que acá, ya vas a ver.

—¡Quién te dijo! ¡Se paga más que en la villa! Ahí viven como diez millones de personas.

—Además, por qué no formás una banda en La Ranita?

—Acá hay muchas bandas. En Capital podés hacer plata a lo grande. Tenés taxis, trenes, bares, restaurantes. ¡Bancos! Hay lugares donde tiran la comida. En Capital viven millones de personas, en la Ranita ¿cuántos son?

—No sé.

El Claudio se quedó pensando. Luego comenzó a cambiarse.

—¿Te vas?

—Sí, en un rato me voy al cole. Hoy dan guisado con pollo en el comedor.

El Roña tiró la última piedra y comenzó a cambiarse.

En su casa estaba todo organizado. Su madre hasta las ocho de la noche no vendría y seguro que traería un poco de papas, carne y verduras, por lo que su hermana, la mayor de las tres mujeres, la Rosa, preparaba una mixtura de lentejas y boniatos para su hermanos en el mediodía.

—¿Vas a comer? —le preguntó.

—No.

Miró a cada uno de sus hermanos, que jugaban en el suelo de cemento o bien se empujaban sobre la cama. Supo que era la última vez que los vería en mucho, mucho tiempo y sintió cierto convencimiento de que la próxima vez que estuviera allí él sería el jefe de una banda.

—¿El Martín? —preguntó

La Rosa se encogió de hombros y él supuso que ya estaría con sus amigotes de la banda de Villa la Ranita, fumándose tranquilo un porro tirado en el suelo de la esquina de la fábrica abandonada con la botella de cerveza al lado. O bien jugando al truco por un peso en el bar del Preso. Quizá planeando entre naipe y naipe el nuevo atraco de alguna tienda de la avenida.

—Che, Rosa —dijo el Roña.

—¿Qué?

—Cuidame bien a los pendejos, eh.

Rosa dejó de pelar la patata para mirarlo por primera vez con atención. Sus ojos azules, pelo castaño revuelto pastoso, algunas manchas blancas en la piel morena, le daban una extraña mezcla de niña blancavillera.

—¿No los cuido bien? —preguntó casi protestando.

—Sí, pendeja, los cuidás muy bien. Cuidalos mejor.

La Rosa sonrió complacida y el Roña se le acercó y le dio un beso de despedida en la mejilla que la hermana no comprendió. Y con ese único beso dio por saludado a cada uno de sus hermanos, a su madre, a sus amigos, a las calles de tierra y a la villa que tanto le había enseñado a sobrevivir.

Luego salió de nuevo de su casilla y comenzó a silbar. A lo lejos se veía el camión de la verdura, pero ya no era hora de que los más chicos pidieran peaje, por lo que tomó por la calle principal de la villa, la única de pavimento y poco después hizo auto-stop en la Avenida San Martín rumbo a la General Paz, el límite con otro mundo, menos golpeado por el corralito como esos rayos fulminantes que fueron hacia el oeste y el sur.

Cuando estuvo en el límite, el Roña, cruzó con pasos firmes la avenida y entrar a Capital le significó como ingresar a otro país. Otro mundo. Otro universo. Los edificios capitalinos surgieron de repente, enseguida, apenas pasada la calle,

como si con ese insignificante acto hubiera algo mágico.

¡Y el Claudio decía que todo era lo mismo que La Ranita!, se dijo el Roña con sarcasmo.

En una fila de autobús de la Línea 28 esperó que subieran todos y se colgó último, y mientras el colectivo avanzaba y hacía en su interior la fila para poner las monedas y obtener el ticket, el vehículo ya había devorado más de un kilómetro. Cuando le tocó a él, comenzó a buscar las monedas, que por supuesto él mismo sabía que no existían. El conductor lo miró por el espejo amplio que tenía enfrente arriba.

—¿Y, pibe?

—Perdí las monedas —dijo con cara compungida—. ¿Me lleva?

—Ese cuento es más viejo que mear los portones —dijo el chófer—. Dale, bajate.

Y hasta que llegó a la puerta del fondo, mientras seguía buscando las supuestas monedas, ya habían pasado unas cuantas calles más.

En otros autobuses tuvo menos suerte y lo llevaron un par de cuadras, pero en uno finalmente el conductor aceptó llevarle y el Roña, que no era muy bueno para las Matemáticas, consideró que se había cumplido una ley de probabilidades: de cada cinco colectivos, uno te lleva. Es la Ley. Así estaba dispuesto, sin que él pudiera manejarlo.

Cuando el autobús terminó su recorrido, estaba en las terminales de micros de larga distancia y estaciones de trenes en la parte llamada Retiro. El mundo de gente que había allí era algo nunca visto. En una especie de rampa que daba a la Terminal de autobuses, miles de personas entraban y salían con maletas, pero al Roña le llamó más la atención los puestos callejeros a la manera de mercadillo de la Villa. Pero estos en vez de vender carne, gallinas, fruta, vendían artículos importados que parecían costar un huevo, pero cuando pasaba por allí se enteraba que con tres o cinco pesos podía llevarse un avión con mando a distancia, un tanque de guerra o un cohete.

Claro, chino.

El Roña sintió hambre, pero no se arrepintió de no comer en su casa; esa comida era para sus hermanos y él tenía dos brazos y dos piernas, y sobre todo una boca para convencer. Sin embargo, no obtuvo nada de los vendedores de Retiro. Estaban muy ensimismados en vender para lograr una mínima comisión para el patrón, dueño de todos los puestos de Retiro: el verdadero dueño del negocio.

Prefirió alejarse del ruido y caminó hacia aquellos edificios de cristal. ¡Eran impresionantes! ¡Nunca visto! Tenían ventanas por todas partes y hasta podía adivinarse personas en movimiento adentro. El Roña se acercó a uno de ellos, el que parecía más llamativo. Afuera un señor uniformado que no era un *rati* lo observó llegar desde lejos. Cuando el pequeño se puso ante el portero miró hacia adentro por detrás de este y descubrió un mundo de lujo nunca imaginado, con alfombras más gruesas que el propio suelo de cemento pelado de su casa.

El portero del Hotel Sheraton lo escudriñó de arriba abajo y frunció la nariz.

—¿Me da un poco de comida, señor? —le dijo el Roña con todo respeto.

El hombre, alto, almidonado, y firme como custodia suiza en el Vaticano lo miró con asco.

—Acá no podés estar —dijo casi sin notarse el movimiento de su boca.

De repente salió una pareja. Ella, joven, con una manta de piel de leopardo, y él con un traje que por más nuevo y caro que fuera se le notaba más años que la injusticia, estiró despectivamente su brazo y arrojó un billete sobre la mano del portero.

—*Thank you, sir!* —dijo, pero aquel ni lo miró y siguió camino hacia el sector de las cocheras.

El Roña contempló extasiado todo. ¿Vio visiones o el *mister* ese le dio un billete de cincuenta pesos?

—¿Me daría un pan, señor?

—Nene —dijo inamovible el portero enfundado en su traje de portero de lujo—. No podés estar aquí.

—¿Por qué?

—¡Porque no! Este es un hotel de cinco estrellas. Los pasajeros entran y salen.

El Roña no entendió el sentido; estaba en la acera y no pensaba entrar en ese mundo de cristal y colores.

—¿Vos también pedís limosna? —preguntó el pequeño y el portero le clavó la mirada.

—¡Nene andate, por favor! ¡No podés estar aquí!

—¿Cuánto te dio el viejo ese? —interrogó una vez más el pequeño.

—Andate o llamo a la Policía.

—¿Y una manzana, no me daría?

Entonces, cansado de lidiar con el ese chico inmundo, el portero, que a rajatabla estaba nueve horas diarias, salvo cuando le pedían un favor y entonces se quedaba doce, pero no se quejaba porque la propina era más que buena, hizo un gesto con sus guantes blancos hacia el aire y el Roña sin esperar que el vigilante del interior saliera comenzó a correr a toda velocidad.

En la esquina cruzó la avenida, esquivando los coches, y se metió por las calles internas. Las calles internas de Buenos Aires eran otra cosa. Eran angostas y había comercios pequeños, como los de la Avenida San Martín. En una verdulería se acercó y observó las pilas de cajones puestas una sobre otras, pero de tal forma que podía contemplarse toda la mercadería. El pequeño a viva voz entre la clientela le dijo al dueño, un italiano mayor que lo miró con desconfianza desde que se acercó:

—¿Don, me regala una fruta?

El italiano lo miró como para clavarle un puñal en la frente.

—No, andate de acá.

—Una sola, don —insistió el Roña.

Entonces el comerciante salió detrás del mostrador y se le acercó peligrosamente.

—Andate ya mismo o te doy una patada en el culo —le dijo.

El Roña bajó la vista, vencido, y salió a paso resignado. Cuando el italiano volvió sobre sus pasos para seguir atendiendo, el chico tomó una manzana de uno de los cajones y empujó los otros cajones —dispuestos verticalmente uno sobre otro—, desparramando frutas y verduras por la acera y calle. El italiano salió desesperado insultando en siciliano, pero cuando llegó a la calle el Roña estaba ya doblando en la esquina.

Después de todo, la culpa la tiene la avaricia, pensó el chico.

Él no era un profesor de Matemáticas, ya se dijo, pero se dio cuenta que una manzana valía más para el italiano que varios cajones de frutas por el suelo. ¡Y allí tuvo los resultados por ser tan bruto!

Una cosa que le gustó de la ciudad es que había muchas plazas. En San Martín había un par en el centro de la ciudad, pero no eran tan buenas como aquellas. En Buenos Aires, las plazas estaban mejor cuidadas y hasta había columpios de verdad, sin las cadenas rotas o las sentaderas de madera con astillas saliéndose de tan viejas y sin que nadie las repare. Ayuntamientos pobres, tenían otras prioridades que arreglar columpios. Como no era tiempo para ponerse a hacer cosas de chicos, solo aprovechó a hamacarse mientras comía la fruta. Cuando se aseguró que quedara el tronco nada más y las semillas para escupir, entonces dio el último *envión* en la hamaca y se bajó para seguir camino.

Consideró que para que el día fuera bueno, debería conseguir algo de dinero. Pero nada de robar, dinero fácil que algún comerciante bondadoso, o temeroso, le ofreciera. Más adelante vio un kiosco lleno de golosinas. Lo atendía un muchacho alto que lo miró como a quien mira a un perro sarnoso.

—¿Qué querés? —le dijo.

—¿Me da una moneda, señor?

—No.

—Deme una moneda o le mando a robar —largó el Roña con total decisión.

Entonces sin decir nada, el dueño del kiosco saltó, ¡vaya a saber cómo! Por la ventana sobre la mercadería y lo agarró de la oreja.

—¡Si no te vas de acá, mocoso de mierda, te voy a romper el culo a patadas!

El hombre lo empujó y cuando se aseguró que ni siquiera pisaba su acera lo soltó.

—¡La próxima vez que te vea llamo a la Policía!

El Roña lo miró con rabia y lo insultó de arriba abajo, pero cuando este hizo ademán de seguirlo otra vez, salió corriendo y se perdió por la ciudad.

Había comenzado a refrescar y el día se escapaba sin penas ni gloria.

Tampoco había visto una banda para ofrecerles sus servicios.

Decidió tomar un colectivo, de esos que se le dice perdí la moneda y al quinto lo llevan a uno. Esa vez tuvo suerte, el segundo le dijo que lo llevaba a Plaza Constitución.

—Pero tranquilito, ¿eh? —le advirtió.

El Roña se subió entonces y se sentó en el medio del último asiento de cinco. De ahí dominaba toda la vista. Pensó que casi todos los que viajaban en el autobús era porque no tenían coche y que su clase social estaba apenas un poco más elevada que la suya propia, pero aun así lo miraban con repulsa, como si estuvieran a punto de contagiarse algo. Se acordó de unas de las pocas clases de la escuela donde le contaron esa historia de que Colón creyó que América era las Indias. Y como también escuchó que en las Indias (las orientales) había un sistema de casta, donde una no podía tocar a una casta inferior; llegó a la conclusión irrebatible de que Colón tenía razón: estaba en las Indias.

Poco a poco el colectivo fue llenándose y algunos pasajeros, que ya no podían evitar acercarse al chico ese tan roñoso y desaliñado, fueron sentándose en los últimos asientos. Una mujer con su hijo, mucho más pequeño que el Roña, se sentó a su lado. La mujer calculó el grado de peligro del chico, y decidió poner a su pequeño del lado de la ventanilla. Pero este, llamada su atención por el personaje sentado al lado de su madre estiró la cabeza para observarlo. Entonces el Roña que le recordó a uno de sus hermanos, se tapó la cara con ambas manos y se la destapó mostrando su lengua de repente para provocar la risa en el chico. Y al igual que con sus hermanos la fórmula no fracasó. El hijo de aquella mujer comenzó a reírse a viva voz mientras todos los del fondo, ya algunos de pie por el transporte lleno contemplaban la grotesca escena.

—Nene, no molestes más —dijo de repente la madre del pequeño enojada y sentó al chico mirando a la ventanilla.

Una mujer joven que se dio cuenta de la injusticia se solidarizó con el Roña guiñándole un ojo. El Roña comprendió que era una ocasión irrepetible y entonces la miro fijo desde su asiento y le dijo:

—¿No me daría una moneda?

La chica lo midió; luego abrió su cartera y le entregó dos pesos. Poco después la mujer se bajó y el Roña le dijo «*chau*».

Cuando llegó a Constitución ya era de noche. La Plaza era mucho más grande que la de Retiro y varias bandas corrían de un lado a otro para abrir puertas de taxis o simplemente se peleaban entre sí. Se sentó al lado de un señor mayor que lustraba zapatos y desde allí, mientras recibía de vez en cuando la mirada desconfiada del anciano, estudió a cada grupo.

—Che, pibe, ¿no limpiarás zapato vos en este lugar, no?

El Roña lo miró y negó con la cabeza. Fue a decirle que él robaría un banco alguna vez y no estaba para esas cosas, pero prefirió guardarse su secreto.

—Porque esta es mi parada, pibe.

El Roña no respondió y se quedó mirando en silencio a los diferentes grupos

de chicos que iban y venían. Cuando el anciano se fue, llegó a la conclusión que aquel grupo de cinco chicos no muy grandes, sería una buena banda para comenzar. Hacia ellos fue entonces.

El grupo parecía muy compacto y uno solo era el que mandaba, sin ver ninguna rivalidad. Estaban saliendo de una de las paradas de taxi cuando increpó al líder.

—¿Vos sos el jefe? —le preguntó.

El chico lo miró despectivo.

—¿Por?

—Quiero entrar a la banda.

—¿Cuánto años tenés?

—Trece.

—¿Cómo te llamás?

—El Roña.

El Jefe miró de arriba abajo el nuevo integrante y le echó una mirada al Croto.

—¿Qué opinás vos? —le preguntó.

El Croto lo estudió también un poco y dio su veredicto:

—Y… dale.

Entonces el Jefe le puso la mano en el hombro al nuevo integrante y le dijo:

—Vení que vamos a firmar el contrato.

El Roña calculó que lo llevaría para darle una paliza; sabía que en muchas bandas actuaban así. Fue sumiso y cuando llegaron a un basural al costado de la estación Constitución, más allá de las paradas de las prostitutas, el Jefe comenzó a pegarle sin ton ni son, mientras el Roña soportaba estoico los embates sin defenderse, y cuando cayó al piso, no sintió dolor por las trompadas ni las patadas. Cuando el Jefe se cansó de su faena, y le dijo la historia esa de los perros y la fidelidad, el Roña se limpió la sangre de la boca. Mientras volvía con el Jefe a su nueva banda, recordó el largo día, desde el huevo del peaje tempranero, el chapuzón en el agua verde, los negocios de Retiro, la verdulería del italiano, el muchacho del kiosco que saltó por la ventana, la madre del chico, la paliza del jefe, la sangre en la boca, la banda y calculó: hacía mucho que no tenía un día tan bueno.

De Carlitos, que entró un mes antes que el Roña, no se sabía absolutamente nada, salvo que tenía la manía de ponerle la mano en la frente de vez en cuando a cada uno de sus compañeros para ver si alguien tenía fiebre durante la noche. Por lo demás, nunca quiso contar su historia al grupo, pero tampoco interesaba demasiado.

V. El Ojo de la Noche

Lautaro cruzó la calle Constitución y se acercó a la banda.

—¿Dónde te metiste, pendejo? —dijo el Jefe.

—Por ahí —respondió Lautaro. Y si fuera otro momento, el Jefe le hubiera echado la bronca, tal vez algún golpecito, pero justo venía la banda de Miguel y esos, no solo eran mayores que la banda de niñatos del Jefe, sino que andaban con revólveres y pistolas, por lo que prefirió dejar pasar la oportunidad para otro momento.

—¿Adónde vamos? —preguntó el líder.

—¡A Salta! —respondió Croto y hacia allí fueron y dejaron los temores de la banda armada de lado.

Lautaro hubiera preferido quedarse en su casa, viendo aunque sea las pelis de tiros del Seba en la tele que les apareció en el corralito, un mate de la Rocío con yerba vieja mientras le limpiaba los mocos al Oscarcito y su madre, escondida en las sombras de un rincón de la pequeña chabola, mezclando lágrimas de la cebolla con las del alma, cocinando o fregando en el balde los viejos platos, todos de diferentes colores y estilos, o bien pasándole un algodón por el culo del Jónatan. Aun así, dentro del temor que tenían todos cada vez que el Seba arrojaba la botella de cerveza vacía a un rincón, era mejor que estar en la calle. Pero como estaban las cosas los gritos desaprensivos del Jefe cuando no una amenaza de sus golpes, la mirada sagaz e inquisidora del Roña y la contemplación de los escupitajos en la cara de Carlitos, le parecieron un mal menor. Sin embargo, había comenzado a hacer frío y también tenía hambre.

Luego de caminar durante siete u ocho calles y ver que el producto de las manzanas y cosas regaladas no alcanzaban para el grupo, al menos tendrían un par de bocados cada uno para llevarse al estómago. El Hueso fue el que más manzanas robó, pero como el jefe les permitía en esos casos robar para comer, también puede decirse que fue el que más se atragantó. A Lautaro únicamente le tocó en suerte una mandarina, y por poco lo pilla el puestero cuando se tropezó y se cayó. Tal vez fue su cara morada la que le permitió escaparse de sus garras de justicia y transformarse en ojos de pena. Lautaro prefería las mandarinas a las manzanas. Tenían semillas y las podía escupir a las ventanas del tren en el terraplén, descargar su ira de miseria, darle alguna de lleno en la cara de un distraído pasajero y hacerle pagar por tanta injusticia. En la calle, solo le quedaban las ventanillas de los autobuses en marcha y con suerte apenas lograba meterla por la ventana para que cayera en el regazo de algún pasajero asqueado.

Al Jefe también le encantaba escupir las semillas: de vez en cuando le pegaba una en la nuca Carlitos y este se daba la vuelta para sonreírle. Con la última semilla el Jefe dio la gran noticia:

—¡Esta noche es la cosa!

El Croto y el Hueso dieron un «¡hurra!» que Lautaro no entendió. Se los vio radiantes y entonces se acercó a Jamón, que miraba con su habitual obsesión hacia la estación, y le preguntó:

—¿Qué pasa?

Jamón se encogió de hombros, más para no tener que hablar y pronunciar las erres que otra cosa.

El resto de la jornada fue eso: un ir y venir de la Plaza Constitución, mientras no estaba la otra banda, el mismo Jamón aprovechando para mirar de forma compulsiva cada rostro de mujer que salía de la estación; inclusive un par de veces se lo vio correr hacia ellas, paro luego clavarse en seco, dándose cuenta de que esa que le pareció tampoco era su madre.

A la tardecita, el Jefe metió su mano en su cazadora gris y de adentro sacó la bolsa que Lautaro había comprado a la mañana. Pero los caramelos ya no estaban. En su lugar había otra cosa que Lautaro no pudo precisar a ciencia cierta.

—Vamos —dijo el jefe victorioso y salió corriendo a la boca del Metro.

Lautaro los siguió autómata, aunque sin saber para qué. Cuando llegaron a la zona de los molinetes, doblaron a la izquierda y entraron a los baños. Allí los recibió la mirada despectiva, casi temerosa de un señor alto que terminó de peinarse deprisa a la entrada de la banda de niñatos. Cuando quedaron solos, el Jefe pateó la única puerta clausurada y esta se abrió golpeándose contra el inodoro mugriento de excrementos pegados. Renegrido hace tiempo. Todos se apretujaron para ingresar al pequeño habitáculo, y último, con la pequeña puerta ya cerrada se apoyó Croto para asegurarse que nadie la franqueara. Lautaro abrió los ojos grandotes: había comenzado a darse cuenta.

Haciéndose pequeñitos, se sentaron al costado de la pared y alrededor del inodoro y entonces el Jefe comenzó con la ceremonia. Arrojó gran parte del pegamento dentro de la bolsa de plástico transparente, cuidadosamente doblada para que no se provocara un rasguño que dejara escapar una minúscula partícula del vaho que los haría viajar a regiones insondables de sus conciencias. Cuando una parte importante del pomo estuvo dentro de la bolsa, el Jefe sopló en ella y luego metió su nariz y dio una gran aspirada. Su cabeza sintió una electricidad y dio un pequeño temblor, pero aun así el Jefe aspiró profundamente hasta llenar sus pulmones de ese gas picante y delicioso que lo transportó inmediatamente sin escalas a otro mundo donde ya no existían la pena ni el dolor. ¡Cómo no se iba a drogar! El Jefe no se dio cuenta de que fue el Roña quien cogió luego la bolsa para darse también un chapuzón en el pegamento. Luego otro. Y luego otro más. Carlitos, uno de los últimos, cuando cogió la bolsa, ya grisácea, llena de humareda se la ofreció con una sonrisa provocadora a Lautaro:

—Tomá, pendejo —le invitó con regocijo, como quien regala un tesoro.

Lautaro negó con la cabeza; sabía muy bien de qué iba eso. Lo había visto puesto al Matías en la villa muchas veces con esa porquería y prefirió tener la cabeza lúcida aquella noche. Entonces fue el propio Carlitos quien metió su cabecita semirapada e infló otra vez sus pulmones hasta transformarse en una persona de trece años de verdad y tal vez varias décadas más. Luego de retener todo lo que pudo el gas en su pecho, lo fue largando despacio para aprovechar de mejor manera el viaje, mientras Lautaro lo observaba en silencio, con su rostro apesadumbrado.

Al poco comenzaron a reírse.

El Hueso entonó una canción litúrgica, mientras se babeaba y el Roña se puse de pie al rincón, con su frente pegada a ambas paredes. El Jefe también reía y empujaba con el hombro a Jamón suavemente que también sonreía, ya desprovisto de toda vergüenza. Lautaro observó con pena, más bien con rabia, los ojos extraviados de Carlitos, que trataba de fijarlos en su persona sin poder conseguirlo con exactitud. Más bien parecía una mirada vaga, nublada, de otra persona.

Fue entonces que decidió salirse del baño y correr al exterior. Cruzó toda la estación a lo ancho y luego se metió por la calle Lima. Allí, frente al basural, comenzó a pegar con furia patadas a bolsas de residuo y cada vez que se elevaba una le asestaba un puño imaginándose que era la cara del Seba. Las primeras prostitutas comenzaron a llegar. En esa zona se ponían las menos guapas, las que no había arreglado con otro *jefe* los lugares de privilegio, y todas observaron curiosas al pequeño de la cara morada con una mezcla de recelo y compasión. Lúcido como pocos, cuando sintió que otros ojos severos se posaron, desde el oscuro hotel, en su pequeña humanidad, dejó de hacer el escándalo y corrió por la calle Constitución hasta perderse por Salta y allí no se lo vio más.

Ese día la banda no lo vio más.

Pero aunque hubiera estado a su lado tampoco lo hubieran notado, pensó Lautaro. En el poco tiempo que llevaba en grupo, ya conocía algunos secretos de la ciudad. Cuando no era tiempo de robar, él debía cruzarse de la vereda de enfrente para que los comerciantes no sospecharan y además no lo pillaran de la última rapacería. Aunque pequeño, dedujo que el trabajo no era peligroso, más allá de un sacudón desde sus hombros, que al lado de los duros golpes del Seba, eso era una caricia. De todas maneras, la mayoría de las tiendas estaban cerrando y tampoco era hora de lograr demasiado. En cada una que el comerciante salía a poner la cortina metálica se le acercaba con la cara de más lástima posible tratando de imitar a su amigo Carlitos en la ventanilla de la estación:

—¿Me da una monedita?

En el mejor de los casos, una mirada despectiva seguida del silencio acompañaba al rechazo; en otras, un empujón o un insulto cobarde de algún comerciante ya harto de los robos y actos de vandalismo de los chicos de la calle. ¡Y acordarse del tiempo de los saqueos masivos cuando todos los comerciantes tuvieron que empezar de cero! La mayoría, aún tenía fresca en su memoria todos

los actos de despojos y violencia cuando cayó el presidente, en especial en esas zonas cercanas a la Casa Rosada de gobierno, aunque en esos días de diciembre, todo el país se convirtió en campo fértil para la depredación. Los comerciantes solo atinaron a ver pasivos cómo los sectores más sumergidos, marginales (y algunos no tanto), llevaban sus mercancías. Empujándose y peleándose entre ellos como hienas salvajes, con el fin de obtener un mejor producto que iba desde una bandeja de carne hasta un aire acondicionado sofisticado con mando a distancia para las pequeñas chabolas. Que luego en muchos casos se convertían al mejor postor en varias bandejas de carne, verdura, alguna cerveza y —¿por qué no?— en un poco de *merca* para aspirar, que tampoco era bueno estar tanto en contacto con la realidad. Entonces, las nuevas camadas de delincuentes, los que ni siquiera vieron el helicóptero cuando el presidente De la Rúa huía de la turba que tenía verdadera indignación, ni sintieron los golpes de las cacerolas, los que nacieron después pero pagaron las consecuencias de un país devastado, eran mirados con temor y a la vez con odio reprimido por aquellas tenderos víctimas de entonces. Es cierto que algunos comerciantes sacaron sus pistolas y escopetas y se atrincheraron detrás de un mostrador y dispararon a la turba enceguecidos; les daba ya todo igual. Algunos saqueadores dejaron su sangre allí, sea que salieron arrastrándose con algo al hombro, sea que cayeron fusilados. Pero también es cierto que muchos de estos tenderos fueron acribillados a piedrazos, palazos, con muebles de su propia tienda ante los ojos aterrorizados de sus familias.

Lautaro, la noche del 19 de diciembre del 2001, tenía tres, casi cuatro años. Recordaba muy tenuemente, como entre sombras cuando el Seba y otros entraban y salían. Lo que más rescata de aquel día fue la sonrisa de felicidad de su madre, sus ojos redondos grandes, negros, conmovidos por el golpe de suerte. No recuerda Lautaro haber visto a su madre ningún otro día feliz. No así. Y también se preguntaba, ¿cuántos años pasaron para su madre desde entonces? ¿Diez, veinte? Porque una cosa eran los años normales para una persona y otra cosa eran los años en la miseria diaria, la angustia de un futuro incierto, el dolor de que nada cambiará.

Sin darse cuenta Lautaro llegó a la gran avenida ancha donde habían cogido el autobús: la Avenida de Mayo. Le gustaba ese lugar. Estaba llena de terrazas en la calle, mucho movimiento de taxis para abrir y cerrar puertas y lo que más le llamaba la atención eran esos edificios extraños que había de una punta y la otra de la avenida. Hacia la izquierda, una casa grande, más bien con aspecto de castillo pequeño, tenía cúpulas verdes y grandes columnas. El Congreso Nacional. Hacia la derecha, al final de todo, había otra especie de obelisco blanco, pero no exactamente igual al otro obelisco, el famoso, no. Era mucho más bajo y parecía tener la estatua de una mujer encima con un gorro que su hermano el Pablo le dijo una vez era la representación de la libertad. Cosas extrañas que tienen los hombres. Detrás, una casa rosada colosal. Pero todo aquello quedaba aún a nueve o diez calles. Extendiendo sus manos en cruz, contando baldosas como si fueran durmientes de la vía del tren caminó hacia allí. Tenía hambre pero no le importó. Lo que sí le molestaba un poco era el frío en su cara que había comenzado a deshincharse. También podía ver de los dos ojos, aunque de uno todavía un poco menos.

Siempre por Avenida de Mayo llegó a otra gran avenida. Inmensa. En ella estuvo antes de irse a la villa a ver a la Rocío. A pocas calles estaba él: el Obelisco, el verdadero. Entonces miró hacia el extremo sur de la Avenida de Mayo y lo comparó. Su Obelisco era mucho más grande e importante que aquella cosita, la de la mujer con el gorro.

—¡Qué impresionante! —dijo alguien a sus espaldas.

Lautaro miró al anciano que lo observaba fijo, del que había salido esas palabras. Era alto, encorvado, algo calvo y tenía una larga barba que le tapaba la nuez. Llevaba una muleta bajo la axila izquierda y la pierna de ese lado la tenía levantada—. ¿Ves esa avenida, pibe?

Lautaro asintió con la cabeza, mirando la pierna del hombre puesta hacia atrás.

—¡Es la Avenida 9 de Julio! ¡La avenida más ancha del mundo!

—Ah! —respondió Lautaro que seguía observando el pie suspendido en el aire del anciano.

—¡Qué grandes somos los argentinos! ¡Tenemos la avenida más ancha y la calle más larga del mundo también, ¿sabías? ¡Ni en París, ni en Norteamérica! —Y largó una risa que parecía más bien una tos de perro. Luego lo miró fijo al chico y acercó su cabeza para decirle algo que le pareció al chico un secreto—: ¿Pibe… no tenés un cigarrillo?

Lautaro negó con la cabeza y vio el gesto de decepción del anciano. Pero de repente sus ojos se iluminaron cuando vio venir por la avenida más ancha un hombre con un abrigo largo y dando saltos hacia él con su único pie servible lo encaró.

—¿Señor, no tiene un cigarrillo?

Lautaro vio cómo aquel hombre sacaba de un bolsillo interno un paquete y luego un mechero para encenderle el preciado tesoro a aquel viejo que parecía llevar muchos más días que Lautaro sin probar bocado. Prefirió dejar al anciano y seguir camino, cruzando la avenida corriendo, en dirección al obelisco pequeño con la estatua de la mujer encima, todavía lejano.

La llegada a Plaza de Mayo lo sorprendió.

Había visto muchas veces esa plaza y hasta en la escuela había tenido que dibujar el Cabildo. Aunque le pareció mucho más largo en las pintura de los libros prestado por sus compañeros que allí mismo. Allí vivían desde hacía casi doscientos años Moreno, Castelli y Belgrano, este último el creador de la bandera nacional. Eso lo sabía porque se lo dijo la maestra una vez y no lo olvidó más. El Cabildo era la casa de Gobierno entonces y no esa Casa Rosada que se le puso también ante sus ojos, mucho más grande, donde vivió el señor ese del corralito, el que era presidente, que le oyó decir más de una vez al Seba y que se escapó en un helicóptero mientras toda la gente lo esperaba en la plaza para lincharlo. Y aunque no estuvo en Plaza de Mayo dijo el Seba una de las pocas veces que no lo vio borracho: «Se nos escapó por poco».

De repente algo le llamó la atención.

Dejó atrás el Cabildo y se dirigió por las calles laterales a la Plaza de Mayo donde la estatua con la Libertad personificada en una mujer tenía a sus pies un escudo. Pero no fue precisamente aquella estatua de Mayo la que llamó la atención de Lautaro, sino un grupo de mujeres, señoras mayores, todas con pañuelos blancos en sus cabezas, dando vueltas alrededor de la estatua. Lautaro se sentó en uno de los bancos de cemento y las contempló impávido como esas personas, con fotos y carteles giraban y giraban alrededor de la estatua de la mujer como si fuera un tiovivo. Se levantó para ir a dar vuelta con ellas y dio una vuelta, pero por fin las mujeres cumplieron el ritual, se saludaron entre ellas y se marcharon junto con otras personas que la acompañaban. Una de ellas miró a Lautaro y le sonrió antes de alejarse por el costado de la plaza. Entonces Lautaro quiso dar también una vuelta por la estatua. Si la mujer que le sonrió lo hizo tendría que ser una cosa buena.

Luego tomó la decisión de marcharse también, pero hacia la Casa Rosada que contempló durante un buen rato. Tenía barrotes y vallas y se veían policías en la puerta, impertérritos; suspiró y cruzó toda la plaza en dirección a una especie de mansión gigante, la más bella de todas, que ponía un cartel que pudo leer con dificultad: «Ban-co Na-ción». Luego vio otro edificio, el más magnífico y lujoso de todos tal vez, lleno de columnas como las figuras de una ruina griega que vio en aquellos libros de la escuela, pero sin ruinas, al contrario era un Partenón hermoso, cuidadosamente terminado y pintado, parecía muy rico, pero las inscripciones extrañas que leyó le parecieron más bien en otro idioma, similar al de don Giuseppe, el verdulero que traía a veces su mercancía a la villa. Solo pudo entender la parte que ponía Catedral Metropolitana en un cuadrito que era una réplica de la lujosa mansión donde había ingresado.

—Una, dos, tres… —comenzó a contar las columnas señalándola con su dedito.

Llegó a doce, pero pensó que podía contar hasta mil, hasta un millón si fuera necesario. Pero no hasta infinito como Felipe, el chico que siempre lo ponía de mal humor en el cole y por eso tenía la obligación de pegarle. Como el Seba le pegaba a su madre. Encima de las columnas, cinceladas al estilo clásico en su parte superior descansaba un triángulo que Lautaro no pudo comprender que era la historia del encuentro de Jacob con su hijo José en Egipto. Más bien parecía un grupo de personas que tal vez significara la lucha por la Independencia que le explicaron en el cole o Colón que había descubierto no sabía qué cosa. Traspasando las columnas, una gran luminosidad que lo invitaba a sumergirse. Sobre la izquierda había un gran escudo metálico redondo, pero vio también tres puertas y al lado de cada una de ellas otros escudos indescifrables. Pensó que había mucho mármol y el mármol es bueno para vender. Calculó decirle al Jefe y la banda, pero luego recapacitó que así no le quedaría mucho para él, por lo que sería mejor decirle al Pedrito, el amigo que tenía en la villa. Entre los dos podrían cargarse los escudos y algo de mármol; ¿por qué no alguna de las columnas? Tal vez puestas sobre uno de esos carros tirados a caballo que veía seguido en la villa.

Un hombre que salió por la puerta lateral derecha de aquella casa extraordinaria llamó su atención. Le dio todo el aspecto de ser un cura, aunque sin sotana. Tenía un traje negro, una camisa gris y esa cosita blanca que se ponen

los sacerdotes en el cuello. Recordó entonces que en muchas iglesias dejaban dormir a las personas que no tenían techo y hasta les daban un plato de algo caliente si fuera necesario. Cuando el hombre aquel estuvo lejos, se acercó a la puerta y la abrió tenuemente.

Quedó impactado ante la vista.

Dentro, columnas portentosas, más que las de afuera, mármol por doquier y lo que era mejor, ¡había bronce!, que era lo que más se pagaba en el mercado. También había figuras, pero como la felicidad no puede ser completa, apenas ingresó vio también a dos hombres, dos soldados de pie, fijos como clavados, parecían de cera, con sables en la mano y de traje azul oscuro, un gorro en forma de tubo también azul con cintas trenzadas de oro completaban el uniforme, uno de cada lado de una pequeña caja, también de mármol y placa de bronce. Eran dos granaderos de los muchos que se veían en los libros, aunque nunca los vio en las pelis que el Seba veía. Al comienzo no supo qué hacer, y Lautaro se quedó congelado. Las figuras esas le imponían y tuvo la tentación de salir corriendo, pero la tibieza del ambiente le reconfortó su cuerpo y se quedó solo observándolos. Eran altos, muy altos, de más de dos metros, tal vez como el Pablo ahora con doce años, aunque hacía mucho que no le veía, y calculó que un granadero podría acabar con el Seba con una sola mano. De repente le vino a la cabeza la idea: ¿serían hombres de verdad o estatuas? Se acercó con pasos tímidos y se puso enfrente para cerciorarse de que estaban vivos.

El granadero de la izquierda estaba congelado, no parecía ser una persona de verdad, pero sin embargo lo miraba fijo. Lautaro pudo ver el leve movimiento de sus ojos y de repente uno de esos se cerró para echarle una guiñada y seguir luego con su duro trabajo de estar firme, cuidando esa caja extraña que tenía una inscripción de bronce.

El otro le sonrió levemente.

—Res… tos… del Li… ver… ta… dor…Ge.. ne… ral… San… Mar… tín —leyó en voz alta y su voz retumbó en la cavernosa Catedral.

¿Ese no era el que decía la maestra que era el Padre de la Patria? No, ese tenía que ser el presidente, el del corralito, el que huyó el día que el Seba trajo la tele.

—¡Shhhh! —escuchó el chistido que vino del ala principal de la Catedral a la vez que un sacerdote completo de cabo a rabo venía con pasos ligeros hacia él.

Pero no estaba haciendo nada, se dijo; ni siquiera llegó a robar la caja de mármol esa.

Lautaro se quedó congelado y esperó el golpe del anciano, sin embargo dijo con voz áspera:

—Esta no es hora de visita, niño.

Lautaro se quedó mirándolo sin saber qué responder. Echó una mirada a los granaderos y estos habían adoptado de nuevo la posición de estatua sin vida. Cuando el sacerdote vio el rostro de Lautaro le dio un vuelco el corazón y dijo en tono más amable:

—Esta es la Casa del Señor, hijo mío. Puedes venir cuando quieras. Los horarios de visita son de lunes a viernes de 8 a 19 horas y los sábados y domingos de 9 a 19.30 —dijo y mientras le regaló una de sus caritativas sonrisas fue empujándolo suavemente hacia la puerta—. Fíjate el cartel, ahí lo pone.

Entonces Lautaro miró uno de los tantos carteles y comenzó a leer: «Con… fe... sio… nes… a las…»

—Ven cuando quieras, hijo mío —Y dándole el último empujoncito suave, cerró la puerta tras de él.

También oyó como le echaba la bronca a los dos maniquíes que cuidaban los restos del Libertador.

Lautaro pensó que después de todo, robar allí podría ser peligroso, por lo que decidió volver ligerito por Avenida de Mayo y dejar atrás esa casa lujosa de columnas con granaderos y San Martín, la Casa Rosada, El Cabildo, el Banco Nación, la estatua con la mujer de la libertad, las confesiones, Castelli, Moreno y Belgrano, todo. Comenzó a correr con fuerza y la noche ya empezó a arrojar su primer rocío. Con su mano extendida golpeteó puertas y paredes cinceladas por arquitectos españoles a lo largo de toda la clásica avenida, la más parecida a la Gran Vía de Madrid unos años atrás, la de múltiples hoteles, la del Café Tortoni en el que estuvieron el rey Juan Carlos, García Lorca, Gardel y Borges todos juntos, pero que él solo podía contemplar poniendo la nariz sobre el cristal de la puerta, antes de que un camarero negro le hiciese el gesto para que se saliese de ahí inmediatamente. Y pronto otra vez la 9 de Julio, la más ancha del mundo.

«¡Y es argentina!», recordó las palabras del anciano.

Cuando llegó a la calle Salta, miró largamente el Congreso Nacional de cúpula verde en el otro extremo de la avenida.

¿Allí se hacían las leyes?

¿Por qué no hacían una prohibiendo la pobreza?

Pero no fue hacia allí, prefirió meterse en esa calle Salta, la preferida de Croto, ¡vaya a saber por qué!

Sin embargo, no quiso llegar a la Plaza Constitución. Tenía decidido no ser un chico de la calle, pero tampoco podía regresar a su casa por unos días, por lo que buscó un refugio para pensarse todo. El Jefe y los otros tendrían quizás hasta el mediodía. Eso le daría un buen tiempo para encontrar un trabajo o un lugar estable para estar hasta que las cosas en la villa estuvieran más calmas.

A lo lejos, en la vereda de enfrente, vio un minimercado coreano con una entrada importante, con cartones puestos como cama, invitándolo a dormir abrigado toda la noche.

¡Un día de suerte!, pensó.

Corrió hacia los cartones y los vio tan prolijamente dispuesto que solo la mano bondadosa del destino podría haberle hecho aquel regalo. Se acostó todo a lo largo de su corto cuerpo, y se tapó con otro cartón. El frío le entraba por debajo, por lo que tuvo que poner otro cartón más, pero enseguida comenzó a sentir las bondades de una noche apacible y tibia, mejor que dormir en las

escaleras del metro. Cerró los ojos y pensó en la Rocío.

¡Qué estaría haciendo en ese momento?

¿Cuidando al Jónatan?

¿Y el Oscarcito?

¿Y su madre?

También pensó en Carlitos y en sus locuras de medirle la fiebre a la noche cuando lo creía dormido.

—¡Che, vos! —el grito fue junto con el golpe de un palo sobre el lomo.

Abrió los ojos y vio la figura estirada, larga de un hombre con un pie hacia atrás y una muleta: precisamente el palo que lo golpeó.

—¿Vos te creés que yo me preparé la cama para que un pendejo sarnoso me la robe?

Lautaro se levantó despacio y le costó creer que ese hombre fuera el mismo que le pidió un cigarrillo horas atrás.

—Dale, dale —le volvió a gritar y a empujar con la muleta.

Entonces Lautaro se terminó de levantar y comenzó su salida, pero cuando vio que el hombre le daba la espalda lo empujó y arrancó a la vez su muleta y cuando el elevado anciano cayó de bruces, salió corriendo con su trofeo por la calle Salta, mientras el viejo le insultaba y a la vez le suplicaba que le devolviera la mitad de su cuerpo en esa muleta mal trecha.

Cuando llegó a Plaza Constitución, saltando como un saltimbanqui de vez en cuando con la muleta, no le sorprendió la ausencia del Jefe y los otros. Estaban todavía puestos en las profundidades de los baños del subte. Entonces fue directamente hacia los columpios y allí arrojó la muleta al suelo y se hamacó incansablemente durante más de una hora. El viento frío le daba en el rostro y pronto comenzó caer una leve llovizna que le mojó el rostro. Pero seguía con ansiedad, más bien con desesperación, hamacándose, mojándose el rostro, aprovechando su soledad mientras pensaba en su familia, en el Pablo, en la cama caliente que lo esperaba en compañía de sus hermanos.

La noche era suya.

Cuando ya los brazos no le dieron más, bajó de su asiento, fue a la zona del Metro que estaba deshabitada de bandas y curiosos. Bajó las escaleras hasta la reja donde durmió la noche anterior y apoyó su cuerpo contra la pared. Echó de menos a los compañeros de la banda que lo abrigaban.

Se abrazó a sí mismo y allí se quedó dormido.

VI. Piel de Cordero

—Pendejo… Pendejo —la voz le venía del más allá.

Abrió los ojos y todavía era de noche, aunque clareando. No había nadie.

—Pendejo, aquí.

Cuando terminó de despertarse observó hacia abajo y ahí estaba el Jefe, encerrado todavía en el Subte Metropolitano. Detrás de la reja que separaba unos escalones más allá había otra, también corredizas en forma de fuelle.

—¡Nos quedamos encerrados! —dijo El Jefe sonriendo—. ¡Está bueno, dormimos calentitos, pero…

—¿Qué?

—Rompimos todo —dijo y una carcajada retumbó en el hueco del Metro—. ¡Mirá!

El Jefe le mostró un manojo de chocolates, piruletas y cigarrillos que traía en sus manos.

—Tenemos que salir antes de que venga la Policía —le dijo—, porque si nos pillan nos encierran a todos. Tenés que ayudarnos, Firulete.

La última frase le sacó el resto del sueño que aún pudiera tener.

—¿Cómo? —preguntó.

—No sé, Firulete. Buscá un palo bien largo que haga palanca y que pase por las rejas. Nos tenés que sacar antes de que venga el viejo que abre y nos vea acá dentro.

Entonces Lautaro recordó la muleta del viejo. La había dejado tirada en el sector de hamacas; eso le serviría.

—Ya vengo —dijo y salió corriendo a la plaza.

—¡No, pará, pendejo…! —pero Lautaro ya estaba cruzando la calle Lima en busca de los sectores de los columpios.

Llegó hasta la hamaca misma en el que estuvo en la noche anterior, y le sorprendió no encontrar absolutamente nada. Miró con desazón cada centímetro del suelo. Había barro de polvo de ladrillo por una lluvia silenciosa durante la noche, pero de la muleta nada. Giró la cabeza como un búho hacia todas las partes. No veía ni personas, ni muletas, ni un palo que le ayudara en el cometido. Por un momento pensó que podría haberla recuperado el propio viejo minusválido y eso lo atemorizó. Buscó durante unos quince minutos en todo el

suelo, entre los primeros furtivos viajeros que esperaban con frío y sueño en las paradas de los autobuses todavía dormidos, en los tachos de basura, entre los árboles, en cada rincón de la plaza.

Nada.

Su respiración comenzó a agitarse. Los primeros movimientos en la plaza se hicieron más visibles. El día ya estaba mostrándose. Tenía frío, pero también miedo. Tuvo ganas de estar con sus amigos, aunque fuese encerrado en las rejas del Metro. Pero estaba allí, en la plaza, con una llovizna que había comenzado a mojarle, solo, con rabia hacia sí mismo por haber dejado la muleta tirada en los columpios. Tal vez un chico, tan desaprensivo y desprovisto del sentido común como él la había recogido y llevado o arrojado hacia otro sitio del mundo, ¡vaya a saber uno!

Lautaro estuvo dispuesto una vez más a recorrer la plaza, la gigantesca plaza, no sea que le haya quedado un rincón sin observar, cuando una mano firme, mano poderosa, mano de garra lo cogió del hombro y le dio vuelta con fuerza.

—¡Pendejo hijo de puta, nos traicionaste! —gritó el Jefe, ya fuera del Metro con todos los de la banda que lo miraban con cara de enojo, algunos con los ojos aún extraviados.

Se hubiera puesto feliz de verles, si no fuera por las frases del líder que le bufaba sobre su cara, pudiendo sentir aún su aliento de pegamento.

—Yo… —dijo Lautaro como toda excusa y se quedó en silencio sobrecogido.

—¡Sos un traidor hijo de puta! Si no fuera porque nos escondimos, el viejo nos atrapaba… ¡Tuvimos que empujarle cuando abrió y salir corriendo! ¡Ahora no vamos a poder dormir más ahí por un tiempo! ¡Y todo porque vos huiste!

El Jefe gritaba y hacía caso omiso a los trabajadores que pasaban a su lado y lo observaban con miradas despectivas.

—¡Te tengo que matar, traidor! —gritó el Jefe una vez más y a Lautaro se le heló la sangre.

Dio un paso atrás y el Jefe se adelantó amenazante.

—¿Qué pasa acá? —gritó una voz poderosa, de persona adulta.

Lautaro miró al hombre que había intervenido como a su salvador. Era alto y fornido. Vestía modestamente y cualquier hubiera dicho que también pertenecía a la calle si no fuera porque llevaba una chaqueta de lana no tan vieja.

—¡Este me quiere matar! —escupió Lautaro gritando.

Entonces el macizo hombre arrojó su peor mirada amenazante y le dijo al Jefe entre dientes:

—¡Te vas ya mismo porque el que te va a romper la cara a golpes soy yo! Luego que te destroce las costillas te voy a entregar a la Policía, ¡drogata hijo de puta!

El Jefe no acusó las amenazas del hombre y miró a Lautaro:

—Las cosas de la banda se arreglan entre nosotros, Firulete —dijo.

—¡No, vos me querés matar! —gritó sollozando Lautaro.

—¡Mejor que te vayas si no querés que empiece ahora mismo a deformarte la cara como vos se la deformaste a esta pobre criatura!

El Jefe miró al hombre que parecía hablar en serio, calculó el peligro que le representaba y, tragando su propio rencor, pidió a Lautaro con voz lastimosa:

—Quedate, Firulete.

—¡No, vos me querés matar! —gritó de nuevo Lautaro.

El Jefe cambió su mirada por una aún más hosca, escupió al suelo y dio una orden a la banda para que se vayan de la plaza.

Cuando Lautaro vio al grupo alejarse aún mantenía los últimos estertores de su llanto.

—Bueno, ahora tranquilizate, pibe —le dijo el hombre con voz suave que a Lautaro le dio confianza—. ¡Este ya no te molesta más! Pero tenés que irte de este lugar.

Luego lo miró con lástima.

—¿Desayunaste? —le preguntó.

Allí Lautaro recordó cuánta hambre tenía; una languidez amenazaba traspasarle el estómago y entonces hizo un gesto negativo con la cabeza.

El hombre le puso su pesada mano en el hombro y comenzó a mirar hacia los costados en busca de un puesto que dieran algo suculento para el niño. Se acercó a uno de los bulevares donde pasaban los autobuses y en la parada de la Línea 98 compró un sándwich de milanesa.

—Tomá.

Lautaro no pudo sacar la vista del pedazote de bocadillo que tenía ante sus ojos y cuando los tuvo en sus manos por fin, los saboreó con tanto placer que no recordó haber comido algo tan delicioso en toda su vida.

—¡Despacio, despacio, pibe! ¡Qué te va a hacer mal!

Pero hizo oído sordo a las palabras del señor, no sea que alguien viniera y le arrancara esa delicia como una vez le pasó al Roña. Unos pocos minutos después, cuando ya solo le quedaba aspirar las migas y lamerse las mugrientas manos con los restos de aceite, por fin quedó satisfecho y respiró feliz.

—¿Contento? —le dijo el hombre con una sonrisa.

Lautaro también sonrió tímidamente como respuesta.

—¿Tenés casa y familia, pibe, o sos un chico de la calle?

—¡No, no soy ningún chico de la calle! —respondió ofendido—. Vivo con mi mamá y mis hermanos.

—Bueno, te voy a llevar a tu casa, pibe. No podés andar por la calle como un perro abandonado. ¿Por qué te escapaste de tu casa?

Lautaro bajó la vista.

—¿Tu mamá te pega o te obliga a robar? Esos casos ya los conozco bien yo…

—¡No, mi mamá nunca me pega! —Y entonces Lautaro se quebró y comenzó a llorar y gemir de nuevo y entre dientes dijo—: ¡El Seba ese…!

—¿El Seba? ¿Quién es, uno de tus hermanos?

—¡No! ¡Es el marido de mi mamá! ¡Es un hijo de puta, el borracho ese! —gimió Lautaro vencido.

—¿Y él te dejó así como estás?

—¡Sí! —gritó Lautaro sin dar detalles que algunos de los golpes eran también del Jefe.

¡Para qué!, pensó.

—¡Ya se le van a quitar las ganas de pegarte a ese Seba! —dijo mostrando indignación aquel hombre—. ¿Dónde vivís?

—En el Doque.

—¿Doque, qué es eso?

—Dock Sud.

—¿Eso es Avellaneda, no?

Lautaro asintió, mientras el hombre grandullón aquel ponía su mirada en otra parte.

—Te voy a decir lo que vamos a hacer, pibe. Vamos a ir a tu casa ahora mismo. Primero le voy a romper la cara a ese Seba, pero peor de lo que te hizo él a vos. No le van a quedar ganas de ponerte un dedo encima. Yo conozco muy bien a los de su calaña, pibe. Les pegan a los pequeños y a las mujeres porque en el fondo son unos cobardes. No son capaces de agarrarse a golpes con otros hombres. ¡Yo los conozco bien!

—¡Es un hijo de puta! —gimió Lautaro otra vez—. ¡Lo agarra el Pablo y lo mata con una sola mano!

—¿Quién es el Pablo?

—¿Mi hermano mayor!

—¿Mayor? ¿Cuántos años tiene ese Pablo?

—12.

El hombre suspiró, cruzaron la calle hasta la estación y dentro se metió por un costado.

—Vení, no vamos a tomar uno de esos trenes que paran en todas las estaciones. Vamos en un más directo, que yo conozco. Lautaro lo siguió, no podía dejar de pensar en verle la cara al Seba como globo, toda morada y amarilla como él la tenía ahora. Él también le daría un par de patadas en los huevos, que es donde más le duelen a los hombres. Pronto estuvieron en una plataforma, pero diferente a la de los pasajeros. También notó el niño que no habían pasado por guardias ni control alguno. A lo lejos se veía un único tren de carga.

—Ese va directamente al Doque —dijo.

Lautaro lo siguió y vio cómo el hombre aquel subía con rapidez. Luego le

tendió una mano y cuando Lautaro la cogió lo elevó como si fuera una pluma.

—Como verás, yo también tengo mis cosas, pibe. ¡No me sobra el dinero!

El tren tenía muchos vagones descubiertos, pero ellos eligieron uno cerrado, que no se pudiera ver los ojos policiales desde afuera. El vagón estaba vacío, pero los cubrían del frío y de una lluvia que por momento desaparecía, pero otras veces se hacía intensa.

—Vamos a llegar enseguida —dijo el hombre—. Solo tenemos que esperar que arranque. No sé a qué hora. Supongo que enseguida.

El hombre se mordió el labio inferior y miró hacia fuera. Luego cerró la puerta corrediza de madera de la nave y se sentó frente al chico.

—A esperar, pibe. ¿Cómo te llamás?

Lautaro recordó las palabras de Carlitos: «Nunca digas tu nombre verdadero».

—Firulete —dijo.

El hombre se rió de buen grado.

—¿Cómo el payaso?

—Sí.

—¡Son las siete menos siete, faltan siete para las siete! —dijo el hombre imitando al *clown*, pero Lautaro lo miró incomprensivo sin saber por qué adoptaba esa forma tan ridícula—. Pibe, los chicos no se llaman Firulete.

—Yo sí —respondió enojado Lautaro y no se habló más de su nombre.

—¿Cuántos años tenés, Firulete?

—Siete —respondió con orgullo Lautaro.

—¡Ah, ya sos un hombrecito! —dijo el hombre y no supo Lautaro si lo decía de verdad o en burla—. ¿Hace cuánto tiempo sos un chico de la calle?

—¡Yo no soy un chico de la calle! —respondió ofendido el niño, pero el hombre, que se puso de pie, no le prestó atención.

Parecía inquieto.

La locomotora arrancó y se llevó al primer vagón que fue tirando uno a uno hasta dar el golpecito al carro que los llevaba a ellos. El hombre se tambaleó ligeramente, pero recuperó la postura.

—Ahí vamos, pibe.

Lautaro calculó diez minutos; Avellaneda estaba pegadita a Buenos Aires y de ahí a Dock Sud faltaba nada.

El hombre se sentó nuevamente frente a Lautaro y lo observó detenidamente.

—¿Tenés novia, Firulete —le dijo.

El chico lo miró sorprendido y dijo que no. Luego el hombre volvió a ponerse de pie; Lautaro lo notó nervioso. Abrió la puerta para ver. Todavía casas y ciudad. Y la volvió a cerrar de un golpe.

—Vamos a llegar en un rato —dijo y se volvió a sentar.

Luego se mantuvo en silencio un rato. Lautaro estaba quieto, aún tenía el sabor de la milanesa en su boca, pero no le vendría nada mal un poco de agua, aunque sea del baño del cole, que sabía a mil diablos. La portera decía que era porque nunca limpiaban la cisterna, pero a Lautaro eso no le importaba, porque le quitaba la sed. En la villa el agua escaseaba en el único grifo que había para todo el barrio. Muchas veces haciendo cola para llenar los cubos de plástico y otras totalmente seca que no era capaz de largar una gota, aunque Lautaro pusiera su boca y aspirara durante un rato.

El hombre se volvió a poner de pie y cuando abrió la compuerta, Lautaro vio campo, campo y campo.

—¡Ya llegamos! —dijo el hombre y cerró la puerta con un golpe más que fuerte.

Sin embargo, el tren no se había detenido, al contrario parecía tener la máxima de velocidad posible. Lo miró con ansiedad, con una mirada extraña.

—¿Te gustó el bocadillo?

Lautaro asintió con la cabeza.

—Llegó el momento que lo pagues. Todo cuesta en la vida —dijo.

Sus ojos parecían diferentes. Lautaro no entendió bien lo que quiso decir. Él no tenía dinero encima; eso debiera saberlo aquel tipo.

—¿Tenés plata?

Lautaro negó con la cabeza.

—¿Entonces? ¿Cómo hacemos? —dijo el hombre y sacó su lengua para mojarse los labios.

Lautaro lo miró fijo; sabía que estaba a punto de suceder algo, pero no sabía qué. Entonces el hombre comenzó a acercársele. Lautaro instintivamente se apretó contra la pared del vagón, el tren se movía ahora mucho más deprisa y su pequeño cuerpo se bamboleaba. El hombre estiró sus piernas y puso una a cada lado de Lautaro, con las plantas de sus viejos zapatos apretadas con la pared donde se apoyaba el niño, aprisionándolo.

—¿Qué? —dijo el pequeño asustado.

Entonces el hombre se abalanzó sobre él, y antes de que Lautaro pudiera escapar de sus garras lo cogió entre sus brazos y lo puso boca abajo como si fuera un papel. Lautaro quiso zafarse de las manos aguerridas de aquel hombre, pero sintió que dos tenazas se lo impedían. Luego, se le sentó sobre sus piernas y con una de sus manazas lo estrujaba contra el suelo desde la cabeza y con la otra le bajaba los pantalones y calzoncillos con una facilidad increíble. Lautaro luchó con todas sus fuerzas para desprenderse de aquel hombre, pero a cada movimiento, un golpe en la espalda o en la cabeza le aplastaba la cabeza contra el suelo sucio del vagón. Por un momento creyó que de ahí no pasaba, al percibir la quietud por un instante de aquel gigante sobre él, pero luego sintió como una cosa caliente se le metía en sus carnes. Lo abría. Lo desgarraba. Lo llenaba de dolor sin que pudiera hacer nada. Cuanto más se movía, más parecía entrar eso que le ponía el hombre partiéndolo en dos.

Entonces se resignó a su suerte, aquel ser despreciable comenzó a moverse con frenesí, a aumentarle el dolor, a agitarse, a gemir, a balbucear cosas incomprensibles, y por fin lanzó un grito final, desprovisto de palabras, inhumano, y cayó rendido sobre él. Poco después salió y Lautaro no se animó a moverse. Le dolía todo, en especial el alma. Estuvo un rato así esperando el golpe final o que lo cogiera de la cabeza y lo tirara a las vías bajo del vagón, lo que era acabar con ese suplicio. Pero justo cuando el tren comenzó a disminuir su marcha, sintió un golpe seco, como una bolsa de patatas que se arroja desde lo alto, o de quien se lanza en un tren en movimiento y efectivamente, cuando Lautaro movió la cabeza hacia atrás, vio la puerta abierta y se encontraba totalmente solo en el vagón.

Quiso incorporarse, pero sintió un fuerte dolor interno que no se lo permitió. Esperó un poco, sin poder evitar dejar caer algunas lágrimas en silencio, y por fin despacito, arrastró su bracito delgado a las ropas que estaban a un costado y entonces vio una gota de sangre en el suelo, una gota que asumió como propia. Con esfuerzo pudo ponerse de pie, con sus piernas temblantes, y con el calzoncillo comenzó a limpiarse las piernas, atrás, donde le dolía demasiado y luego arrojar la marca de la deshonra en el trapo teñido de rojo por la puerta del tren que no terminaba de detenerse. Luego, con sumo esfuerzo, sobre todo al levantar cada pierna, Lautaro se puso su pantalón y cuando logró abrochárselo, ya había envejecido diez años.

El tren finalmente se detuvo en una estación totalmente desconocida para Lautaro, pero cuando por fin dio el último chiflazo y el vagón dio el último sacudón, Lautaro logró bajar con pasó muy despacio hasta las piedras grises y plateadas de aquel extraño andén de carga. Luego caminó por las vías en dirección contraria a la que vino. Cuando había hecho unos treinta metros y se halló en el medio del campo encontró un grifo al costado de la vía, tal vez para ayudar a realizar mejor el trabajo de los técnico de trenes o vaya a saber para qué, pero para Lautaro fue lo mejor que le pasó en el día. Primero tomó agua hasta saciarse y aun más, luego, viendo que no había personas a la vista, se limpió de nuevo las piernas chorreadas de sangre, se sacó el pantalón y se refrescó en la zona dolorida. El agua lo acarició y poco a poco fue recuperando el alma. Luego se mojó la cabeza y sintió que era un hombre nuevo.

Subirse a un tren de vuelta no fue tan difícil y llegar otra vez a Plaza Constitución le pareció como regresar a casa.

Carlitos fue el primero que lo vio venir con paso lento, tambaleante, casi pidiendo permiso un pie al otro. Era como que dudara en regresar y fue corriendo a recibirlo, sin esperar decirle al resto del grupo.

—Hola —le dijo con una sonrisa, mucho más feliz por dentro de lo que demostraba por volver a ver a Lautaro.

—Hola —dijo este.

—¿Qué te pasó que caminás así? —le preguntó Carlitos y le puso la mano en la frente para medirle la temperatura.

—Me caí del tren.

—Vení, pendejo.

—¡No, salí! —dijo, pero antes de que termine de discutir su permanencia en la banda, el resto corrió a donde estaban los dos chicos.

El Jefe lo miró curioso, ya casi ni recordaba el incidente de la mañana. Se le paró delante y lo observó con aire severo. Lautaro también lo miró a los ojos tratando de dilucidar aquella expresión. Entonces el Jefe echó su cabeza hacia atrás y de repente le lanzó un escupitajo con fuerza que le pegó en el medio de los ojos.

Lautaro sonrió.

Luego se perdieron todos por la calle Salta y sin que nadie se diera cuenta, Carlitos le dio un chocolate que quedaba oculto entre sus ropas y que le había guardado especialmente.

VII. Enderezando al Descarriado

—Hola.

La Rocío notó la mirada más severa en su hermano, y hasta le pareció que la voz era también más dura que hacía tres meses, cuando lo vio por última vez, en ese mismo lugar del terraplén de la estación Avellaneda. Y como aquella vez también tenía los pies colgando hacia las vías, con la mirada en el horizonte.

—Hola —dijo algo tímida.

También fue el Oscarcito que cuando vio a Lautaro fue como ver a Papá Noel del que tanto había oído hablar muchas veces pero que nunca aterrizó en su casa. El pequeño hacía monadas y decía tonterías con tal de llamar la atención de su hermano mayor. Lautaro le dio un chocolatín y otro para la Rocío.

—Gracias —dijo el más pequeño de los tres hermanos reunidos—. ¿Te juego al veo-veo?

—Ahora no Oscarcito —respondió Lautaro, y preguntó a la Rocío—: ¿El Jónatan?

—Está con mamá.

—¿Y mamá está bien?

La Rocío no respondió y Lautaro comprendió.

—¿El Seba le pega todavía?

La Rocío se encogió de hombros.

—¿Y a vos?

—A mí no —dijo casi con orgullo—. Bueno, el otro día me llamó y como tardé en ir me tiró con una botella vacía, pero no me pegó. Pero la culpa fue mía porque no fui enseguida.

—¡La culpa es de ese! Pero que no te toque porque se las va a ver conmigo —gritó Lautaro como un verdadero hermano mayor que cuida a su rebaño de hermanos menores.

La Rocío comenzó a reírse por la ocurrencia; Lautaro no respondió, pero a cambio dijo:

—¿Por qué no te venís conmigo?

La Rocío volvió a reírse.

—¿Puedo ir yo? —preguntó el Oscarcito.

—¡Estás loco! —interrumpió la Rocío—. ¿Vos dónde estás?

—Por ahí.

—¿No vas a volver más a la casa?

Lautaro pensó mucho la respuesta.

—No sé. Cuando se vaya el Seba.

Entonces la Rocío bajó la mirada triste.

—¿Puedo ir yo? —insistió el Oscarcito.

—Vos sos chiquito —respondió Lautaro.

—¡Dale…!

—Ahora no, pero te voy a venir a buscar, Oscarcito.

Oscarcito bajó la vista resignado.

—Tomá —Lautaro sacó un pequeño fajo de billetes de dos pesos, había uno de cinco también y algunas monedas, todas de escabullirle alguna al Jefe a la hora de la requisada. No mucho, porque si el Jefe sospechara era hombre muerto.

—Veintisiete pesos.

—¿Y de dónde sacaste eso vos? —preguntó con desconfianza la Rocío.

—Trabajo.

—Ah.

—Dáselos a mamá. Decile que cuando pueda le traigo más.

—Sí.

—¡Pero que no te los vea el Seba!

—Bueno.

Luego la Rocío se puso de pie y Lautaro entendió que era la despedida.

—¿Mamá no sabía que vine?

—Sí —dijo la Rocío sin sacar la mirada en el horizonte.

—¿Por qué no vino?

La Rocío se encogió de hombros otra vez.

Luego se despidieron y Lautaro tuvo que luchar con Oscarcito para que le soltara de la pierna porque quería detenerlo eternamente. Finalmente optó por darle un cachetazo para que comprendiera que esa vez no podía llevarlo. Oscarcito se desprendió asustado y lo miró con los ojos lagrimosos.

Entonces Lautaro le dijo:

—Ahora no, pero te voy a venir a buscar, Oscarcito.

Luego la Rocío cogió la mano de su hermano pequeño y Lautaro los vio alejarse; no se movió del terraplén hasta que se perdieron de vista por las vías muertas hacia la villa. Le hubiera gustado que sus hermanos se dieran vuelta para saludarle por última vez, pero como esto no sucedió se fue sin más en busca de sus compañeros de la banda.

En diciembre Buenos Aires es agobiante por el calor. Mucho más el Microcentro y encima al Jefe le divertía caminar por la calle peatonal de Lavalle. Lautaro quedó maravillado la primera vez que la vio. Lavalle era como el centro de Avellaneda, pero excesivamente superior en número de comercios, cines, puestos callejeros de todo tipo, como las grandes capitales del mundo. Pero se había que ir con cuidado, aconsejó una vez el Jefe. También estaba lleno de policías y controlaban a los que no tenían cara de ser turistas o personas de negocios. Un cine al lado del otro, se mezclaban con otros ya cerrados, que ofrecían ahora la salvación de Dios, según la corriente de la iglesia cristiana a la que pertenecieran. Testigos de Jehová y evangelistas se disputaban con los chicos de la calle las pocas monedas que eran capaces de dar los visitantes. Aun así, con calor y todo, Lautaro disfrutaba los paseos por la calle Lavalle, y le daba tiempo para pensar, mezclados con tantos turistas y personas que parecían importantes.

Y estos eran los que más le divertían al líder.

Los veía tan trajeados, con sus maletines y sus modernos móviles, sudorosos, elegantes y formales.

—¡A cuántos de ellos les encantarían ir en patas como a nosotros de vez en cuando! —dijo el Jefe una tarde soleada, mientras zigzagueaba entre las personas por la luminosa calle.

Lautaro no entendió la gracia, pero disfrutaba metiéndose en las fuentes de las plazas cuando hacía mucho calor, mientras las personas lo miraban con aire despectivo, pero se quedaban afuera por sus formalidades.

Tampoco, se dijo, eran capaces de sobrevivir en la calle, como ellos lo hacían, comiendo casi todos los días, siendo libres, pero eso sí, luchando de vez en cuando con las bandas más peligrosas, algunas de las cuales tenían revólveres y pistolas y eran capaces de matar a un chico solo por diversión o practicar puntería.

Pero con todo, Lautaro no se consideraba un chico de la calle, y estaba buscando la forma de volver a su casa. Ya hacía más de un mes que no veía a sus hermanos y quería un poco de sosiego, aunque sea un tiempo. También quería regresar a la escuela y tratar de no pegarle más al Felipe cuando le dijera que sabía contar hasta infinito y le mostrara esos aparatitos nuevos que no entendía muy bien qué eran ni para qué servían, que decía se podía poner música de un ordenador —«¡qué es eso!», le preguntó una vez y Felipe se partió de risa de su ignorancia— y también, para ver boludeces en una pantallita de dos cuartos de narices.

Aquellos días Lautaro tuvo dos cosas en la cabeza.

Una, la que ocupaba mucha parte de su pensamiento era la droga. Veía cada día, cada vez que la economía de su nueva *familia* lo consentía, cómo se drogaban. Fuese por el pegamento o por los porros que llegaban al grupo, que los dejaba abstraído no solo de toda realidad y de cualquier indicio vital, sino también para olvidarse un poco del hambre. Los porros lo conseguían a dos pesos,

aunque de sospechosa calidad. Lautaro prefería estos últimos para su grupo. Él no consumía ninguna de las dos sustancias; conocía de cerca el daño que ocasionaba la droga en la villa; existía allí el Matías, pero también existió el Eduardo, aquel chico que murió el año anterior de sida. En realidad aquel chico consumía cocaína y cualquier sustancia inyectable sin tomar los métodos profilácticos del caso y la enfermedad lo fue consumiendo poco a poco, convirtiéndolo en esos cadáveres vivientes de las pelis de terror. Finalmente, el pobre Eduardo se murió de un simple resfriado cuando sus defensas ya lo abandonaron totalmente, luego de estar unas semanas internado cagándose encima sin darse cuenta. Y doña Ernestina, la madre, lo tenía que limpiar a diario, cuando ya su hijo no era dueño de su voluntad. Lautaro recordó con tristeza aquellos días, solo verlo tambalearse, enfermo, drogado, daba un aspecto espantoso, aun para los villeros, acostumbrados a casi todo.

«Mucho tiempo de calle. Cuando se vive en la calle se termina así», había sentenciado su madre, y quizás por eso los ánimos de Lautaro se ponían que explotaban cuando el Pablo le decía que quería irse.

Pero un día el Pablo le explicó bien la verdad de la vida desde la visión de un hombre adulto de doce años.

—La calle es mala si uno no se sabe cuidar bien. Yo cuando me vaya me voy a alejar de la droga. La droga va estar en una vereda y yo en la vereda de enfrente. —Lautaro lo escuchaba absorto—. Mientras todos se droguen, yo voy a tener tiempo para pensar mejor las cosas, ¿entendés?

—Sí.

—Vos, pendejo, nunca te drogues, eh.

—No.

Y Lautaro veía cómo todos sus amigos se consumían poco a poco y se parecían en parte a los inicios del pobre Eduardo. El Pablo tuvo razón, y soportó estoicamente que lo miraran con desconfianza al principio en cada sesión de llenarse los pulmones de humo y veneno. Pero en esas asambleas de la evasión prefería alejarse fuera del Metro y si quedaban encerrados de nuevo, ante la protesta pasiva del anciano empleado, les daría una mano desde afuera.

El segundo tema de preocupación era que quería recuperar a Carlitos a la sociedad. Le molestaba que fuera tan mariquita, pero admitía que era uno de los mejores amigos que había tenido. Casi tan bueno como el Pedrito que jugaba con medio balón en la villa y le pasaba los papelitos a su hermana sin que se enterara el Seba. Si bien Lautaro era el más pequeño de la banda, Carlitos era tomado por el más débil. El único que lo respetaba, escupitajos mediante, era el Jefe, pero luego todos se mofaban de él, hasta el Hueso que no se reía nunca de nadie. Lautaro había desarrollado la idea de que un homosexual era algo así como un enfermo, pero que la mejor medicina era unas buenas palabras, como las que el Pablo le regaló a él para que nunca se drogara, o bien, unos buenos golpes en la cabeza para hacerlo entrar en razón.

Ese día, cuando estaban recorriendo la calle Lavalle, una mujer muy bien vestida, escondida detrás de una gran sonrisa se le acercó a Lautaro y le dijo:

—Hola guapo, ¿eres de aquí?

La extraña manera de hablar le hizo sospechar que podría ser una persona peligrosa, aun detrás de esa reluciente sonrisa y ese perfume tan dulce y suave que se le metía por la nariz.

No le respondió, solo se quedó observándola, mientras echaba una mirada a Carlitos.

—¿Te doy algo y tú te apañas luego, vale?

¿Apañarse? ¿Vale?

¿Qué significaban aquellas palabras tan raras?

Por las dudas siguió sin responderle. La última vez que entabló conversación con una persona mayor, terminó como terminó en un tren de carga.

—Toma. Debes cambiarlo en una agencia o una tienda. Tú verás.

Y extrajo un papel azul y se lo extendió. Luego le acarició la cabeza y le dio un beso en la mejilla, pero aun así no se fió de aquella mujer. Al comienzo le pareció que era dinero. Pero luego vio que era un papel más corto y más ancho que los billetes argentinos.

—¿Es plata? —peguntó Carlitos.

—No sé.

Miró el papel y había una serie de número y letras. En una parte ponía «veinte euros», cosa extraña a sus sentidos; entonces comprendió que no era dinero y comenzó a hacer un avioncito con él. Carlitos lo mejoró y lo tiraron de un lado a otro durante una buena parte, hasta que se cansaron de él y Lautaro de un centro certero lo arrojó sobre un cesto de basura. Antes de caer Carlitos le pegó el frentazo final que dio con los euros en el fondo de la papelera, mientras Lautaro imitaba uno de los tantos locutores que oía a veces por la radio en la villa un «goooooollll argentino; Argentina campeón del mundo, señores».

El Jefe y los otros anduvieron pidiendo uno a uno a los feligreses que salían de las iglesias, pero pronto comprendieron que la limosna dada dentro los habían desprovisto de toda la caridad viable, como si la puerta fuera la línea limítrofe entre bondad y el desinterés.

Carlitos, más pegado a Lautaro, se retrasó con este y aprovechó para preguntarle su gran duda:

—Che, Firulete.

—¿Qué?

—¿Por qué no fumás porro?

—¡Porque no!

—¿Pero por qué?

—No sé.

A los siete años las razones internas se explican mejor con hechos que con palabras.

—Por lo menos te olvidás de todo —dijo Carlitos.

—Yo no me quiero olvidar.

Carlitos no entendió sus motivos y siguió caminando junto a su amigo. Los otros le llevaban ya más de ochenta metros y sus figuras se perdían entre la gente.

—Vení —le dijo Lautaro a Carlitos.

—¿A dónde?

Lautaro dobló por la concurrida calle Suipacha y Carlitos lo siguió. El más pequeño había divisado una obra en construcción y los obreros ya se habían ido. Los separaba un chaperío de la vía pública y no les costó meterse entre chapa y chapa para quedar del lado del edificio en construcción.

—Acá había una casa antigua —dijo Carlitos.

—Subamos.

—¿Para qué?

—No sé.

Lautaro subió por la escalera de cemento y al llegar a la segunda planta se colgó por un tablón que daba al hueco del ascensor.

—¡Cuidado, pendejo! ¡Te vas a matar! —aulló Carlitos profundizando su voz de pito.

Entonces Lautaro aprovechó para demostrar sus más grandes dotes de trapecista. Se agarró con las piernas doblados sobre un tirante, de la misma manera que lo hacía subiéndose a las cadenas de los barcos abandonados en el puerto de Dock Sud: dejando los brazos colgando hacia el vacío, mientras veía toda la basura acumulada abajo.

Carlitos se tapó la boca, horrorizado.

Eso divirtió más a Lautaro que comenzó a hamacarse con más fuerza, hasta que se cansó y volvió a su sitio.

—Vamos arriba de todo.

Carlitos no dijo nada y lo siguió. Le daba un poco de temor las alturas, pero confiaba en Lautaro. Le sorprendió tanto que Lautaro fuera tan ágil y vital, como a Lautaro que Carlitos fuera tan débil. El pequeño llegó cansado, pero llenándose los pulmones de aire y exhalando se recuperó enseguida. En cambio Carlitos llegó partido en dos, apoyó sus manos en sus rodillas y se quedó así sin aliento durante un rato.

Y eso que eran solo catorce pisos, pensó Lautaro.

—¡Que flojito sos, Carlitos! —dijo Lautaro burlón y comenzó a ver la vista desde el cielo.

Se podía ver gran parte de Lavalle y perfectamente el obelisco y las luces de una ciudad que parecía un monstruo devorador desde allí. Aunque la sintieron menos peligrosa de lo que era en realidad. Carlitos, con la cara aun fría inyectada de color, dio las últimas bocanadas de aire y se puso al lado del pequeño.

—¡Ojo, pendejo, no te vayas a caer! —dijo con la voz entrecortada.

—¡No soy un niñato!

—Yo solo te digo que te cuides.

—¡Y vos no sos mi mamá!

Carlitos miró extrañado a su amigo.

—De eso te quería hablar —dijo entonces Lautaro con toda la seriedad de un hombre de siete años—. ¿A vos te gustan los chicos, no?

Carlitos comenzó a reírse y no respondió.

—Pelotudo, contestame —dijo enojado Lautaro.

Y Carlitos comenzó a reírse con más ganas.

—Decime la verdad, ¿sos gay?

Carlitos lo miró fijo a los ojos, tenía más pecas de las que se le notaron el primer día con la cara llena de mugre y moretones.

—No —dijo al cabo de mirar a los ojos a su amigo.

—¿De verdad?

—Te lo juro —dijo con su voz de pito, poniendo después su dedo índice derecho sobre su boca y lo besó, dándole luego otro beso con el dedo en forma horizontal, haciendo la cruz.

—Todos dicen que sí.

—El Jefe no lo dice.

Era verdad; el Jefe nunca se rió de Carlitos; solo le escupía. Y hasta una vez que todos comenzaron a decirle «puto», intervino y se enfadó con el grupo.

—Pero el resto sí.

—¿Y vos qué decís?

Lautaro lo miró, lo estudió, vio su gesto afeminado y hasta le pareció que su boca era más la de una mujercita que la de un verdadero hombre. Su voz lo delataba, pero también su actitud y su falta de fuerza para todo.

—Yo creo que sí —dijo con frialdad.

No quería herir los sentimientos de Carlitos; quería *recuperarlo*, o lo que él entendía con recuperar a los siete años y casi cinco meses en la calle.

Carlitos se rió con ganas; lejos de ofenderse le hacía gracia todo lo que oía.

—¿De qué te reís, boludo? —dijo ya comenzando a perder la paciencia.

—De lo que decís.

Y otra vez la risa.

Lautaro le volvió a preguntar, pero Carlitos, por nervios, o vaya a saber por qué, no pudo parar.

—¿De qué te reís? —volvió a preguntarle ya más alterado y al obtener más carcajada como respuesta (por un momento le pareció la misma risa burlona de Felipe, su compañero de cole) no soportó más y le arrojó el primer golpe de puño.

Carlitos la vio a tiempo y la paró, entonces Lautaro se le tiró encima y

rodaron los dos por el suelo del piso catorce del edificio en construcción. Sin embargo, los fuertes siete años de Lautaro no pudieron con los trece débiles de Carlitos y este lo puso de espaldas y lo maniató con sus brazos.

—¿Viste? No soy tan *mariquita* como vos creías —le dijo, pero no había maldad en sus palabras, sino diversión.

Lautaro luchó con sus fuerzas para sacarse a su compañero de encima y entonces sucedió lo que menos hubiese esperado, Carlitos le estiró los brazos hacia ambos costados, acercó su cara y le dio un beso en la boca de no menos de dos segundos. Lautaro sintió repugnancia, y la indignación le trajo nuevas fuerzas que logró librarse de su impúdico amigo que no terminaba de reírse. Entonces Lautaro comenzó a pegarle por todos sitios, en la cabeza, en el lomo, mientras Carlitos se tapaba como podía y no dejaba de reír.

Cuando ambos se cansaron, Lautaro de pegar y Carlitos de reírse y defenderse, bajaron a la calle de nuevo, cada uno por su lado. Carlitos suponiendo en qué estaría pensando Lautaro y este horrorizado por lo vivido. Pensó en decirle al Jefe para que lo escarmiente, pero eso provocaría, supuso, una feroz paliza para Carlitos y eso tampoco lo quería. Además, él no era ningún chivato para andar con esas historias.

Cuando llegaron a la calle Lavalle, la banda estaba gritando y empujándose por el lado de la Avenida 9 de Julio y hacia ellos fueron ambos.

—¡Eh, dónde se metieron! —gritó el Jefe al verlos, pero se lo veía contento.

—Por ahí —respondió Carlitos.

—¡Miren!

Y mostró una bolsa llena de monedas y algún que otro billete; y hasta se veía uno de diez pesos. El sacrificio de ir por la calle Lavalle, soportando el roce de los *perfumados*, pidiendo entre turistas y pijos dio sus frutos.

—¡Somos *guicos*! —se animó a decir Jamón exultante de alegría.

Entonces fueron caminando al Turco, que no estaba tan lejos, y compraron dos botellas de cerveza, golosinas, galletitas, y hasta un poco más de pegamento y dos porros. El resto lo usaron para sándwiches de milanesas para cada uno. No siempre venía así el día; a veces, aunque recorrieran Lavalle y Florida de principio a fin, no sacaban ni la mitad, por lo que había que aprovechar el momento.

La Plaza Constitución se había llenado de pequeñas bandas y el Jefe prefirió buscar otro sitio. Se metieron por la Avenida Entre Ríos y luego de caminar unas cuantas calles apreció una gran plaza que le sirvió de refugio aquella noche. Comidos y felices, solo les quedaban las sesiones de *fumata*. Todos se empujaban y reían, hasta Carlitos, pero Lautaro iba en silencio. Aún no se le había pasado el sabor amargo de lo sucedido en las alturas del edificio en construcción. Mucho oyó hablar del primer beso, y justo a él le tocó... ¡eso!

Y no fue precisamente el beso soñado.

Se sentaron en corro y Lautaro se puso a un costado. Carlitos fue el primero que le ofreció una pitada, que fue negada con aire sombrío por el pequeño.

Carlitos también decidió dejar el grupo y ponerse junto a su amigo.

—¿Estás enojado? —le preguntó.

—No —dijo Lautaro, pero no sentía deseos de hablar con el *mariquita*.

—Perdoname, solo era una broma; no soy gay.

—¡Sí que lo sos! —levantó la voz y todos miraron por un instante, entonces Lautaro repitió por lo bajo—: ¡Sí que lo sos!

—En serio, no soy —repitió con su voz aflautada—. Vení, vamos a hablar y te explico.

Lautaro desconfió, pero luego pensó que Carlitos no era tan fuerte como aquel hombre para humillarlo. Y de última tenía el recurso de gritar y alertar a sus compañeros de banda. Y si estos se enteraban de lo que hacía Carlitos, más de uno haría cola para pegarle luego.

Entonces aceptó ir.

Carlitos quiso llevarlo de la mano, pero Lautaro se negó. La plaza tenía cuatrocientos metros cuadrados, y Carlitos llevó a su amigo debajo de un árbol, en la punta extrema donde estaban los otros, en el sector de los bancos, pero que le regalara un poco de luz. Por fin se sentó en la hierba y le hizo seña para que hiciera lo mismo.

—Vení, pendejo, no tengas miedo.

—¡Yo no tengo miedo! —respondió con aire altanero Lautaro y se puso a su lado, pero con mucha desconfianza.

—No quiero que estés enojado. Vos sos mi amigo.

El mayor de los dos le puso una mano sobre su rodilla y el pequeño sintió nuevamente que podría suceder lo de antes. Pero allí Carlitos se puso de pie y dijo:

—Mirá.

Entonces Carlitos se sacó la camisa dentro del pantalón, desprendió los últimos botones y comenzó a desabrocharse también el botón de su pantalón. Lautaro comenzó a buscar con la vista dónde había una gran piedra para prepararse. Pero cuando divisó una, Carlitos se bajó la cremallera y luego los pantalones dejando ver su sexo a la luz mortecina, pero aún útil para alumbrarle. Lautaro se quedó congelada. Porque allí, donde tenía que haber un pito, como todo el mundo, había un tajo. Como el que tenía la Rocío, como el que tenía la hermanita aquella que murió a los pocos meses, como alguna vez le vio a su madre. Enseguida Carlitos o lo que fuera, se levantó los pantalones y sonrió mirando la cara de asombro de su amigo. Primero Lautaro supuso un accidente o alguien que le cortó el miembro, pero pronto recapacitó que Carlitos, que su amigo Carlitos era en realidad una chica.

—¡Ves que no soy gay! —le dijo sonriendo.

El pequeño se quedó pensativo. Al cabo de un instante preguntó:

—¿Todos lo saben?

—No, solo el Jefe. Y ahora vos.

A Lautaro le vino muchas cosas a la cabeza, como cuando el Jefe dijo: «el que le pega a una mujer es un cobarde», y la frasecita de Carlitos: «El Jefe es bueno».

—¿Cómo te llamás entonces?

—Carlitos —dijo Carlitos y sonrió maliciosamente.

«Nunca digas tu nombre verdadero».

El más pequeño la miró y le brillaron los ojos.

—¿Lautaro?

—¿Qué?

—Prometeme que no se lo vas a decir a nadie

—Te lo prometo —dijo y juró con el dedo de igual forma cuando lo hizo su Carlitos haciendo la cruz.

Entonces la falsa Carlitos metió la mano en el interior de su camisa, en un bolsillo escondido y sacó otro porro, comprado exclusivamente para un momento así. Sacó también un mechero y lo encendió. Aspiró fuerte y contuvo el humo en sus pulmones; ya tenía algo del elixir de otras pitadas con sus amigos en la plaza.

—Tomá —le dijo a Lautaro, que ya no sabía quién era quién, pero él negó con la cabeza.

—Dale, este es nuestro pacto de honor —le dijo y estiró su mano con el porro encendido.

Entonces Lautaro miró el envoltorio amarillento, lo cogió y se lo llevó a la boca. Primero tosió, pero poco a poco fue acostumbrándose al humo y a su sabor. Luego la nubes, más tarde unas ansias de querer llevarse al mundo por delante y por último un deseo incontrolable de reírse. Carlitos lo miró con compasión, se puso a su lado y lo rodeó con un brazo; Lautaro apoyó entonces su cabeza en su hombro.

VIII. La Historia que Faltaba

El Barrio Los Ceibos, justo enfrente del Cementerio de Lanús, goza por no ser una villa miseria como todo el mundo cree: es un barrio hecho y derecho, decía siempre el Rodrigo. Es que algo de cierto hay en sus palabras orgullosas con su casa de ladrillos huecos sin reboque, chapa y madera. Lo que sucedió fue que cuando el gobierno militar de facto a fines de la década del '70 vino con tractores y palas mecánicas y arrasaron toda la villa que había en esos basurales, en un plan de *limpiar* la provincia, comenzaron a hacer casas como Dios y la Patria lo demandaban. Inclusive organizaron la educación y consideraron poner una escuela en el centro de los pequeños chalets que se iban a construir, pero los militares se fueron en 1983 cuando el barrio era solo un conjunto de tabiques de cemento parados sin techos ni ventanas.

Solo bases y paredes.

Y para 1982, cuando la caída de Las Malvinas, el Gobierno Nacional dejó de enviar partidas de dinero a todas partes y comenzó el proceso de reorganización de la retirada. El horno no estaba para bollos y si la gente protestaba en las calles y se las reprimía con gases y balas de gomas, menos se le tenía que hacer un barrio. Entonces se comenzó con la política de alambres de púas, es decir, se levantó una valla de madera y alambres alrededor del barrio sin terminar y dejarlo para una mejor ocasión; quizá luego de un par de años de fallida democracia.

—¡Nunca se sabe con el pueblo que le gusta ir a golpear las puertas de los cuarteles! —dijo alguien por ahí.

Pero el error histórico de los militares fue tan grande en esa ocasión, que el pueblo no golpeó nunca más sus puertas, y las esperanzas (militares) de volver a ser gobierno desaparecieron juntos a miles de personas y el sueño de acabar el barrio de chalets y casitas monas en el Barrio Los Ceibos.

El 30 de octubre de 1983 un simpático Raúl Alfonsín, que tenía como principales méritos recitarse el preámbulo de la Constitución de memoria con una mano en el bolsillo y regalar una encantadora sonrisa de hombre de mundo, terminó ganando las primeras elecciones, luego de la retirara silenciosa de la dictadura militar o «pasar a los cuarteles de invierno», como describió Osvaldo Soriano.

Alfonsín y sus gobernadores e intendentes no solo recibieron de herencia una abultada deuda externa estatal y privada (con el Estado como garantía incluido), sino que escuelas destruidas, hospitales en condiciones paupérrimas, un pueblo

malhumorado por la pérdida de las Islas Malvinas de nuevo en manos de los ingleses por el *chiste* del General Galtieri jugando a ser San Martín. Y por si esto fuera poco y a un mismo precio de contado, treinta mil argentinos secuestrados, torturados y finalmente, desaparecidos; entre los que se encontraban hombres de las letras, periodistas, curas tercermundistas, monjas francesas y españolas, estudiantes, delegados gremiales, políticos, militantes, guerrilleros y gente de lucha, por no decir también amas de casas, menores, hijas de diplomáticos extranjeros, transeúntes y todo lo que a los sanguinarios uniformados en el poder se les ponía a la vista. Fue una gran parte de nuevos dirigentes de línea media que se los tragó la tierra —llámese campos de concentración clandestinos—, pero también gente que no tenía nada que ver con la política partidista o social.

Porque como dijo el *filósofo* de época:

> «Primero hay que eliminar a los subversivos, luego a los simpatizantes de los subversivos, luego a quienes encuentran alguna justificación para su acción, hay y por último hay que seguir por los neutrales. Nadie debe quedar indiferente».

Y ese señor de mediana edad con vocecita dulce, expresión amable y apellido francés fue, además de Ministro del Interior y jefe de operaciones de Inteligencia, Gobernador militar de la Provincia de Buenos Aires.

Eso fue parte de la deuda que dejaron los militares; una deuda moral. Entonces, ¿qué hacer con los planes de viviendas, por los que se sacó créditos al Banco Mundial, pero que cuyas arcas estaban a cero, o mejor dicho a menos cuarenta y tres mil millones de dólares al concluir abruptamente el gobierno militar? Antes de irse, la deuda privada de empresas *amigas* pasó a nacionalizarse y el nuevo presidente se encontró con el *regalo* de una deuda externa irrespirable, donde cada centavo que entraba iba directamente al Fondo Monetario Internacional. Inclusive este organismo decidía quién iría de Ministro de Economía y qué hacer con los fondos públicos nacionales… Que obviamente no estaban en su plan concluir los planes de viviendas suspendidos en el tiempo.

Además, los gobernantes de turno no quisieron hacerse cargo de las antiguas obras del desprestigiado gobierno militar. Sucedió que en Buenos Aires, precisamente la ciudad que aspiraba a ser la París latinoamericana, en la zona de Retiro, antes de hacerse la moderna Terminal de Autobuses, existía allí una de las villas más gigantes de América latina. ¡Y encima con los turistas que vendrían para el Mundial ’78 y verían toda aquella podredumbre!, se temió.

El intendente militar de Buenos Aires, Brigadirer Cacciatore no se le ocurrió algo tan efectivo y efectista como hacer un gran paredón, un nuevo muro de Berlín que dividía la civilización de la barbarie. La gran muralla quedó *preciosa* y para poder salir de la villa hacia esta parte de la civilización había que hacerse un rodeo tan grande que era preferible ir hacia otros barrios que intentar acercarse a este sector de la coqueta ciudad. Esta medida *refinada*, tan parecida a la Zanja de Alsina del siglo anterior para combatir al malón de los *salvajes indígenas* fue

acompañada de las palas excavadoras que arrasaron las primeras filas de chabolas y que años más tarde concluyeron su trabajo, en casa no siempre deshabitadas, entre una fuerte lucha desigual entre los pobladores de aquella villa detrás del paredón y el propio ejército, con el silencio de los medios de comunicación, entonces, todos controlados por el Gobierno Militar.

En Lanús, un recién encanecido Manolo Quiroga como Intendente, un zorro de la vieja política peronista, semanas después de asumir, no tuvo problemas de inaugurar el puente que cruzaba la Avenida Pavón a la altura de Gerli y unía el este con el oeste de la ciudad.

—Mire, señor Intendente que esa obra es de los militares —le dijo alguien de su entorno íntimo.

Y Quiroga, con su amplia sonrisa gardeleana respondió:

—Después de todo, Perón también fue militar, muchacho.

Pero arreglar el tema del barrio de Los Ceibos ya era demasiado tarde. Así, el predio alambrado fue siendo dejado para el presupuesto del siguiente año, hasta que una medida acertada (de los villeros), hizo que un gran sector de villas de Caraza y otras partes del partido de Lanús y Lomas de Zamora ocupen las casas sin terminar. Junto a las paredes, colocaron cartones, chapas, bolsas de plástico para las ventanas y todo lo mínimo para inaugurar las nuevas viviendas de los pobres.

A las dos y media en punto de la mañana aparecieron cientos de familias con sus bártulos lo más completo posible, todas juntas y organizadas por el Pepe Gutiérrez, un líder de la política social, que no pertenecía a ningún partido político, y cuando la luz del día despuntaba sobre el cementerio de Lanús, el barrio ya estaba como si fuera de toda la vida. Ni Quiroga, ni los gobiernos provinciales y nacionales quisieron tener el costo político de retirar por la fuerza pública a los que habían usurpado esas tierras, menos con eso de la democracia nueva, aunque tampoco se hizo demasiado por los nuevos vecinos *expropiadores*. Lo que sí hizo el intendente es considerar que el Pepe, hombre de prestigio en el barrio pero virgen ideológicamente, podría pasar a sus filas, cosa que no tuvo demasiados inconvenientes, siempre y cuando se le diera bolsas de comidas, chapas y alguna que otra prebenda personal.

Quiroga fue más lejos, le dio el status de jefe de la villa, de hombre de su confianza en ese territorio y le terminó de construir la escuela, transformado en un Jardín de Infantes del Estado. Aunque en realidad fue la provincia que lo hizo, el viejo zorro recogió el mérito. En la foto de los afiches, un sonriente Quiroga cortaba la cinta de inauguración con el pepe Gutiérrez a su derecha, con la cara de asustado que hizo reír a todo el barrio, aunque le dio más prestigio. Pero ni Quiroga ni ninguno de los políticos consideraron que los que tenían que trabajar allí eran docentes de afuera de esa realidad, no siempre preparados para rastrillar diariamente el cuadrado de arena para que jueguen los peques, lleno de jeringas descartables usadas y arrojadas allí, que algunos arrojaban desde afuera del edificio por sobre la pared de no más de dos metros. O bien estos inexpertos pedagogos eran atracados al ingresar a los pasillos. Por eso no extrañaba que cada vez fueran menos los docentes que se animaban a trabajar en el Jardín de

Infantes del Barrio Los Ceibos.

—¿Llevar ordenadores al Jardín? ¿A los Ceibos? —Quesada no pudo evitar una leve carcajada cuando el Pepe se lo sugirió—. ¡Si se lo van a robar esa misma noche, atolondrado!

El Pepe también dejó escapar una sonrisa obsecuente y suspiró.

El Rodrigo, lejos de todas estas situaciones política demagógicas, trabajaba y trabajaba, junto con el Damián. El Pepe le pareció siempre un buen tipo que le dio la oportunidad a él y a su familia de tener una vivienda digna, y aunque luego se metió en la politiquería y vendía las bolsas de comida a dos pesos que la Municipalidad donaba, el recuerdo primero, ese del Pepe solidario, valía mucho y cada vez que había que salir a cortar calles y hacer piquetes, él dejaba todo y lo hacía sin ningún tipo de prejuicios.

—¿*Pa'qué* vas? —le dijo la Andrea, su mujer—. ¿No ves que el Pepe nos usa?

Y el Rodrigo le ponía cara de pocos amigos, miraba las cuatro paredes desnudas, con los cuadritos de Perón y de Maradona y se iba a dormir sin comer. Pero cuando fue los del corralito, fue el Pepe el primero que trajo la noticia:

—Hoy vamos a desplumar el supermercado del coreano y todo lo que agarren es para cada uno.

La Andrea se asustó.

—¡Eso es robar, Rodrigo! ¡Además, los ocupas no tenemos derechos!

—¡Qué decís, che! ¡Vos le tenés idea al Pepe, eso es lo que pasa! —le dijo, mientras la Rosarito miraba a sus padres discutir asombrada.

El Rodrigo tampoco entendió eso de que eran «ocupas».

—¿Cómo *ocupas*? —le dijo a todos que quisieran oír—. Si no teníamos dónde vivir y esas casitas estaban abandonadas hace años y sin terminar. ¿Acaso no hay derecho a tener una vivienda propia? No entiendo eso de ocupas, mujer.

Entonces vino el 19 y 20 de diciembre cuando cayó el presidente y el ministro de Economía, y el Rodrigo no vino con televisores ni lavavajillas como algunos, vino con comida. Carne, sopas, arroz, un cajón de manzanas deliciosas de Río Negro y una bolsa repleta de patatas. No era nada al lado de lo que se quedaron otros. El Pepe llenó un camión de electrodomésticos, del coreano y de otros; el Damián, inclusive, hermano del Rodrigo, se quedó con un radio grabador que hasta tenía CD con mando a distancia. Es cierto que la Andrea se puso contenta al comienzo, pero cuando vio las imágenes en televisión al coreano llorando desolado, mientras un grupo de hombres le rompían todo, años de sacrificio, y se llevaban toda aquella mercancía comprada con tanto esfuerzo, le dio una cosa aquí en el pecho. Ni que hablar cuando en primer plano apareció la cara del Rodrigo cargando un televisor de veintinueve pulgadas ayudando al Pepe, de espaldas. Se abrazó a la Rosarito, a Carlitos y al Leandro que recién aprendía a caminar, y sin saber que en ese abrazo contenía también a la Carmen en su vientre.

Por eso no le sorprendió cuando días más tarde un patrullero de la comisaría primera de Lanús se acercó a su casa. Mientras un policía uniformado bajó con el

papel del juez, tres custodiaron el patrullero mirando con desconfianza a todo el barrio.

El policía que se acercó dijo:

—¿Rodrigo Fernández?

La Andrea contestó:

—¡Sabía que esto no iba a terminar bien!

El Rodrigo miró al policía desde adentro, desnudo en la parte superior, tomando mate con bizcochito de grasa, sin entender.

—¿Usted es Rodrigo Fernández? —preguntó el policía.

—Ajá —dijo Rodrigo, mientras se agolpaban los vecinos en los pasillos de su casa.

—Nos va a tener que acompañar. Hay una denuncia contra usted por robo a mano armada.

Y aunque lo del arma no se pudo demostrar, cómo decirle al juez que él no era él, si lo habían visto por televisión hasta los familiares del propietario del pequeño supermercado en la propia Corea del Sur en la CNN esa. Pero Rodrigo consideró que era una de las tantas piedras que la vida le ponía en el camino, pero estaba seguro, o mejor dicho, creyó, que el Pepe, hombre influyente en la villa y fuera de ella, lo sacaría en menos que cantara el gallo. Y a pesar que el juez no le preguntó por ese hombre que salió de espaldas que llevaba consigo el televisor, ni adónde fue a parar ese aparato, que se sabe que uno solo no puede robar semejante bulto, le hizo cargar con todo el peso de la ley a él solo.

¡No, no era justo!

Desde entonces se hizo cargo de la Andrea y sus hijos el Damián. Damián no era tan trabajador como el Rodrigo, pero vivía con ellos. Él era más partidario de los *Planes Trabajar* que daba el intendente y el Pepe, es decir una pequeña migaja a cambio de que pinte de vez en cuando Quiroga Conducción en las paredes del cementerio o haga número en los actos oficiales de Lanús. No entendía nada de política, pero si la política le había dado la posibilidad de ocupar las casas, una bolsa de comida al mes por solo dos pesos y encima le pagaban por pintar paredes… tan mala no debiera ser.

Al Rodrigo le dieron diez años por la cabeza, amén de que tuvo que esperar un año para que el Estado le asignase un abogado, porque la Andrea no se podía permitir pagar uno en forma privada, y además no entendía nada de juicios y leyes. La única vez que estuvo en tribunales fue para salir de testigo del Damián cuando este tenía dieciséis y fue acusado de intento de violación de la Cristina, que todos sabían que era *ligerita* y le arrastraba el ala al Damián. Entonces el caso se cerró sin condenados ni justicia y ya no tuvo que pisar más esos inexpugnables suelos jurídicos. Esta vez fue diferente, la Andrea fue cien veces a ver al Pepe para que sacara al Rodrigo de la cárcel.

—¡Vos sabés bien quién era el otro! —le dijo más de una vez y al Pepe eso le sonó a amenaza.

El dirigente se ponía rojo como un tomate, parecía que sus ojos iban a estallar

de odio, pero al ver la mirada fija de la Andrea, respondía con suavidad:

—Vamos a hacer todo lo posible para sacarlo, Andrea, pero no es fácil. Mientras, podrías ir al juzgado de Lomas de Zamora para ver cómo está la causa.

¡Y qué va a entender la Andrea de causas ni encausados, si ni siquiera sabía leer y escribir! Dos años sin juicio, y cuando por fin la Justicia se dignó hacerlo, diez años por la cabeza sin pena ni gloria.

—¡Vamos a apelar! —le dijo el Pepe Gutiérrez indignado por la suerte del amigo, la vez que la Andrea lo fue a ver a su oficina del moderno edificio de cristal de la Intendencia de Lanús sobre la avenida Pavón. Estaba con dos personas más, con traje y el pelo corto, como nunca lo habían visto. Además se rumoreaba que era candidato a Consejero Escolar, aunque él de educación, nada de nada.

¡Y esa palabra extraña, pronunciada en sus labios!

¡A pelar!

—¿Pelar qué? —dijo y vio cómo los otros dos se daban vuelta para no reírse en su cara.

El Pepe, sin dejar de mantener la mirada compungida le explicó:

—Vamos a rechazar la sentencia, Andrea. Igual quedate tranquila que no te va a faltar nada mientras dure el nuevo juicio.

Lo cierto es que esa fue la última vez que lo vio al Pepe.

Mejor dicho que lo vio en persona, porque sí apareció en la tele cuando fue candidato a Consejero Escolar por Lanús poco después y su cara en los afiches junto a otros personajes de miradas temibles y, por supuesto, encabezando el séquito, el encantador intendente Manolo Quiroga con su sonrisa peronista. Lo poco que sabía sobre la causa, se lo contó el Rodrigo en la cárcel de Olmos, cerca de La Plata a más de cincuenta kilómetros de su casa, cada vez que podía ir a visitarle, porque los ciento veinte pesos que le daba el *Plan Trabajar* le desaparecían los tres primeros días del mes en fideos, fruta y un poco de verdura. Carne una vez cada tanto, cuando cobraba de limpiar casas. Encima el Damián no trabajaba y su plan se lo gastaba en cervezas, en juergas con sus amigos y en viajes a las reuniones que el Pepe le obligaba a ir.

Pero nadie puede decir que diez años no es mucho tiempo. Y que una mujer, aún como la Andrea, tiene sus necesidades. Y tampoco nadie puede negar que al Damián le gustaba la Andrea desde el día que la vio por primera vez. Y que cuando su hermano le hacía el amor, allá en la casilla de Villa Fiorito, junto a la vía, él se escondía en el armario roto y por un agujerito veía todo, mientras se masturbaba en silencio. La vez que vio a su cuñada desnuda por primera vez, a punto de entregarse a su hermano, creyó que se le salía el corazón por la boca. Es verdad que tenía recién los quince y no pensaba demasiado, pero esa obsesión por la Andrea le duró toda la vida. Y cuando su hermano cayó en *cana* se alegró más que entristecerse, y las veces que la Andrea le dijo que le pregunte al Pepe por la causa, se iba a tomar cerveza y a jugar al futbolín con los amigos y al regresar le decía un escueto: «hay que esperar».

Es verdad que la Andrea cambió.

Su carácter se volvió más agrio, se le salieron los dientes del medio, las caderas se le ensancharon, las carnes y los pechos se cayeron y aunque tenía los treinta y pico parecía una vieja de cincuenta. Pero la Andrea seguía siendo la Andrea para el Damián y cuando por fin nació la Carmen, él fue al Hospital Vecinal a verla y le dijo muy serio:

—Vos sos la mujer de mi hermano y no tenés que hacerte problemas por nada. Yo te voy a cuidar como si fueras mi propia mujer.

La Andrea se alegró en oír esas palabras de su cuñado, pero no imaginó que eso de «como mi propia mujer» fuera tan literal. Al mes de de dar a luz, el Damián se le metió en la cama una mañana y le hizo el amor como un salvaje. Ella ya había visto la actitud que traía y sabía que tarde o temprano sucedería. Por eso odió aún más al Damián, como también se odió así misma que no fue capaz de soportar esos apetitos que le venían desde adentro.

—Lo único que te pido es que no le digas nada a los chicos —le dijo.

—Está bien —prometió el Damián.

Pero desde entonces cada noche se le metió en la cama y cuando ambos despertaban, los chicos estaban de pie muchas veces al lado de la cama. Pronto comenzaron a ver todo con naturalidad.

El Damián, es cierto que no era un gran trabajador, también es verdad que desaparecía algunos días sin que supiera nadie de él, pero al menos quería a sus sobrinos y se preocupaba por llevarlos a la escuela fuera de la villa y los iba a buscar cada vez que la Andrea trabajaba al mediodía, y eso era casi todos los días. Al menos recibía ese tipo de ayuda.

Cuando la Rosario, la mayor, cumplió los once, fue abanderada una vez en su escuela. Eso solo sucede cuando alguien tenía los méritos necesarios para destacarse en el grupo de alumnos, y si bien fue la única vez, esto le valió a la Rosario para ubicarse como una de las niñas más inteligentes del barrio. La Rosario se parecía tremendamente a su madre, aunque tenía la solidaridad de su padre. Su carácter era agradable y era de una gran ayuda cuidando a sus hermanos, pero debe decirse que tenía cierta debilidad por Carlitos, dos años menor que ella.

La Rosario y el Carlitos se llevaban muy bien.

Ella le explicaba lo que no entendía en la escuela y muchas veces hasta le hacía la tarea para que pudiese ir a jugar al fútbol en el descampado de allí cerca. Al Leandro lo llevaba al jardín del barrio y a la Carmencita le cambiaba los pañales con muchísima habilidad. Algún que otro domingo que su madre iba a la penitenciaría a ver a su padre, si había monedas para las dos, la acompañaba y sus ojos se iluminaban cuando veía venir a ese moreno flacucho con uniforme azul marino que era su padre. Este la abrazaba durante varios segundos y se le llenaban los ojos de lágrimas. A la Rosario no, solo lloraba en silencio, porque no quería que nadie supiera lo débil que era.

—¡Cada día estás más linda, Rosarito! —le dijo el Rodrigo acariciando su largo pelo negro—. ¡Vos vas a ser modelo, acordate de lo que te digo!

—¡Qué modelo! —dijo su madre moviéndose de un lado al otro para que la Carmencita se durmiera—. ¡Esta, con lo inteligente que es, va a ser por lo menos *dotora*! Pero en medicina y esas cosas no, *dotora* en leyes. ¡Vas a ver!

Entonces el Rodrigo miró a su hija orgulloso y le sonrió. Sabía que tanto trabajar por su familia tenía que traer algo bueno. De repente miró a su mujer y le largó la pegunta que hace tanto le daba vuelta en la cabeza:

—¿Qué le pasa al Damián que no viene a verme?

La Andrea miró a su hija y esta le devolvió la mirada, pero ninguna de las dos dijeron nada de… *eso*.

—No sé, ahí anda con sus cosas. Mucho tiempo con el Pepe ese.

—¡Pero es que nunca vino a verme desde que entré! Que no se olvide que es mi hermano, y que yo hice muchas cosas por él.

—Pero viste cómo son los chicos de hoy en día.

El Rodrigo suspiró y no se dijo más.

Los meses pasaron y la Rosarito comenzó a perfilarse como toda una mujercita. Y el Damián lo notó. Su relación con ella era más que perfecta. Él era un tío muy cariñoso y le encantaba llenarla de atenciones. Cuando no le traía un chocolatín, le compraba una cinta para el pelo y una vez la sorprendió con una rosa de esas que se le compran a las novias y venden los chicos en las esquinas.

—Yo a vos te voy a enseñar todo sobre la vida —le dijo—. No voy a dejar que ninguno te ponga la mano encima y cuando alguien quiera ser tu novio, primero va a tener que hablar conmigo.

La Rosario largó una risita por la ocurrencia, pero el Damián siguió mirándola serio:

—¡En serio te digo! ¡Vos sos una chica muy inteligente y muy linda para que te entregue a cualquier pendejo!

Un día apareció con un pequeño armario. Estaba roto con un pequeño agujero en la puerta; lo había rescatado de algún basural

—¿Y eso? —preguntó la Andrea.

—Lo tiraron por ahí. Seguro que a los chicos les sirve para algo —dijo, pero su plan era otro.

En la idea de enseñarle a la hija de su hermano «cosas de la vida», instó a la mayor de sus sobrinos a que se metiera en aquel armario una tarde y se quedara en silencio esperando.

—¿Para qué? —preguntó la Rosario.

—¡Vos quedate ahí y mirá por el agujero! ¡Y quedate calladita, eh!

—Bueno.

Entonces, momentos después el Damián llegó con la Andrea, que no sospechaba que era observada por su propia hija. Hicieron el amor como jamás lo habían hecho y el Damián estuvo más inspirado que nunca. Luego, cuando la mujer salió de la pequeña habitación, el Damián, desnudo, guiñó un ojo al

agujero de la puerta del armario.

La Rosario quedó impresionada durante muchas semanas. Se figuraba que pasaba eso, pero verlo así fue mucho más de lo que su imaginación podría brindarle. Aquella vez por más que intentó sacar la mirada de ese agujero, una y otra vez sus ojos escudriñaban a su madre y a su tío, mezclados, *morreándose*, salidos de sí.

Ella pensó en su padre y entonces odió a su madre con todas sus fuerzas. La odió y se lo demostró. Su carácter cambió y la Andrea lo notó enseguida. Incluso comenzó a bajar el rendimiento en la escuela. La vio un poco rebelde, pero no supo el porqué.

Pero más allá de la clase magistral que le habían proporcionado, la Rosario comenzó a sospechar que su relación idílica con su tío tenía cosas extrañas. La primera era que solo a ella le traía golosinas, y aunque ella las repartía entre sus hermanos, le pareció un feo detalle de parte de su tío. Lo segundo es que al Damián le encantaba meterse en el baño cuando ella se duchaba y refregarla con la esponja o bien con sus propias manos en las partes pudorosas. También comenzó a sentarla encima de él para jugar, y aunque fuera una niña, había cosas que hasta una chica de doce años se daba perfectamente cuenta; Damián tenía su miembro duro y se lo hacía sentir, refregándola encima.

Entonces comenzó a desconfiar de su tío.

Cuando este la buscaba, ella se quedaba al lado de su madre, o bien buscaba la protección de los vecinos. El Damián entonces advirtió que la Rosario comenzó a estar esquiva y su representación de tío comprensivo entonces se transformó. Comenzó a gritarle y hasta pegarle al menor indicio de mal comportamiento.

—Mientras yo esté aquí soy tu padre —le dijo una vez.

Un día, en una conversación en la cama, el Damián le fue con las quejas a la mujer de su hermano que la «la Rosarito está muy rebelde; no me hace caso». La Andrea asintió porque a ella le pasaba lo mismo; entonces se enfadó con su hija para que hiciera todo lo que su tío le pidiera en su ausencia. Y un día este fue a buscarla a la escuela. El Carlitos ya estaba en tercero y lo dejó en la casa de la Palmira, una de las vecinas del barrio.

—Tengo que llevar a mi sobrina al médico, doña, ¿me lo cuida?

—Sí, la veo un poco pálida. ¿La llevaste a la Eulogia? ¡Esa es una mujer santa!

—No lo tome a mal, doña Palmira, pero yo confío más en un médico que en una curandera. No digo que la Eulogia no sepa, pero en cuestión de salud de mis sobrinos, me quiero asegurar.

Entonces la Palmira le acarició la cara al Damián emocionada.

—Andá tranquilo —le dijo—. Y que no sea nada.

A la Carmen ya la había despachado un rato antes en otra vecina y la Andrea avisó que ese día tenía dos casas para limpiar y no vendría hasta las ocho de la noche.

—¿Mamá te dijo que me lleves al médico? —preguntó extrañada la Rosario.

—Algo así.

Entonces la Rosario notó una mirada inquieta y vio cómo su tío se refregaba las manos, nervioso. Ella quería volver a ser lo que eran: el tío y la sobrina que eran capaz de jugar, pero jugar de verdad, no como cuando se la subía encima con su miembro duro.

—¿Qué pasa? —le preguntó entonces la Rosario desesperada de ansiedad cuando ingresaron a la casita.

Olía a perfume y sobre la cama de su madre y su padre, bien arregladita como nunca, había un ramo de flores.

—Son para vos, Rosarito —le dijo su tío.

La Rosario no las cogió y lo miró con desconfianza cuando el Damián se sentó en la cama y le hizo seña de que hiciera lo mismo a su lado.

—Vos estás hecha una mujercita y tenés que entender que hay cosas que son comunes en una mujercita como vos.

La Rosario tuvo ganas de salir corriendo, pero se contuvo porque su tío no le hablaba mal; parecía sincero, más allá del bulto enorme que se le había formado en el pantalón.

—El otro día te mostré como se *folla*.

Esa palabra en boca de su tío le pareció bestial; hubiera preferido oír «hacer el amor», pero era verdad, el amor su madre lo hacía con su padre… con su tío *follaba*.

—Hoy te voy a enseñar haciéndotelo a vos.

—No —dijo simplemente la Rosario.

—Sí, Rosarito, es necesario.

—No.

—Sí, me tenés que obedecer; acordate lo que dijo tu mamá.

Y la atrapó de un brazo.

—No —repitió la Rosario y se zafó de la garra de su tío y se tiró del otro lado de la cama.

Quedó entre la pared y la cama y su tío del otro lado. Entonces su tío aprovechó para bajarse los pantalones y dejar desnudo su miembro viril para que su sobrina lo viera, convencido que con esto ella caería rendida a sus pies. Pero lejos de eso, la Rosario montó en histeria y enfiló para la cabecera de la cama y luego hacia los pies y saltando por sobre la cama salió corriendo por un costado; casi la atrapa el Damián, pero sus gritos de socorro comenzaron a oírse desde la cocina y cuando salió desesperada con lágrimas en los ojos, los vecinos comenzaron a aglomerarse en la puerta de la Andrea.

—¿Qué pasa, Rosarito? —le preguntó el Manuel.

—¡El Damián me quiere violar! —gritó y sin más, el Manuel, hombre mayor, pero grandote y fuerte se metió a la casa de su vecina y sacó de los pelos al Damián que ya tenía la ropa arreglada y en la cocina como si nada hubiera suce-

dido unos minutos antes.

Todos los rodearon y lo miraron como para lincharlo.

—¡Es mentira! —gritó ofendido el Damián—. Le dije que se cambie para llevarla al médico.

—Eso es verdad —dijo del fondo doña Palmira—. Me lo dijo a mí hace un rato.

—¿Ven? —dijo con los ojos abiertos el Damián.

—¡No, me quiso violar! —siguió quejándose indignada la Rosario.

El Manuel no supo qué pensar.

La Luisa que traía a la Carmencita en brazos reafirmó lo que había dicho antes la Palmira y entonces las miradas acusadoras cambiaron de bando. Primero el Manuel que pidió permiso entre los villeros y se perdió por un pasillo, luego uno a uno fue volviendo a sus casas.

—Mire, doña Palmira, le tengo que pedir otro favor —le dijo delante de la Rosario, que miraba con cara de no entender nada lo que había pasado.

—Decime, Damián.

—Que se quede con la Rosario. Yo ya no sé qué hacer con la chica; siempre hace estas cosas. A la madre la vuelve loca. ¿Podría quedarse con ella hasta que venga la madre a las ocho?

—Sí, quedate tranquilo; los chicos son así a veces. Además no te olvidés que el padre está preso. Esas cosas pasan factura a los chicos, Damián.

—Sí, ya sé —dijo el Damián compungido.

Entonces la Rosarito se fue con la Palmira que le fue diciendo «¡qué ocurrencia la tuya inventar algo así!» y otras cosas más. La Rosario no respondió, pero aguardó con paciencia el momento de que la madre llegara y entonces sí, la que se armaría. Se contentó con imaginarse cómo lo pondría su madre cuando le dijera eso de que le mostró todo y que la puso dentro del armario.

Las horas tardaron más que nunca en llegar, pero cuando se hizo las ocho y media de la noche, oyó la voz de la Palmira hablar con alguien afuera, y enseguida la de su propia madre. La alegría que le causó eso fue tan grande que salió corriendo a abrazarla y decirle de una vez por todas lo que tenía guardado, inclusive las veces que el Damián le tocó sus partes cuando la enjabonaba o cuando la obligaba a sentarse encima, pero el rostro desencajado de su madre la frenó en seco.

—Es como te digo, Andrea. El pobre chico la quería llevar al médico. Yo tampoco la veo muy bien a tu hija, ¡qué querés que te diga!

Algo andaba mal; la Andrea miró con ojos de furia y dolor a su hija.

—Pero no te enojés, ya sabés cómo son los chicos de hoy en día, Andrea —agregó la Palmira.

Entonces la loca carrera de la Rosario fue frenándose hasta quedarse como un pollito mojado a dos pasos de su madre sin atreverse a acercársele más.

—Vamos —dijo con la voz apagada la Andrea.

La Palmira las observó un instante y luego se metió para adentro sabiendo que había cumplido con una importante misión de justicia.

Madre e hija fueron en silencio unos pasos. La Rosario no sería quien abriese el diálogo, estudiosa de lo que podría pasar. Entonces la Andrea preguntó como al pasar.

—¿Qué pasó?

La Rosario calculó la distancia entre ella y su madre. Estaban demasiado cerca. El tema era muy gordo y podría agarrarle en cualquier momento de los pelos o bien darle una gran paliza, por lo que sería mejor minimizar todo y dejar para otro día el relato de lo sucedido. Y entonces respondió con la voz chiquita:

—Nada.

Y luego:

—¿Es cierto que estabas en el armario el otro día y viste todo?

Esta pregunta no la esperó, muerta de vergüenza y dolor dijo con una vocecita:

—Sí.

A la Andrea en aquel momento le vino a la cabeza el Rodrigo preso en Olmos por algo que cometió otro, el Damián que no quería buscarse un trabajo decente, el dinero que no alcanzaba y, encima, ella venga a fregar suelos y a limpiar cada vez más culos de hijos y abuelos de otros... y llena de rencor, de todo y de todos, le pegó una cachetada a su hija que le dio vuelta la cara. Sus largos cabellos se sacudieron y le taparon el rostro. Le hubiera gustado entonces pegarle hasta que los problemas y el dolor desapareciese, pero se contentó con llorar en silencio. La Rosario también lloró muda, pero odió un poco más a su madre.

La pequeña nunca supo que su madre llegó antes de hora a su casa, se encontró con el rostro cabizbajo de su cuñado que le comentó con lujos de detalles cómo fue a buscar a su sobrina y La Palmira le dijo que la notó un poco pálida. Entonces pensó llevarla al Hospital Vecinal, le pidió a la mujer que cuidara al Carlitos, pero cuando llegaron a la casa, la chica comenzó a tocarle, luego le confesó que se había escondido dentro del mueble y por un agujero vio todo lo que él y su madre hicieron aquella tarde atrás, y que si no le hacía lo mismo le contaría a su padre en la próxima visita la traición.

—¡No puede ser! —le dijo la Andrea horrorizada, pero la Palmira le confirmó luego que era verdad lo del médico y su comentario sobre la palidez; luego su hija, su propia hija, dijo que no había pasado nada y para colmo de males confesó lo del armario. Ahí acabó con la sospecha de que su cuñado mentía.

Esa noche ninguno de los tres pudieron dormir.

El Damián creyó que era mejor dejar a la Rosarito en paz y no meterse en líos. Se había salvado por los pelos. Menos mal que nadie iba a creer ahora a la pendeja después del escándalo que montó. La Andrea pensó en que sería conveniente no llevar más a su hija a ver a su padre y así evitar vaya a saber qué le diría sobre sus ocasionales relaciones esporádicas (cada vez más esporádicas)

con el Damián. Y la Rosario concentró su mente en que solo una persona le creería todo lo sucedido: su padre.

En la mañana siguiente se levantaron ojerosos todos, pero se saludaron y se hablaron como si el día anterior no hubiera existido. El Damián llevó a los chicos al cole, la Andrea fue a trabajar y la Rosarito no hizo la tarea porque la mochila con los cuadernos se quedó en su casa cuando estuvo en lo de la Palmira. A la hora de salir, el Damián estaba ahí como si nada hubiera pasado. Apenas se le observó una sonrisa irónica, pero fueron callados hasta la casa. Solo interrumpidos por alguna pregunta furtiva del Carlitos sobre una tarea. Al llegar a la casa la Rosario cocinó, el Damián comió como un desesperado y acabo el almuerzo para irse con sus amigos, dejando todo el día solos a «esos mocosos de mierda»; como alguna vez escuchó la Rosario que los llamaban a ella y sus hermanos.

Rosario notó que su tío estuvo varios días sin hablarle, cosa que no le preocupó. Su madre también la miró con cara de pocos amigos durante dos días, pero luego las cosas fueron alcanzando una extraña normalidad. La Rosario trató de concentrarse en el colegio, que había comenzado a tenerlo un poco abandonado, máxime con los problemas que le venían a la cabeza: el Damián y las cosas que le había hecho, su padre en la cárcel, «la plata que no alcanza y encima ahora el Carlitos está enfermo», dijo su madre y todo eso se hizo una carga demasiado pesada de soportar y la angustió.

Pero lo que más le agobiaba eran las noches.

La casa era chica, apenas de una habitación para los tres hermanos mayores y la pequeña cocina comedor donde también había un sofá que se hacía cama y allí dormían ya juntos, sin vergüenza alguna, el traidor del hermano de su padre y su madre, cada vez más despreciada. Lo cierto es que desde que la Andrea se enteró de que su hija sabía todo, nunca más tuvo relaciones con el Damián. No es que este no la buscara. Se acostaba caliente, la molestaba durante toda la noche poniéndole el miembro entre sus piernas y ella, aun deseosa, lo rechazaba sistemáticamente una y otra vez. Pero en los oídos (e imaginación) de la Rosario, sentía con claridad las respiraciones de ambos, que no eran otra cosa que jadeos, como los que había visto a su madre desde el agujero del armario; cuando la Andrea, dormida, movía la mano y sin querer tocaba la mesa de luz, la Rosario oía perfectamente un frenesí de cuerpos llevándose todo por delante. Y si a alguno de los dos se le escapaba un suspiro en sueños, imaginaba que era el momento terminal de esa diabólica relación que tenían las dos personas encargadas de dar el ejemplo en esa casa.

Con los días el Carlitos siguió con la fiebre. En realidad lo que tenía era una mezcla de todo; tosía como un descosido, pero le había salido una extraña marca en la espalda a la altura de los riñones.

—Para mí que es la *culebrilla*, doña Eulogia —le dijo angustiada la Andrea con el chico en brazos a pesar de que ya era grandecito cuando lo llevó a la curandera del barrio; la Rosario mirando asustada a su lado—; casi no come, tose y tiene mucha fiebre.

La mujer, baja, de aspecto de bruja con su pelo semicanoso revuelto, un

pañuelo gris cruzado y un vestido negro bastante gastado, lo miró con el único ojo que le llegaba la luz.

Chasqueó la boca casi sin dientes, puso las manos atrás y siguió caminando alrededor de la Andrea y el Carlitos, con observancia de mujer sabia.

—¿Y…? —preguntó expectante la Andrea.

Los ojos de la Rosarito parecían salirse.

—¡*M'hija*! Lo que tu hijo tiene es cosa de *Mandinga*; no es culebrilla.

—¡Qué tiene que ver el diablo en todo esto!

—¡Shhh! —dijo poniéndose el calloso índice en la boca—. ¡No lo llames! Vení, pasá a la casa que lo vamos a revisar bien.

En su consultorio de curandera, que consistía en una mesa vulgar de madera mal pintada de verde desde hacía mucho tiempo y ya en partes viéndose la madera pelada a manera de camilla, con un banco de hierro negro detrás, la Eulogia puso al chico boca abajo con la ayuda de la Andrea. La Rosario mientras le cogía de la mano y se la acariciaba, mientras el Carlitos, totalmente resignado a su suerte miraba hacia la nada.

—¡Sí, Andrea, esto está clarito!

—¡Dígame, por favor, Eulogia, no me tenga así!

—Mire. Aquí tiene esas manchas. No, *m'hija*, esto no *é' la* culebrilla; esto *é' la* pata de cabra, que *é'* mucho *pior*, *m'hija*. ¡A este chico le hicieron un mal!

—¿Un mal?

—¡Sí, no hay dudas! Fíjese la mirada tristona que tiene; además le salió esa mancha que es la firma del demonio. Está como sin *voluntá'*. A este chico le sacaron el alma.

La Andrea miró a su hijo con turbación; la Rosarito estaba aterrorizada y miraba con espanto la mirada perdida de su hermano.

—Pero no se preocupe. Yo le voy a dar un yuyo y *usté*' le va *a ser* un té todas las noches *dipué'* de cenar. Si él no quiere beber se lo da a la fuerza. Luego le pasa este rosario que yo le voy a *emprestar* y le reza mirándolo a los ojos diez ave-marías y diez padrenuestros.

—Como usted diga, doña Eulogia. ¿Y la pata de cabra?

—*Pa' la* pata de cabra le voy a dar una tinta china. *Usté'* le pasa como cuando cura la culebrilla, pero se lo pone con un pincel o con el dedo en forma de cruz. ¡Santo remedio!

—¿Usted cree?

—¡Eso sí! Haga todo lo que le dije durante siete días seguidos y me lo trae. Si llega a los siete días el chico, lo vamos a sacar adelante.

—Muchas gracias, doña Eulogia. Usted siempre tan santa. ¿Cuánto le debo?

—A *voluntá'*, *m'hija*.

Entonces la Andrea sacó un billetito de diez pesos y lo puso en la mano

arrugada de la curandera. Luego caminaron por los pasillos de la villa a paso ligerito hasta llegar a su casa.

Al llegar el Damián había preparado la cena como nunca en su vida. También había puesto un plato para cada uno y hasta servilletas de tela recién lavadas. Pero nadie estaba para comidas. La Andrea le hizo rápido ese té de yuyo, que al probar si estaba caliente le supo más amargo que la hiel, y se lo dio a la fuerza al Carlitos que no dejaba de escupirlo.

—¡Que no se caiga nada, mamá! —pidió la Rosario, dispuesta a ayudar en todo a su madre en la causa de su hermano.

Cuando por fin el Carlitos tomó el brebaje y lo depositaron en la cama, se dispusieron a comer un poco. El Damián ofreció calentar el guiso, pero nadie quiso y prefirieron comer así. El propio Damián les dio pacientemente cucharadas de guiso al Leandro y la Rosario a la Carmencita, que por esa época ya estaba tan inquieta que era difícil contenerla, pero la Rosario tenía la experiencia de haber ayudado a su madre con tres hermanos. Luego, todos exhaustos, se fueron a dormir. La Andrea le hizo las últimas recomendaciones para el día siguiente, en especial que le tocara la frente para ver si estaba calentita. Si fuera así, que le pusiera paños húmedos para bajársela, «¡no mojados chorreantes!». Más tarde, por fin, cayó rendida en la cama.

La Rosario no durmió.

De vez en cuando miraba al Carlitos por la luz de un farol que colgaba en el medio de la villa y que entraba por la rendija de la pequeña ventana. Parecía dormir tranquilo, aunque de vez en cuando le tocaba la frente y parecía seguir con la misma fiebre. Con una palangana de agua y el trapito, lo escurrió bien y sentada al lado de su cama lo cuidó toda la noche. La luz y la voz de doña Eulogia diciéndole que ese chico no tenía alma la acompañó hasta que el sol comenzó a despuntar.

Pero esa voz no fue la única que oyó aquella noche húmeda y calurosa; separada por el tabique de cartón prensado entre las dos habitaciones, escuchó perfectamente la conversación de la otra habitación donde estaban acostados su madre y el Damián.

—¿Viste que bien me porté? —dijo el muchacho con la voz lo más baja que pudo, pero aun así la noche silenciosa le permitió oír a la Rosario con claridad—. Te preparé la cena y lavé todo lo que estaba sucio.

—No se te van a caer los anillos —le respondió la Andrea.

—Me estoy portando como un verdadero marido, ¿no?

—Pero vos no sos mi marido.

—Pero es como si lo fuera.

Luego el silencio.

La Rosario mojó nuevamente el trapito en el agua y lo escurrió.

—Hace mucho que no me das una alegría —le dijo el Damián, mientras la Rosarito del otro lado ponía el trapo húmedo no chorreante sobre la frente calentita del Carlitos.

—¡Estoy para alegrías! —dijo amargada la Andrea.

Luego otra vez el silencio y la Rosario pensó que se habían dormido, pero al poco la voz de su madre se quejó:

—¡Salí!

Silencio.

A la Rosario se le cortó la respiración.

—¡No, ahora no! —la voz baja, pero a la vez audible de su madre le llegó nuevamente a sus oídos—. ¡No, no! ¡Dejame! ¡Por favor! Ahhh… no… ¡No me hagas eso! No… así. Así, así… Ah…

La Rosarito no necesitó imaginarse nada.

Las palabras coincidían con lo que había visto por el agujero semanas atrás. Conocía cada movimiento y cada caricia mutua. Mientras la madre largaba un ahogado gritito de placer, la Rosario escurrió con fuerzas, casi con violencia, el trapito en sus manos.

A las mañana, entonces, la Rosario estuvo enferma. Enferma de odio, de indignación, de incomprensión. Y veía a su madre con mirada severa, culpándola, pero no le dijo nada. Esta comprendió aquella mirada, pero fue incapaz de darle una explicación.

Durante el día el Carlitos pareció estar mejor; abrió los ojos y hasta pidió la leche, pero por la tarde sus ojitos volvieron al desánimo distante del día anterior. Así dos días hasta el sábado.

Ese sábado la Andrea vino contenta de la calle; había cobrado en las dos casas que limpiaba y encima una de las patronas le había dado una paga extra. Entonces compró manzanas, las ciruelas amarillas que tanto le gustaban a la Rosario y hasta asado para todos. Era un día de fiesta. Por la noche, preparó un paquete y la Rosario supo que era para su padre.

—¿Vas a ver a papá? —le preguntó y la Andrea cambió la mirada, mientras le medía la fiebre a Carlitos.

—No sé, voy a ver.

Entonces la Rosario estuvo atenta.

La vigiló durante todo el día y cada vez que la Andrea recordaba algo, se lo ponía en la caja a medio preparar, inclusive un par de fotos del Carlitos, el cuaderno de la propia Rosario y los primeros dibujos en la guardería del Leandro. De la Carmen nada, porque siempre la llevaba.

—¿Vas a ver a papá? —le preguntó entonces de nuevo cuando anochecía y la Andrea se puso violenta:

—¡No sé, Rosario, te dije que no sé!

En toda la noche no pegó un ojo, a pesar de que el Carlitos estaba un poco mejor. Para ir a la penitenciaría de Olmos había que levantarse muy temprano, aun cuando fuera de noche, y había como dos horas de viaje entre un colectivo y un micro de mediana distancia. Las largas filas que se formaban para ser revisados los familiares de los «encausados», como siempre le decían, eran

tremendas, sin contar que los guardias trataban a los de afuera de la misma manera que a los de adentro. Como si también fueran responsables del crimen o equivocación cometida. La Rosario temió dormirse, pero su esfuerzo bien valió la pena. A las cuatro de la mañana su madre se levantó y comenzó a prepararse tratando de no despertar a nadie. La Rosario sin más trámite, se levantó también de la cama y abordó a su madre que ya estaba cambiada.

—Me levanté a tomar un vaso de agua —mintió y la Rosario lo supo al instante.

—¡Vas a ver a papá! —dijo con pasmosa seguridad.

—Pero esta vez no puedo llevarte, hija. No hay dinero en la casa.

—Cobraste ayer —gimió la Rosarito.

—¡Pero tiene que alcanzar para todo el mes! ¡O te creés que el dinero dura toda la vida!

Entonces la Andrea cogió su bolso y la angustia de la Rosario fue en aumento. Ya no tenía intenciones de decirle nada a su padre de ella y su tío; ahora no, pero quería verle. Necesita verle; se sentía muy sola. Extrañaba a su padre en la piel y en el alma. Solo escucharle y estar con él, abrazada un ratito, no pedía más.

—¡Llevame a ver a papá! —gimió desesperada.

—¡No, no puedo, Rosario! ¡Tenés que comprender!

—¡Llevame a ver a papá, por favor! —dijo llorando, babeándose ya.

La Andrea suspiró resignada. Por un momento pensó en no ir a ver a su marido, que también echaba en falta. Finalmente dijo:

—Bueno, andá a cambiarte. Pero no hagas ruidos que tus hermanos están dormidos. Y despacito con la puerta del armario que chilla cuando lo abrís.

A la Rosario se le iluminaron los ojos.

Se limpió las lágrimas y se metió corriendo a su cuarto y abrió el armario poco a poco para que no chillara. Sacó su vestido azul, ese que le encantaba a su padre y que le dijo aquella vez que estaba preciosa; además era del mismo color de su traje en prisión; sacó los calcetines de lana, que tanto odiaba, pero que su madre decía que eran abrigados, en especial a las cuatro de la mañana; cogió la coleta con doble hebillas y sin hacer ruido se miró al espejo junto al armario. Se dio dos o tres lametazos de peine para alisarse su largo cabello oscuro y salió junto a su madre para por fin ver a la persona que más amaba, junto a sus hermanos, sobre la tierra: su padre.

Pero su madre no estaba.

Había salido despacito, sin hacer ruido y había cerrado la puerta desde afuera. Con desesperación buscó la otra llave, la que tenía el Damián, pero este dormía profundamente y no le hacía caso. Cuando despertó y se enteró de qué iba todo al ver a su sobrina llorosa, despeinada, babeante, ya era tarde.

La Rosario nunca le perdonó a su madre aquella mentira. Cuando la Andrea regresó, pasada el mediodía, encontró a su hija sentada en la cama, la comida sin hacer, apoyada en el respaldar con los piernas estiradas y una expresión de odio

en el rostro, que nunca le había visto. Le trajo un ramito de violetas, que a la Rosario le encantaban y un chocolate. Pero las violetas las arrojó al suelo y el chocolate lo escupió. Entonces la Andrea le pegó un cachetazo, pero lejos de llorar por el golpe, la niña levantó la mirada y con ese rencor sobrehumano se lo clavó en los ojos de su madre que tuvo que bajar la vista.

—Perdoname, hijita —dijo, pero cuando fue a abrazarle, la Rosario le sacó el brazo y siguió en su postura rebelde, en silencio.

Al salir la Andrea de la habitación de los chicos el Damián le dijo:

—Estuvo todo el día así. Ya te dije: está en una etapa difícil.

Esa noche, la número seis desde que lo vio la Eulogia, el Carlitos desmejoró aún más. La Andrea le dio doble ración de té y le hizo dos veces la cruz con tinta china en la gran mancha roja bordó de la espalda que crecía día a día, pero sin el premio de ningún resultado satisfactorio. Aun el agua de la palangana se entibiaba de ponerle tan solo los trapos en su frente. Entonces la Andrea no esperó más, fue a pedirle al Manuel que tenía una viaja furgoneta, pequeña, descascarada, que la acompañara al Hospital Vecinal. Allí, luego de hacerla esperar una hora y media rechazaron al niño por falta de cama y entonces ella personalmente, porque el Manuel creyó cumplir con su deber al dejarla en la puerta del hospital, lo llevó en un colectivo al Hospital Evita, el más importante de Lanús. La Rosario, que la acompañó todo el tiempo, mejor dicho a su hermano, cambió el rostro de furia hacia su madre por el de preocupación y temor.

—¿Por qué lo trae así, señora? —le dijo el médico de guardia a la Andrea con aire severo.

—¿Así cómo? —preguntó la madre de Carlitos que solo sabía trabajar.

—¡Este chico hace cuánto está así?

La Andrea se encogió de hombros.

—Una semana o unos días más.

—¡Este chico tiene una infección que no sé si pasa esta noche, señora!

La Rosario y la Andrea se miraron espantadas, bien sabían las dos que hicieron lo que pudieron con las hierbas y la tinta china. Pero es que la Eulogia era una mujer sabia cuando dijo que si pasa la séptima noche, lo salvamos.

La sala de estar de la guardia del hospital Evita, llamado así desde 1950 cuando el General Perón y la propia Eva Duarte de Perón lo inauguraron, era una gran sala que daba al exterior y tenía un único banco de madera para tres personas, donde las decenas de pacientes miraban con resignación a los primerizos que lograban sentarse. Las columnas de mármol y el piso de lujosas baldosas desgastadas, mostraban una Argentina que fue. Y aunque sonara increíble, la mayoría de los pacientes, pobres casi todos ellos, debían llevar su propia aguja en caso de ser intervenidos quirúrgicamente, cuando no las sábanas para la internación.

¡Ni que hablar de medicamentos!

Aun así la cooperadora del hospital hacía lo que podía comprando la lejía y el detergente para higienizar el edificio y un poco de algodón y jeringas

descartables, que las que antes enviaban de provincia no alcanzaba ni para empezar. Y después del corralito, ¡ni eso! Porque ya no recibían casi insumos y porque los pasillos de los hospitales públicos se poblaron de nuevos sectores empobrecidos que desbordaron todo intento de atención con dignidad. El Estado ya no tenía dinero para gastar en los centros sanitarios (ni educativos, ni administrativos, ni judiciales, ni policiales).

La Andrea tuvo suerte porque aunque había pacientes con dolores insufribles que esperaban hacía horas, apenas pasó un médico de guardia aceptó observarle. El aspecto que presentaba el chico era tan desolador que no le dejó alternativa al profesional y nadie se quejó.

En la sala de guardia, más allá de una pequeña puerta de chapa mal pintada, el plantel completo era un médico en jefe, que podría ser clínico, ginecólogo o pediatra según el día, dos enfermeras, algún cirujano en el sexto piso con una instrumentadora quirúrgica de turno y nada más. Un radiólogo y personal de laboratorio y algún que otro especialista en el edificio completaban el elenco para los cientos de pacientes que iban durante la guardia. Y esto era desde las doce del mediodía hasta las ocho de la mañana del día siguiente que comenzaba nuevamente el turno abierto. Las cuatro horas que funcionaba el hospital, la guardia solo atendía casos extremos y casi siempre derivaba a otros centros si había que utilizar instrumentos modernos. El Carlitos no era el único que entraba en esas condiciones; había accidentados con una pierna al hombro, apendicitis, ataques cardíacos, bebés con temperatura alta cuando no convulsiones febriles, quebrados y los que más en esos tiempos, heridos de balas. Era habitual ver algún policía, cuando no dos o tres, custodiando a su propio prisionero: algún chico que se había tiroteado con la fuerza policial y había caído con una bala en el abdomen o alguno de sus miembros. Dicen que los que recibían una bala en la cabeza nunca llegaban. Y los mal intencionados agregaban que una segunda bala a quemarropa terminaba la faena y evitaba al Estado un gasto innecesario.

Pensamiento de mal intencionados, como se dijo.

Lo cierto es que la Andrea junto con la Rosarito, cuando se llevaron a Carlitos, se quedaron de pie toda la noche esperando novedades a un costado de la puerta, mezclados con todas aquellas personas desesperadas.

A las tres y cuarto de la mañana, el mismo médico joven que los recibió salió con su rostro ensombrecido. dijo:

—Lo siento, señora. Hicimos todo lo que pudimos.

Todos hicieron silencio, pero la Andrea no entendió bien.

—¿No lo van atender más? —preguntó.

—Señora, su hijo se murió.

Entonces la Andrea lo miró más extrañada que antes.

¿Qué le estaba contando aquel joven médico de guardia?

Este agregó:

—Entró en muy malas condiciones; lo siento.

Y en aquel momento la Andrea por fin se dio cuenta de la realidad. Miles de

imágenes mezcladas donde abarcaban al Rodrigo en *cana* y ¡vaya a saber cómo se lo diría!, trabajar todo el día, doña Eulogia, el Damián, la Carmencita, el Leandro, la Rosarito, todos juntos, le estallaron en la cabeza. Comprendió las palabras del médico, pero no entendió bien todo lo que sucedía. La Rosarito estalló por dentro, pero no supo llorar y, aunque era más baja, tomó a su madre del hombro y la llevó a tomar aire fresco. Allí a la mujer se le cayó por fin la ficha del entendimiento y comenzó a desgarrarse por dentro y por fuera, en gemidos que parecían más bien aullidos de lágrimas y baba, solamente con el cuerpito enjuto de su hija mayor para consolarla.

El tema de conseguir dinero para el funeral no fue problema. El Manuel se encargó de hacer la colecta entre los vecinos del Barrio Los Ceibos. Él puso cinco pesos y eso que solo tenía siete, pero con dos un hombre solo puede vivir y además tenía dos manos fuertes para conseguir más; la Palmira puso tres, la Cristina solo pudo poner uno, la Luisa cuatro, y así todos en el barrio completaron los quinientos pesos que salía un cajoncito blanco, el del color de los angelitos.

Apenas llegó la Andrea a la villa, seca de llorar, le dijo con la voz apagada, pero firme al Damián:

—Vos andá a avisarle al Pepe y decile que dije yo que nos ayude con el entierro.

El Pepe, a pesar que no fue a la ceremonia del chico, consiguió de mano de la intendencia el pequeño féretro a mitad de precio, aunque algún mal pensado diga que la plata era para él, que la intendencia los da gratis en esos casos. Lo cierto es que esto ayudó bastante a la Andrea, que le quedaron unos pesos para comprarle una coronita al pequeño fallecido, para el derecho a tierra en el cementerio de enfrente por tres años, y cincuenta pesos los guardó en silencio para la comida de la semana siguiente.

Dada la corta distancia entre la casilla, donde se veló al niño muerto y el camposanto, se llevó el pequeño féretro andando y no hubo necesidad de cortejo fúnebre. Cruzaron la Avenida Centenario Uruguayo hasta el Cementerio Municipal de Lanús y la Rosario calculó no menos de trescientas personas, bastante más de cuando al Emilio lo fusiló la policía a la entrada al barrio por error hacía dos años atrás. El Manuel hizo personalmente la tramitación administrativa en la ventanilla del cementerio; la Andrea, llevada abrazada por Doña Eulogia y la Palmira por ambos costados, apenas tenía fuerza para caminar mientras veía como el féretro chiquito de su hijo era bamboleando de un lado al otro por los vecinos que lo transportaban.

Al llegar a la tierra, los sepultureros esperaron impacientes que llegara el nuevo cajón, que además tenían tres esa mañana. Tomaron a pulso la pequeña caja de madera y con la soga lo fueron bajando despacio hasta el fondo de la fosa. Luego la Andrea, la Rosarito y el resto tiraron un terrón de tierra y finalmente los sepultureros terminaron su obra. Como no fue ningún cura, la propia Elogia se santiguó e hizo la señal de la cruz sobra la tumba mientras decía unas palabras incomprensibles para todos. Luego, nada más, la Andrea que le dio dos pesos a cada uno de los sepultureros y luego todos otra vez al barrio.

La Rosario no lloró ni una sola vez, pero era la que más echó en falta al Carlitos. Su ausencia le dolía en todo el cuerpo. Al menos podría descansar bien e ir a la escuela de nuevo, se dijo para conformarse, ya que toda la enfermedad del pequeño estuvo asistiéndolo las veinticuatro horas con los paños, el té y la tinta chica. Sin embargo, cuando regresó al colegio, se encontró con una mala noticia.

—Tenés muchas faltas, Rosario, quedaste libre porque ya no podés recuperar el año. El año que viene tenés que repetir el curso. Decile a tu mamá o a tu papá que vengan a hablar.

La Rosario miró a la directora sin entender bien eso de libre. ¿No era ser libre acaso poder estudiar o hacer lo que quisiera? ¿Qué era ser libre? Ella se quedó en silencio y luego se dio media vuelta y volvió para su casa. Se preguntó que tal vez hubiera servido de algo decirle a la directora que su hermanito se había muerto pero ella lo tuvo que cuidar mucho tiempo en ausencia de su madre, que trabajaba todo el día y la plata no alcanzaba, o que el Damián, su tío con el que vivía, la quiso violar, aprovechando que su padre estaba preso, y que ella fue abanderada una vez.

No, calculó, no serviría de nada.

Entonces llegó a su casa, tiró la mochila de los cuadernos y carpetas sobre la cama y allí lloró desconsoladamente la muerte de su hermano, la prisión de su padre y la expulsión para siempre de la escuela, y aunque la madre le dijo luego que el año que viene podía anotarse otra vez, ella sabía que era para siempre.

Poco a poco los días pasaron y la situación se acomodó. El único problema que tuvo es que el Leandro vino del jardín con piojos y contagió a todos; entonces su madre tomó la drástica medida de pelar a todos. El pelo negro, largo, lacio, suave de la Rosario, se transformó en una mancha grisácea en el cuero cabelludo, y la niña pareció entonces un niño.

Resignada a su nueva forma oyó por las noches, más de una vez, como su madre rechazaba, violentamente la mayoría de los casos, al Damián. Pero ya era tarde para que la Rosario le tuviera respeto. Ella solo se dedicaba a cuidar al Leandro y a la Carmencita que ya comenzó a dar los primeros pasitos. El Damián ya no andaba con el Pepe Gutiérrez, porque este se juntaba con gente de su nivel en la Intendencia o el Concejo de Deliberantes, y entonces andaba como bola sin manijas dando vueltas de un lado al otro con sus amigos de su cuadrilla, de vez en cuando hablaba con la Rosario, pero esta le respondía lo necesario.

Y la Andrea ya no era una mujer donde el Damián pudiera cumplir con sus necesidades de hombre, y por otra parte era bastante corto como para iniciar una relación nueva, por lo que sucedió lo que tenía que suceder de un momento a otro. Comenzó a acercársele otra vez a la Rosarito, que aunque niña la veía con ojos de hombre. Era delgadita, sin pechos desarrollados, y hasta parecía un varón con el pelo cortado, pero su cara cada vez se le parecía más a la Andrea joven, y entonces no podía dejar de pensar de la vez que estuvo él mismo encerrado en un armario contemplando por primera vez las curvas de la Andrea cuando era poco mayor que la Rosarito ahora.

Entonces esperó el momento.

En las mañanas el Leandro estaba en el jardín y la Carmencita era demasiado pequeña para darse cuenta de las cosas. Y por las mañanas cuando su sobrina preferida se daba una ducha era una situación inmejorable, teniendo en cuenta que la última vez que lo intentó fue ella la que quedó mal parada ante la incredulidad de la gente. Entonces una mañana le abrió la puerta de una patada y se vio con aquella nenita, pero convertida en mujer a sus ojos enjabonándose. La Rosario pegó un gritito al comienzo y quiso taparse como pudo con sus manitas las partes púdicas. El Damián la miró de arriba abajo, sus ojos estaban desorbitados, su boca lasciva babeante; se acercó en silencio ante la mirada pasiva de la Rosario, que ya no tuvo fuerza para luchar, y la violó.

Cuando vino la Andrea a las ocho de la noche, encontró a la Rosario tumbada en su cama. Esta no le dijo nada; total, no le creería, pensó, pero había tomado una determinación, ir a contarle a su padre, aunque sea solita y si no había dinero, pues caminando. Así su padre se pondría al tanto de todo lo que pasaba en la casa: lo que le hizo el Damián, el engaño de su madre, la muerte del Carlitos, que todavía la Andrea no tuvo valor para contárselo y sobre todo, lo mucho que lo echaba de menos. También le pediría la dirección de la casa de la tía Mercedes, porque lo que tenía claro era que a la casa de su madre y el violador no volverá más. Así meditó todo. Si en colectivo llevaba dos horas, seguro que caminando le tomaría el doble calculó. Entonces se acostó vestida con un pantalón y una camiseta con un jersey, y cuando calculó la hora al primer canto de un gallo, se levantó en silencio sin despertar a nadie, caminando descalza para no hacer ruido, cogió la chaqueta de lana y las dos llaves de la casa, cerró por fuera para que nadie pudiera seguirla y salió por los pasillos del barrio villero hacia la Avenida Centenario Uruguayo. Antes de tomar rumbo, se acercó a uno de los portones del cementerio, puso su carita entre el rejal y calculó la porción del cielo oscuro que cubría a su hermanito.

Se persignó y comenzó el camino.

Lo único que tenía en conocimiento era que caminando por la avenida hasta el final, varios kilómetros más allá salía al Camino General Belgrano y de ahí, todo derechito iba a La Plata. Allí preguntaría, la Cárcel de Olmos no debería estar tan lejos.

Caminó toda la noche, tenía frío aun con la chaqueta de lana fina, pero eso fue lo que menos la inquietó. Ya despuntaba el día cuando llegó al Camino General Belgrano. Ver el cartel de la calle le trajo, sin embargo, una buena sensación, máximo cuando vio otro letrero verde grande sobre la cabeza de los camiones que ponía «La Plata 45 km».

Cuarenta y cinco kilómetros.

¿Cuánto podía ser eso?

Ella sabía que un kilómetro eran diez calles andando, unos diez minutos, tal vez un poco más, luego la cuenta se le perdió en el cansancio pero siguió al

costado de la carretera, sintiendo al costado el zumbido de los camiones pasar. Un tráiler con otra caja de remolque se detuvo un paso más allá de ella cuando la vio caminar a paso cansino.

—¿Pibe, te llevo? —le dijo honestamente el camionero, pero la Rosarito sabía que todo podría conducirla a situaciones como la del Damián.

—No —respondió y siguió su andar en silencio, mientras el camión continuó su obligado camino.

Cuando sintió hambre era hora del almuerzo, y todavía veía el cartel de Camino General Belgrano. De vez en cuando otro de La Plata le indicaba que quedaba 35… 31… 27…

Las nubes desaparecieron y el sol comenzó a picar; entonces la Rosario se sintió cansada. Sabía que sus cálculos estuvieron errados, pero la satisfacción que le producía volver a ver a su padre era mayor que lo que podría llegar a agobiarle el agotamiento. A la altura de Quilmes se detuvo a descansar siempre por el mismo antiguo camino, mientras los coches pasaban a su lado a exagerada velocidad. Cuando se sintió nuevamente con fuerzas, siguió camino. Sabía que su madre fue siempre por la mañana y desconocía si las cárceles atendían también de tarde. Entonces caminó, caminó y caminó. Cuando vio el cartel de «La Plata 8 kilómetros» sintió que ya casi lo había conseguido. Solo le faltaba llegar y preguntar dónde quedaba la prisión de Olmos.

Entonces caminó durante un par de horas más y un cartel le dio la única alegría que podría tener en esas circunstancias: «Bienvenidos a la Ciudad de La Plata». Era de noche y estaba demasiado agotada; había comenzado a refrescar nuevamente y sentía un hambre atroz, pero ya estaba en el fin de la búsqueda.

La ciudad de las diagonales, como se la llama a La Plata, era mucho más grande de lo que ella imaginó. Conocía Lomas de Zamora, conocía Lanús, pero sin duda La Plata era mayor y más moderna. Los últimos movimientos nocturnos le dieron cuenta que debía darse prisa para preguntar.

—¿Señora?

La mujer miró asustada al chico; sabía que bandas de la ciudad arrebataban los bolsos y entonces la mujer apretó el suyo al cuerpo.

—¿Qué? —preguntó sin dejar de caminar.

—¿Dónde queda la cárcel de Olmos?

La pregunta tampoco merecía ninguna confianza y un «no sé» corto y malhumorado dio por cerrada la conversación.

Un *canillita*, esto es un comerciante de periódicos y revistas a punto de cerrar su kiosco callejero, fue el nuevo interrogado. Más conocedor de la calle, escrutó al chico, miró que a su alrededor no hubiera nadie que le diera una sorpresa y respondió lo más certeramente posible.

—No, nene, estás fuera de camino. Tenés que ir todo por la Avenida Siete hasta la Veintitrés, allí doblás y le das todo derecho y te aparecen carteles, pero… ¿Estás en coche o viniste en algo?

La Rosario negó con la cabeza.

—Entonces tomate La Costera Criolla que te deja justo, tenés como media hora de viaje.

—Muchas gracias —respondió la Rosarito y el hombre supuso que aunque las apariencias engañan, ese muchacho parecía más afeminado de lo que creyó en un primer momento.

La Rosario calculó que si el viaje en total era de dos horas, pero le llevó desde la mañana bien temprano hasta la noche pasada, entonces media hora le llevaría no menos de hora y media. Se equivocó otra vez. No supo a qué hora de la madrugada llegó, pero luego de preguntar muchas veces a las últimas personas que deambulaban por las sombras de la calle y por fin, sola, guiarse por su propia intuición, su mirada se posó en una torre de guardia lejana y oscura. Con una única luz roja giratoria, para anunciarle a los aviones de vuelo bajo, que allí existía un edificio, que la Rosario identificó perfectamente. Se alegró, casi se emocionó: lo había logrado. Acomodándose la chaqueta de lana, se pasó la mano por el pelo rapado para peinarlo como cuando lo tenía largo y encaró al guardia que estaba en la puerta. Este al ver venir al pequeño bulto, encaró el caño de metralleta hacia allí, no sea que no viniera solo.

—¡Alto! —le gritó.

Entonces su voz alertó al guardia de la torre superior y encaró su luz al objeto que estaba de pie en el medio de la calle a esa hora impropia. El guardia joven que dio la voz se le acercó y la miró con desconfianza y enojo:

—¿Qué hacés acá a esta hora?

—Vine a ver a mi papá —dijo asustada la Rosario.

—¿Es un interno?

—Sí, señor.

—¡Pero pibe! ¡Esta no es hora de visitas! Los números para la revisada los dan a las siete. Tenés que venir a las cinco y media o seis para hacer la fila. Damos solo cien números por pabellón.

Entonces la Rosarito suspiró, se dio media vuelta y se fue detrás de unos árboles, mientras el guardia la siguió con la vista, molesto por haber terminado su parsimoniosa rutina de la noche.

Apoyada entre las raíces de los árboles, la Rosario se quedó dormida. Estaba profundamente cansada y cuando despertó, aún era de noche pero divisó que ya había movimiento en la penitenciaría. Se desperezó rápido y apuró su paso por miedo a perder el turno. Se encontró que la fila ya tenía no menos de cuarenta personas, pero aun así se sintió feliz: ya estaba en la etapa final.

¡Qué sorpresa se llevaría su padre!, calculó.

¡Y cuánto se enfadaría con todo lo que tenía que contarle! Porque de una cosa estaba segura, no dejaría de esconderle nada; le describiría con pelos y señales cada cosa sucedida en su casa desde que tuvo la injusta fortuna de caer preso. Y tal vez hasta se escape de la cárcel y le dé su merecido al Damián y a su madre. Ella lo ayudaría en todo lo que fuera posible. Quizá luego se fueran a vivir juntos a un lugar lejano. Ella le cocinaría para cuando venga de trabajar. Además iría a

la escuela, seguramente otra muy diferente a la que iba antes.

Cuando comenzaron a dar números, ya eran más de las siete. La gente protestaba, pero ya ella conocía todo de cómo era esa historia. A ella le tocó el número cuarenta y seis y cuando se hicieron las nueve, hora de revisada, una hora antes que la visita, le sorprendió que en vez de enviarla a la izquierda como siempre lo hicieron a la derecha. No obstante fue sin problemas. Pasaron de a dos y a ella le tocó con un hombre de edad media.

—Sáquense la ropa —dijo uno de los dos guardias que los atendían; el hombre se quedó desnudo al instante, pero la Rosario dudó.

—Pibe, si no te sacás la ropa no podés entrar —dijo el otro.

Entonces ella, ante el miedo a quedarse sin ver a su papá se sacó una a una las prendas. Cuando quedó desnuda, los guardias recién comprendieron que hubo un grosero error en la puerta.

—¡Pero sos una chica! ¡Acá se revisan solo hombres! ¡Por favor, vestite, nena! —dijo el primer guardia.

Entonces la Rosario, vuelta a ponerse la ropa y el otro custodio la llevó al sector de damas.

—¡Esta es una chica aunque no parezca! —dijo y las guardias miraron a Rosario extrañadas.

La pusieron de nuevo en fila de revisada y le tocó con una anciana. Allí se sacaron ambas toda las prendas, personal femenino la pasaron por máquinas especiales que detectan metales y objetos extraños; ellas se tuvieron que agachar y abrirse la nalgas para ver si no llevaban algún elemento peligroso. Luego los genitales para lo mismo, por fin las axilas, la boca y la orejas. Cuando por fin dieron con que estaban *limpias*, pasaron a la segunda sección.

Se vistieron pausadamente y fueron a la nueva parte:

—Documento —le dijo una mujer guardia de muy malas formas a la anciana.

La mujer se lo dio.

—¿A quién viene a ver?

—A mi hijo.

—¿Nombre?

—Fabián Alfonso.

—Está castigado, no tiene visitas durante un mes —dijo la guardia y le entregó el documento, casi se lo arrojó sobre la mesa.

—¡Cómo que no tiene! ¡Y ahora me lo dice después que me tocaron toda! ¿Por qué no nos avisan antes?

—¡Y yo qué sé! —dijo despectivamente la uniformada—. ¡Siguiente!

Entonces la Rosario llegó por fin a la ventanilla más deseada, mientras la anciana se marchaba refunfuñando por lo bajo.

—Documento.

La Rosario no lo tenía; nunca lo tuvo, pero sabía que eso no era un impedimento de las veces que vino con su madre. Esta presentaba un papelito, de nacimiento o no sabía qué y entraba lo mismo todas las veces que fue.

—No tengo —dijo tranquila.

—¡Cómo que no tenés! ¿Y cómo pretendés ingresar?

La pequeña se la quedó mirando.

—¿A quién venís a ver?

—A mi papá —dijo.

La mujer guardia bufó.

—A ver, Aída. ¡Esta piba dice que no tiene documento y quiere ver al padre!

La otra mujer se acercó. Su expresión no parecía tan mala.

—¿No tenés documento, querida? —preguntó con voz más suave.

—No.

—¿Y viniste solita?

La Rosario asintió con la cabeza.

—Es que no podemos dejar entrar a personas que no fueran familiares directo y tenés que acreditarte para demostrar que sos hija de un interno. ¿Tenés una credencial de la penitenciaría con tus datos por lo menos?

—No.

Entonces la mujer que parecía más tolerante le dijo a su compañera:

—Saltate el procedimiento, no pasa nada; es una criatura.

—¡De eso nada! —respondió la otra—. ¡La responsable de turno soy yo!

—Ya pasó la revisada…

—¡No! Salvo que firmes vos haciéndote cargo en el libro de visitas.

Entonces la mujer amable cambió su rostro y miró a la pequeña.

—Mirá, lo que vamos a hacer es lo siguiente. Volvés a tu casa, y con una credencial o documento o algo que te identifique, mañana te dejamos entrar sin problemas, ¿sí?

La Rosario asintió con la cabeza primero; luego quiso decir algo, pero se le vino el mundo abajo cuando dijeron la terrible palabra definitiva:

—¡Siguiente!

Tuvieron que insistirle que se fuera. Ver entrar a las personas y ella salir con las manos vacías fue algo increíblemente doloroso en el alma, pero también en el cuerpo.

Sola, con hambre, sin una moneda encima y tener que soportar volver, fue un esfuerzo más que imposible. Además, tenía decidido no regresar a su casa. Entonces lo único que se le ocurrió es dirigirse a la estación de La Plata. Caminó por varias horas más, comiéndose las lágrimas silenciosas, y fue inevitable que le dolieran los pies y las piernas, pero al fin llegó. Allí, pasó la zona de los guardas

sin demasiados apremios (ya estaba acostumbrada a hacerlo en Lanús), y pronto se montó sobre un tren que la llevara a cualquier parte.

La llegada a Plaza Constitución la sorprendió dormida. Alguien, un pasajero, la movió para que se despertara y entonces se desperezó y bajó al andén. Cientos de masas de personas se volcaron a las salidas y ella tuvo que correr por un costado para que no la cogieran, pero finalmente la ciudad de Buenos Aires, llena de autobuses de todos colores, de taxis negros con techos amarillos, de coches últimos modelos, se le aparecieron ante sus ojos en un día de un sol estupendo. Cruzó la calle y caminó hacia los columpios. Allí, un grupo de chicos desaliñados se empujaban y hacían gala de valor y a ella le parecieron graciosos, sobre todo uno de aspecto muy flaco y cara de anciano. Pero los chicos a ella, creyéndolo chico, no le miraron con la misma simpatía.

—¡Che vos, qué mirás! —le dijo uno de ellos, parecía el jefe.

—Nada —dijo la Rosario.

Entonces el jefe calculó que era otro chico de la calle y podría querer entrar a su banda.

—¿Estás con alguna banda? —le dijo entonces.

La Rosario negó con la cabeza.

—¿Querés entrar a la mía? Somos nosotros cuatro por ahora, pero esta banda va a crecer mucho más —dijo con orgullo.

—Bueno —dijo la Rosario y al jefe le pareció que tenía la voz de pito.

Entonces el Jefe guiñó un ojo a sus compañeros y agregó:

—Entonces vení conmigo; tenemos que firmar el contrato.

El Jefe se adelantó y la Rosario lo siguió. Pronto caminaron uno al lado del otro y el Jefe se dijo que aquel chico era muy *marica* para estar en su banda. Tal vez no fue una buena idea proponérselo. En todo caso le daría una buena paliza y todo quedaría sin más en eso.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó unos pasos antes de llegar al basural de la calle Lima.

—Rosario —dijo ella—. El Jefe se detuvo en seco y la miró de arriba abajo.

—¿Vos sos una chica? —preguntó casi asustado.

—Sí.

Y allí le vinieron a la mente las palabras de la Luli, su hermana, aquella vez que el Jorge la violentó: «vos que sos hombre, Julián, nunca le pegues a una mujer». El Jefe se tomó la cabeza y no sabía si echarla de la banda a su suerte o ayudarla. Solo atinó a decir:

—No le digas a nadie que sos mujer; es mejor para vos. Las mujeres sufren mucho, piba. Yo lo sé.

—Bueno.

—Hay que buscarte un nombre y cortarte el pelo siempre así, piba. ¿Qué nombre te podemos poner?

Y la Rosario sin dudarlo, sin siquiera pensarlo más de un segundo dijo con firmeza:

—Carlitos.

IX. El Regreso

Lautaro esperó a la Rocío como era habitual en el terraplén, con sus ojos puestos en el horizonte. Le había entregado al Pedrito como siempre el papelito arrugado que ponía como toda explicación: «Rosio benís» y es que la ortografía no era su fuerte. Con los pies colgados hamacándolos sobre el vacío no despegó sus ojos del horizonte, pero la Rocío no apareció. Estuvo más de una hora y no le gustaba desaparecer demasiado de los ojos del Jefe porque eso podía traerle problemas, más en esos días cercanos a las Navidades donde el Jefe y el Croto tenían que arrebatar muchos más bolsos, mientras ellos hacían de tapón casuales cuando los robados intentaban correr detrás de los rateros. Siempre daba resultado, aunque luego debían mudarse unos días del lugar. El Lautaro había separado, disimuladamente y jugándose el pellejo, doce pesos en varios días de limosnas, abrir puerta de taxis y trabajarlo gota a gota. Hasta logró separar con sumo disimulo cincuenta centavos cuando fue a por la bolsa de caramelos para las sesiones de aspiradas.

¡Y la Rocío que no venía!

Cuando calculó que al Pedrito le había pasado algo y no pudo entregar el papel o bien su hermana no estaba en casa, tuvo que tomar una decisión: regresar con la banda o bien pasarse por la su casa y ver qué ocurría. Lo que echaba de menos a su familia pudo más y decidió acercarse a lo del Pedrito y preguntar. La ansiedad le carcomía y si no iba a ver qué pasaba no sería persona.

Dio la vuelta por el terraplén hasta las escaleras que daban al interior de la Estación Avellaneda y por los túneles salió al otro lado; pasó por las vías y comenzó a andar de nuevo el camino hacia la villa. Al Pedrito lo encontró donde siempre, con su vieja camiseta descolorida del club Independiente, en el patio que daba a tres casas y que no eran más grande que una mesa pequeña, estaba limpiando de barro el medio balón y se sorprendió ver a su amigo de nuevo frente a sí.

—¿Qué pasa? —le preguntó el Pedrito.

—¿Y la Rocío?

El Pedrito primero se encogió de hombros, pero luego creyó obligatorio decirle:

—Está en la cama.

—¿Enferma?

El gesto negativo con la cabeza explicó todo. El Seba había venido borracho

una vez más, pidió uno de sus caprichos que la madre no supo darle a tiempo y la Rocío en su camino fue la que recibió toda la descarga de su furia, dejándola tan mal trecha que su madre la metió en cama. Los detalles pudieron ser otros, pero no variaron el resultado. Entonces el Lautaro odió mucho más al Seba.

—¡Traé a mi madre! —dijo con la mirada cargada de rencor.

El Pedrito no necesitó recibir una explicación; fue corriendo la media villa que separaba su chabola de dónde estaba el peligro en busca de la María.

Solo pasaron diez minutos y ambos vinieron juntos. El Lautaro la vio venir desde el interior de la casa del Pedrito por la pequeña ventana, que alguna vez perteneció a un autobús antiguo y que ahora daba al pequeño patio, aprovechando que su madre y sus hermanos no estaban. Contempló venir a su madre y le pareció sensiblemente más avejentada. Tenía el pelo atado hacia atrás, pero un mechón negro con algunas canas le caía hacia la frente. Entraron a la casa y la María no se atrevió a abrazar enseguida a su hijo; lo vio cambiado, sus ojos miraban diferente y hasta le pareció más hombre. Pero también le costó un poco acercarse porque tenía vergüenza.

—Hola —dijo el niño, mientras el Pedrito siguió jugando al balón afuera y soñando que era el Kun Agüero ese.

—¿Dónde has estado, hijo? —le preguntó la María e hizo fuerza para que sus ojos no se llenaran de lágrimas.

—Por ahí.

—Ah.

Luego se quedaron en silencio ambos contemplando la nueva persona que veían.

—¿Sos un chico de la calle? —le preguntó la madre.

—No. —Y luego sin más trámites—: ¿Qué tiene la Rocío?

—Está enferma —dijo la María, pero la mirada caída detectó la verdad absoluta y el Lautaro sabía leer esa mirada.

—¿Le pegó el Seba?

El silencio de su madre lo dijo todo.

—¡Es un hijo de puta! —gritó el niño.

—Sabés que no me gusta que hables así.

—¿Por qué no lo echás de la casa? Es un borracho, te pega, no sirve para nada.

—Vos no entendés, Lautaro; sos muy chiquito.

—¡No soy chiquito! —gritó y miró a su madre con una mirada dura que a María le dio miedo.

—El Seba de vez en cuando trae plata y comida; necesitamos eso para vivir; Lautaro.

—¡Pero que no le pegue a nadie! —siguió gritando el Lautaro.

—Es esa cosa que tiene que lo pone nervioso. Él tampoco tuvo una buena infancia, Lautaro.

—¡Qué me importa! —gritó mecánicamente el niño.

La María miró nerviosa para afuera. Tenía miedo que el Sebastián la siguiera y si veía al chico, podría ensañarse con él. Se la tenía jurada desde que le quedó la sangre en el ojo aquella vez que el Lautaro se le enfrentó y luego salió corriendo. Y el Seba era muy rencoroso.

—¿Dónde vas a pasar las fiestas? —preguntó la María.

El Lautaro se encogió de hombros. Le hubiera encantado estar con la Rocío, el Oscarcito y el Jónatan.

—Me tengo que ir, hijo. Cuidate.

La María le dio un beso, pero el Lautaro solo le puso la cara. Decidió no darle los doce pesos; no se los merecía. Entonces con eso compró dos sidras, galletitas de chocolate y un pegamento para sus amigos.

—¡Eh…! —gritó alegre el Jamón mientras tiraba un poco de cerveza sobre la cabeza del Hueso.

Estaba borracho, como lo estaban casi todos. Menos *la* Carlitos y el Roña que miraba atentamente la situación. El Lautaro era el más perdido de todos. Nunca tomaba cerveza pero ese día era 24 de diciembre y además no quería recordar a nadie de su casa.

—Firulete, calmate, no estás acostumbrado —le dijo el Jefe, muy alegre, aún con casi todos los sentidos.

Pero el Lautaro solo reía y reía sin saber por qué, pero todo le causaba gracia.

Fue la primera banda que apareció con pistolas, y el Roña los vio venir desde lejos, que les sacó un poco el mareo a todos. Todos salieron corriendo. La Carlitos cogió al Lautaro del brazo y lo arrastró con ella. Desaparecieron por Salta, mientras la banda aquella se entretuvo molestando a los hijos de los trabajadores en la plaza.

—¡Es una mierda salir siempre corriendo así! —se quejó el Roña.

—Sí, pero ¿qué querés, que nos maten! —respondió el Jefe—. Yo siempre tengo que cuidar que no le pase nada a nadie. ¡Ustedes son muy pendejos para hacer frente a una banda así!

—¡Es una mariconada! —contestó el Roña y todos se lo quedaron mirando asombrados—. Lo que debemos tener es un arma. Esta parada debe ser nuestra. Nadie tiene que pedir en la plaza nuestra. Porque así no somos dueños de nada. Solo podemos pedir donde nos dejan; somos lo más bajo de todo los bajos.

Esta idea le había dado vueltas hacía tiempo; veía que el Jefe tenía aciertos en algunas cosas, pero que se equivocaba en la mayoría.

—¡Acá el que toma las decisiones soy yo! ¡Soy el Jefe! —gritó Julián y trató de poner la mirada más recia que pudo.

—Eso no se discute —respondió el Roña sagaz—. Solo digo que tenemos que tener un arma para defendernos.

—Pero un arma vale mucha *guita*, pendejo —intervino el Croto, mientras caminaban por su calle favorita.

—Seguro que la venden clandestinamente en algunos lugares de la calle —confió el Hueso.

—¡Y quién dice de comprarla! —respondió a todas las voces el Roña, más bien ofendido.

Todos se miraron entre sí.

La idea era robársela a una de esas bandas. Pero eso implicaba un riesgo verdadero. En aquel momento solo arrebataban a ancianas distraídas o chicos pijos con zapatillas nuevas, pero atacar una banda era otra cosa…

—Hay banditas de pendejos, que no saben ni moverse y además andan todo el tiempo drogados. ¡Y tienen armas! —Los ojos del Roña brillaron—. O al menos tienen una, casi siempre el líder. Yo los vi más de una vez.

Todos miraron al dueño de aquellas palabras inquietos, y este remató:

—¿Se imaginan todo lo que podríamos hacer con un arma? Nadie se atrevería a sacarnos de la Plaza, además podríamos robar de verdad, no esa verdurita que sacamos, que a veces no nos alcanza ni para comer.

El Jefe no estuvo muy convencido, pero no dijo nada. Más bien mostró cara de desinterés, pero por dentro veía que ese chico le estaba quitando autoridad ante los ojos de *su* banda. Por otra parte le resultaba interesante la idea de ser una banda poderosa, temible, que hasta aquello de Plaza Once le tuvieran respeto. Le dio otro beso a la botella de cerveza y miró a lo lejos hacia la avenida por donde pasaban los coches con aparente desinterés. El Lautaro comenzó a reírse como un tonto otra vez por los efectos del alcohol.

De ahí a la noche, consiguieron mucha comida y dinero. Las personas en Nochebuena se transformaban en bondadosas y caritativas y la banda se aprovechó de eso. Hasta hubo una mujer que les dio un pollo asado que comieron en la Avenida Belgrano en el portal de la Iglesia de Monserrat y a la salida de la misa, no pocos le dieron alguna moneda. Esa noche conocieron la felicidad. Hasta los *ratis* parecían más sociables y encantadores y, cuando pasaron por allí en un patrullero en la ronda nocturna diaria, uno de ellos los miró e hizo la venia saludándolos con gracia.

A las doce de la noche la banda estaba en la plaza de la Avenida Entre Ríos. Era la hora de la *fumata* y la *aspirada*. Los juegos artificiales y cohetes sonaron en toda la ciudad y parecían no detenerse, iluminando la noche porteña. Miles de pequeñas luces de colores estallaban en el cielo, legendaria tradición argentina, dando la bienvenida al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, aunque no se comparaban con los juegos de artificio recibiendo al año nuevo. Y ahí estaban en la plaza, viendo el cielo iluminarse, bañados de cañitas voladoras, globos de papel alumbrados, estallidos multicolores, a punto de viajar ellos también a una dimensión diferente. El Lautaro lo había pasado mal los días posteriores a su iniciación en el porro, más que nada porque sentía que había traicionado a su

hermano Pablo en la promesa de no drogarse nunca.

—La mente debe estar siempre clara, Lauti —le había dicho una vez.

Pero aquella vez no pudo negarse; y en la Nochebuena tampoco estaba en condiciones de ser claro con sus decisiones.

Cuando el Jefe preparó la bolsa con el pegamento, el Lautaro estaba sentado entre este y el Roña. Fue el Jefe el primero que dio el *narizazo* dentro de la bolsa de plástico. Sus ojos quedaron en blanco por un momento, mientras contenía el aire en sus pulmones. Luego lo fue largando poco a poco y le pasó la bolsa hacia la derecha al Hueso, que hizo lo mismo y se la dio al Croto. Este era el que más parecía disfrutar aquellos momentos y le dio dos aspiradas. El que seguía al círculo era el Jamón, que solo aspiró un poco y largó el aire pasándole al Carlitos. Quería estar con todas las luces por si aparecía su madre por ahí.

Carlitos metió toda la cara en la bolsa, hasta los ojos, disfrutó cómo el vapor la acariciaba el rostro y quizá vio a su hermano muerto. Luego resopló hasta quedarse sin aire dentro de la bolsa para tomar fuerzas y ahí su cuerpo comenzó a hincharse como un sapo y cuando tuvo el vapor del pegamento en sus pulmones aguantó todo lo que pudo para aprovechar mejor la emigración a una dimensión diferente. Más dulce. Comenzó a reírse, mientras le pasaba la bolsa al Hueso, el más ansioso de todos por recibir su ración de felicidad. Cumplió con el rito, y luego fue el turno del Roña. Este miró la bolsa y examinó el contenido con mirada irónica. Metió su nariz y aspiró despacio; luego se lo dio al Lautaro.

Lautaro cogió la bolsa.

La tuvo en su mano y la contempló durante unos instantes. A pesar de que estaba muy borracho no pudo dejar de pensar en el Pablo y en cuánto lo traicionaría si metía la nariz en aquella bolsa. Miró a la Carlitos que tenía de frente y esta le sonrió estúpidamente ya en el viaje, entonces tomó la decisión de abrir la bolsa, acercar lentamente su cara y aspirar con todas sus fuerzas aquel vaho que se le metió por la nariz; sintió que hizo contacto con alguna fibra interna de su frente que hizo darle un estremecimiento. Pasó la bolsa y pronto sintió que sus sentidos lo abandonaban, las imágenes subían y bajaban y pronto la realidad comenzó a mostrarse más difusa y los sonidos más lejanos; no obstante, tuvo la bolsa una vez más en su nariz cuando la ronda se completó y luego… no recordó más.

No, no era traición, apenas una licencia pasajera, pensó un segundo antes. Ese día era un día especial y se perdonaba todo; ya eran más de las doce y el 25 de diciembre se había ganado el lugar, y el Lautaro, Firulete para los amigos, se convertía en mayor: cumplía ese mismo día los ocho años.

—Está muerto —dijo la voz del Croto con una seguridad pasmosa.

—Para mí que no —respondió la voz del Jefe.

—¿A ver? —la voz de la Carlitos sonó más cercana; le puso una mano en la frente y luego sintió cómo su boca se posó en la suya y se la llenó de aire varias veces, como le habían enseñado en la escuela en la lección de primeros auxilios.

Lautaro no podía abrir los ojos, pero el mundo comenzó a sonarle más fuerte en sus oídos.

—No, no está *muegto*. *Pagpadea* —anunció el Jamón con seguridad.

Todos se acercaron a la cara del Lautaro para ver si demostraba alguna actividad vital, y fue la propia Carlitos que notó que sus ojos se cerraba aún más y escondían con más fuerza las pestañas tratando de escaparle del sol. Entonces ella cubrió con su delgado cuerpo los rayos y puso la gratitud de las sombras sobre la cara de su amigo. Allí los ojos de Lautaro comenzaron a abrirse despacito, tratándose de acostumbrar a las luces.

—¡Está vivo! —dijo con alegría Carlitos.

El Jefe lo pateó despacio en el costado para que reaccionara; también estaba contento.

—¡Pendejo, el susto que nos diste! —dijo.

Lautaro trató de incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas y le latía la sien de dolor de la resaca.

—¡Qué pedo te agarraste! —dijo el Croto riéndose.

—¡Vamos, a levantarse! que tenemos que seguir camino —le pidió el Jefe.

Entonces Lautaro intentó incorporarse y cuando logró sentarse, el cuerpo le pidió otra vez tumbarse un momento, un siglo, y cerrar los ojos. La segunda vez que lo intentó logró hasta ponerse de pie, pero las ansias por vomitar fueron tan grandes que no pudo reprimirlas y entonces largó la cena de la noche anterior, la cerveza, la sidra y hasta el pegamento que le dejó el mono. Su cuerpo tembló y hasta estuvo a punto de tumbarse otra vez al suelo, pero luego que largó todo, se sintió un poco aliviado. Carlitos le puso la mano en el hombro y lo acompañó hasta un asiento; luego cogió un vaso de plástico de uno de los cesto de basura y le consiguió un poco de agua de la plaza. Lautaro sintió como el líquido acariciaba todo su interior, que hervía. Poco después sentía la pesadumbre de una noche agitada, pero aun así percibió que su cuerpo estaba mejor.

El día fue todo así, pesado, con dolor de cabeza, mojándosela de vez en cuando en el caluroso diciembre de Buenos Aires. Poco a poco fue recuperando los sentidos y al final del día ya era un hombre nuevo. Un hombre de ocho años.

La ciudad estaba abandonada y las pocas personas que se aventuraban a salir a las calles luego de una larga jornada de comilona y juerga, trataban de volver lo más rápido posible en la agobiante humedad calurosa de Buenos Aires.

—Este es el plan —oyó Lautaro decir al Roña cuando se acercó—. En Constitución está esa banda de pendejos que no son muchos mayores en edad que nosotros, que andan siempre drogados. Hoy es un día ideal, porque seguro tomaron alcohol y andan vomitando por los rincones.

Lautaro mucho no entendía lo que quería hacer el Roña; el Jefe se rascaba la cabeza y eso era señal de que tampoco entendía demasiado.

—Ellos son como quince —dijo Carlitos.

—¡No, son doce! Yo mismo los conté —respondió orgulloso el Roña—. Pero

eso no cuenta. Si están drogados, nos metemos entre ellos, agarramos el revólver que tienen y listo. Una vez que tengamos el arma en nuestras manos, ya no podrán hacer nada.

—¿Y si sacan otro revólver? —preguntó el Croto.

—¡No, tienen uno solo! ¡Un 32 largo, los conozco bien!

El Roña estaba muy convencido de su plan y se podría decir que la victoria o el éxito dependían solamente de él.

—No sé —dijo el Jefe.

—¿Cuál es el problema? —se quejó otra vez el dueño del proyecto—. Vamos y miramos en un costado, cuando la banda esa esté durmiendo o drogada, nos acercamos y le sacamos el arma. Es fácil.

—¿Y quién se mete en el medio de esas bestias? —preguntó el Hueso—. Yo no; no es cuestión de poner la cabeza para que te la corten así porque sí.

—Yo me meto —respondió el Roña con firmeza y pareció que su cuerpo se agigantaba al pronunciar esas palabras.

Entonces fueron los siete hasta Salta y de allí bajaron a Constitución. La banda aquella estaba tal lo calculó el Roña. Gritaban sin sentidos, se empujaban, pero la mayoría estaba tumbada en el suelo, sufriendo la reseca de la noche anterior. Había uno, no más de doce o trece años, que parecía ser el centro de atención de todas las burlas. Era el más drogado de todos y el resto le escupían, le tiraban colillas de cigarrillo encendidas y se reían de él hasta el grado de la humillación. Sin embargo, este, que estaba sucio y andrajoso, sin camisa y descalzo, dejando ver unos pies oscuros de suciedad, parecía bailar al son de los gritos de su banda, bien por miedo, bien porque no sabía siquiera dónde estaba parado, pidiendo su ración de felicidad enajenada.

El que el Roña señaló como el jefe, contemplaba la escena desde un rincón con un cigarrillo en el costado de la boca. Se le veía un objeto brillante y oscuro en la cintura y todos supieron que era el revólver. Parecía tener quince o dieciséis años y su crueldad se manifestaba girando el dedo índice hacia arriba para que el pobre infeliz que danzaba siguiera dando vueltas sin sentido. Por momento parecía detenerse agotado, pero otra vez su líder con el dedo y a bailar o vaya a saber qué castigo le correspondía.

Los siete chicos de la banda del Jefe miraban desde la esquina, a unos ochenta metros, sentados detrás de una parada de autobús al otro grupo, esperando que se diese el momento preciso de atacar. Estaban en las sombras, mientras que la otra pandilla gozaba de los faroles de la plaza. De vez en cuando las luces de colectivos alumbraban al grupo con sus luces delanteras, pero la otra banda estaba tan entretenida y colgada que no podía ver al pequeño grupo detrás de la marquesina con coloridos anuncios publicitarios de la parada del autobús. Un patrullero también iluminó toda la plaza de azules y rojos, pero sus integrantes, enfadados consigo mismo por trabajar en Navidad, miraron acostumbrados y con desinterés al chico que bailaba en el medio del grupo.

—¿Creés que se calmarán? —preguntó el Hueso al Roña.

—No pueden estar así toda la noche. Fijate que algunos están fumando porro; en un momento quedarán fritos todos.

—¡Y cómo tienen a ese pibe! —se lamentó el Croto.

Lautaro, que hasta el momento no había mostrado demasiado interés al grupo aquel, que el que se le muestra a una paloma que vuela sobre las cabezas, comenzó de repente a fijar la mirada en aquel desolado chico, que no dejaba de saltar exhausto y degradado a la máxima expresión. Por fin el pibe cayó de rodillas y un grupo de chicos lo cogieron del pelo y lo levantaron para que continuara el espectáculo. Lautaro lo observó con tristeza. Estaba orinado y mientras danzaba pedía un poco más de droga. Cuando el grupo se cansó de sus fantochadas por fin le dio algo que aquel chico se metió en la boca con desesperación, luego comenzó a gritar de alegría e histeria a la vez, aunque sus gritos eran infrahumanos: inútiles a cualquier expresión de vida.

Dos horas de paciente espera dieron su fruto.

El silencio reinaba en el grupo aquel. Tanto el chico humillado como la mayoría estaban tumbados, más bien arrojados a lo largo, vencidos, en el suelo, en el sector de los asientos de la plaza. Sus aspectos eran temibles, pero a la vez daban compasión. Lautaro no sacó ni una sola vez los ojos de aquel chico devastado, que parecía por fin descansar. Lo escudriñaba con mirada dura, aunque su corazón quería quebrarse.

«Tenés que tener la mente clara», le vino a la cabeza, pero ya nada tenía sentido para Lautaro.

Soñaba con irse de allí, volver a su casa con la Rocío y el resto de sus hermanos, echar al Seba, ser feliz. Pero intuía que eso estaba muy lejos. Se veía, en cambio, intentando robar un arma para que la banda se convirtiera en algo superior. En algo que tal vez nadie pudiera manejar. Un camino sin retorno.

—Es el momento —dijo el Roña suavemente.

Todos estaban casi acalambrados de quedarse quietos, como detenidos en el tiempo, contemplando aquel manojo de chicos de la calle, mucho más peligrosos y temibles que ellos.

—¿Vamos? —preguntó el Jefe con dudas.

El Roña meditó el plan y dijo:

—No podemos ir todos; haríamos alboroto. Será mejor que vaya uno solo, despacito, y mire como están. No hace falta acercarse demasiado; solo que vea si duermen o qué. Luego haga una señal y nos vamos acercando todos lentamente.

La idea no era mala, pero todos se quedaron contemplándose unos a otros ante las palabras del Roña.

—¿Y quién va? —preguntó Carlitos.

—Propongo que vaya el Hueso que es el más veloz del grupo —dijo el Croto, pero sus palabras se mezclaron con las de Lautaro que respondió con voz segura mientras se ponía de pie:

—¡Voy yo!

No hubo tiempo a discusión, nadie alcanzó a decir nada. Lautaro salió a paso resuelto y cortito rumbo al grupo que dormía desparramado en la plaza cuando se iba consumiendo aquel día.

Todos vieron alejarse a Firulete; Carlitos se tapó la boca con su puño por el temor que le causaba aquello. Pero Lautaro, con sigilo, pero a paso seguro caminó hacia ellos con decisión. Debía frenarse a unos cinco o seis pasos, pero su mente no quería ver solo si la banda dormía y fue más allá ante los ojos asombrados de su grupo. Sus ojos no recorrían a toda la banda, sino que se habían posado en un solo integrante de aquellos infelices: en aquel chico que antes bailaba enajenado para sus brutales compañeros.

Mientras seis pares de ojos lo contemplaban con desazón, Lautaro se puso frente aquel chico y lo observó a la cara, casi respirando su oxígeno. El resto estaba ya tan profundamente dormidos o drogados como este. Pero Lautaro no conforme, dio un golpecito con sus enormes zapatillas en las plantas descalzas de aquel chico de su atención, que con la bragueta abierta dejaba ver parte de su miembro de crío; entonces aquel chico, aún niño, abrió los ojos, intentó volver a la realidad al ver a ese extraño que lo observaba y por un segundo, sus mirada extraviada se cruzó con la de Lautaro y se dijeron muchas cosas. Luego volvió a cerrarlos y siguió durmiendo el sueño de los marginados.

Lautaro entonces, miró al jefe del grupo que estaba también desparramado bajo uno de los bancos, se acercó a él y como si lo único que tuviera que hacer es mirarse las uñas, metió su manita en la cintura del jefe y extrajo sin problemas la pesada arma. El jefe hizo un movimiento como el que quiere despertarse, pero no pudo ni siquiera abrir sus ojos y Lautaro, luego de mirar una vez más el centro del universo de la banda y de su propio universo, es decir, al chico que danzaba servilmente para todos como un bufón del rey, volvió a paso rápido, pero sin correr, hasta sus compañeros que lo miraron con asombro ante su intrepidez y valentía.

Lautaro no le dijo nunca a nadie que aquel chico, humillado y perdidamente drogado, que fue la burla general del grupo era el Pablo, su hermano.

X. La Justicia del Revólver

La alegría por la victoria total sin ninguna consecuencia adversa fue inmensa. Y en manos de un solo hombre. El prestigio adquirido por Firulete le dio orgullo al Jefe por haberle admitido y todos comenzaron a considerarlo de una manera más respetuosa. La decisión tomada en la difícil misión y el valor de capturar él solo el arma fue comentada durante algunos días. Pero Lautaro no disfruto de su gloria; se lo vio triste y descorazonado. Carlitos quiso sonsacarle el motivo, pero solo se dignó a decir «nada», aunque más de una vez, cuando la banda no le observaba, se enjugó alguna lágrima traicionera que no pudo reprimir. Pero como era normal que a veces alguno tuviera una pequeña crisis de tristeza por la vida que le había tocado, Carlitos se conformó con su respuesta; todo pasa, calculó.

La tenencia de un revólver situó a la banda en un nivel superior; al menos en sus cabezas. Desaparecieron por un tiempo de Plaza Constitución por miedo a la represalia de los otros chicos de la calle, aunque sabían que estaban en mejores condiciones para enfrentárseles y además quién diría que el arma fue *limpiada* por un chico de ocho años con nombre de payaso. Pero una advertencia de Carlitos hizo caer a la banda en la realidad.

—Si consiguieron una; bien pueden conseguir otra.

Todos se miraron.

—Además, ellos son mayores que nosotros en edad y número. Un enfrentamiento nos arriesgaría demasiado —agregó la pequeña.

—¡Vos el mismo maricón de siempre! —se quejó el Croto.

Lautaro abrió grande los ojos y le dio terror solo el hecho de pensar que podría enfrentarse a su hermano, y tal vez tener que matarle; o bien que sea el Roña el que tenga un día el arma. Ese Roña despiadado sí que sería capaz de arrancarle la vida a su hermano —¡y a cualquiera!—, con total frialdad.

Entonces apoyó la postura de Carlitos con firmeza.

Así, por un tiempo desaparecieron de Plaza Constitución y el arma se convirtió en el alma del grupo. La miraban como a una figura divina, pero el único que tocaba el arma al comienzo fue el Roña, no porque fuera erigido como nuevo jefe, sino porque era el único que la sabía usar. Los demás, casi todos, la habían visto en alguna circunstancia, pero no tenían noción de cómo se manipulaba ni mucho menos —cosas importante para el Roña— de cómo se limpiaba. El encargado del artefacto, gracias a su hermano de la banda del barrio de San Martín, la conocía muy bien, y hasta podía distinguir un calibre 22 largo de

un 32 corto, una pistola automática o una de calibre 45.

—La Policía tiene una B*rowin* belga de trece tiros —dijo en lo que creyó su sapiencia; todos los escucharon atentos—. Son semiautomáticas con una bala en el la recámara y tiene el cargador en la culata. Esas no son revólveres, se las llama pistolas. Los revólveres son mejores. Tienen seis balas, pero se puede ir cargando cada vez que se dispara un tiro por el tambor.

Todos miraban absortos al pequeño profesor, al que se le iluminaban los ojos al hablar de armas. No en vano había estudiado en una de las que él consideraba mejores universidades de armas: Villa La Ranita.

—Debemos practicar todos en algún campo —propuso el Jefe.

El problema principal era que solo tenían cinco balas y si no veían dónde conseguir una caja de municiones pronto era lo mismo que la nada, y de eso el Turco no disponía: no a la venta.

Al Croto se le ocurrió que era lo mejor coger el tren eléctrico hasta el final del recorrido; hacerlo a mitad de tarde que era cuando los revisores no controlaban mucho e irse derechito a los descampados de Ezeiza a practicar, aunque sea la manera de sujetar aquel cacharro. Porque al Roña se lo veía con mucha habilidad para empuñarla y quebrar su muñeca con facilidad y moverla hacia todos lados; sobre todo ponerla de costado, con el tambor hacia arriba, como hacían los verdaderos profesionales en la tele. Muchas veces encañonaba a algunos de sus compañeros y les decía «tengo unas ganas de usarla» y la mayoría de las veces estos reían.

Carlitos no, nunca sonreía con estas bromas; le tenía cierta aversión a las armas. Lautaro tampoco reía, pero no tenía miedo. Al contrario, pensaba que un disparo certero en medio de su frente sería una gran bendición.

Cuando vieron subir a los revisores al tren que estaba a punto de salir hacia la zona de Ezeiza, supieron que ya era el momento de treparse por el último vagón, esperando que aquellos picaran los boletos y continuaran su camino. Caminaron por los pasillos del convoy, moviéndose de un lugar para el otro según el movimiento ondulante que comenzaba, observando a los pocos pasajeros que estaban sentados y les escudriñaban con desconfianza. De vez en cuando un bulto sospechoso debajo de la camiseta desteñida del Roña daba a los pasajeros la idea de que se pudiera tratar de un arma, cosa nada extraña en los chicos de la calle.

«¡Cuándo estaban los militares a ver si iba a pasar esto!», pensó alguno que arrojó su mirada más despectiva al grupo de pequeños truhanes.

Al llegar a la mitad del tren, se encontraron con un custodio de una empresa privada que los miró con preocupación, pero tampoco tenía la voluntad de perseguirlos y arriesgar su vida a dos pesos y medio la hora. Les clavó la mirada para que los pasajeros vieran al menos un actitud de cuidado hacia ellos, pero no les dijo nada.

El Jefe se quedó atrapado entre aquella mirada de desconfianza del joven inspector y sus compañeros que le venían empujando. El líder del grupo no respondió, tampoco huyó. Pasó como si nada por detrás del cuidador rumbo al siguiente vagón, mostrando una actitud pasiva, que el hombre de seguridad

interpretó como lo mejor para todos.

«Yo no te molesto a vos; vos no me molestás a mí», pareció decir con la mirada mientras les siguió con la vista hasta perderse por detrás de él hacia la siguiente formación. Entonces al chico se le ocurrió una idea mejor.

—¡Ey, ustedes! —les gritó.

Los cuatro o cinco pasajeros miraron atentos al muchacho que valientemente iba detrás de los granujas.

—¿Qué?

El Jefe clavó la mirada en el guardia de seguridad, sabía que no podría mostrarse débil. El Roña se le acercó, no fuera que eso terminara a los tiros.

—Por aquí no pasen —dijo sin embargo el custodio en tono íntimo para que nadie más pudiera oír—. Porque si no tengo que bajarlos; quédense en la unión de vagones al final del tren. Allí nadie les molestará.

No hizo falta pedirles sus boletos para ver si eran polizones, eso era evidente a los ojos de todos. Pero los chicos lejos de ofenderse volvieron gustosos para atrás y se animaron inclusive a salir del vagón de cola y ver la ciudad pasar para regocijo también de los pasajeros. De vez en cuando el Jefe arrojaba alguna escupida a las vías y el Roña se tocaba el bulto metálico de su 32 largo, exultante de alegría y con seguridad en sí mismo.

¡Quién podría pararle ahora!

Bajar en la pequeña estación final y llegar a una zona deshabitada le llevó al grupo una hora y media. Pero los campos de Ezeiza, semisalvajes en algunas zonas le dieron a casi todos la oportunidad de empuñar aquel prodigio de la tecnología que era capaz de cegar la vida de una persona con un solo clic si se apuntaba bien.

Entre dos árboles, el Roña se puso como un instructor de tiro profesional y le explicaba a todos las maravillas de ese artilugio: cómo se asía, cómo se miraba a través del *fierrito* ese arriba del cañón que era una especie de mirilla para apuntar bien, cómo se tiraba el martillo hacia atrás y cómo este con un fino y preciso percutor daba de lleno en el culo de la bala, activando la pólvora interna y haciendo salir fuego por el cañón junto con el plomo, acabando así con la vida de todos los que se interpusieran en su camino en la vida. El primero que cogió el arma, casi displicente, como si fuera parte de él de toda la vida fue, obviamente por jerarquía, el Jefe. Puso el arma en su cintura, y la sacó con velocidad apuntando al grupo, que se arrojaban a los costados espantados pero a la vez enloquecidos de pura felicidad.

Todos, menos Carlitos; aquellas imágenes le causaba terror, aun mucho después cuando las recordaba a la noche en charlas con el grupo.

El segundo en poner el dedo en el gatillo fue Croto. Este torpemente apuntó al árbol, a un pájaro que pasó, se puso el caño en la sien demostrando valor ante los ojos de desesperación de la secreta niña del grupo y luego entregó el arma al siguiente.

El Hueso se persignó antes de coger el arma, pero una vez con ella se le

notaba que disfrutaba con el nuevo juguete. Le hubiera gustado poder efectuar algunos dispararos contra latas o pájaros, y por qué no contra algunos de las bandas que no les dejaban en paz en Plaza Constitución. Tal vez buscar a Agustín, aquel sátrapa que lo llenó de brea en el Auxiliadora, hacía no tanto tiempo atrás como para poder olvidarlo, y hacerle pagar cada una de las ofensas.

El siguiente en tocar la valiosa joya fue el Jamón. A todos sorprendió verlo dúctil con el revólver, como si fuera una parte de su cuerpo. Y aunque Jamón dijo y repitió hasta el cansancio que nunca había tenido un arma en su mano, todos sospechaban un oscuro pasado para que la aferrase con tanta facilidad.

Carlitos, como fue de esperar por todos, se negó a tener ese artefacto infernal en sus manos.

—¡No seas maricón! —le gritó Croto, pero Carlitos prefirió la burla a tener que tocar ese frío metal, más cercano al infierno que a la seguridad.

Una vez que se pasaron el arma de mano en mano a casi todos, era el turno de Lautaro. Esperó ansioso su momento y cuando el Roña le enseñó cómo colocarse, cómo empuñarla con firmeza, cómo girarla para asegurar la perfección del disparo, Lautaro sintió que había obtenido un título universitario. El arma pesó en su mano al comienzo, pero poco a poco sus dedos fueron aferrando la empuñadora, y mano y revólver parecieron una única pieza fundida. Cientos de imágenes se le vinieron a la cabeza, en especial aquel infame líder de la banda que giraba el dedo como nuevo césar para que el Pablo fuera la burla de todo su grupo.

¡Ese se iba a enterar!, se dijo.

De regreso a la plaza encontró, a pesar de todo, a casi todos enfrascados en sus pensamientos. Habían crecido diez años más aquella tarde y se sintieron invencibles.

Pero sabían también que de ahora en más, tenían más compromisos. El arma, por el momento, la llevaría el Roña. El Jefe no sentía aún la seguridad que le brindaba el instrumento, pero no iba a admitirlo; prefería decir que el Roña sería el encargado de manejarlo y él de conducir, y todos contentos.

Tenían solo cinco balas.

Entonces se pusieron de acuerdo que en tanto y cuanto no consiguieran una caja de proyectiles, debían cuidarse de hacer disparos, aunque tampoco era plan dejarse atropellar por nadie. Tenían la gran responsabilidad de echar a todas las bandas por más duras que parecieran, y eso le causaba a más de uno un cierto resquemor. Todos eran conscientes, además, que hacer un único disparo alertaría a la Policía y a los transeúntes y eso complicaría sus existencias.

Pero cuando llegaron a la noche a Plaza Constitución, la banda robada no estaba más, ni tampoco había movimientos extraños que pusieran en alerta al grupo. Entonces comieron los restos que quedaron de Navidad y esa noche durmieron como angelitos en la escalera del Metro.

Los días pasaron sin pena ni gloria.

El Jefe prefirió usar los antiguos métodos de supervivencia: correr y arrebatar alguna cartera en las paradas de autobuses de la calle Santiago del Estero o San

José, empujarse como siempre a la vista de todo el mundo, pedir en las ventanillas de la estación, abrir puertas de taxis, comprobar que la caridad de de Navidad había terminado *religiosamente* el 25 de diciembre, robar algunas manzanas y naranjas y a la noche algún porro con pegamento para relajarse de un día otra vez duro. Pero para esto último al Roña, que se había transformado en una especie del cerebro del grupo, también tenía una táctica.

—Uno de nosotros que no se drogue y lleve el arma. Porque si nos damos el saque todos nos va a pasar lo mismo que a esos pelotudos que le afanamos nosotros.

El Jefe meditó las palabras del Roña y le pareció razonable. Pero la decisión final fue de él. Tampoco quería confiarse demasiado en aquel elemento emergente de su banda, con pretensiones de nuevo líder.

Casi siempre la responsabilidad de proteger el revólver caía en Lautaro, el Hueso o el Jamón, y los tres sin excepción protestaban, porque preferían las sesiones del olvido. Aun Lautaro que ya no le quedaba vestigios de cargos de conciencia en las sesiones de *fumatas* y *aspiradas*. No, después de ver adónde lo llevó la filosofía de vida al Pablo.

Enero es el mes más caluroso del año en Buenos Aires, que con la humedad proveniente del Río de La Plata hace una ciudad tremendamente asfixiante. A la banda le faltaba el aire y todos sudaban aun en los lugares aireados. Casi no comían y esperaban las noches para poder evadirse y así descansar algo, pero esto tampoco era eficaz, porque despertar del mono era el doble de torturador; entonces en la noche se fumaron dos porros entre todos y se echaron a dormir en las escaleras del Metro como siempre.

Esa noche el Jamón no fumó y se quedó con el arma entre la ropa, pero aun así el sueño fue apoderándose de él lentamente y casi no tuvo tiempo de reaccionar. Solo abrió los ojos y los vio ahí, frente al Jefe. Eran muchos más de diez y tenían palos y hasta vio un cuchillo. Y allí estaban a punto de degollarlo cuando solo atinó a pegar un grito y puso el arma en su mano. La visión del oscuro metal provocó una estampida inaudita: los de la banda de Lautaro se habían despertado abruptamente y se encontraron con el grupo que se chocaban entre sí y desesperados querían huir para no recibir el tiro final en sus nucas. Verlos escapar temerosos fue un espectáculo que los envalentonó. Por eso consideraron que no fue necesario el tiro al aire que efectuó el Jamón. Se sintieron más fuertes y Carlitos consideró esto más comprometido, mejor dicho, más peligroso. Lautaro vio a su hermano de espaldas huyendo torpemente, enredándose en las piernas de los otros, desesperado, como todos.

Ahora quedaban cuatro balas.

Entonces debatieron si era necesario jugarse la vida durmiendo en Constitución. Algunos creyeron que esa etapa estaba terminada, que debían buscar un nuevo lugar, pero la posición del Roña de que teniendo un arma no tenían que huir nunca más fue tan firme, que el Jefe terminó avalándola, más que nada para no quedar como un cobarde en el grupo. Apoyada por Jamón, que no

quería estar ausente cuando su madre viniera a buscarle y luego también por el propio Lautaro que deseaba volver a ver a su hermano. Pero aquella banda no apareció más en aquellos meses de verano, y Lautaro se quedó con deseos de reencontrarse otra vez con el Pablo, y ofrecerle ingresar a su banda; con ellos estaría mucho mejor.

El otoño se presentó frío y lluvioso y la mayoría de los chicos habían crecido. Fue necesario pedir ropa a esos pesados que le insistían en ir a sus comedores populares. Era un grupo de gente joven que solo ofrecía un plato de comida caliente, pero a cambio les exigían estudiar, estar aseados y quedarse a vivir con ellos en unas casitas de madera insípidas. A Carlitos le gustó la idea, pero como fue la única que pensó así, optó por seguir a la banda. No obstante, soportaron todos un día de guiso de arroz, algo desabrido, pero calentito, un vaso de refresco y hasta que los vistieran de la cabeza a los pies con ropa donada. Casi todos se partieron de risa cuando aquella chica le ofreció a Carlitos ropa de mujer. Lautaro y el Jefe no rieron; solo observaron como Carlitos, con evidencia de incomodidad, no la aceptó y sí en cambio aprovechó un pantalón de *jean* casi nuevo, una camiseta de colores y un jersey de lana muy abultado para ocultar unos pechos que venían creciendo poco a poco. El Jefe entonces pensó que era tiempo de tijeras para ese pelo que crecía rápidamente y esa misma tarde dejó a Carlitos echa un asco con el cabello cortado, con mechones desparejos y en algunos hasta se veía el cuero cabelludo, pero Carlitos agradeció el gesto. Con la promesa de volver al día siguiente se fueron y no aparecieron más.

La estadía en la Plaza Constitución se hizo por lo demás tranquila.

Ya nadie apareció para molestarles y la noticia de que eran una pequeña banda armada pero dura de roer, se extendió enseguida entre los otros grupos de la calle, tal vez ayudados por la exageración, donde se contaban historias extraordinarias donde cada uno iba armado hasta los dientes. Pero también había una realidad inobjetable: los siete chicos eran unos niñatos que apenas sabían limpiarse los mocos. La única pandilla que osó acercárseles a menos de veinte metros, fue recibida a punta de pistola y hasta el Roña efectuó un disparo a sus espaldas a matar, aunque sin puntería, que estremeció a los pocos que intentaron el ataque a las tres de la mañana. Desde entonces, nunca más fueron incomodados.

Y a la banda le quedaron solamente tres balas.

La noche otoñal estaba lluviosa y debieron acomodarse en la propia estación. No les gustaba demasiado aquello porque quedaban más expuestos a los ojos curiosos por las mañanas, pero el viento embolsado con agua que llegaba a las escalinatas del Metro hizo tomar esa decisión. Lautaro fue el que custodió el sueño de sus compañeros. La verdad que había poco por custodiar; esa noche habían aspirado de más y estaban todos tirados a lo largo de los asientos de pasajeros de la estación. El propio Lautaro había tomado una lata de cerveza y el sueño poco a poco fue apoderándose de él. Se sentó en el único asiento libre al costado del grupo y soportó estoicamente con sus *piernitas* colgando y

hamacándolas para que le ayudara a mantenerle despierto, pero el día había sido muy duro y el final de la jornada le pasó factura. Habían llegado caminando hasta el Parque Rivadavia, a unos siete u ocho kilómetros de Constitución y allí pudieron hacerse algunos bolsos.

Algo salió mal.

El Hueso se llevó por delante uno de los tantos perros que llevaban los domingos a pasear en el coqueto barrio de Caballito y su humanidad dio contra el suelo. Allí fue fácil reducirlo entre dos muchachotes y la mujer que había sido robada. Ya estaba todo perdido y el Hueso iría de cabeza al reformatorio cuando el propio Roña tuvo que intervenir y dar un tiro al conjunto de personas que pugnaban por prender al Hueso en medio de la confrontación. Aunque la bala no dio en nadie fue un escándalo; todos se arrojaron al suelo y así el Hueso aprovechó para huir. Pero como era zona de mucha gente, también había un patrullero que fue alertado y que no los pilló de casualidad. Corrieron por la calle Rivadavia, metiéndose por diferentes bocacalles y por fin se encontraron, como quedaron antes de todo, en la entrada de Subte de la Primera Junta. Fue Carlitos, el último en ingresar a la boca del Metro, la que vio pasar el patrullero por la avenida. Luego todo el viaje pensando que en cada boca del Metro estarían un batallón de policías esperándoles, en especial en Constitución.

—La has *cagado*, Hueso —le dijo el Jefe, pero no hubo represalia porque todos sabían que quiso decir «la hemos *cagado*»; se le notaba en sus ojos, que aunque duros, eran ojos de un niño asustado.

—¿Y por qué no vamos por las catacumbas? —sugirió de repente Croto—. Aunque sea por un tiempo; allí no nos atraparán nunca.

Todos se miraron entre sí. Fue al Jefe al que se le ocurrió bajarse tres estaciones antes de llegar a Constitución y en vez de subir a la superficie, meterse por uno de esos túneles, arriesgarse a ser mutilados por los trenes automáticos, pero una vez llegados a un punto de salida, ver cómo estaba todo en la superficie.

Así lo hicieron.

Hallaron un camino sin vías hacia un costado. Estaba todo demasiado oscuro y Lautaro recordó las conversaciones con su hermano sobre aquellas catacumbas de la ciudad, aunque supuso que ni uno solo de todos ellos tendría algo de temor. Pero al ver entre la penumbra cada uno de los rostros, aun en la del propio Jefe halló miradas confundidas, más bien asustadas por el momento límite vivido. Pronto la oscuridad se hizo total y Lautaro ya no distinguió más a esos rostros desencajados. Solo atinaron a caminar tocándose uno a otros para no perderse. Estuvieron así un buen rato, ya comenzándose a preocupar, cuando por fin al final de esa inmensa nada apareció una luz. Hacia ella fueron. Comprobaron que a hacia los costados salían nuevos caminos y fue el Jefe que tomó la decisión de elegir a uno de ellos. Luego el temor se hizo más profundo cuando notaron que sus pies comenzaron a mojarse. El ruido de un chapoteo lejano les dio cuenta que no estaban solos.

—¡Ratas! —anunció el Roña.

El lugar estaba infectado por estas pequeñas alimañas que, cuando lograron

divisarlas, no eran tampoco tan pequeñas.

De pie ante una oscura arcada se miraron entre ellos.

—¡Esto tiene que dar a algún sitio! —se justificó Julián, el Jefe, y sin que nadie se le opusiera siguió camino y todos lo siguieron.

Había mucha humedad en el ambiente y si el suelo estaba mojado al comienzo, se transformó en un charco creciente más adelante. Pronto el agua les tapó los tobillos. Ya no parecía tan oscuro, o mejor dicho los siete pares de ojos se acostumbraron a la débil luz, y entonces fue el propio Roña quien comenzó a ver lo complejo de la situación.

—Nos estamos perdiendo, Jefe.

—*Paguece* que esto nos lleva *deguecho* al *Guío* de la Plata —calculó Jamón.

El Jefe se detuvo; no era capaz de volver sobre los pasos dejados, después de tantas vueltas. Eso significaría que el grupo le perdería el respeto. Pero de repente se le iluminó la cara.

—¡Es por ahí! —dijo.

Y la verdad es que se equivocó de nuevo.

El camino estaba un poco más iluminado pero parecía concluir poco más allá. Sin embargo el agua desapareció y una gran cueva a lo lejos anunció que había algo nuevo para considerar en aquel laberinto subterráneo.

—¿Dónde estamos, Jefe? —preguntó asustada Carlitos, viendo la boca oscura que parecía llevar a un infierno oscuro.

—Es la entraña de la tierra —respondió el Jefe.

Todos lo miraron extrañados.

—Aquí es donde viven cientos de personas; ladrones, asesinos, una ciudad debajo de la ciudad —dijo con tranquilidad.

Todos miraron hacia la penumbra y nadie se animó a respirar. Esa historia de que debajo de la ciudad de Buenos Aires vivía gente era tan conocida como que había gente y chicos de la calle sobre la superficie. Y aunque ninguno de la banda vio jamás a nadie, todos creyeron en las irrefutables palabras del Jefe.

Sin embargo, no fue necesario encontrarse con ningún ser de las profundidades; una escalerilla y una rejilla en lo alto dio cabida de que había una salida. Hacia ella fueron y aunque les costó mucho trabajo levantar la gran plataforma circular de hierro, cuando lo hicieron respiraron profundamente el aire como si este llenara por primera vez sus pulmones.

Mojados, cansados y asustados, esperaron encontrarse con un ejército de policías, gendarmes y militares, pero en cambio, hallaron una ciudad tranquila que los observaba indiferente: sucios, malolientes, insignificantes.

La llegada a la Plaza Constitución junto con la lluvia fue el gran regreso a casa. Agotados, hambrientos pero sin una miga que comer, solo les quedó el placer de fumarse un único porro, tomar una lata cerveza que compraron de un kiosco que estaba cerrando y (¡eso sí!) la *esnifada* de final del día, merecida, que les diera por fin un poco de paz. Las prostitutas parecían estar tranquilas enfrente

y eso era señal de que la Policía no andaba cerca. El único problema que tenían las *damas* era que la lluvia les espantaría clientes aquella noche. Entonces la banda se relajó un poco y, como se dijo, sus huesos fueron a dar, otra vez, a la estación de trenes.

Pues entonces que Lautaro, el encargado del cuidado esa noche, no tuviera un sueño invencible no fue nada extraño. Observó cómo cada uno de sus compañeros descansaba desparramados en los bancos, mientras él hamacaba sus piernitas. Cuando se le cansaron comenzó a pesarle la cabeza que pronto se le fue venciendo hacia delante y él, instintivamente, trató de mantener erguida...

No supo en qué momento, pero cuando comenzaron los gritos, él estaba totalmente vencido hacia atrás durmiendo profundamente.

Primero fue un estallido de golpes de chapas, tal vez la banda que entró y pegó con palos y luego el grito pelado:

—¡Es este!

Lautaro dio un respingo asustado, con el arma aún en la cintura, y vio perfectamente al chico que le faltaba un ojo apuntando con mano segura su pistola a la cabeza del Jefe, que intentaba luchar contra su pesadez, con los ojos extraviados, pero aun así, llegó a reconocer al que estalló una vez su ojo con una piedra filosa en Plaza Once.

Todo ocurrió muy de prisa.

Los miembros de la banda intentaron levantarse o hacer algo, pero sus movimientos fueron exageradamente lánguidos, sus cuerpos les pesaban enormemente, pero los dos fulminantes disparos en el medio de los ojos del Jefe salpicaron con sangre, sesos y vida hacia todos los costados. Solo después de eso comenzaron todos a tomar conciencia de lo que estaba sucediendo.

La banda aquella comenzó a golpear con palos a mansalva a los que estaban en el suelo intentando despertar y fue Lautaro, en la punta de los bancos, ya consciente de sí mismo el que atinó a disparar al grupo invasor. Cuando le pegó en el hombro a uno de ellos, el que tenía un solo ojo lo miró con furia y dio luego la orden de escapar, ayudando al herido que había caído vencido.

Después, muy poco…

El cuerpo del Jefe sacudiéndose compulsivamente en el suelo debajo del banco por unos segundos hasta dar la última exhalación; Carlitos, con sangre en el ojo y la nariz por los golpes, arrojándose sobre Julián a gritos desesperados, mezclándose su sangre con la del chico muerto; el Roña tocándose las cejas abiertas por los golpes por donde emanaba un líquido caliente a borbotones, todos sacudidos por la desgracia.

Cuando se oyó la sirena de la Policía, los chicos de la banda salieron corriendo como pudieron, aturdidos, hacia diferentes lugares.

O casi todos.

Solo Carlitos se quedó llorando sobre el cuerpo sin vida de Julián, sin atreverse a dejarlo solo, poniendo su mano en lo que quedaba de frente; no sea que todavía se pudiera hacer algo.

XI. El Futuro de los Siete Magníficos

El espanto que le caló los huesos a Lautaro hizo que corriera hacia adelante sin saber cuál era su destino. Pronto vio las vías y siguió corriendo como si lo llevara el diablo, sin mirar lo que dejaba atrás ni una sola vez. El muerto, aunque fuera su amigo, la Policía y sobre todo la mirada fría de odio contenido de aquel único ojo le dieron fuerzas para no detenerse. Corrió lo suficiente como para estar totalmente lejos del peligro, pero siguió corriendo hasta que le ardió la garganta de jadear. Cuando ya no tuvo pulmones siguió caminando, en línea recta hacia las vías del tren, con una mano en los riñones para darse fuerza.

Al poco tiempo, con los últimos estertores de la noche, le apareció la primera formación detenida a lo lejos hacia un costado en una de las múltiples vías, esperando su turno de salida para llevar a los tempraneros trabajadores hacia el sur del Gran Buenos Aires. Se acercó por uno de los lados, se tocó una vez más la cintura para comprobar que aún estaba consigo el revólver, quedaban dos balas en el tambor, y se trepó de un salto a uno de los vagones vacíos. En la confusión había huido con el arma, pero si tenía algo claro era no regresar nunca más a la plaza de la muerte.

Pronto el tren se puso en marcha y fue acercándose lentamente a la estación, conteniendo la respiración nerviosa de un niño en el último vagón, con ojos inquietos, mirando por las ventanas a lo lejos a ver si el peligro había desaparecido, de pie al lado de la puerta por si tenía que saltar para escaparse de nuevo de los *ratis*. Los cuerpos de los viajeros que fueron ocupando los asientos lo arroparon, le dieron confianza y un lugar perfecto para volver a ser invisible. Enseguida el convoy se puso en marcha y Lautaro, Firulete como nombre de guerra, se marchó de la gran ciudad capital que tantas cosas le había enseñado.

Cuando la noche fue un recuerdo, divisó la estación Hipólito Yrigoyen junto con la llegada del revisor. Entonces se bajó para no tener que enfrentársele. Era la única estación intermedia entre Capital y Avellaneda, a poco del lado capitalino del Riachuelo, donde sesenta años atrás miles de personas cruzaron sus oscuras aguas para pedir por la libertad de su líder, el Coronel Perón, en busca de un futuro más promisorio. Y del otro lado del renegrido y vejado río Reconquista en Avellaneda, su casa.

Cuando el tren se puso en marcha, Lautaro pensó en treparse otra vez de las barandillas y regresar al vagón, ver como el revisor desaparecía por la puerta rumbo al coche siguiente y dejarle el camino libre. Pero este pareció adivinar su intención y se quedó observándole desde arriba, con intenciones de no dejarle

acceder a su sueño de volver a su casa, no en ese tren. Entonces Lautaro contempló aquellos ojos inquisidores y se quedó en la última estación de la frontera entre la civilización y la barbarie. Mientras, tratando de tapar con su brazo el bulto que sobresalía sobre su cintura y que habían notado inquietos más de un pasajero que esperaban el nuevo tren. Entonces Lautaro se fue a una punta del andén, para no perturbar a nadie y comenzó a recapacitar sobre su vida.

Tal vez había llegado el momento de volver a casa, de decirle al Seba que aun él siendo un chico de ocho años, cuidaría de sus hermanos y su madre y que ya no le necesitaban. O, siendo que fueran tan inexcusables sus limosnas de monedas y carne para su madre, negociar una estadía en paz. Y que nunca más le volviese a pegar a sus hermanos. Ni a nadie. Para ello tenía un gran pretexto: su 32 largo.

También pensó en sus compañeros.

Aún veía chorrear de sangre la cabeza del Jefe, dejando ese gran charco rojo en el suelo. No pudo dejar de pensar en cómo se sacudía y cómo Carlitos (¡o como se llamase!) lo abrazaba con desesperación. Queriéndole tomar la fiebre… ¿pero dónde, si la cara estaba desfigurada? Le hubiera gustado que Carlitos viniera con él y que continuara cuidándolo como una verdadera hermana mayor. Ella, que tantos miedos parecía tener, no fue espantada por la sirena ni los uniformes (si ella no hizo nada malo), y entonces la Policía la encontró, seguramente, sobre el cadáver caliente del chico que tanto quería, y que fue el único capaz de respetarla como mujer, aunque tuviera la manía de escupirle en el rostro de vez en cuando.

Pensó en los demás.

En el Jamón, en su búsqueda eterna de su madre entre las mujeres que bajaban a la estación. Cómo observaba sus rostros y en casi todos estaba su madre aunque todos se dieran cuenta que una mujer jamás se le pareciera a la otra. Hasta le vio una vez hablando con una mujer y su hijo tan animadamente que Lautaro creyó que por fin había hallado lo que buscaba, pero al ver cómo esta le sacaba de encima con un brazo al pobre chico, allí comprendió que era otra de sus alucinaciones.

—*Egan* igualitos, *Figulete* —le dijo con los ojos grandotes de sorpresa—. *Egan* igualitos.

Lautaro en aquella ocasión no le dijo nada, pero vio como Jamón quedó con la vista perdida un momento; enseguida clavó otra vez los ojos en los cuerpos que salían de la estación.

Pensó en Croto, que alguna vez se iría a la provincia de Salta, la verdadera, a buscar a su padre entre los cientos de pueblo y ¡vaya a saber si este vivía aún allí!

—Mirá —le dijo una vez, mostrándole el cartel que ponía en el nombre de la calle.

Lautaro leyó «Salta» y se encogió de hombros. Todos se reían de Croto y no supo por qué. Pero el Croto le agregó victorioso:

—Pone Salta, como la provincia —dijo con orgullo.

Tiempo después, cuando le repitió por enésima vez la coincidencia, Lautaro

también esbozó una sonrisa, aunque nunca supo lo profundo de lo que el chico le decía.

Pensó en el Roña, que ahora tenía el camino libre para ser el nuevo jefe y quizá se cumpliera ese deseo loco de robar un banco. De cómo manejaba el arma, como si hubiese nacido con ella. En la villa de Dock Sud vio chicos muchos mayores que no conocían ni la cuarta parte de armas que él: el Roña era un profesional.

Pensó en el Hueso, que antes de cometer una fechoría se santiguaba y algunas veces, antes de comer una manzana robada en la frutería de la calle Santiago del Estero, le agradecía a Dios que le hubiese permitido comer ese día, aunque fuese violando la ley; porque una cosa tenía por seguro el Hueso, la Justicia Divina no era la misma que la justicia de los hombres.

Pero lo que Lautaro jamás pensó, ni calculó cercanamente es que se llevarían a Carlitos a un reformatorio y al decir su verdadero nombre le preguntarían «cómo se llaman tu padre y tu madre» y entonces saltaría que era la hija de un presidiario, y «¡claro, los hijos de esta gente terminan de la misma manera, señora jueza!». «Que la encierren en un reformatorio hasta la mayoría de edad; se haga Justicia». Y allí la golpearían cada día hasta cincelarle la personalidad jornada tras jornada y hasta la violarían y le harían un hijo. «¡Y cómo puede ser, señor juez, si este es un reformatorio de señoritas y desde que tengo uso de razón nunca entró un hombre! ¿Y la droga? No sé como la entran, señor juez».

Y ella a la cárcel por emancipada y su hijo al juzgado.

Y cuando cumplió por fin los veintiún años y fue una mujer libre, su rostro tendría la huella de una mujer de cuarenta años. De su padre ni noticias: en un acto de estúpida honestidad la Andrea, su madre, le contó que la Rosarito se fue de la casa y no volvió más y por más que la buscaron durante meses no se supo nada de ella, que su hermano el Damián se acostó con ella aun sin ella quererle y como si esto fuera poco, que el Carlitos, el verdadero Carlitos, se murió seis meses atrás, y por eso que no quiso ir a visitarle, que no sabía cómo mirarle a la cara. Y entonces el Rodrigo ya no quiso volver a verla, ni volvió a su casa, ¡para qué si ya no tenía a nadie! ¡Y vaya a saber si el Leandro y la Carmencita eran hijos propios también! Cuando salió a los ocho años y medio por buena conducta, porque «¡hay que ver cómo trabajaba el moreno en los talleres gráficos!», se volvió a Villa Fiorito donde no debió haber salido nunca cuando el Pepe Gutiérrez le ofreció ser ocupa de aquel nuevo barrio de los Ceibos. Dicho sea de paso, el Pepe ya es concejal y de seguir así hasta presidente no para.

¡Hace bien!

Es un tipo vivo.

El Rodrigo trabajó durante los años que le quedaron como albañil antes que lo consumiera una cirrosis etílica.

Lautaro tampoco supo que de todos, el que nunca pudo desprenderse de la estación Constitución, el que parecía estar encadenado eternamente a ella, fue Jamón. Cuando la banda se dispersó, Jamón volvió al día siguiente. Temió que su madre y su hermano, el Rata, aparecieran y él no estuviese allí para recibirles. Y

hubo un par de veces que estuvo seguro que esas sendas mujeres que bajaron del tren eran su madre, aunque una fuera un poco más gorda y la otra más rubia y alta. Pero era innegable que un día vendría a por él. Cuando ingresó a una nueva banda, unos chicos más desorganizados que la banda del Jefe, y también más crueles, el Jamón se sintió otra vez protegido.

De Croto no supo que su sueño de viajar alguna vez a Salta no se concretó nunca. Entró en una nueva banda a los pocos días de desaparecer la suya y como era grandote, a pesar de su mente algo idiota de tanta droga, fue aceptado en buen grado por el nuevo grupo; unos pibes que tenían como principal objetivo drogarse, pero de los que van con jeringas. El sida lo pilló enseguida, pero él no lo notó hasta un año después.

El Hueso no soportó más esa vida y volvió al convento de la Santa Auxiliadora de donde se había escapado una vez. Calculó que por edad, su temible enemigo Agustín ya no estaría, pero al llegar, también descubrió que él mismo estaba pasado de años y fue despedido con despegado por orden de la Madre Superiora Sandra. Entonces fue a la Casa Cuna donde lo habían abandonado con días y también obtuvo un nuevo rechazo.

—Aquí solo se reciben bebés, querido —le dijo una enfermera muy amable—. Andá a ver a un juez; ellos te ubican en una familia sustituta.

Pero si no fue aceptado de niño, ¡cómo creer que sería adoptado de mayor!

Entonces buscó por la ciudad a sus antiguos amigos. Al mes, pasado de hambre y enemigo de querer ingresar otra vez a una banda, bajó por las vías del tren en Constitución y camino hacia el sur, pero a diferencia de Lautaro que caminó por un costado, él le fue de frente y por el medio con pasmosa frialdad.

El Roña hizo lo que quiso.

Tenía personalidad y era sagaz y tal vez el más inteligente de todos, en eso de planear las fechorías. Ya quedó demostrado cuando planificó milímetro a milímetro atacar a la banda del revólver. Formó una nueva banda, y aunque no halló a ninguno de sus antiguos compañeros, alistó a un par de granujas a los que hizo control de calidad para aceptarlos. Luego entró otro, y más tarde otro más.

—¡Ya está! Que una buena banda no es la que tienen más gente, sino la más organizada —dijo una vez.

Conseguir una nueva arma fue fácil, y entonces asaltó y vivió como lo deseó toda la vida. Caer a los diecinueve años bajo las balas policiales no fue un castigo; fue un premio, aunque el sueño de asaltar un banco no llegara a cumplirlo nunca.

Tampoco se supo que el cuerpo con la cabeza deformada del Jefe fue a la morgue durante un tiempo y al no ser reclamado por nadie, apareció en la camilla de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, donde lo cortaron en pedacitos, pero al menos el pobre sirvió para la Ciencia.

Cuando Lautaro vio venir el tren se mezcló entre la gente y lo que nunca, se sentó al lado de la ventanilla como un señor como si hubiera sacado boleto. Contempló pasar las casas a gran velocidad, pero a los cinco minutos ya le tocó ponerse de pie para bajar, aunque en esos cinco interminables minutos cientos de imágenes conocidas le vinieron a su mente. El día que tuvo que irse de su casa

cuando el Seba le dio aquella paliza salvaje, la nueva golpiza aleccionadora del Jefe que admitió que fue necesaria, y que lo tuvo con la cara morada, amarilla y verde un mes. Las andanzas de la banda y el primer robo; la falsa homosexualidad de Carlitos, que pensándolo bien, no estuvo tan mal aquel primer beso recibido.

El porro, el pegamento, la calle.

También tuvo tiempo para pensar en su hermano el Pablo, al que ya no quería volver a ver nunca más. Aquella imagen grotesca que había visto danzando lastimosamente no era su hermano; era una cáscara inhumana y difusa de lo que fue el verdadero Pablo.

Las personas que tenían que bajar en la estación de Avellaneda se agolparon para ganar las escalinatas que daban a la parte inferior. Lautaro se apelmazó entre ellas y llegó sin problemas a las vías inferiores, ya dejadas de lado hacía tiempo. Caminó los metros por el que muchas veces vio alejarse a la Rocío y doblando por la izquierda avanzó con seguridad hacia la villa. Buscó al Pedrito pero no lo encontró. Ya era hora de escuela y seguro que estaba allí. Respiró profundamente y no le quedó más alternativa que ir a su casa y enfrentarse con la situación. Estaba nervioso y hasta sus manos le temblaban ligeramente, pero miedo no tenía. Cuando recorrió los pasillos y divisó a lo lejos la chabola roja despintada supo que estaba a poco de su destino. Pero si había huido del viejo del subte, de la Policía y del jefe de un solo ojo cuyo recuerdo todavía le helaba la sangre, cómo podría huir del Seba, un tipo que lo único que sabía hacer era pegarle a los chicos y a su madre; ya lo dijo claramente el Jefe, «el que le pega a una mujer es un cobarde».

Entonces caminó con sus pasitos cortos pero ligeritos, con el pesado bulto en la cintura que le servía de amuleto contra el temor, hacia la chabola roja que lo había visto durante siete años de su vida, y aunque allí había sufrido muchas cosas, era su casa, y los que vivían allí eran su familia.

Recapacitó que era solo cuestión de negociar.

Cuando llegó a la puerta de chapa y madera, esta estaba abierta y una nueva cortina de tiras plásticas multicolores se revolvió con una leve brisa. Se oía desde afuera la tele que se había conseguido en el corralito aquel, el Jónatan lloraba pidiendo el biberón y Seba gritándole a la Rocío «¡puta de mierda!» porque no le alcanzaba un vaso. Entonces Lautaro entró como quien entra a su casa a poner orden y allí estaban todos. Lo miraron como si fuera un espectro; solo el Oscarcito se puso feliz de verlo y se le prendió de la pierna con mucha fuerza, pensando que venía a buscarlo. Lautaro le acarició la cabeza y no sacó sus ojos del Seba que lo escudriñó de arriba abajo con rigor, tumbado en la cama frente a la tele. Su madre se quedó congelada en el rincón de la casa, casi sin respirar, dándole el biberón al bebé maquinalmente; la Rocío también lo miró espantada, casi odiando su presencia.

—¡Qué hacés acá, pendejo! —le gritó el Seba desde la cama. Jamás esperó volver a verle, y menos en la propia villa—. ¡Esta no es más tu casa!

Luego el Seba echó una mirada burlesca y agregó:

—Andate mientras puedas!

Entonces Lautaro se concentró en el Seba, y ni siquiera oyó a su madre cuando le dijo:

—Andá, Lautaro, andate que es mejor.

—¡Cómo que no es mi casa! Sí, que es mi casa —dijo remarcando cada sílaba, con la mirada firme en los ojos del Seba—. ¡Esta no es *tu* casa!

Entonces el Seba se transfiguró. Si bien veía en él la mueca de un chico duro, una expresión enajenada, que ya estaba acostumbrado a ver en algunos chicos de la villa, se incorporó y se sentó en la cama para que el chico se diese cuenta que ponía en peligro su existencia.

—¡Lautaro, andate, por favor! —insistió su madre, segura de que su hijo corría peligro allí.

El Oscarcito entonces se hizo a un costado porque conocía aquella mirada del Seba, y la Rocío se acercó a la escena por si fuese necesario que el Seba se tropezara con ella para darle tiempo a su hermano a escaparse. Allí estaría.

Pero su hermano no tenía pensado huir de nuevo.

—¡Pendejo de mierda, te lo digo por última vez, andate! —le dijo el Seba con ojos ya inyectados en sangre de una furia contenida.

—Andate vos —respondió Lautaro altanero.

Entonces lo que siguió fue muy confuso para todos.

El Seba que se puso de pie para alcanzar al intruso, la Rocío que se mete en el medio y el Seba la coge de los pelos y la arroja contra la pared como si fuera de papel para que no le estorbara su camino y eso fue el detonante para que Lautaro sacara su revólver y apuntara al pecho del salvaje marido de su madre, y cuando este se le vino encima, llegó a ver el arma con terror en sus ojos y queriendo detenerse en un micro segundo sintió el golpe en el pecho y algo que lo quemó por dentro. Cayó hacia atrás, sobre la cama desde donde tantas veces arrojó botellas de cervezas vacías a las cabezas de los chicos que no lo dejaban tranquilo… que él también tuvo una infancia de mierda y quería olvidar. Con una respiración agitada hundido entre las mantas y dando estertores contempló aterrorizado al pequeño agresor, tan desconocido ahora: no era posible que aquel pendejo le hubiera metido un tiro.

La Rocío se tapó la boca espantada por el hecho, el Oscarcito se escondió bajo la cama como cuando el Seba se ponía loco de furor, el Jónatan, ya pudiéndose poner de pie, también contempló curioso la escena incomprensible a sus ojos. Su madre apretó los puños y los dientes:

—¡No! ¡Qué hiciste, hijo! —dijo ganada por el pánico.

Entonces Lautaro se acercó al Seba que seguía mirándole extrañado, con la respiración agitada; y con la última bala que le quedaba le apuntó entre los ojos y terminó con frialdad el trabajo ante los ojos de incomprensión de todos.

Luego se puso el arma en la cintura, cogió de la mano a la Rocío, que no se animó a llevarle la contra y se la llevó de la casa. El Oscarcito los siguió, mientras

los vecinos de la villa del Doque comenzaron a agolparse en la puerta de la María de donde se habían escuchado dos disparos.

EPÍLOGO

Caminaron por la vía rumbo a la estación de trenes de Avellaneda en silencio, dejando la villa atrás. El Oscarcito los siguió y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Llevame a mí también, Lauti!

Entonces Lautaro se dio vuelta y lo ahuyentó varias veces o lo amenazó con el revólver y así el Oscarcito se frenó, pero cuando los hermanos siguieron la marcha, otra vez suplicó:

—¡Lautiiiiii! ¡Lautiiiiii! ¡Llevame a mí también!

Ahí mismo Lautaro se dio vueltas y con una piedra de las tantas que había en la vía entre los durmientes se lo arrojó y le pegó en el rostro. Entonces el Oscarcito se detuvo definitivamente. Lautaro le dijo algo incomprensible, pero el pequeño entendió:

—Te voy a venir a buscar.

Y entonces se conformó y se resignó a ver cómo sus hermanos se alejaban, se hacían cada vez más pequeños ante su vista. Luego, cuando los perdió del todo de su ángulo de visión y se transformó en el mayor de sus hermanos en la casa, regresó a la villa contando los durmientes, saltando en uno en uno, secándose las lágrimas:

—Uno… dos… *tes*… *cuato*…

Mientras, Lautaro y la Rocío subieron a la estación y en seguida al tren que los llevaría a Constitución. Destino no deseado, pero es que no conocía otro. La pequeña quiso decirle que no quería seguirle, pero no se animó al verlo tan decidido. Luego, al llegar a la estación, aún había movimientos policiales y hasta habían hecho un dibujo con tiza de un cuerpo en el suelo debajo del banco de madera donde murió un amigo suyo.

Lautaro aprovechó que en esos momentos no hubo guardias y se metió hacia la calle Lima, aunque no divisó a ninguno de sus compañeros.

Caminó incluso por la calle Salta en busca, aunque sea de Croto, pero nada. Una gran tienda, de esas que venden teles grandes modernas y cosas que el Lautaro no comprendía, regaló una imagen de televisor de plasma de cuarenta y dos pulgadas al irrisorio precio de trece mil pesos. A dos pesos por día, lo necesario para su mísera subsistencia, ¿cuánto tiempo podría mantenerse con trece mil pesos?

Pero un pequeño, no mayor de lo que era él siglos atrás, cuando entró a la

banda el primer día se le acercó y distrajo su atención:

—Che, vos, ¿no sabés dónde hay una banda que necesite gente?

Lautaro miró de arriba abajo al pequeño. Tenía el pantalón corto y cara de haber salido recién a la vida.

—¿Querés entrar a mi banda? —le dijo.

—Bueno —dijo el chico sin dudarlo.

—Solamente tenés que firmar el contrato.

Y sin decir más lo llevó al basural de enfrente al hotel, junto a las prostitutas, y comenzó a pegarle con las dos manos y como su fuerza aún no había crecido tanto como su experiencia se ayudó con sus pies y con la culata de su revólver sin municiones.

Cuando el contrato quedó sellado, no sea que los perros mordieran de la mano de quien les da de comer, ayudó al chico que le dolía el alma:

—Mi nombre es Lautaro; pero vos me tenés que llamar Jefe.

El chico asintió con la cabeza y sus huesos molidos.

—Esta es la Hermana del Jefe, y si la tocás o la mirás este te va a meter una bala por el culo —agregó poniéndole el revólver descargado antes sus ojos, y el chico asintió de nuevo impresionado.

Allí Lautaro puso el arma en su cintura y la tapó con la camiseta mientras agregó:

—El que le pega a una mujer es un cobarde.

Y el chico otra vez que sí con la cabeza, asustado.

—¿Vos cómo te llamás?

—Claudio.

—Bueno, desde hoy vos sos Firulete.

Los tres chicos vieron pasar un patrullero que los observó con desconfianza y entonces se metieron de nuevo en la estación.

Lautaro tenía el plan muy claro.

Llevó a su pequeña banda al Metro y cuando estuvieron en la estación subterránea, esperó que el tren se llevara a los últimos pasajeros de nuevo a la ciudad. Cuando la pequeña estación quedó deshabitada, cuando se aseguró que ni un alma podría escudriñar su pequeña gran presencia, se acercó al último kiosco abierto y compró pegamento con la única moneda que descansaba perdida en el fondo del bolsillo de su pantalón; luego se encaminó con su grupo hacia la boca oscura, metiéndose entre las catacumbas húmedas repletas de ratas.

Ya encontraría alguien que les diera balas allí, o ¡vaya a saber!

Pero esto solo sería por poco tiempo, por esos malos tiempos, porque estaba claro que él no iba a ser nunca un chico de la calle. Nada más cuestión de esperar un nuevo corralito para que su suerte cambiara…

A esta hora exactamente hay un niño en la calle…

—Armando Tejada Gómez—